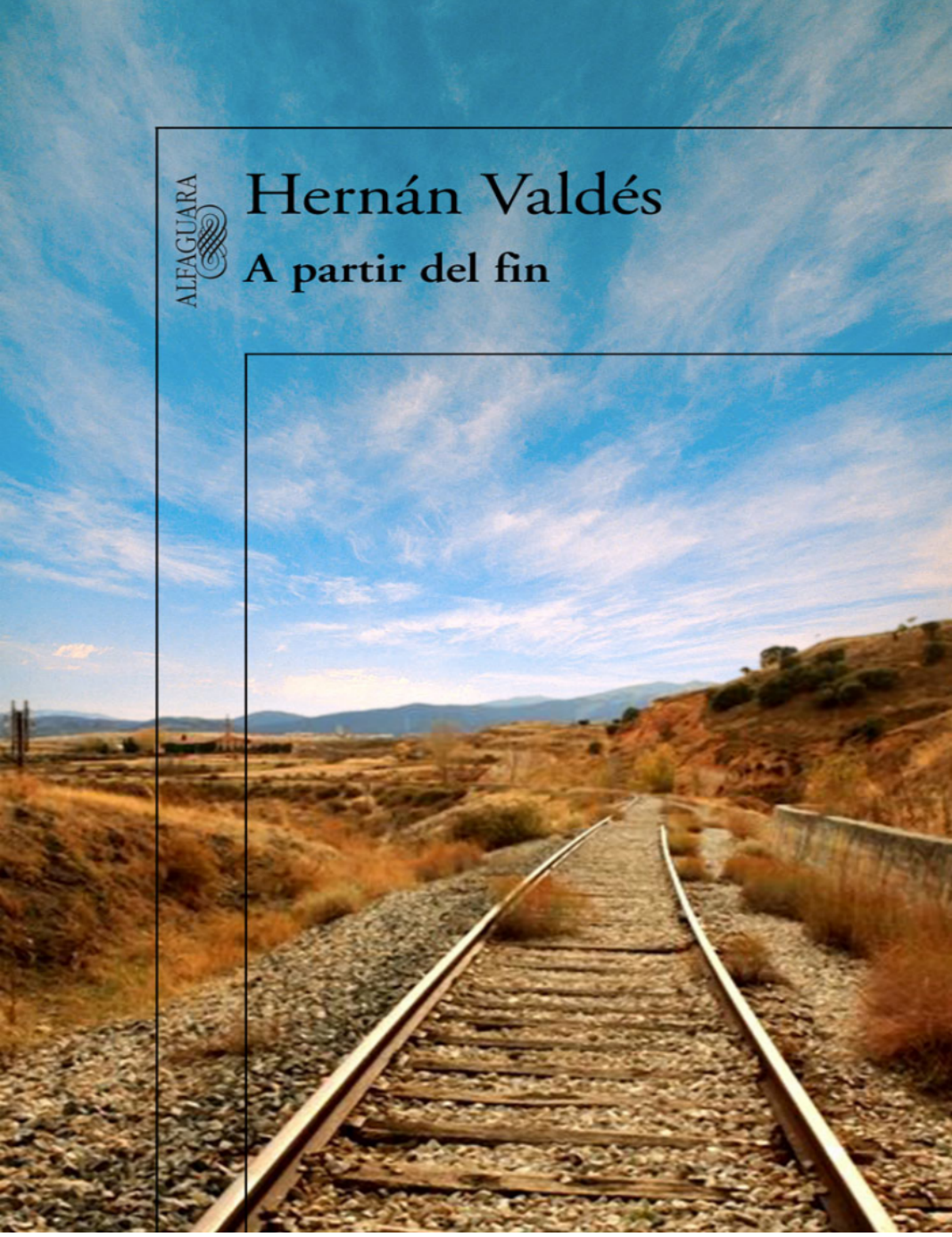
ALFAGUARA

Hernán Valdés

A partir del fin



ALFAGUARA
Hernán Valdés
A partir del fin

ALFAGUARA

Hernán Valdés

A partir del fin

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Las desventuras de este libro
I
II
III
IV
V
VI
VII
VIII
IX
X
XI
XII
XIII
XIV
XV
Autor
Créditos
Grupo Santillana

Zamysiov: Todos nosotros somos gente complicada, Bárbara… Y justamente es la complejidad de nuestra psicología lo que nos convierte en los mejores hombres de este país, en eso que se denomina "inteligencia"…

Bárbara: No, nosotros no representamos tal inteligencia. Representamos otra cosa… Somos veraneantes…, huéspedes de paso en nuestro propio país.

Gorki, Los veraneantes. Acto IV

Las desventuras de este libro

En su fase inicial, forman parte de la propia trama de la novela y pueden considerarse ficticias. En la realidad comenzaron, de hecho, al borde del Loirce, en el sureste de Francia. Estábamos con mi amiga sentados al borde del río, admirando el magnífico paisaje, con algún castillo renacentista al fondo, cuando un gitano se acercó a conversarnos. Era simpatiquísimo y nos distrajimos oyéndole mil historias y preguntándole sobre su vida y su tribu. Más tarde, cuando se había despedido y regresamos al auto, que estaba a unos veinte metros detrás, nos dimos cuenta de que todo había sido una treta: mientras nos distraía, sus cómplices habían robado el bolso donde, junto a otras cosas, estaba el primer borrador.

Semanas después, gracias a las insólitas simpatías literarias de un gendarme francés, pude recuperarlo.

Ya terminado el libro, en 1980, fue presentado en Barcelona a la Editorial Planeta. Habiendo recibido elogiosos informes de los lectores, fijamos un día para firmar el contrato. Pero la noche anterior recibí una llamada del dueño de la editorial, un tal Lara.

–Oiga usted, Valdés –me dijo–. Son tan inusualmente buenos los informes, que por curiosidad me traje el libro a casa. Es un libro majo y cojonudo, pero, perdone usted, no lo voy a publicar.

–¿Cómo?

–Que si lo publicara, los amigos de la izquierda, aquí en España, me harían butifarra, y los menos amigos que mandan en su país me cerrarían el mercado. Al diablo mis Enciclopedias.

Entonces, por sinuosas vías, el libro fue a parar a México, donde una editorial lo acogió con entusiasmo. Pero a las pocas semanas de su publicación, sin que yo tuviera idea, fue retirado de circulación.

¿Qué había ocurrido? Que había sido demasiado pronto para decir ciertas cosas, para reflexionar sobre nuestra experiencia política. El libro afectaba la sensibilidad y los intereses de una izquierda que, en el exilio, intentaba por todos los medios forjar una imagen heroica e inmaculada de sí misma y de sus mártires, tanto para fortalecer la solidaridad internacional como para reconstruir sus proyectos políticos. Así lo entendieron influyentes exiliados chilenos que tenían buenos contactos con la administración mexicana, cuyos personeros intervinieron ante la editorial.

Desde entonces el libro ha circulado casi confidencialmente, de mano en mano. Situación que afortunadamente fue compensada con la amplia difusión y buena acogida que logró en los países de habla alemana.

Los libros que se quiere acallar son rebeldes. Si antes era demasiado pronto, no creo que ahora sea demasiado tarde. He vuelto a leerlo, y me parece que la decepción del personaje, su escepticismo y las prefiguraciones del futuro que proyectó han sido confirmados por los hechos.

Ahora que algunos mitos han comenzado a debilitarse, algunas sólidas convicciones a desvanecerse y que las energías revolucionarias se han volcado hacia fines más lucrativos, parece ser el momento adecuado para que se considere con la adecuada perspectiva y desapasionamiento esta percepción crítica de los hechos.

Pero cuidado: *A partir del fin* no es un documento, contrariamente a *Tejas Verdes*. No es una tesis ni un análisis político. Es ante todo una novela, una obra de ficción, por mucho que su trama esté situada en momentos históricos determinados y en circunstancias en parte verificables. Es la mirada íntima, subjetiva, de un individuo sobre su propia historia sentimental, que está indisolublemente vinculada a las circunstancias sociales y políticas.

Ignoro si las desventuras del libro van a continuar. Podría, por supuesto, imaginar diversos escenarios catastróficos, pero ninguno de ellos me haría perder el humor, sin el cual este libro tampoco podría haber sido escrito.

Hernán Valdés, Kassel, octubre 2003.

I

La briosa refundación del escenario, interrumpida por un personaje retrogradante

Un día de la primavera de 1970, Hache descendió de un taxi en la calle Victoria Subercaseaux y con la ayuda del chofer descargó un pequeño lecho de la baca y un par de maletas del interior. Mientras se esforzaba en todo eso –y ya antes, toda esa mañana y durante el trayecto–, en él seguía reproduciéndose ese mismo estado emocional sentido otras veces, en tantas parecidas circunstancias, en que todo quedaba cortado hacia atrás, inconexo, y el futuro se ofrecía como una completa aventura. El dolor de tantas y repetidas pérdidas se compensaba así con esta recaptura de un estado anímico eufórico, anterior a ellas, el de la pérdida original y la vehemencia original de colmarla. Tras pagar, afirmó sus pertenencias en la acera, contra una acacia, y antes de subir se quedó un instante mirando la puerta de su nueva casa, las perspectivas de la calle. Era esto: se sentía con esa inocencia del alma totalmente disponible para lo contingente, pero lo contingente ahora tenía ese signo positivo y auspiciante de un proceso de cambios en marcha en todo el país. Justo en esa parte, una luz verdosa, espléndida, llegaba hasta él filtrada por los árboles del cerro Santa Lucía, volcados hacia la calle por sobre el muro de piedra que contenía la falda, antiguamente recortada. La calle seguía la dirección sinuosa del cerro, convertido a comienzos de siglo en un parque público, de un estilo que no había sabido resistirse a todos los estilos, comenzando por los muros, almenas y troneras del castrense español, que en sus diferentes terrazas iban secretando grutas y fuentes barrocas y senderos románticos, jardines japoneses y patios andaluces, y entre cuyos elementos se había sabido integrar también la invocación en bronce, casi apolínea y ya inofensiva, de algún indomable guerrero indígena.

Hache aspiró confiadamente el aire primaveral, que aun combinaba con los gases urbanos una reminiscencia de los eucaliptos del cerro. ¡Ah!, por fin volvía a instalarse en ese barrio donde había transcurrido buena parte de su vida de adulto. Pensando en su afición a este lugar, ya se había dicho antes que probablemente esta pequeña parte de la

ciudad expresaba mejor que cualquier otra aquel carácter finisecular de incorporación precipitada y casi carnavalesca de una naciente clase criolla a la economía industrial europea. Con esos términos, claro, se reducía una experiencia humana a su pura conceptualización; lo que sin duda contaba para él era imaginar la soledad histórica y territorial de quienes habían levantado esas casas décadas atrás, imitando con una pobreza y buena fe de tinglado parroquial todos los estilos europeos, yuxtaponiéndolos y combinándolos, tratando de mitigar con esas viviendas su desgarramiento, de abrigar su dualidad de intermediarios de la neocolonización europea, condenados a cumplir su mediación desde esta periferia agreste y desolada en la que tenían que vivir. No podían seguir tratando con los nuevos explotadores, ingleses por la mayor parte, desde esas casonas de adobes y tejas y corrales donde habían nacido; tenían que identificarse y emularse con el nuevo orden que los hacía emerger a la vida contemporánea aquí, en la nada, como un puro y caprichoso efecto de necesidades externas; y no solo eso: habían tenido que legitimizarse respecto a dos polos simultáneamente: el de los explotadores extranjeros de materias primas y el de los criollos a quienes explotaban por su cuenta; la solución inmediata había consistido en habitar ese orden, inmobiliaramente. Claro, con el tiempo, al modificarse y diversificarse la nueva clase y sus dependencias, los originales fundadores del barrio se habían mudado a las partes altas y modernizadas de la ciudad; y ahora estas fachadas semirruinosas, tras las cuales vivían descendientes discretamente empobrecidos de los fundadores y algunos artistas, quizás a falta de significaciones arquitectónicas en el resto de la ciudad, producían en Hache una cierta sensación de amparo estético, de verosimilitud histórica, como si la imitación de la historia al fin y al cabo hubiera conseguido a su vez hacerse historia. Sin duda, era una sensación válida únicamente en comparación con esas otras desoladoras que producía el resto de la ciudad, por cierto los cubos de cemento céntricos que poco a poco habían remplazado edificios comerciales igualmente imitados de las metrópolis, y luego ese paisaje ceniciento del valle cubierto enteramente de viviendas levantadas una y otra vez, cada vez sobre las ruinas o con las ruinas precedentes, con la misma precariedad que hizo caer las anteriores, con una precariedad reiterada, monótona, que muy probablemente manifestaba la agresividad por la incertidumbre de la vida, o la indolencia de toda incertidumbre.

Hache podía interrumpir sus acciones así, en los momentos más inadecuados, para reflexionar; o más bien dicho eran sus propias reflexiones, independientemente de las situaciones en las que él se encontrara, las que le obligaban a interrumpirse; él no podía evitarlo, pero tampoco veía la conveniencia de oponerse a esta necesidad

inmediata de definir lo que estaba sintiendo en cada momento: de otro modo no habría podido seguir adelante. A veces esto debilitaba sus acciones o las hacía ambiguas, en circunstancias extremadamente graves, pero se tomaba ese riesgo. Así, los transeúntes ya comenzaban a mirarle con curiosidad y algunos niños iban acercándose para examinar su lecho afirmado en el árbol; no faltaría el alma caritativa y perversa, era de temer, que vendría a preguntarle si se había extraviado o si le habían desalojado; de modo que para concluir sus reflexiones sobre el barrio se preguntó si no había estado disimulando, como suele pasar, las propias debilidades y contradicciones con el examen de las ajenas; si tras su goce de lo estético-pintoresco y lo pseudohistórico del barrio no subyacían aspiraciones al fin y al cabo no tan distanciadas de esas de los fundadores, no tan fácilmente ironizables: como ésta de sentir una mínima confianza material en el destino dentro de un espacio históricamente demostrable; un aplacamiento, no importaba cuán superficial, de la angustia que él sentía a veces en relación a la vaguedad de su origen como individuo y como ciudadano. El tema merecía ser profundizado, pero Hache convino en que no podía seguir considerando allí en la acera, en esta ocasión, asuntos tan complejos, y se puso a la obra para recomenzar su propia historia. Con las llaves que tenía en su poder desde el día anterior abrió primero el candado de la verja de hierro, y tras ésta la pequeña puerta de aspecto castelar, con sus gruesos clavos, mirilla, argolla y cerradura de hierro forjado, y tomando aliento inició la ascensión de sus bienes, comenzando por las maletas. La escalera era sombría, estrecha y empinada, y conducía exclusivamente hasta el cuarto piso a través de dos planos perpendiculares, en cuyo vértice había un rellano donde se invertía la dirección, con un pequeño tragaluz en el muro del fondo. El segundo plano se curvaba como un signo de interrogación inclinado y conducía finalmente a un pequeño descanso de baldosas valencianas y a una nueva puertecilla, también de imitación medieval, empotrada en el vano toscamente cintrado del muro blanco. Y entonces el piso que tanto le había fascinado, que se había obstinado en alquilar, y cuya existencia, por lo demás, era imposible imaginar desde la calle. Hache tuvo que hacer al menos cuatro viajes para subir sus escasos bultos, y cuando por fin cerró la puerta tras de sí se dejó invadir completamente por el placer de la posesión de ese espacio, sus misterios, sus potenciales usos, y aun excitado y sudoroso como estaba por el esfuerzo físico, caminó una y otra vez por sus diversos compartimentos, lleno de sensaciones de impaciencia y codicia. Esta situación de instalarse allí desde ese instante le imponía la certidumbre de que a partir de ese instante y de ese espacio inmensamente vacío su vida recomenzaba a correr, como las cifras o agujas de un marcador recién vuelto a cero. Todavía sin

poder recobrar su respiración normal, le pareció que desde entonces, mediante el simple hecho de haber cerrado la puerta tras de sí, comenzaba a organizarse irresistiblemente en torno a él, el protagonista, una construcción dramática cuyo ansiado desarrollo desconocía totalmente. Tenía prisa por exponerse a esas contingencias, por conocer los pasos de esa nueva cuenta en el tiempo y en el espacio, y a la vez le atraía una posible voluptuosidad en demorarlo. Pero ¿cómo apurar lo desconocido, cómo contenerlo? De pronto, al mirarlos desde una cierta perspectiva, sus bultos le parecieron insignificantes, inútiles para amueblar esa inmensidad y para conseguir que el espacio pudiera articularse con un uso eficaz dentro del tiempo. Todo podía depender de cosas así, de detalles: el buen comienzo era tan importante. Perdido como estaba en esas divagaciones, un pensamiento lo sobrecogió, con esa fuerza de las evidencias irrefutables: había una ley de gravitaciones psíquicas, ineludible, y por el solo hecho de ponerse él en este escenario, aun así, sin muebles y polvoriento como se hallaba, con su solo peso sobre esas viejas tablas, estaba trastocando el equilibrio y la composición humanas de otros espacios insospechados de la ciudad y pudiera ser que del planeta, determinando remotamente desde aquí el desalojo de alguno de esos espacios por alguno de sus ocupantes, rompiendo vínculos, succionando elementos de combinaciones humanas hasta ese momento sólidas hacia este vacío, reordenando el equilibrio universal. Eso podía ser: que él estuviera succionando desde allí con una ciega e invisible trompa, atrayendo no sabía qué presencias hacia este espacio secreto. Sintió una especie de vértigo por todo ese movimiento en marcha hacia sí mismo, y abrumado por sus posibles consecuencias se dejó caer, con los brazos abiertos, sobre un viejo diván despanzurrado que habían dejado los anteriores inquilinos. Inaprehensibles imágenes que aludían a la materialización de aquellos movimientos dentro de esos muros se formaban y desvanecían en su espacio visual, llevándole de unas sensaciones de goce a otras de temor. Sacudió fuertemente la cabeza y suspiró, considerando entre preocupado y divertido sus ocurrencias. Pero no, no, se dijo, hasta cuándo iba a seguir imaginando el mundo como un adolescente. Era una etapa nueva, las cosas habían dejado de tener esa autonomía fantasmal del pasado. El mundo externo estaba dejando de serlo; y ya no se trataba de producir individualmente fisuras o deslizamientos en la realidad para intercalar la propia vida, sino que de apropiársela colectivamente. Costaba modificar las relaciones de uno con el mundo, eso era todo; el espacio exterior debía ser cada vez menos ajeno; estaba aquí justamente para encontrarse armónicamente con el exterior, en esta etapa de transición, para abolir por último todas las diferencias. Por lo demás había tantas cosas prácticas que considerar, tanto trabajo por delante

antes de que ese espacio pudiera estar en condiciones de servir a las posibilidades de su nueva existencia. Y antes de siquiera pensar en las tareas de limpieza y de reparación que necesitaba aquello, tenía que salir, por ejemplo, en un momento más, y comprar los utensilios más elementales: una olla, una sartén, un par de platos, de vasos y de tazas, al menos una pareja de cubiertos. Sábanas. Quizás se le olvidaba algo, pero ni siquiera necesitaba hacer una lista, todo era así de simple, como en el primer día. No pudo aguantarse más y se puso de pie, caminó impaciente hacia el amplio dormitorio, abrió las puertas plegables y salió a la terraza. El sol refulgía sobre los techos de dispareja altura del barrio, entre los que sobresalía el campanario descubierto de la parroquia de la calle Lastarria, y aquí, en la terraza, calcinaba unas plantas secas. Al fondo, casi encima, estaba la cordillera, desnuda de toda vegetación tras siglos de rapiña forestal. A la derecha, ocupando todo el frontis de la Universidad Católica, un lienzo con letras rojas anunciaba esto: “Un hombre nuevo está naciendo”. El mensaje tenía algo de esotérico para la mirada que de inmediato se desplazaba, inquisitoria, por la ciudad: de un lado los barrios ricos, trepando cada vez más alto con sus piscinas y sus pabellones por la cordillera, y del otro lado las barriadas que descendían sin fin hacia el sur, del color de la tierra, apenas tierra y materiales de fortuna levantados. Hache pensó que tiempo atrás estos grandes signos le habrían divertido bastante, que habría sido fácil atribuirlos a esa manía poetizante y verbalizadora del país, a esa necesidad de anticipar con las palabras la realidad, como había sido el caso cada vez que la deseada realidad no existía, comenzando por la del propio país, pero ahora tuvo dudas de cómo reaccionar, como si temiera poner en peligro su propia fe. Quizás podían referirse a un hecho social latente hasta entonces y por fin revelado, especialmente para él, que había vivido tanto tiempo afuera. Había tantos hechos nuevos en el país, tantas posibilidades hacía poco inverosímiles. Esa terraza podría transformarse en un pequeño paraíso, imaginó Hache en seguida. Solitaria, coronando caprichosamente las superficies desniveladas y en desorden de los demás techos, frente al oriente, la cordillera y sus montes que avanzaban casi dentro de la ciudad, Hache la vio convertida prontamente en un jardín colgante que lo contendría con su futura dicha. Se figuró las plantas exuberantes que podrían crecer allí, el sol que podría tomar largamente y esos extensos atardeceres del verano, cuando su vida sería ya otra. Había tanto que arreglar, limpiar, pintar las barandas, transportar tierra, quizás poner un toldo. Pero mucho más urgente era buscar el modo de cubrir los vidrios de esas puertas plegables, del ancho de todo el dormitorio: era como estar en plena intemperie y la luz del amanecer no le dejaría dormir. Entró; no sabía por dónde comenzar. Ya en la gran sala,

contempló de nuevo las posibilidades del espacio: esa enorme chimenea, una gran puerta barroca de dos batientes, empotrada en el muro divisorio del departamento vecino como puro objeto decorativo, y sin darse cuenta volvió a dejarse llevar por las ensoñaciones sobre el uso y destino de ese lugar, tan complejamente distribuido en tantos planos y niveles: el vano abovedado del muro de la puerta de entrada, que subía curvándose a su vez en una profunda arcada en cuya parte superior se había construido esa especie de coro eclesial o palco de taberna, con su cancela de oscuros listones festoneados; la íntima, penumbrosa atmósfera bajo las vigas que sostenían el palco, las estanterías y aquel mesón de maderas ennegrecidas y gruesos pasadores de hierro, manteniendo esa ambigüedad constante entre el mobiliario religioso y el tabernario, y la minúscula puerta, en un extremo, bajo el palco, con falsos vitrales coloreados que simplemente ocultaba los fusibles y unas repisas, y que ya la primera vez que visitó el piso había pensado iluminar interiormente para crear una sensación de distancia y de invitante más allá. Luego, la cara exterior de la arcada subía verticalmente, para formar con los otros muros laterales una gran caja rectangular, con un cielo de maderas y vigas de color negro caoba, alto, que pasado el centro de la habitación volvía a recortarse, subiendo una parte perpendicularmente y formando el espacio de la claraboya. Una parte del muro lateral, allí donde estaba él, se cortaba al bajar y descansando en una gruesa viga abría el cielo más bajo del recinto donde se hallaba la chimenea y las entradas, por un lado al dormitorio, de techo más bajo, y por otro a la cocina. Un extenso ventanal alto hasta el cielo llenaba el fondo de la habitación, y su luz, así como la que entraba por la claraboya, tamizada por los vidrios sucios, se diluía sin efectos, refractada por los muros polvorientos y sus altos zócalos de madera oscura. Mezcla de taller flamenco, de refectorio frailesco y de tasca madrileña; y luego el dormitorio de proporciones, ligereza y luminosidad de uno de aquellos hoteles mediterráneos del novecientos, toda esa invención arquitectónica le parecía a Hache fundamentalmente un escenario, y no cabía ninguna duda de que había sido construido con ese afán lúdico y a la vez anhelante de implantar una realidad significativa frente a lo que debió haber sido originalmente ese paisaje: arenales y cañaverales del cercano río, haciendas, campos de maíz y casas de adobes y tejones, de una planta, frente a la soledad casi inmaculada de la cordillera, el muro inconducente. Cabía preguntarse ¿por qué aquel escenario, válido para representar y seguramente vivir –que originalmente debió haber sido lo mismo– una determinada práctica cultural en tales condiciones de soledad, seguía siendo apropiado y sobre todo significativo para él en circunstancias tan distintas? Hache pensaba que el problema de la fundación del país no estaba todavía

resuelto, pero, al mismo tiempo, que el hecho de la fundación y sus aberraciones era irreversible. Los fundadores habían ido tan lejos con su enmascaramiento de la soledad de la naturaleza, con su necesidad de distanciarla mediante escenarios parecidos a éste, que ahora no cabía sino refundarlo todo, lo que era impensable, o usar lo ya hecho para darle una nueva orientación. Pero lo ya hecho eran también los hombres, él mismo, la sociedad donde vivía, y a pesar del disgusto por sus defectos, no quedaba otra que actuar a partir de sus consecuencias. La única posibilidad de reencontrar algo de la soledad primitiva, es decir la libertad y la armonía naturales, era a partir de su disfraz, único intermediario histórico. Lo mismo que, en términos políticos, para cambiar la sociedad, otros no veían más alternativa que usar las viejas instituciones, así Hache, para cambiar su vida dentro del país que iba a cambiar, sentía la necesidad de habitar las viejas formas estéticas, de hacerlo usando los elementos de mixtificación de la libertad que buscaba. Era una trampa de la cual en el país no escapaba nadie, ni los más puros revolucionarios: la de formar parte entrañable y sentir incluso simpatía hacia aquello en cuya destrucción se estaba empeñado. Por eso creía que en la medida del reacondicionamiento del viejo escenario, al final de los trabajos de limpieza, pintura y alhajamiento, no faltaría más que encender las luces para que, convocados por la recuperación de lo caduco y lo artificial, los nuevos personajes de la nueva vida fueran entrando uno a uno, y la trama se pusiera en acción, inaugurando entonces, solo entonces, el tiempo nuevo, la libertad de acabar con todo eso. Pero había que darse prisa. Hache intuía algún peligro, por ejemplo que otras acciones, ajenas a su proyecto, extraviadas por ahí y al mismo tiempo atraídas por este aspecto caótico y desolado del escenario actual, pudieran tomarlo por asalto, imponiéndole sus propios fines. Había una especie de tiempo vulnerable por delante; Hache siguió explorando el departamento, momentáneamente angustiado, incapaz de precisar alguna tarea inmediata y radical, tendiente a disminuir el peligro. Ya en la cocina, olvidándose de lo anterior, cedió en seguida al impulso de levantar esa trampa que estaba perfectamente disimulada en el piso. Antiguamente –le había contado la propietaria– ocultaba una escalerilla que conducía hasta alguna puerta también secreta de la planta baja. Más precisamente, situada en lo que había sido el escritorio de su abuelo, le había dicho la segunda vez: un hombre que se había desdoblado en vidas entonces incompatibles, la de los negocios y su hogar y la del arte: cuando por las tardes se encerraba en su escritorio con el pretexto de estudiar, los de la casa –su mujer, las criadas o los niños– espiaban por las ventanas a las modelos y la media docena de artistas bohemios de la ciudad, que con sus vistosos sombreros y capas, entraban por la puertecilla contigua de la calle, a la vez que oían las

pisadas crujientes del padre, que iba a reunírseles por la escalera secreta. Hache descendió unos peldaños y se encontró, agachado, dentro de un estrecho cuarto lleno de polvo y trastos, todo lo que quedaba del secreto, luego de que el acceso inferior hubiera sido clausurado. Se preguntó para qué podría servirle ese escondite. ¿Lo haría formar o no parte del escenario? Eso podría llegar a ser una decisión importante en el momento dado y tendría que pensarlo con calma. Por ahora se había puesto a examinar el contenido de un viejo baúl. A veces, vagos ruidos, retazos de llamadas y conversaciones llegaban desde los pisos bajos. La luz mezquina, el encierro, esas viejas hojas de periódicos que iba desenvolviendo para descubrir el contenido de los paquetes del baúl, le habían ido induciendo a un completo olvido de lo que se proponía hacer. Por eso, el estridente ruido del timbre que le llegó por la apertura de la trampa le hizo saltar. Pasada esa primera reacción, pensó en seguida en un error acústico –podía haber sido el timbre del piso inferior–, y luego de salir y de cerrar la trampa con todo sigilo se quedó en el umbral de la cocina, confuso, expectante. Pero ahora el timbre, además de sonar, se remeció físicamente encima de su cabeza, donde estaba colocado. Seguro de una equivocación o de una visita de la propietaria para advertirle de algún detalle superfluo, fue y abrió la puerta decididamente. En la penumbra del descanso, sofocada por la subida y a pesar de ello sonriendo como dichosa de encontrarle, había lo que a Hache le pareció una mujer de gran tamaño.

–Ah –dijo ella–, tenía miedo de que usted no hubiera llegado todavía.

Hache se quedó allí, afirmando la puerta, dispuesto a cerrarla lo más pronto posible, ante lo que le parecía una rotunda equivocación. Notando de reojo que tenía la ropa llena de polvo y que una larga telaraña colgaba de su brazo, el que apoyaba en el marco, preguntó, imperturbable:

–¿Viene usted de parte de la propietaria?

En efecto, nadie más conocía su dirección. Tras largo tiempo de ausencia de la ciudad era a él a quien correspondía reanudar los contactos.

Negando con la cabeza, la mujer se rió, y Hache vio en esa risa como el intento de excusarle por su ignorancia. Pero reírse y avanzar resueltamente hacia el interior había sido casi un solo movimiento del cuerpo de la mujer y él se había visto obligado a retirarse de la puerta.

–Frío, frío –decía, volviéndose hacia él, ya desde dentro como jugando a las adivinanzas. Con las manos entrelazadas tras su nuca, agitaba su largo pelo, echándose aire. Y como verdaderamente sorprendida–: ¿Pero es que no le digo nada, hijo?

Hache la examinó perplejo, esas ropas incoloras, como de otra

persona, ese rostro maduro, pero sin edad; temeroso de ceder a ese sentido de culpabilidad anticipada por lo que bien podría haber sido otra de las fallas de su memoria.

–Ah, pero déjeme usted tomar aliento –prosiguió, con otro tono, y sin más, con esos movimientos que tenía, que ponían en acción todo el espacio, se dirigió derechamente hacia el desastroso diván, tumbándose en él cuán larga era–. Es como si estuviéramos ya en pleno verano, qué me dice.

Hache fue y se plantó delante de ella, esperando una explicación. Toda esa conducta de familiaridad que ella mostraba con el lugar, el diván, donde estaba echada como si hubiera sido su lugar favorito, y sobre todo con él mismo, le había inhibido para manifestarse firme y expeditivo, como correspondía. Pero comenzaba a impacientarse y a demostrarlo, con una elemental discreción. Tenía tantas cosas que hacer. Por lo demás, lo que le irritaba particularmente era que alguien hubiera interrumpido su preciosa soledad inaugural en el departamento, su secreto, las fantasías que ese espacio le estaba proponiendo para su vida futura.

–Me perdonará, pero no la recuerdo en absoluto. ¿Puede decirme quién es usted y qué quiere?

Oyó su propia voz como sonando a despropósito y de inmediato sus propias preguntas le parecieron erróneas.

–Son cosas que pasan –dijo la mujer–. Tenemos que darle tiempo al tiempo.

–Mire –insistió Hache, mientras la mujer se iba sentando y le miraba dulcemente –usted se ha confundido. Yo acabo de mudarme aquí –recalcó las palabras y mostró sus bultos– y ahora, una vez que descanse, le ruego marcharse.

La mujer paseaba la vista pensativa por todo el espacio vacío, por la puerta abierta hacia el dormitorio y la terraza.

–¡Pero qué solito va a estar aquí! –exclamó, conmovida.

Una oleada de calor vergonzoso y por lo mismo de indignación abrasó la cara de Hache.

–¿Pero cómo se atreve usted?… Yo no la conozco… no la he visto en mi vida… ¿Quién le dio mi dirección?

La mujer aprovechó uno de esos movimientos interrogativos y rechazantes que él configuraba delante de ella con los brazos para alargar la mano y sacudirle el polvo y quitarle la telaraña de la manga.

–Usted, siempre tan descuidado con su ropita –dijo. Hache contuvo esa reacción que subía por su sangre, porque se dio cuenta de que no sabría resolver a tiempo el modo de manifestar esa mezcla explosiva de ira y angustia que le causaba el comportamiento de la mujer; todo lo que podría haber hecho o dicho le pareció, en el último instante, de

una violencia desproporcionada para la situación. Frustrado, con el brazo recién recogido, con la boca abierta a punto de gritar, sin saber dar con el justo término medio, señaló la puerta.

–Hágame el favor de irse inmediatamente –dijo con una calma cortés, que le recordó vagamente las maneras de porteros de hotel, de guardias palaciegos.

Así, firme, se quedó esperando a que la mujer se levantara y, de reojo, pudo ver su propio brazo estirado señalando la puerta, como un objeto ligeramente extraño. En vez de moverse, la mujer se quedó mirándole con una rendida ternura que le hizo sentir que no solamente ella, sino también él, estaban fuera de lugar.

El brazo comenzaba a pesarle.

–Pero no se me enoje, mi querubín –dijo al fin–, mire que tenemos tanto que hacer. Venga, venga a sentarse aquí conmigo. Quiero decirle algo en la orejita.

Instintivamente, Hache retrocedió un poco más. La mujer estaba ahí haciéndole mimos y golpeándose los muslos con las palmas, como animándole con eso a aproximarse.

–Por favor –dijo–, ya he tenido bastante paciencia con usted. Le repito que acabo de mudarme a esta casa y que soy yo el que tiene muchísimo que hacer. Lo que usted tenga que hacer vaya a hacerlo a otra parte.

Dio unos pasos hacia la puerta, invitándola a seguirle y a dar por terminada esa historia. Pero percibió un vacío en esos gestos suyos que querían tener un efecto perentorio. Se volvió, solo para comprobar que la mujer, además de continuar en el mismo sitio, solo seguía sus movimientos con la mirada, sacudiendo la cabeza, como resignada a su arbitrariedad. Hache se preguntó, furioso consigo mismo, qué podía hacer. ¿Era acaso el gran tamaño de la mujer lo que le desanimaba a intentar una acción más radical, quizás a cogerla de un brazo y arrastrarla hasta la salida? ¿O había otra cosa, quizás una especie de contradicción invisible en sus intentos para echarla, que hacía que no surtieran efecto?

–Está bien ya –dijo ella, como queriendo cortar por lo sano–. ¿Para qué seguimos perdiendo el tiempo? Podríamos empezar por abrir sus maletas y poner todo en orden.

Hache no se esperaba eso y otra vez no supo cómo reaccionar. Incapaz de definir sus reacciones en el momento justo, sospechando que aquello le exasperaba más de lo debido, se quedó unos segundos mudo, y ahora tuvo la clara noción de que cada lapso en su conducta jugaba a favor de la conducta de la mujer. Dio unos pasos amenazantes hacia ella.

–¿Qué quiere decir?

–Pero, hijo, tenemos que ordenar su ropita, su…

–Pero ¿por qué?… ¿Cómo… ?

–¡Uy, tantas preguntas! Si parece un juez… ¿Pero no se da cuenta, después de tantas penas, de lo solito que está en esta casa tan grande, con tantas cosas por hacer? ¡Dios mío! ¿Cómo no? No, no se me enoje…

–Pero usted… ¿qué sabe? ¿Quién le dio mi dirección? Hache había ido avanzando agresivamente hacia ella, que mientras hablaba, le sonreía con una turbia y maternal compasión.

–¿Quién le dio mi dirección? –insistió, vehemente, casi encima de su cara, sintiendo una especie de repugnancia hacia esa inmutable ternura que emanaba de la mujer y al mismo tiempo hacia una oscura nostalgia de esa ternura que registró en alguna parte de sí mismo.

Exasperado por el mutismo de la mujer y además por esa expresión que tenía, de desconcierto y congoja, repitió su pregunta una y otra vez, hasta que se dio cuenta de que la estaba remeciendo de los hombros, casi montado encima de ella, lastimándola. Con la cara ahora oculta por las manos, la mujer sollozaba. Hache se apartó, confundido.

–Perdone –dijo, con un tono de asco e irritación, y se quedó un instante absorto, mirándola en silencio.

Pero en seguida, sintiéndose vagamente culpable, ya con un tono más conciliador, volvió a la carga:

–¿Por qué no se va usted? Ya se ha dado cuenta de que tengo muchísimas cosas que hacer; entienda que ahora me está quitando el tiempo.

Comenzó a pasearse delante de ella; iba y venía, haciéndose gestos de indignación y conmiseración para consigo mismo. Esa enorme mujer haciendo pucheros en el diván despanzurrado, sus maletas todavía sin abrir, nada suyo, ni siquiera su cepillo de dientes, instalado en la casa. Sus proyectos comenzaron a parecerle inaccesibles. Debe ser una loca, pensó; debe ir así, de casa en casa, produciendo estas situaciones. Pensó también en la solución que habría buscado cualquier otra persona en tal caso: recurrir a la policía, que estaba a unos pasos, en la misma calle, pero esto a él le repelía definitivamente, por principio. Le pareció que la mujer le espiaba detrás de sus apagados sollozos, sus pelos sobre las manos que cubrían la cara. Se le ocurrió incluso que detrás de toda aquella apariencia penosa, a través de sus pelos y sus dedos, podía adivinar una sonrisa ávida y concupiscente. Pero podían ser fantasías suyas, y lo mejor, por ahora, era terminar con cualquier clase de fantasía. Recién ahora que tenía el rostro cubierto, pensó en la apariencia de la mujer. Recordó que, como desaprovechando el espacio de la cara, muy amplio, tenía los ojos pequeñísimos, muy juntos y altos, casi pegados al puente de la nariz. Lo que en la parte inferior venía a ser justamente lo contrario,

pues la boca, una gran boca carnosa, ocupaba todo el espacio, haciendo pensar en ciertas jarras de cerámica indígenas, en un órgano poderosamente prensil. Recordó también la gran mata de pelo negro, liso, que cubría su espalda, ésta que ahora estaba ocultando su cara inclinada. Tenía la piel muy blanca, pero era difícil imaginar la verdadera forma de su cuerpo. Quizás en otras circunstancias habría percibido algo de atractivo en ella, pero esa clase de atracción, pensó Hache distraído, simultáneamente repulsiva que suelen tener ciertas mujeres adultas para algunos niños.

–Mire –dijo–, yo tengo que arreglar mis cosas, e inmediatamente tengo que salir. Ahora que ya ha descansado, puede irse.

–¡Pero si yo le arreglo todo, salga nomás! –se apresuró a responder ella, descubriendo súbitamente el rostro, reanimada, los ojillos chispeantes de voluntad.

–¡Pero no! –protestó Hache, golpeando el suelo, y con ello haciendo un esfuerzo por librarse de la confusa impresión que le causaba la mujer, cada vez más irritado consigo mismo por no haber sabido, desde el comienzo, cortar toda posibilidad de semejante situación–. No tiene nada que arreglar aquí. Váyase.

Las palabras no sonaron, le pareció, con la firmeza y objetividad debidas; su eco le trajo unas reminiscencias de riñas y rupturas con personas con quienes había tenido alguna intimidad. Y entonces creyó darse cuenta de que cada acción suya, en esas circunstancias creadas por la mujer, no conducía sino a traicionarle un poco más, a comprometerle un poco más con lo indeseable, alejándole proporcionalmente de la libertad y las promesas de ese primer día de instalación.

La mirada de la mujer permaneció fija en él, inalterada por su rechazo, llena de radiantes promesas y anhelante de algún signo final de transigencia. Súbitamente Hache le dio la espalda, partió a largos trancos y con un ademán brusco abrió la puerta de entrada de par en par, forzando sus goznes al máximo, para señalar así a la intrusa que no había ninguna otra alternativa, nada más que decir. Planteadas así las cosas, contaba con que en un momento u otro ella tendría que darse por vencida y salir por allí, devuelta a su anonimato. Inmediatamente, y ya como ignorándola por completo, prosiguió ocupaciones supuestamente interrumpidas por su llegada, esto es, se agachó para coger el somier que había dejado allí en la entrada, para llevarlo al dormitorio. Pero al hacer esto, con esos movimientos ciegos del enfado reprimido, no advirtió que ahora la puerta venía cerrándose de vuelta, contraimpulsada por sus goznes, así que al levantar la cara, cuando iba a partir con el somier al hombro, dio brutalmente de bruces con su canto. Soltó un grito y, al llevarse las manos a la cara herida, dejó escapar el somier, que cayó sobre el

empeine de uno de sus pies. Lanzó otro grito, mucho más fuerte, de ira y dolor, y polarizado, escindido por ambos dolores, tuvo la sensación de que todo su ser se dividía entre ellos, fugándose irrecuperablemente hacia direcciones opuestas. Así, abandonado de sí mismo, gimiendo, comprimiendo con una mano el pie herido y encogido y con la otra la cara sangrante –la parte del pómulo y del arco ciliar–, sintió que la mujer le rodeaba con sus brazos y se afanaba en calmar sus sufrimientos.

–¡Ay, mi pobre niño –decía plañidera– se ha hecho nana! Y ya besándole el pie herido, ya soplándole su aliento en la cara, entre mimos sin cuento, oyó que canturreaba con prisa "sana, sana, culito'e rana" o algo por el estilo.

Como para disminuir la distancia de sus partes escindidas, o como para reunir sus dolores en uno solo, que era lo mismo, Hache se había ovillado en el suelo, juntando el pie herido con la cara herida, y en esa posición le pareció del todo natural oír aquellos insensatos sonidos que se abatían sobre él. Pero no olvidaba –ante todo no quería olvidar– que lo fundamental era defenderse. Y al mismo tiempo que reducía su cuerpo de aquel modo, para reducir el campo de acción del dolor, daba manotazos hacia afuera, hacia esa masa extraña y confortable de carne y calor, de opresión y palabras, que envolviéndole trataba de introducirse en su soledad, de interponerse entre él y sus dolores, de mediatizarlos. Pero no tenía fuerzas para aplicarse en esas dos luchas contrarias. Vestigios de una conducta remota minaban su voluntad, instándole a aceptar el dolor y el consuelo. Y entonces advirtió que, como en un tiempo también remoto, derramándole desde lo alto arrumacos y palabrejas con unos labios que le abrasaban la piel, sin esfuerzo la mujer lo alzaba del suelo y comenzaba a transportarlo. Pataleó en el aire con su pie sano, estiró la mano y buscó en el espacio, ciego, algún objeto del que aferrarse, pero con esto solo consiguió que la mujer ciñera todavía más su cuerpo y redoblara sus manifestaciones de consuelo. Fue durante esos escasos segundos, mientras era transportado así, en ese nido aéreo, cuando algo se modificó en los sentimientos de Hache; de pronto comprendió que se había reanudado en él un sentimiento del que no tenía memoria pero que absolutamente tenía que haber existido: la certeza de que volvía a ser invulnerable. Pero no ya invulnerable con respecto a estos recientes dolores, que para entonces habían desaparecido, sino que anteriormente, invulnerable a todos esos sufrimientos y temores que había habido después, a lo largo de su vida. Pero casi al mismo tiempo se dio cuenta de que el viaje iba a terminar y ya anticipadamente comenzó a sufrir toda la angustia de reperder aquella gracia, de regresar al desamparo. Sintió la inclinación del cuerpo de la mujer para tenderlo, probablemente en el diván, y se

abrazó a su cuello.

Era una profunda sensación de desgarramiento y tuvo ganas de berrear, en protesta del aterrizaje, pero ya estaba tendido y por lo mismo recordó que debía rechazar globalmente, de raíz, todas aquellas complacencias consigo mismo. Penosamente, ahora que estaba libre, hizo un esfuerzo por apartar la carne caliente de un regazo, los brazos, la melopeya que le envolvían. Pero con ello, como rompiendo algún encanto, los dolores le volvieron brutalmente, paralizándole, y así no tuvo más remedio que someterse a los alivios que ese refugio le brindaba. Por un tiempo, a regañadientes, se dejó estar en esa atmósfera cálida y meciente. Pensaba que debía tener un ojo herido y por un reflejo defensivo había mantenido hasta entonces los dos fuertemente cerrados. Ahora, con cautela, comenzó a abrir aquel que sin duda estaba sano. No vio casi nada, apenas una referencia luminosa refractada, unas sinuosidades rosáceas. Se dio cuenta de que parte de su cara estaba cubierta por los largos y espesos pelos de la mujer y que ese calor balsámico que aliviaba la parte herida provenía de estos grandes y muelles pechos, ahora inexplicablemente desnudos, entre los cuales su cabeza había sido acunada. Alzándola cuanto pudo hacia arriba descubrió, dentro de aquella íntima penumbra, la cara llena de gozo y solicitud, volcada hacia la suya.

–Quieto, mi querubín, estese quietecito –le decía, meciéndole–. Ahora vamos a limpiarle la carita, el piececito, y entonces vamos a ponerle una pomadita y pronto va a estar sanito otra vez.

Sintió una subterránea oleada de furia y al mismo tiempo de vergüenza de hallarse así, tan íntimamente a merced de la vocecilla melosa, infantiloide, que pretendía introducirse en su cerebro y encontrar allí, probablemente, alguna oscura complacencia. Pero a su vez, desde esta complacencia, también sintió un disgusto por estas reacciones que amenazaban turbarla, por este impulso de su torso para zafarse de la cuna. Ya semincorporado, le pareció que venía en su auxilio un vago sentimiento de culpabilidad: ¿no iba a ofender los sentimientos de la mujer al querer escapar así de sus cuidados? Se quedó absorto en preguntas semejantes, mientras ella rascaba su cabeza; incapaz de mirar ahora la situación fuera del nuevo contexto de esas relaciones. Como una escapatoria a medias, se le ocurrió que necesitaba mirarse en un espejo, verificar por sí mismo el carácter de sus heridas.

–Déjeme ir al baño –susurró, tratando de hallar un tono ni consentido ni rudo, casi disculpándose de tener que abandonar su regazo.

–Pero si yo lo llevo, mi ángel.

Diligentemente, con dulzura, la mujer se puso de pie, ofreciéndole

su cuerpo y sus brazos para que se cargara en ella. Hache hizo un ademán discreto, deferente, para rechazar su ayuda e intentó levantarse y avanzar por sus propios medios. En el fondo, no había creído hallarse tan mal herido. Al pisar, gritó como si hubiera recibido el golpe del somier por segunda vez. Recogió el pie y lo anidó entre sus manos, equilibrándose dificultosamente con el otro, gimiendo y dando saltitos para mantener el equilibrio, pero ya entonces estaba a su lado la mujer, sosteniéndole, abrazándole por las caderas, besuqueándole el pie, "mi niño porfiado, ya me lo decía yo, prométame que va a ser buenito ahora", y reducido por el dolor él no tuvo otro recurso que aceptar su apoyo y así, pegado a ella, avanzó cojeando hasta el baño. Pero una vez adentro, ya afirmado en el lavatorio, la apartó hacia el exterior con unos reiterados y tranquilizantes gestos, y cuando la mujer, desconfiada, después de largas recomendaciones se avino a dejarle solo, él aproximó miedosamente la cara hasta el espejo. Abriendo de a poco el ojo sano descubrió que no le había sucedido nada en el otro; en cambio sí tenía una profunda herida, llena de sangre coagulada, en el borde externo de la ceja, y un hematoma crecientemente violáceo en el pómulo. En cuanto al pie, no observó ninguna herida visible, aunque persistía esa extrema sensibilidad que no le permitía siquiera apoyarlo en el suelo. Tuvo la intención inmediata de limpiarse la sangre, pero ahí advirtió que en el baño no había nada apropiado para hacerlo. Aun aceptando que eso era perfectamente natural, puesto que nunca antes había vivido allí, tuvo ese tipo de reacción malhumorada de quien busca atribuir a alguien un acto de negligencia. No le quedaba otra que lavarse directamente con el agua del grifo con ayuda de los dedos, pero esto, sin mayor reflexión, le pareció repulsivo e incluso escalofriante. Podía ser debido a que los grifos estaban oxidados, el lavatorio grasiento, y en general todos los bordes llenos de polvo, manchas, telarañas e insectos muertos. Entonces se dio cuenta, escandalizado, de que estaba pensando en pedir ayuda de la mujer. Sin embargo, inmediatamente luego de haber rechazado de plano tal ocurrencia, sintió un vago temor de que ella ya no estuviera allí. ¿Iba a comprobarlo? ¿Qué pasaba? Le pareció estar mirándose no en el espejo sino en una masa acuosa que deformaba su apariencia y sus pensamientos. ¿Dónde estaba él, dónde? Algo se había desconectado en su relación consigo, pero también una especie de estupor le impedía pensar en ello. Trató de buscar algún auxilio en el exterior, mirando por la ventanilla, y a través de la densa suciedad solo adivinó una difusa superposición de techos, un cielo que no podía corresponder a ninguna hora definida. Estaba con ambas manos afirmadas en los bordes del lavatorio, viéndose en el espejo cubierto de salpicaduras secas con esa mirada mediocremente interesada del

espectador que duda aun de la calidad del drama. Algo le parecía poco convincente, pero no lograba acertar. Mientras se miraba así, vio que el otro, el que se reflejaba, oía con cierta complacencia diversos ruidos que más allá de la puerta sin duda hacía la mujer. Ruidos de barrer, de soplar, probablemente, de diligentes idas y venidas, de arrastrar objetos. Todo eso oscuramente le reconfortaba, le vaciaba de pensamientos. Estaba inmóvil allí, dejándose mirar, y el que miraba dejándose embeber poco a poco por el abismo abierto en su memoria. No es nada, se dijo, solo a causa del golpe, y al instante se dio cuenta de que se estaba dando la explicación a través del espejo, para tranquilizarse allí, afuera. Se volvió. La mujer había entreabierto la puerta y le estaba mirando con ese aire de maliciosa severidad de los adultos. Se la veía acalorada y había comenzado lo que parecía un comentario sobre sus recientes actividades, algo que comenzaba con uf…, pero dándose cuenta de ese estado absorto y negligente en que se hallaba Hache se interrumpió, dejando ver, por un instante, un gesto de desconcierto, que borró de inmediato con un largo suspiro y movimientos laterales y reiterados de la cabeza, como autocompadeciéndose de los trabajos que él le daba, ya sonriendo otra vez, al tiempo que entraba y ponía un rollo de papel en el sujetador.

–Por si quiere hacer caquita.

Hache se volvió hacia ella, lleno de un desolado asombro.

–Vamos, vamos –prosiguió la mujer–, qué flojito es. Si ni siquiera se ha lavado la cara, debería darle vergüenza.

–Pero usted…

Iba a recriminarla por… por… por su… Buscaba la palabra y se detuvo, la boca abierta, el gesto inconcluso, comprendiendo que lo inasible no eran las palabras, sino el fundamento del ultraje que quería impugnar. Allí donde esperaba sentir la ofensa y desencadenarse la respuesta iracunda para expulsar a la intrusa, solo halló una abrasante y confusa emoción que subía a su cara y hacía remontar unas densas lágrimas hasta sus ojos.

–Venga, mi tesoro –dijo la mujer, tomándole de la mano y conduciéndole–, venga conmigo a la camita. Vamos a curarle sus llallitas, vamos a…

Envuelto por esa melopea de protectores y dulzones proyectos, Hache se dejó conducir, como si siempre hubiera aspirado a que fuera así y solo perversas circunstancias se lo hubieran impedido. Siempre iba quejándose al caminar, cojeando, pero ya de una manera puramente retórica, al tiempo que observaba que no le asombraba en lo más mínimo encontrar su cama ya hecha en un rincón, abierta, con las sábanas bien estiradas, ni tampoco ver que los vidrios de las puertas plegables estuvieran cubiertos cuidadosamente con hojas de periódicos. Era así, siempre había sido así: diversas estampas y

chucherías –que por su parte no había poseído jamás– adornaban dudosamente los muros; unas florecillas, quizás de origen silvestre, puestas en una lata, en el piso, en el sitio del inexistente velador, querían crear una ilusión hogareña. Protestó aun, refunfuñando, mientras la mujer le desnudaba, pero sabía que esto no era más que la manifestación de un viejo hábito suyo, conocido y tolerado por la mujer, nada sino la necesidad de mostrar enojo para disimular el placer que ese tipo de cuidados íntimos le producía. Mientras la mujer iba ahora en busca de elementos para curar sus heridas, mirando el cuarto vio en un rincón sus maletas, aparentemente vaciadas. En efecto, más allá de la puerta, en un armario empotrado en el muro, se alcanzaban a distinguir algunas de sus ropas colgando. La ventana que había en el centro del cuarto tenía sus postigos cerrados, de manera que era difícil saber la hora o el clima que había en el exterior. Como restituyéndose a un orden pretérito y perdido. Hache cruzó las manos sobre el doblez de las sábanas y reclinando la cabeza en la almohada se dejó formar parte de esa atmósfera crepuscular. Cerca de su cabeza, en el papel del muro, redescubrió el pequeño rayo de sol, intensamente amarillo, que durante incontables horas de fiebre había sido su única referencia del transcurso externo de un mundo animado; el mismo que cada tarde, si es que existían tardes y mañanas, durante todos estos días de fiebre, debilidad y abandono, se había abierto camino hasta él a través de una ranura de la ventana, recapturándole a la vida por unos instantes, descubriéndole frente a los ojos los inquietos e impalpables átomo pobladores de su trayectoria, aparentemente errantes, pero, sabía él, regularmente sometidos a su suerte de gravitaciones y rechazos, subiendo, descendiendo al parecer sin sentido, copulando al azar, desprendiéndose al azar, sustituyéndose sin identidad ni memoria. Cansado ya de llamar, quemado por la fiebre, desesperanzado de todo auxilio y consuelo, Hache se abandonó a la dulzura, como otros días, de volver a irse con aquellos corpúsculos, como un extraño más por la vía solar, vagabundeando ingrávido y de pronto girando sobre sí mismo, subiendo en espirales, cayendo y remontando sin comprender, y otra vez flotando en medio de ellos, solidario y absolutamente solitario a la vez, ciego y traspasado de luz, puro objeto y revelación de la luz, complacido y distraído al mismo tiempo de ser uno más entre ellos, hasta la vuelta de este momento, crecientemente angustioso, en que el haz se iba haciendo más angosto y denso, amarillo ígneo, amarillo naranja, rojo, rosa, y en que los viajantes entonces comenzaban a desaparecer en la medida en que desaparecía el camino, opacándose cada vez más rápidamente y él volvía a su postrada posición, a esta fiebre, a esta sed que eran suyas, nada más que suyas, y el silencio volvía a hacerse sentir, el miedo. Pero esta vez no: ahora oyó que la

voz respondía a sus llamados, que los fuertes pasos indudablemente se aproximaban, y pronto sintió que la mano de ella calmaba el ardor de su frente, humedecía con algo la sequedad de su boca. La percibió reclinada sobre él, reconfortándole con sus zalamerías y cantingas y recibió como un bálsamo para aquella remota pero inextinguible fiebre el algodón empapado de quemante líquido con que limpiaba las heridas de su ceja y pómulo; gruñó aun por el renovado dolor, pero ya más bien con ese desenfado de quien comunica el dolor, seguro de compasiones y recompensas. Luego sintió el untuoso contacto de una pomada, la presión de una venda, y cuando su curación pareció terminada oyó un crujido de papeles que estaban siendo desenvueltos.

–Le había traído una patita de pollo –la oyó decir–; todavía está calientita.

Y él recibió en la mano el bocado, aspiró el evocador, estimulante perfume de la carne asada y se puso a mascarla. Le pareció que todo estaba bien así, que mientras él iba arrancando las tiras de carne, tragándolas, ella, más allá, casi borrosa, fuera masajeando unciosamente su pie, musitando cosas como

ya se va la nana intrusa,
mi patita hedionda y sucia.

Que la habitación fuera oscureciéndose y que ahora ella aplicara sus carnosos labios sobre la parte contusa, exhalando lentamente bocanadas de aire, sin interrumpir sus cantinelas amodorrantes. Y que de lejos, de un incalculable allá afuera llegaran hasta él risas y gritos de muchachos que probablemente jugaban en la calle, ruidos de aceleraciones y de bocinas de vehículos, músicas mixtas, una voz que seguía, desacompasada, la canción de una radio, unas llamadas en un patio, todo ello desprendiéndose e individualizándose por momentos de la fluencia ruidosa urbana general de otro atardecer, de otro tiempo de aventuras y excitaciones prohibidas para él, en su prisión de fiebre, debilidad y abandono. Pero ahora la nostalgia de esa libertad le resultaba casi dulce, e incluso la tristeza de que su cuerpo no pudiera levantarse una vez más. Él se sentía casi desprendido de todos aquellos cotidianos sentimientos vespertinos, y en la penumbra creciente, allá en el fondo de los espesos pelos que caían sobre la cara, vio sin mayor sobresalto encenderse los pequeños y casi yuxtapuestos ojos de ella. Era un destello ávido, prometido desde lejos, desde repetidas noches de terror, y ahora, como si supiera que ello no era más que la señal de un preestablecido rito que no cabía sino aceptar y celebrar, esperó hasta ver su boca dilatándose, incorporándose en toda su carnosidad y rojez, casi desprendiéndose e independizándose, le pareció, de la cara. La boca abandonaba los previos cuidados de su pie

y, a la manera de un gasterópodo, avanzaba hacia él por sus piernas. Hache se quedó un tiempo absorto mirando el mecanismo de tracción: la boca progresaba adelantando el labio superior, para lo cual se valía del adhesivo sostén del otro, no aventurándose hacia una nueva posición en la pierna sino en la medida en que el inferior lo alcanzaba y juntándose con el superior, por un momento volvía a darle un nuevo punto de apoyo, y así sucesivamente. Cuando al fin la vio asomarse sobre su rodilla, granate y brillante de humedad en la sombra, estaba sintiendo que le alcanzaba un profundo sueño, como si recién descansara, no sabía si precisamente de aquella fiebre o de días y días de ansiedad y peregrinajes. Percibió aun, residualmente, la necesidad de huir, de rechazar, e incluso le pareció recordar que tenía algo importante que hacer, que debía ir en busca de algo o alguien, pero tales impresiones se disolvieron antes de formularse, empujadas por la profunda somnolencia. Y ahora, en el último instante, al entrever la enorme masa desnuda que venía emergiendo tras la rojez de la boca, levantándose blanca y palpitante sobre su cuerpo, luminosa a pesar de la oscuridad, volcándose sobre él, cubriéndole de calor y ruidos roncos, violentamente envuelto y succionado, llevado ya muy lejos, tuvo la desesperante sensación de ser feliz.

II

1. El goce del orden inmanente

Estoy respirando el aire cálido y celestial de un clima inmutablemente primaveral; dentro de esta temperatura, que es a la vez mi cuerpo, mi sangre serpentea de goce; mis placas verdes, romboidales, vibran al paso del aire con un zumbido musical y resplandecen, devolviendo esta luz suave, filtrada por tiernas y protectoras vegetaciones; bajo las placas, que mantengo entreabiertas, mis vísceras laten deleitosamente. La sensación de que soy bellísima, la única de su género, la última y la más hermosa. Además, estoy encinta, pero esto no tiene otro significado que no sea el perfeccionamiento totalizante de mi goce corporal. El mundo es nada más que este espacio inmediato donde mi cuerpo se complace, nada más que este clima, este aire verdoso y claro que me alimenta; no se me ocurre hacerme preguntas ni sobre el tiempo que me ha precedido ni sobre el futuro; posiblemente todo el espacio está ocupado por esta belleza mía, y en él todo coincide conmigo en este amor y deleite –mi gigantesco cuerpo verde vibrando en la floresta–, en este poderoso sentimiento de que soy la última, de que soy bella y de que estoy protegiendo el fruto de mi vientre, que es inmutable y no tiene más destino que este goce de sentirlo perennemente en mí.

2. La propia batalla en la mañana del golpe

Emerger brutalmente desde allá a la blancura del día, calzar esta conciencia heladísima que ya está esperándonos con la explicación adecuada: es el trueno del aire desgarrado por los aviones, a unas decenas de metros sobre el techo, lo que nos despierta. Marginado del sueño, pero aun tratando de no abandonarlo, aun queriendo volver a él si fuera posible, saco un brazo de alguna parte de la cama, un brazo que conoce los objetos por sí solo y que conecta la radio. Recuerdo que Eva está conmigo otra vez, siento que se ha sentado bruscamente en el lecho y cuando entreabro los ojos reconozco su torso donde los viejos colores del sol han empalidecido tras los meses de invierno, encuentro sus ojos que me buscan y más que preguntar afirman y cuyo

verde también se ha descolorido y si, digo que si con la mirada mía, venciendo espontáneamente el desamor, los turbios rencores que se han venido acumulando, qué pueden importar ya estas cosas, estableciendo tan fácilmente, como si ese trueno fuera la consigna para situarnos en otro plano, una fraterna y sombría complicidad: vamos a asistir juntos a esta representación mil veces esperada, conjurada, exorcizada: "Habla el Presidente de la República desde el palacio de La Moneda", así, después de todo juntos, como si al fin se hubieran abierto las cortinas del escenario y nosotros pudiéramos interrumpir nuestras querellas, nuestras discusiones ociosas, nuestros juegos y enredos marginales y volver nuestra atención hacia la voz del Prologante y a la vez Héroe que va a exponernos los elementos del drama y que al mismo tiempo va a consumarlo frente a nosotros. Pero ya antes de despertar del todo, una duda: ¿es que verdaderamente va a haber drama esta vez? ¿No estaremos comprometiendo nuestra atención y no iremos a arriesgar nuestras emociones en una nueva farsa, con dudosos vencidos y héroes de pacotilla y un final de fiesta feliz, verboso-musical al final del día para recompensarnos a las masas de la energía psíquica –dirán después del fervor revolucionario– puesta en juego? "Informaciones confirmadas señalan que un sector de la marinería habría aislado Valparaíso" –Eva salta de la cama, abre precipitadamente las ventanas plegables que dan a la terraza "y que la ciudad estaría ocupada" –cielo alto lechoso, que ha vuelto de inmediato a fijarse en una perfecta inocencia tras el desgarro de las máquinas bélicas "lo cual significa un levantamiento en contra del gobierno, del gobierno legítimamente constituido, del gobierno que esta amparado por la ley y la voluntad del ciudadano".

Despertar, despertar, al menos hoy, ser consciente de algo más que estos ruidos y discursos, adivinar sus significaciones extrainmediatas Develar su última verdad semántica. Siempre me ha costado pasar del sueño a la vigilia, no entiendo cómo hacen los demás, cómo se dividen indoloramente en conductas diurnas y nocturnas. Un trabajo de transición que me toma horas, que necesita ritos y mimos para no extraviarme en la buena dirección de mí mismo. Si el fin es recapturar la propia sensibilidad, las ideas, las opiniones de la víspera; remplazar los caóticos, regresivos sueños por aquella personalidad relativamente coherente que uno había llegado a rehacer al final del día anterior, se hacen necesarios estos ritos: gestos repetitivos, invocaciones, ensayos de reconocimiento, pequeños actos y juegos reiterativos y dulces que vayan inspirando confianza en el propio cuerpo, domesticándolo, reconstruyéndolo cotidianamente. Hoy no habrá tiempo, la transición es brutal: "legítimamente constituido", "amparado por la ley", "la voluntad del ciudadano", despertar antes de ser hipnotizado por las palabras, asistir al esperado y temido espectáculo con los ojos bien

abiertos, comprender quiénes realmente son y qué quieren los héroes y los malvados. No habrá tiempo y probablemente no habrá ni verdadero desprendimiento del sueño ni verdadera vigilia. Eva grita que ve los soldados en el techo de la Universidad Católica, ahí al frente de la terraza. Probablemente guardando las antenas del canal derechista. ¿Guardando u ocupando? Los vuelos rasantes siguen rasgando el cielo, en sordina, en otros puntos distantes de la ciudad. "En estas circunstancias", continúa el Hablante –voz de vieja, eficiente máquina política, que conoce sus multiplicantes engranajes– "llamo sobre todo a los trabajadores" y de pronto, en un segundo, los aviones vuelven otra vez sobre nuestras cabezas y Eva salta hacia el interior, como si hubiera estado a punto de ser decapitada, y se vuelve insultando furiosamente hacia el cielo. "Como primera etapa, tenemos que ver la respuesta, que espero sea positiva, de los soldados de la patria, que han jurado defender el régimen establecido". Como diciendo en qué mundo hemos despertado, Eva trata de fijar su mirada en un punto inteligible, ya en mí, ya en la Voz, que cree necesario invocar en nuestra defensa los mismos preceptos sagrados que el enemigo parece haber invocado con más oportunidad y éxito, y como desamparada ha tomado mi mano, gesto tan inusual en los últimos tiempos, y yo incluso se la aprieto, dando a esa presión un signo amistoso, de condolencia casi, que ella no podrá confundir con una caricia. "En estas circunstancias, tengo la certeza de que los soldados sabrán cumplir con su obligación. De todas maneras, el pueblo y los trabajadores…" "Pico", dice Eva a la Voz y escupe encolerizada, porque no acepta el hecho discriminatorio de que los insultos consistan exclusivamente en la mención de los órganos sexuales femeninos.

Ojos abiertos pero qué extrañeza. Que los sueños terminen de volver a sus cavernas, a sus correspondientes bobinas, que ésta, la realidad histórica y mensurable pueda instalarse en su lugar, de una vez por todas, en mi cabeza. Entonces, debe ser hoy. Ese desgaste emocional de los sucesos demasiado esperados. Pero aun más: esta desconfianza fundamental: ¿por qué no nos han anunciado la fecha y la hora exacta de la representación? ¿Por qué, si los preparativos estaban en marcha, a la vista de todos, hace tanto, tanto tiempo?

Junto con la circunstancia de la enunciación retórica del drama, esta omisión, esta desatención, va condicionando en mí un ánimo de disgusto, de suspicacia. Otra vez condenado al rol del espectador, y peor: del espectador desprevenido. ¿Seremos nosotros los únicos? Mis dedos ruedan la perilla buscando otras emisoras, otras alternativas, más felices, del sueño interrumpido: músicas marciales, voces aparentemente neutras, paternales, que piden por ejemplo no asomarse a la calle, mantenerse en casa, en calma. A esta hora el coro

enemigo pretende ser todavía inocente; todavía no estima oportuno volcar contra nosotros sus oscuras pasiones, escupirnos con la sangre envenenada que ennegrece sus venas. Eva va, desnuda, de una parte a otra de la casa, oigo que intenta telefonear. Adormilado aun, me pongo el traje de baño y me deslizo hacia la terraza. Cielos con una delgada y alta pátina de nubes, como a través de una galería de vidrios empañados. Todo quieto en este instante. Recién me doy cuenta de que lo único insólito es este silencio que emana de la ciudad. Es mejor, después de todo, que Eva esté conmigo. Me digo que es mejor, se habrá aburrido donde los Akesson, con quienes se había ido a vivir después de nuestra última pelea. El fuego estalla cuando empezaba a recordar con renovada furia la odiosa escena, tras la cual me prometí no verla más; como si los contendientes hubieran estado emboscados, sin respirar ni moverse, en espera de alguna señal. Los disparos parecen provenir del ala derecha de este hemiciclo de altos edificios que se forma en las proximidades, más allá de la terraza, y aun cuando me he echado al suelo, compelido por algún reflejo que no puede ser sino congénito, siento que las balas silban sobre mi cráneo, o así me parece, y la piel se me encoge con sus latigazos en los muros de concreto de los edificios vecinos. A mis espaldas, detrás de nuestra casa, quizás desde el cerro Santa Lucía, responde la ráfaga de una metralleta. Reptando, vuelvo hacia el interior, paso junto a los pies de Eva que, asomada, insiste en mirar el diálogo de las balas con la curiosidad más imprudente; trato de que al menos se tire al suelo también, y sigo a gatas hacia la otra habitación, cómo llamarla, salón, taller, cocina, comedor. Conecto la radio de mayor potencia.

Aquí nos asalta la otra Voz por la radio: proximidad de lo fantasmal que lo hace algo ridículo, y lo fantasmal es probablemente todo eso que nos habíamos obstinado en encubrir y recubrir con hojas de acanto, frontispicios y alegorías sin cuento y, subsecuentemente, en olvidar: la primigenia voz de cuadra y cuartel que inauguró nuestra historia, la voz originaria de todas nuestras instituciones y preceptos morales, voz simbiótica de lo divino y lo castrense, hablando ahora no remotamente lejos, montada en sus cabalgaduras, rompiendo los otros sonidos del paraíso, y ni siquiera en los vagos recintos suburbanos donde al final suponíamos haberla relegado, entretenida en su discurso de ritos patrios, caballerías, emblemas, antiguallas bélicas pintadas incansablemente de verde, sino aquí, de pronto en nuestra propia casa, con la mayor legitimidad del mundo, casi en el umbral de nuestros propios sueños; y es que quizás todo lo que aquí se hizo e hicimos para distanciarnos de la Voz de mando y modificar el lenguaje de obediencia no fue sino una fenomenal mascarada, un acto de ventriloquismo histórico, y la Voz estuvo siempre ahí, diciéndonos las mismas cosas, pero llegándonos con otras modulaciones, con teatrales

subterfugios, no importa con qué halagos y promesas mientras su originaria voluntad de sometimiento fuera cumplida. En un instante, toda la compleja construcción de mediaciones amortiguantes y de metamorfosis institucionales: cabildos, municipios, parlamentos, sindicatos, se viene sin mayor problema abajo, como las telas pintadas de los fotógrafos de playa, y la Voz se oye con su primitiva desnudez cortante, y esto es aun más curioso: aun cuando nunca antes la hayamos oído, el poder autoritario, angustiante, de la Voz sobre nuestras emociones, queda de inmediato restaurado. Fantasmal y familiar: paternal, patriarcal: ecos del terror de la violación original que subyace en la memoria colectiva, reconocimiento del terror familiar, escolar, laboral probablemente, policial sin duda, de la infancia y la adolescencia, toda una cadena de transmisiones de la misma voz autoritaria y cerril, cadena que supusimos, de pronto, ingenua, airosamente, rota; voz de un mundo que voluntariamente momificamos e hicimos objeto del ridículo y cuyos intentos de resurrección y sueños de reconquista nos parecían quiméricos o al menos pintorescos, dada nuestra convicción en la legitimidad histórica que representábamos. La Voz podría parecernos la parodia que hicimos de ella si los aviones, los disparos, las palabras del Presidente, el silencio de los que debieran acallarla, no confirmaran su autenticidad. Básicamente la Voz de mando invoca, pero con toda su brutal y fundacional legitimidad, los mismos valores abstractos y sagrados que la otra Voz, la del Presidente, también ha invocado, unos minutos antes, en su favor. La Voz de mando revela que los golpistas están “unidos para iniciar la histórica y responsable misión de luchar por la liberación de la patria y evitar que nuestro país caiga bajo el yugo marxista, y la restauración del orden y la institucionalidad”. Inequívocamente: su patria, su institucionalidad, las que ellos crearon desde el primer día con sus armas y nos impusieron más tarde, no siempre a boca de cañón, claro está, sino con esa turbia ideología que secretan en la historia las armas y sus hechos; hacen bien en invocarlas y en montar en sus máquinas de guerra para imponérnoslas ahora derechamente, sin los subterfugios mediadores y encantatorios que al fin tenían por objeto dar y darnos la imagen de nuestra voluntaria aceptación. Contrariamente a lo que acaba de hacer el Presidente que al disputarles la representación de su patria y su institucionalidad solo confirma ante ellos su calidad de impostor y ante nosotros su delirio de defensor de lo que no nos concierne. ¿O es que con la expropiación y manipulación de los conjuros del enemigo espera todavía hoy, cuando están casi encima de nosotros, aplacarles, confundirles? ¿No es el momento, la gran ocasión de decirles, aunque sea tarde, y para que al fin uno pudiera despertar en un día inequívoco, bajar esta escalera con certeza a realizar algún acto

inequívoco, que nuestra patria no es, no será nunca esa, la de ellos, que él, el Hablante, está ahí donde está hace tres años y nosotros aquí hace mucho, mucho más, justamente para hacerla saltar, dulcemente, pacíficamente, todo lo que quiera, pero al fin para hacerla polvo y humo, y que sus soldados no son nuestros soldados ni sus instituciones nuestras instituciones ni lo serán nunca, que se trataba o se trata justamente de decirles adiós y de formar una patria o como se llame, nueva, propia? Qué confusión de actos y de símbolos, o qué escasez de símbolos, solicitados por actos antagónicos; hay una incompatibilidad de patrias y el Presidente, que lo sabe o debería saberlo y decirlo, pretende jugar aun con la confusión. Difícil despertar así, difícil saber qué objetivo tiene una lucha en estas condiciones, en esta sopa de valores y afirmaciones, y por lo tanto inencontrable la necesidad absoluta de salir disparado y de ocupar un lugar preciso, mi lugar, en esa lucha. Ahora no cabe, no hay tiempo, pero ya le diré a Eva: semánticamente, son ellos, los golpistas, quienes tienen razón, quienes accionan con toda legitimidad; no hay contradicción alguna entre su discurso y sus actos, a lo sumo cinismo, pero eso es otro cuento; ellos están haciendo lo que tenían ineludiblemente que hacer, cumplen exactamente la misión para la que han sido creados y sin la cual su existencia misma se hallaría en peligro; la coherencia está de su parte. En cambio el Presidente, aun ahora, aun ante semejante evidencia, reincide en la inconsecuencia de invocar los “soldados de la patria”, los soldados ajenos, los soldados de la patria ajena, de hecho incitándoles a un fantasioso motín, a la defensa de aquello que están llamados, constitucionalmente, a combatir. Todo lo cual, el acto de anotar imaginariamente lo que pensaré o discutiré más tarde, si queda tiempo, no impide que escuche la Voz de mando con el viejo nudo estomacal de las angustias infantiles ante la autoridad, con esa misma autoviolencia imaginativa que resultaba entonces de anticipar abstractamente un sentimiento de culpa en el momento de afrontar el castigo. Eso que tampoco podría entender Eva en este momento, nacida, ya se sabe, en una sociedad que abolió casi toda noción de culpa, que volvió a la inocencia. Eva sin duda recibe de otro modo, con otras combinaciones asociativas, de un modo tal vez inocente, las voces del Presidente y de los golpistas. Junto al receptor, con las uñas clavadas en las tablas del piso, el vientre tenso pegado a ellas, la grupa levantada y los pequeños ojos verdes llameantes mirando alrededor del cielo, en una posición por lo demás semejante a la mía ahora que las balas o su silbido se entrecruzan por encima nuestro, su boca escupiendo todas las exclamaciones e insultos criollos que ha aprendido en este par de años en el país, Eva dice que quiere salir a la calle, tomar parte en el combate, y yo le digo qué combate, carajo, en este país todo se sabe y si hubiera realmente combate no seríamos los

últimos en descubrirlo. Pero mientras lo digo me han entrado las dudas y si termino la frase es cediendo a esa pura dinámica verbal, que lo lleva a uno a terminar las frases, aun sin convicción. Tenemos que saber qué pasa exactamente, rectifico, había mucha gente preparada, quizás la respuesta al golpe era un secreto absoluto de la izquierda. Pero Eva no me escucha, siempre desnuda repta hacia la terraza, especie de amazona nórdica, inquieta, oliendo ávidamente la guerra. Quizás se está luchando ya en todo el país y nosotros somos los únicos en las nubes. Pero lo incomprensible es que ninguna emisora –y hay tantas del gobierno y de la izquierda– dé alguna información sobre lo que acontece. Los cientos y cientos de voces que venían verbalizando día a día el proceso revolucionario han desaparecido. Quizás es, realmente, el momento de la acción y del abandono de las palabras. Pero los dirigentes políticos ¿dónde están? Por ahora nadie dice qué pasa, qué hay que hacer. Quizás hemos despertado, o hemos comenzado a despertar demasiado tarde. Solo las balas continúan su silbante diálogo anónimo sobre nuestras cabezas. Mientras repto hacia la mesita del teléfono para intentar saber algo, de la radio vuelve a emerger la voz del Presidente. Es la voz de un solitario, de un hablante obstinado en esta ciudad y en este día ausentados por los demás: "La historia no se detiene, ni con la represión ni con el crimen…" (ahí están en mí, en el lugar de las cosas desamadas de la memoria, pero de cualquier modo imborrables, esas feéricas imágenes de que nos alimentaron a tantos: la historia-carro-de-combate, la historia-tractor o riel, la historia-marcha-proletaria-y-banderas-conquistando-elhorizonte, la historia-cohete)… "Esto es una etapa, será superada. Éste es un momento duro y difícil, es posible que nos aplasten, pero el mañana será del pueblo, será de los trabajadores. La humanidad avanza para conquistar una vida mejor…" Siseos, silbidos de aire o de vapor, vientos cósmicos han venido cubriendo la voz, erosionándola, y desde los ojos de Eva, ahora arrodillada junto a mí, unas lágrimas ruedan por sus mejillas color de cuero, tensas y como impermeables, conservando perfectamente su esfericidad y solo se disuelven en la comisura de los labios. Conmoverse, sí, me conmuevo, pero no olvidar la odiosa relación gran espectáculo-espectador pasivo a la que uno está sometido, no me olvido: la sensación de que el recitante, caminando de espaldas a uno, fuera alejándose hacia el desierto o los distantes hielos del telón de fondo, empequeñeciéndose cada vez más con su micrófono en la mano; o bien de que de pie, allí en el borde del escenario, aislado de su contorno por las sombras o, mejor dicho, por las luces de los proyectores que no iluminan sino su cuerpo hierático, la sensación, digo, de que nuestra presencia se hubiera convertido para él en una perspectiva fantasmal, un iluminado fondo en que flotamos, dentro del

negro de la sala, y entonces de que los sujetos del drama, nosotros mismos, nos desdobláramos a la vez en espectadores de un ayer histórico; peor aun, en espectadores futuros y abstractos, puros productos de su imaginación y de su voluntad moral, sujetos de esa emoción que tensa su garganta, cierto, pero también hombres del futuro que admiran su discurso, y cuya admiración, anticipada en su imaginación, le conmueve y embelesa, porque desde el fondo de los tiempos confirmamos la realidad del solitario hablante. Y no es que haya algo deliberadamente calculado en esta acción suya, sino irresistible necesidad de sublimación dramática, de invención retórica, como consecuencia de su soledad en el escenario, de la distancia inmensurable entre su voz y los oyentes, de esa luz blanca en el rostro y los brazos y este impalpable espacio oscuro donde nos supone. Y no hay manera –eso es peor– de que nosotros manifestemos nuestra presencia o nuestra ausencia en este espacio aquí, ahora: la ingeniosa construcción de la verticalidad comunicativa se vuelve esta vez contra el hablante; ya no podemos ni estimularle ni aplaudirle ni gritarle nuestras consignas y por lo tanto sus palabras deben sobrepasarnos, deben volar alto, lejos, hacia los confines de la historia. Pero algo pasa en el escenario, algo precipita al hablante de las alturas de la poesía: "compatriotas: es posible que silencien las radios y me despido de ustedes. En este momento pasan los aviones (Eva cubre su cabeza con los brazos), es posible que nos acribillen, pero sepan que estamos, por lo menos con nuestro ejemplo, para señalar que en este país hay hombres que saben cumplir con la obligación que tienen. Yo lo haré por mandato del pueblo y por la voluntad consciente de un presidente que tiene la dignidad del cargo…"Conmoverse así no es despertar; tener estos sentimientos de ira y dolor, tener Eva esos sollozos no es despertar; es pasar de un sueño, de un sometimiento emocional a otro; despertar sería ser capaces de asumir instantáneamente, antes de caer en la trampa, esa otra vertiente de la personalidad de uno que conoce la trampa en que caen el protagonista y el espectador de un drama, ambos víctimas de un mismo condicionamiento moral, en este caso la moral cristianoburguesacastrense, nodriza nuestra irrevocable: cumplir la obligación, sacrificarse, y sobre todo cumplir como hombre, no rajarse, dar ejemplo de conducta, ser digno del cargo y del mandato son –uno sería entonces consciente– algunas de esas conductas-guía que tal condicionamiento reproduce en el hombre y su circunstancia, impulsándole, impulsándonos, a pesar de todo nuestro aparato conceptual revolucionario, a actuar en la práctica según la moral que rechazamos, a defenderla con mayor valor y a morir por ella con mayor fidelidad que el propio enemigo, en cuyo nombre justamente nos combate. Pero ¿cómo ser ahora esa opción humana, antes que esta condición moral impuesta? ¿Cómo romper ahora las

reglas del juego y producir nuestra libertad, aunque sea en el momento de la derrota, aunque sea la libertad del espectador con respecto al héroe? No habrá modo porque ante todo no habrá tiempo: ahora, cuando se interrumpen las palabras del héroe, uno apenas alcanza a hacer esto: a etiquetar cada una de estas dudas o rechazos con la anotación "a discutir más tarde" (si es que para entonces no nos han perforado las cabecitas). Ahora hay solo esa impresión de que la Voz sigue hablando, retomando su inspiración metahistórica, desde algún despacho a cada instante más intemporal, ante un micrófono muerto o cuyos impulsos eléctricos desembocan en algún cable mutilado, en alguna antena fundida; en su sitio solo queda un chirrido, luego un fluido, como de gases escapándose. Pero no, aun así como nos hallamos, tendidos de rodillas, con las cabezas cubiertas por los codos y los culos levantados bajo la mesa, percibo en mí algo más que esa marcación para discutir más tarde, percibo, entre todas las emociones y tensiones y dentro del ruido de la balacera que se entreteje encima nuestro, una sublevación más radical: ¿qué modo de cumplir es éste, de nuestro héroe, que pretende, sobre todo, ser ejemplar? ¿De qué cumplimiento de obligaciones nos habla en el momento mismo del ataque enemigo, en el umbral de la derrota, es decir justamente cuando ha fracasado en su verdadera obligación de prevenirlos? Eva prorrumpe en sollozos, tan dolorida e iracunda, que hasta cuándo voy a joder con las palabras, que si no me doy cuenta de la situación, y olvidándose de las balas va resueltamente hacia la puerta como si quisiera bajar a la calle. Pero también se ha olvidado de que va desnuda y cuando le digo "¿vas a la guerra en cueros?" hace un gesto de fastidio, quién sabe si por mi advertencia o por su distracción. ¿Cómo no voy a darme cuenta de la situación? Justamente de eso se trata, de darse cuenta, de esforzarse por devenir lúcido frente a ella, de no ser meramente su víctima, el sujeto pasivo que la sufre. Pero hoy será un día de héroes; parece que los otros –si es que hay un nombre para los otros– no tenemos nada que hacer aquí. Eva se pone su túnica blanca de algodón tunecina y me tira unos pantalones.

–Después de todo, no era tan disparatado Alain cuando exigía que los intelectuales se suicidaran –dice, llorosa y altiva.

¿ Es que vamos a ponernos a discutir, ahora, al calor de las balas?

–Pero eso era en el supuesto caso de una revolución, como su máximo aporte –grito, sobre los ruidos de la radio–. ¿Es, que también debemos suicidarnos en una contrarrevolución?

Una imagen, que etiqueto también para recordar más tarde: con esta misma túnica blanca, el bronceado pelo suelto, unos días después de venirse a vivir a esta casa, a este país, la noche de San Juan, Eva paseándose con una vela en la mano por esta casa a medianoche, solo

su rostro iluminado, cantando esa canción que cantan en esa misma forma las muchachas suecas, mientras yo contemplo con un vaso en la mano, echado en la cama:

Kristallen den fina
som solen mand skina
som stjárnorna blanka
y skyn.

Ahora es la guerra, dos años después. Por el momento no se puede saber nada más a través de la radio y sigo a Eva hacia la calle, por nuestra oscura y larga escalera, como exploradores de un mundo súbitamente metamorfoseado. Pero aquí afuera no hay un alma y ni siquiera pasan coches; en el cuartel de carabineros, que está a unos cien metros, no se advierte ninguna actividad especial; y sin embargo, los tiradores continúan su faena, puede ser que en lo alto del cerro, aquí al frente, puede ser que en las terrazas. ¿Quiénes disparan contra quiénes? ¿Vale la pena aventurarse más allá para saberlo? Retrocedemos hasta el vano de la puerta: desde la Alameda avanza un camión repleto de soldados; los soldados, muchachos, sostienen con un brazo las metralletas y con la mano libre vienen comiendo naranjas; justamente cuando el camión pasa frente a nosotros, una ráfaga de disparos, quizás dirigida a ellos, rebota sobre el muro exterior de la casa: un trozo de yeso cae a nuestros pies. Esta situación de total desamparo e incertidumbre con respecto a la producción de los hechos, a mí por lo menos me aconseja subir; morir así por azar, sin ofender a nadie y sin entender nada no me hace ninguna gracia. Pero a Eva le ocurre otra cosa; esta misma situación insensata actúa sobre ella como un estimulante, como una especie de provocación que parece desencadenar al fin todas las vehemencias de su vida, las que desahogó a medias o distrajo en años y años de peregrinaje, preferentemente donde brillaba el sol, buscando la revolución y contentándose con la liberación, en las universidades, las discotecas, los cafés, saltando de lo nuevo ya visto a lo nuevo por ver, hasta llegar a esta cola del mundo donde toda esa búsqueda pierde brutalmente su carácter abstracto. Es como si la proximidad de estos disparos le ofreciera la oportunidad de ocupar un sitio inmediato y de confraternizar en una lucha al fin concreta, no más individual, y también de descubrir que el enemigo, sus ideas e intereses, al fin se objetivan, se hacen carne y hueso y uniformes, de modo que todo consiste en ponerse frente a ellos y batirse para decidir la suerte del mundo en que se quiere vivir. Eso es lo que me parece ver en las expresiones y movimientos de Eva: ella corre a vestirse para la guerra, mientras yo subo pausadamente, entre burlón y nostálgico; burlón de quienes se comprometerán, quizás con sus vidas, en una lucha que la izquierda no ha definido ni planificado, que parece enteramente

fantasmal; que no tiene, por lo tanto, mando ni estrategia; nostálgico de que las cosas no sean de otro modo. Pero quizás soy un enfermo de pesimismo. ¿No será éste el forzoso intervalo, el necesario silencio antes del contraataque? ¿No se lo estará organizando a lo largo del país, no se oirán de un momento a otro las voces que nos llaman? Después de todo, hace largos meses que esperamos este golpe y los responsables políticos de la izquierda tienen que haber planeado cada detalle para responder a tal eventualidad. De otro modo, nadie entendería sus funciones. Por lo demás, si es que está vivo aun, el Presidente, entre cada uno de sus discursos debe continuar, apurar las negociaciones iniciadas con el enemigo político ya antes y aun ofrecer otras nuevas, en tanto espera, sin duda, la pronosticada división de las fuerzas armadas. ¿O es que ésta ya se ha producido? Eva se ha puesto unos jeans, la casaca de cuero negro y con la máquina fotográfica colgada de un hombro vuelve a bajar a toda carrera. Veo que se ha hecho apresuradamente un moño. Le insisto en que sea prudente, ya que no servirá de nada intentar disuadirla. Cierro la puerta tras de mí. Las balas no dejan de percutir –ellas o su eco– alrededor de la casa. ¿Qué hacer ahora? De las radios no sale otra cosa que músicas marciales y una y otra vez la declaración de los golpistas. Preguntas irresistibles, que ni siquiera la imaginación puede responder: ¿cómo los partidos de izquierda, dueños al menos del gobierno y del aparato burocrático, con las ventajas que esto supone, no tuvieron la ocurrencia de montar al menos una radio clandestina para orientar e informar al pueblo en un momento como éste, tan posible? Vuelvo al teléfono. Marco Antonio debería saber qué pasa exactamente. Pero todos los números siguen marcando ocupado. Y el de la oficina ni siquiera responde. Quizás todos sabían claramente qué hacer en estas circunstancias y yo soy el único despistado. Quizás todos están en su lugar –pero ¿qué lugar?– cumpliendo una tarea determinada y yo soy el único que ha quedado al margen. No sería la primera vez, claro; sería la consecuencia extrema de mi creciente escepticismo. Al fin doy con Marco Antonio. Voz expectativa, impaciente, como diciendo si no tienes algo importantísimo que decir, no jodas. Me doy cuenta de que es absurda esta llamada, que las preguntas que podría hacerle son obvias.

–¿Realmente se acabó esto?

–Se acabó, se acabó. Pero hay maneras de acabar, y eso es lo que estamos viendo.

–¿Realmente… ?

–Corta, huevón. Y ni un pie en la oficina, hasta nuevo aviso.

Corto. Así que Marco Antonio, director de nuestro instituto, vinculado a casi toda la clase política, apenas sabe un poco más que yo. Linda cosa. Distantemente, hacia el sur de la ciudad, se oyen ahora

algunas explosiones. Me aventuro a mirar a través de los vidrios del dormitorio, pero no percibo nada; el cielo sigue fijado en su blanquecina indolencia. No es un cielo de guerra, de violencia, de heroísmo: contrarrealista. No se me ocurre otra cosa que empezar a preparar el desayuno. Esta llama azul de gas, este perfume del café que voy poniendo en el depósito, insisten en confirmar una cotidianidad que tal vez ya no existe, que tal vez en adelante habrá que reinventar cada vez. Y este mesón de gruesos maderos frente al ventanal, impregnado de grasa, de zumos, de especias, donde corto el pan, insiste, por su parte, en encadenar ritualmente un acto sensual a otro, ignorante del trastorno que viene desde afuera. Más aun que la conciencia, los sentidos retrasados con respecto a la realidad. ¿Echaré a hervir un huevo o dos? ¿Volverá Eva para desayunar? Qué bueno, después de todo, haber despertado junto a ella. ¿Qué habría hecho solo, despertando solo, asistiendo a estos hechos sin esa mediación activa y reflexiva de otra conciencia? ¿Por qué vino ayer, por qué regresó? Estaba ahí en la terraza, en la silla de playa, tomando el sol como si nada, cuando volví de la oficina. “Hola”, dije, sin un gesto de bienvenida, sin hacer preguntas, apenas mirándola con una curiosidad un poco irónica. ¿Qué iba a decir? Su indiferencia y, en los últimos tiempos su agresividad, habían excedido todo lo soportable. Diez días atrás, cuando vino a visitarla el periodista danés, ese Jorgen, el mismo día de la marcha de las “mujeres democráticas”, y les encontré aquí borrachos al volver de la oficina, toda la agresividad acumulada mutuamente se había desencadenado en una escena delirante. Después de eso la odiaba, no había arreglo, y tanto le pedí que se fuera que al fin se fue donde los Akesson, en Lo Curro. Pensé que algún día vendría por el resto de sus cosas y que esta historia había terminado ahí, como otras historias también terminaron en un punto preciso. Pero parecía que ella tenía otra idea del fin, o que no tiene idea alguna del fin, y ahí estaba tomando el último sol de la tarde, en pantalones cortos. Fui al baño y vi que ahí estaban otra vez sus utensilios y maquillajes, en su orden anterior. “¡Traje un pollo!” me gritó desde la terraza, como si eso diera cuenta no solo de una hazaña –¡encontrar un pollo en estos tiempos!– sino de su propósito de quedarse aquí, como si no hubiera dejado de vivir un solo instante aquí y simplemente regresara de un viaje al campo. ¿Qué iba a decir? Ya no tenía nada más que discutir con Eva, nada más que aclarar. Estoy cansado de Eva, de estos grandes amores que me invento y que terminan en la rutina, del uso y la caducidad de toda invención. Ahora, qué más da. Casi me gusta que esté aquí, que vuelva en un momento más, si es que no le han abierto la cabeza ahí afuera, que suenen sus zuecos otra vez en la escalera. No hay alternativa; si no hubiera vuelto ayer estaría solo. Solo en medio de la guerra, solo con mi discurso. Dos huevos, sí. Al fin y al cabo he

querido a Eva, he estado enamorado de Eva hasta el colmo de la exultación y la angustia. Algo debe quedar, pese a todo el rencor. Y el rencor mismo ¿no es el anverso del amor frustrado? Pero hay otra cosa. Esta compañía de Eva al despertar hoy es una delación de mi soledad, una medida de cuán marginal es finalmente mi vida; ella es la conciencia de mi aislamiento, ella, a quien no quiero, con quien no quise hacer el amor anoche, pese a sus aproximaciones, porque no podría haber hecho el amor con ella sin cinismo y agresividad después de la delirante historia que montó aquí con el danés, los amigos del danés, el perro danés, coronación de tantas otras historias aberrantes; ella es, por esto mismo, por la gratuidad e incoherencia de su presencia aquí esta mañana, testigo no solo de mi soledad de ella, una vez que lo nuestro ha terminado, sino también de mi soledad frente a este drama político, de mi ambigua, escéptica emocionalidad ante él. Así, no es cosa de decir un huevo o dos, ligeramente; la diferencia significa tanto. El café en el gas, las tostadas, el agua para los huevos que comenzará a hervir. Las naranjas. Después de todo ¿por qué pienso en Eva al preparar el desayuno? Ella no depende, como yo, de ninguna rutina. Eva puede ser así, puede alterar hoy completamente los actos y su ordenación del día anterior y ser ella misma, proseguir su conducta, infaliblemente. Hay pocas cosas, de hecho casi no hay cosas –la gastronomía aparte– en las que podamos coincidir con Eva. Y todo lo demás fue invento mío. Si yo no hubiera inventado este amor loco, ella no estaría aquí. Estaría ahora en Estocolmo, oyendo o leyendo las primeras noticias de este golpe. Pensaría inmediatamente en Kurt y después en mí; inmediatamente después en mí, y estaría dispuesta a hacer cualquier cosa por nosotros y no andaría por ahí, entre las balas, ávida por jugar al fin, corporalmente, su papel en la historia. Estoy de nuevo bajo la mesa, y ya me doy cuenta de que el estallido sobre mi cabeza ha sido el estallido de las alas de esa multitud de repelentes palomas que viven en el entretecho, seguramente tocadas por alguna bala perdida. En los periodos de nacimiento y cría –deben ser varias veces al año– me han hecho la vida insoportable con su febril actividad del otro lado de las tablas del cielo. Una vez les tapé todas las salidas, suponiendo que los padres estaban afuera, y el asunto resultó peor: los críos que chillaban de hambre y los padres que se desesperaban por entrar, picoteando los muros. ¿Por qué tengo el reloj en la mano? No sé qué iba a hacer con él. ¿Iba a ponérmelo, iba a sacármelo? A menudo me descubro así, con extraños objetos en la mano, una cuchara, una lupa, herramientas diversas, cuyo probable uso inmediato no sé explicarme; me descubro pensando en algo, recordando cosas que no tienen la menor relación con el objeto en cuestión, y por largos momentos y a veces durante días me es imposible descubrir qué pretendía hacer con él y, sobre

todo, cómo se produjo la disociación entre el instrumento y el acto. Ahí está el golpe de la puerta, abajo, los zuecos de Eva que vienen golpeando los peldaños como un seco piano, en crescendo. “Esta es la última vez que me voy a dirigir a ustedes. La fuerza aérea ha bombardeado las torres de Radio Portales y Radio Corporación. Mis palabras no tienen amargura sino decepción. Quedará en ellas el castigo moral para los que han traicionado el juramento que hicieran”. La Voz ha resurgido de aquel caos de ondas silbantes y rugidos etéreos, empecinada en restablecer la continuidad del drama, en empaparnos de su veracidad y consecuencias morales, pese a todos los impedimentos bélicos, y al mismo tiempo Eva aparece en la puerta, los ojos verdes radiantes de ira, el bello pelo desordenado por el viento de la guerra, y desde allí escucha. “.. .Ante estos hechos, solo me cabe decirle a los trabajadores: yo no voy a renunciar. Colocado en un tránsito histórico, pagaré con mi vida la lealtad del pueblo, y les digo que tengo la certeza de que la semilla que entregamos a la conciencia digna de miles y miles de chilenos no podrá ser segada definitivamente.” La cafetera borbotea y poco a poco, bufando, rugiendo, va introduciéndose en el discurso, hasta formar parte de él, hasta ser un elemento indisoluble de él en lo que será mi memoria de estos momentos. Eva se aproxima, la cámara balanceándose contra su cadera y deja caer su cabeza en mi hombro. Mi mano corta el gas. En este circo que es la ciudad, anidada aquí al fondo de los cerros, la impresión es de que en este minuto la guerra se ha detenido, de que la Voz ha venido fascinando poco a poco a los asaltantes y defensores hasta reducirlos a su entera atención; el fuego de balcones y techos se ha interrumpido y quizás los aviones, que se aprestaban a acallarla de una vez por todas, se han inmovilizado, han dejado sus bombas suspendidas, encantados por el verbo. Toda la ciudad, concentrada en el orden enconado, borroso de sus infinitas gradas, escucha sobrecogida, así como nosotros, el drama de valor moral y fe histórica ejemplarizadores que encarna el Presidente allí abajo y en el centro, en la difusa arena; pero sobrecogidos con esa clase de angustia y sufrimiento catárticos, algo lúdicos de todo espectáculo, es decir, de todo drama mediatizado por un protagonista privilegiado, un otro, uno que es pero no es exactamente nosotros y representa nuestros sentimientos en ese escenario también privilegiado; sobrecogidos, por tanto, sollozando, con esa intensidad especial, nada ficticia, pero sí enajenada, quizás histriónica de la emoción dramática: “… La historia los juzgará. Seguramente Radio Magallanes será acallada y el metal tranquilo de mi voz no llegará a ustedes. No importa, siempre estaré junto a ustedes, por lo menos en el recuerdo quedará el nombre mío, que fue leal a la lealtad de ustedes… El pueblo debe defenderse, pero no sacrificarse. El pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero

tampoco puede rendirse… Trabajadores de mi patria: tengo fe en Chile y su destino. Superarán otros hombres este momento gris y amargo, donde la traición… Quedan ustedes sabiendo también que mucho más temprano que tarde de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor. ¡Viva Chile! ¡Viva el pueblo!¡ Vivan los trabajadores! … Éstas son mis últimas palabras. Tengo la certeza de que mi sacrificio no será en vano, tengo la certeza de que por el momento habrá una lección moral que castigará la felonía, la cobardía y la traición". Esta poza de llanto y mocos de Eva en la base de mi cuello, en mi hombro; esta emoción respiratoria mía, autónoma, esta sensación de un latido del corazón fallido, de sequedad en la garganta, de espasmo de la garganta en busca de una saliva agotada; este silencio aquí y en la ciudad durante unos segundos; esta sensación y noción al mismo tiempo de estar sufriendo por primera vez en la vida un dolor político, una conmoción épica; esta noción total, completamente desgarradora, de entrar al fin en la historia, en el descarnado conflicto universal, con la inocencia brutalmente perdida en una mañana; y el deseo de sufrir hasta el fondo esta conmoción que bloquea cualquier distanciamiento crítico sobre ella misma, porque sé que en unos instantes esto va a cambiar, sé que va a operarse ese fenómeno de desdoblamiento que incluso en los momentos de mayor tensión me impone mis propias situaciones dramáticas también como espectáculo, y no podré hacer nada por evitarlo; me escaparé y nos veré convenientemente de lejos, quizás desde allí mismo, desde el hueco de la claraboya: Eva y yo de pie, abrazados en este rincón del gran espacio rectangular, junto al largo mesón de la cocina y frente a la radio que con su silencio sigue, de algún modo, reproduciendo lo dicho por la voz; atrás, en el largo alféizar de la ventana, la triple hilera de frascos de especias; sobre el mesón los potes y ollas de cerámica y más acá, sobre la negra cocina de hierro marca Junkers, los huevos, ahora quietos, flotando en el agua, las tostadas enfriándose, la cafetera silenciosa. Intuyo lo que estoy pensando desde allí, desde la claraboya, pensamiento que nos comprende a nosotros y la Voz, que murmura: traición, traición. El más noble y valeroso acto político de un hombre traicionado por la retórica; el drama de la conciencia responsable convertido en metáfora; la revelación del fracaso personal y de una concepción política, atribuidos a la intervención de vicios morales (la felonía, la cobardía, la traición), y la frustración del castigo hoy, ahora, sublimada con el cumplimiento de la virtud moral, la máxima sanción retórica: el enfrentamiento con la muerte. Y este enfrentamiento con la muerte, que podría ser heroica responsabilización personal y por tanto delimitación del fracaso, transformado en epinicio del porvenir y en fracaso colectivo para el presente. Qué grande sería este acto sin las

palabras o con otras palabras que expresaran duramente su valor intrínseco; no el figurado, no el de la oratoria grecolatina, revolucionaria burguesa, romántica y hasta nerudiana, no el de la prosopopeya histórica, que trasladan, remiten y atribuyen al futuro la victoria y la felicidad que hoy no existen o que hoy perdemos. Y nuestras emociones, también traición, igualmente traicionadas por la retórica, porque ¿no es ante la retórica, ante la fuerza de su mecánica emocional que estamos ahí sobrecogidos, Eva lloriqueando, yo desolado, todos los otros invisibles oyentes del país convulsionados? Veamos ¿es ante la retórica o por el acto en sí? ¿No es el oscuro poder de las formas discursivas de manipulación de la realidad lo que nos afecta ahora, en vez de la realidad en sí, desnuda? Cuando haya tiempo, cuando nos recordemos en estos instantes ¿podremos recuperar el acto, desanudarlo de la retórica? El murmullo ha sido brevísimo, pero alcanzo a traducirlo, a tomar nota. Ahora acaricio lúgubremente los cabellos de Eva, borro el cauce de sus lágrimas con un dedo. Envidio su libertad de sollozar: tanto me aterrorizaron de chico con aquello de que los hombres no lloran que nunca más pude echar una lágrima, pero ¿de dónde me viene esa exigencia de dividirme siempre en dos personas, una de las cuales prevé o ve a la otra y su circunstancia como espectáculo? Como sea, en estos instantes uno no puede quedarse analizando, graciosamente posado en el aire, el contenido semántico-ideológico del discurso de un hombre que afronta la muerte y, probablemente, como él ha dicho, pronuncia sus últimas palabras. Uno tiene que reaccionar, asumir hasta sus últimas consecuencias su pobre rol de receptor irreplicante de este mensaje. Por el momento no hay nada más, nadie nos dice cuál ha sido la suerte del Presidente, y al descubrirnos solos, abrazados, Eva y yo nos sentimos repentinamente ridículos. Sin saber qué otra cosa hacer, vierto el café y la leche en las tazas. Las tostadas están secas y frías.

–¿Quieres un huevo?

Escucho mi propia voz con un gesto severo, como el que merecen esos espectadores que de pronto interrumpen con un comentario estúpido el silencio sagrado de una función. Con sus lágrimas todavía brotando silenciosamente, Eva pone sobre la mesa los portahuevos de porcelana de Delft, regalo de su madre cuando se fue a vivir –ya no recuerdo cuándo– con el constructor de aviones, ese tipo que según ella se parecía tanto a mí. ¿En qué se parecía? Me dan ganas de preguntarle, de que vuelva a contarme esa historia, porque también la he olvidado, pero me doy cuenta de que no es la ocasión para esas cosas. Luego lo olvidaré completamente.

–Hay muertos en el centro –dice Eva–, o parecen muertos; soldados apuntando y gente tendida de vientre en las aceras.

No la han dejado aproximarse a La Moneda; los que han ido a sus oficinas y comercios son una multitud que huye miserablemente, como puede, esquivando las balas perdidas; pero algunos se han quedado a combatir: desde las ventanas y terrazas de los edificios públicos disparan a los soldados que van ocupando la ciudad. Ahora mismo, este silencio que había amparado, como por fuerza, las últimas palabras del Presidente, acaba de ser roto; el tiroteo reprende con más vigor y los aviones vuelven a desgarrar la somnolienta atmósfera. Pero ya no se nos ocurre –¿es éste el primer síntoma cualitativo?– echarnos debajo de la mesa; terminamos rutinariamente el desayuno, en silencio, absortos, como cumpliendo una primera prueba de la guerra. El día se ha impuesto y seguirá imponiéndose como una pluralidad de escenarios que solicitan y se disputan la acción y la atención de uno (o viceversa), y el hecho de que una u otra se instale preferentemente en alguno de ellos –el más inmediato por su violencia o contingencia– no significa que los otros escenarios no continúen aquí, podría decir en rededor, abiertos, transcurriendo, como opciones constantemente disponibles –lo mismo que esas diversas imágenes que varias cámaras de televisión ofrecen a un programador–; pero a diferencia de este programador, que tiene que elegir siempre y sucesivamente una, según su criterio de eficiencia dramática, renunciando a la vez a la simultaneidad y a la serialidad, porque ninguna imagen de lo que transcurre es la misma fuera de su tiempo o de su ordenamiento con respecto al presente del espectador; a diferencia de él, si quiero proveer a mi memoria con lo que realmente es esta mañana en este espacio donde vivo, debo desestimar esos criterios de preeminencia dramática objetiva y mantenerme atento a todas las opciones a la vez: a las deflagraciones del aire, ahora periféricas, a la incógnita dejada por las palabras del Presidente, a estas migas de pan que los dedos de Eva y míos van ordenando en montoncitos sobre la mesa, a la incertidumbre sobre el empleo del tiempo y el carácter definitivo de nuestras emociones, a estos objetos y este espacio que constantemente introducen su propia historia para vincularla al presente, a esta ambigua relación entre Eva y yo; en fin, a las asociaciones que mi propia memoria va estableciendo con el discurrir del presente y, sobre todo, a mi propio, irrefrenable discurso pasivo.

–¿Por qué volviste tan pronto?

–No había con quién juntarse, ni un solo grupo, nada. Ya te dije: puros individuos solos, huyendo, con las caras cerradas.

Lo que también pasa desde hace un rato, mientras hablamos con Eva, es que la Voz sigue repitiéndose, como buscando todos sus posibles destinos en mi conciencia. Una cosa rara es que constantemente yo necesito hacer esfuerzos para darme cuenta de que formo parte de esta realidad, de que además del receptor discrepante,

soy, por ejemplo, el sujeto de estas palabras. Por momentos es como si tuviera que empujarme para estar aquí, ahora, para anular este distanciamiento que me conduce en otra dirección. Y el resultado es siempre un estado de supraconciencia, una manera de estar aquí como estaría un visitante sorprendido por los acontecimientos y forzado a permanecer.

–¿Pero es que no hay nada, nada qué hacer? –dice Eva exasperada.

Para ser verosímil, la realidad debería presentarse de modo tal que los elementos que la constituyen no permanezcan por más tiempo aislados, es decir, las palabras del Presidente deberían integrarse en todo lo que queda aquí de tiempo trivial, doméstico, formando una unidad con estas cáscaras de huevo, este interior, nosotros dos y nuestros sentimientos, para en seguida o simultáneamente trastornarlo todo, haciéndonos pasar del estupor a la acción; pero no, son revelaciones póstumas de un hombre que nos mantuvo hasta ahora en la ignorancia; son palabras que inmovilizan, que lo reducen a uno a objeto entre otros objetos.

Hace un instante, en una interrupción de las marchas patrióticas, hemos oído el ultimátum de los militares: o el Presidente se rinde dentro de una hora o el palacio de La Moneda será bombardeado, y estas palabras brutales tienen el poder, también brutal, de revelarnos nuestra soledad e indigencia. Digo ¿y esto era todo? ¿Los partidos y sus fracciones, los sindicatos, los cordones industriales, las juntas, centros, movimientos, los aluviones de palabras, de canciones, de gritos, de inscripciones, de murales, de literatura; la multiplicidad de acciones, de luchas, de huelgas, de tomas, de marchas; todavía vida y las esperanzas invertidas se liquidan así, con la liquidación de un hombre y de un símbolo arquitectónico? Digo ¿y esto será todo? ¿Una pura y magnífica ficción revolucionaria? ¿Un puro reflejo popular de una voluntad intelectual, superestructural? O lo contrario ¿una voluntad popular delegada en una superestructura palatina? ¿Bastará dejar caer una bomba en el palacio, albergue simbólico del gobierno, para que todo se paralice? ¿Será que todo lo que creemos haber conquistado no es, al fin y al cabo sino eso, símbolos e inmuebles?

–Eva –digo– ¿y esto va a ser todo?

De pronto me doy cuenta de que mi distanciamiento, mi desconfianza, han sido en parte enmascaramiento de este rencor que ahora surge; no el obvio rencor hacia los golpistas y quienes les apoyan, sino el rencor que nace de esta soledad en que nos dejan los dirigentes políticos en una situación que todos imaginábamos prevista por ellos, que proviene de esa ambigua recomendación: “el pueblo no debe dejarse arrasar ni acribillar, pero tampoco puede rendirse”. ¿Cuál es, en la práctica, la solución intermedia? ¿La astucia? “…defenderse, pero no sacrificarse”. ¿Que cada cual se disimule y se las arregle como

pueda, puesto que otros hombres –no nosotros– superarán este momento gris y amargo? Eva no cree que todo vaya a acabarse así, tan fácilmente; espera una respuesta, una contraofensiva inminente.

–¿No piensas –dice– en todos los militantes armados, en los militares democráticos, en los campamentos, que sí estaban preparados?

Es verdad que algunos amigos tenían en sus casas verdaderos arsenales. Pero ¿tenían también un plan para usarlos? ¿O están entre los que ahora disparan a la desesperada, movidos, a su modo, por su propio rencor?

–Además, si el Presidente no se ha rendido es porque aun espera algo, a pesar de su adiós.

Pero si hemos llegado a este punto de incertidumbre ¿que puede importar el resto, cualquiera que sea el resultado? ¿Qué hecho podría rescatarnos de esta refragmentación individual a que hemos sido condenados hoy? Parece claro que no queda otra suerte que la de dejarse transcurrir pacientemente por este día, que la de ser, sin opciones, espectadores de la agresión –menos aun, oyentes– y oír, sin rendirnos, claro, la ejecución de los trabajos de la derrota.

–En vez de esperar así, más valdría ducharse –le digo a Eva.

Desde hace un rato está discando y al fin ha logrado comunicarse con la embajada sueca. Me hace callar. Vuelvo a echarme al suelo, apoyado contra el mesón de la cocina. Apenas entiendo unas palabras, las exclamaciones. Sus gestos van endureciéndose. Parece no creer. Luego le costará decírmelo:

–Si quieres, podemos irnos a la embajada. El embajador tenía todo preparado: tiendas, colchones inflables, comida. Parece que todos lo sabían, excepto el gobierno. Y no hay ninguna esperanza. Los que luchan son grupos aislados, en los edificios céntricos y las fábricas. Creen que la resistencia será liquidada en un par de horas.

–¿Y luego?

–Nadie sabe. Y mientras tanto, el embajador preferiría que los que estamos aquí por motivos políticos nos refugiemos en la embajada. Siento un gran cansancio. Todo parece dicho.

–No veo qué vamos a hacer en la embajada, nosotros. Pero tú, si quieres…

–Ya he dicho que no, por el momento. Claro que ahí nos sentiríamos menos solos, eso es todo.

–Tú, quizás…

–Vamos, déjalo. Y ahora, tienes razón, comencemos por una ducha.

Un pequeño signo de humor, de vitalidad, ha reaparecido en sus ojos. De pronto nos reímos, al pasar los dos juntos caminando a gatas por la puerta del dormitorio, hacia el baño. ¿Del mundo, de nosotros? Pero la conciencia de esa risa nos devuelve enseguida la gravedad. El

baño, construido seguramente de barro y listones, como un saliente del dormitorio hacia el exterior, nos parece por primera vez una especie de jaula aérea donde las balas podrían penetrar con menores obstáculos que en el resto de la casa. Por el momento ellas frisan, zumban, estallan o rebotan en todo el espacio y las construcciones circundantes.

–Sería más seguro usar la bañera –dice Eva.

Tiene razón. Abro el grifo. Una razón ilusoria, y justamente es eso lo que me gusta. El agua golpea con violencia en el fierro enlozado, el calentador a gas ruge como una máquina infernal y la balacera queda atrás, relegada en su mundo secundario. El agua comienza a subir por mis flancos, estalla en el empeine de mi pie. El goce, la culpabilidad y el sentimiento de provocación de irse abandonando poco a poco, milímetro a milímetro en el agua caliente mientras otros, porfiados, se baten ahí afuera. El lúgubre placer de irme diciendo luchen, maten y déjense matar pese al desengaño y la soledad; hay algo todavía alcanzable en la desesperación; quizás la satisfacción, unos instantes antes de la muerte, de esa oscura y bella necesidad de lo absoluto; quizás el cumplimiento de esa exigencia de enfrentarse al fin con la apariencia humana, aborrecible, de esas fuerzas esquivas, inaprensibles en la lucha cotidiana, que impiden cambiar el mundo; de derramar su sangre ante los propios ojos, de oír su aullido por sí mismo; el cumplimiento de esa exigencia de tener un contacto, aun a riesgo de la muerte, aun a cambio de la muerte, con la realidad. Mientras yo, desamparado de todo misticismo, es decir vulnerable a la ambigüedad desoladora de los actos políticos humanos, me dejo cubrir por el agua, cumplan ustedes ese acto misterioso de inseminación histórica, de trascendencia, que es el acto de morir luchando por lo que no fue ni será logrado hoy, pero que también es el único acto que hace accesible el mañana ahora, abrasando la piel, la felicidad y la comunión ya, aquí adentro, en este instante feérico, cuando la sangre estalla. Acto que no está a mi alcance, irme diciendo, ahora que el agua me va cubriendo el sexo y las corrientes lo hacen ondular como un capullo de loto; más a la mano de gente robusta y de buena salud, bien nutrida y mimada en la infancia, y no de quienes salimos con vida de la miseria y del terror solo a fuerza de ganas de vivir: pero ésa debe ser una de las tantas falsedades que urde la falta de convicción para aparecer como buena conciencia, así como también debe ser probablemente falsa esta otra variante, la opuesta, que ahora va insinuándose, esta nostalgia de verme abandonar estrepitosamente la bañera, seguro de que hay un sitio preciso donde debo estar para cumplir una responsabilidad incuestionable, purgado repentinamente de todo subjetivismo, del espíritu crítico, de las reticencias, de los escrúpulos. Ah, qué bello sería sentir diluida en el olor de la pólvora y

el sudor y el amor de los compañeros toda noción de individualidad y sentir fundido el ser con ese cañón que uno abraza y dispara, y quizás conservar la justa conciencia de sí para recordarse fugazmente, con lástima, como ese monstruo triste que dudaba. En suma, que ahora estoy completamente sumergido en el agua y voy mirando a Eva, otra vez desnuda, que se sienta en la taza para orinar; su cabeza recorta la pequeña ventana que da a los otros techos, pero que desde aquí solo deja entrever el cielo siempre lechoso, las palomas de tiempo en tiempo espantadas por los disparos. Eres un blanco tan fácil, ahí, le digo, y ella, como si yo hubiera roto su inspiración, responde *ça m'est égal*, pasando inexplicablemente a aquellos primeros tiempos cuando aun no hablaba castellano y nos entendíamos solo en francés. Qué ocurrencia: ¿es el cambio de idioma, este paso gradual al castellano, lo que ha venido introduciéndonos en la agresividad? Ese gesto de pena y desamparo ahora, paréntesis tan poco frecuente entre lo que son sus gestos habituales de provocación, curiosidad, vehemencia. Esa historia que me contó una vez de un día triste, quizás un solo, raro día de tristeza en su vida: ella no sabía cómo apareció la idea, pero estaba ahí, precisa en su cabeza y fue directamente a visitar a un vago conocido, un anticuario, con la decisión obstinada de acostarse con él; era un gordo voluminoso, un cuerpo como una casa, un vientre lleno de pliegues, extenso y misterioso, unas extremidades que la cubrían del todo, una casa de carne volcada sobre ella, y en esa cavidad sudorosa, envolvente, lenta, sintió, como había intuido, que su tristeza se diluía y que volvía a ser completamente feliz. ¿En qué piensa, por qué proyecto compensatorio se deja inspirar ahora? Ya lo sabré, ya lo sabremos juntos, quizás. Yo diría que los momentos más vulnerables y tiernos en la vida de Eva son éstos, cuando se sienta a orinar. Tiene que estar largo rato así, sentada, la barbilla apoyada en la palma de la mano, como divagando o soñando, mirando más allá de los muros, a veces canturreándose para que se abran camino, uno diría desde un lugar remoto, los orines. Entonces, en esos momentos de ausencia, su cara volvía a recuperar una distensión infantil, una sonrisa de la ausencia. Yo me volvía del espejo al terminar de afeitarme y acariciaba sus pómulos, el nacimiento de su pelo en la nuca con mi sexo, que tenía ese grosor laxo de las mañanas, y así parecía que allá lejos las caricias estimularan la afluencia del pequeño chorro. Ése era también el sitio de nuestras reconciliaciones. Solo desde ahí era capaz, de pronto, de alcanzarme una mano, de pedirme que la besara. Y solo allí yo era capaz, en los días en que no nos hablábamos, de pasar una mano por sus cabellos, de sonreír, seguro de encontrar su sonrisa. Ahora tardan, pero creo que aun si yo no estuviera dentro del agua no podría hacer nada por ayudarla a mear –unas caricias en la oreja, unos arrullos bastarían–. Es un asunto de pérdida de fe, nada más. Ya no

hay espacio imaginario para las reconciliaciones; eso que había antes, la conciencia de un tiempo delante de sí, en el que éramos libres de reproducir eternamente los sentimientos que en el presente se arruinaban. Pero ¿por qué pienso en plural? ¿Por qué lleno o vacío por mi cuenta lo que debe ser el espacio imaginario particular de Eva? Es así el egoísmo, representarse el mundo ajeno según el monocolor del propio cristal. Pero ahí llegan, poco a poco, los orines, chocan distintamente contra el agua de la taza, formando arpegios, diría el poeta, y la mirada de Eva vuelve, en la medida en que el chorro engrosa, de ese allá lejos anterior a su conciencia de mujer militante, vuelve, choca conmigo acá dentro del agua, registra los disparos siempre circundantes, se difunde en una mueca de repulsa que es también, parece decir, por sí misma, y rectifica mal con una sonrisa. Que le deje espacio, dice.

–Sí, hombre, apártate.

Se mete por el otro extremo, aparto las piernas. A tal punto desconozco lo que era antes mi fascinación por el cuerpo de Eva, la sensualidad emocionada que yo sentía en cosas como éstas, un baño juntos o parecidas, que debo decirme que yo era otro, casi un desconocido. O que ella se ha puesto fea, lo que permitiría que yo siga siendo el mismo. Que fueron los dones de ese primer verano los que la embellecieron, el entusiasmo político compartido y somatizado, la erotización revolucionaria, la avidez de mi imaginación por sustituir con ella otros embellecimientos en ruina. Que no queda nada de esencial y permanente tras este descoloramiento de la piel, del cabello, ni siquiera el brillo de los ojos. Ya sé que me voy diciendo todo esto para justificar la inercia de mis manos, el no deseo de acariciar sus piernas que me tocan. Ah, esta fuerza de contrainvención del desamor, este trabajo corruptivo del objeto ante la imaginación otrora enamorada por la imaginación desamorada, este incesante, fatigoso trabajo de afirmación y negación, embellecer para luego afear y entonces, entremedio, esa tristeza de regresar a sí mismo, esa pobre etapa que ni siquiera es síntesis sino pura aspiración, ah, la porquería, la doble prisión de estos hábitos sentimentales polarizantes. Esto: juntar y recoger las piernas hacia mi barbilla, temeroso de dejarme excitar, así, mecánicamente, como uno se excita a veces, con total indiferencia por lo que uno crea sentir por el otro. Pero ¿por qué Eva está junto a mí, dentro de la misma bañera? ¿Es que la situación externa lo excusa todo? ¿Es que da lo mismo? Al menos podría haberme explicado por qué volvió, si yo contaba para algo en ese acto de instalarse ahí a tomar el sol en la terraza, mientras yo forzaba a mi imaginación, ocupado en la oficina, en representarse este espacio otra vez vacío, otra vez escenario disponible para lo desconocido. Basta, me levanto. Otro diría pues, si volvió, es porque no puede vivir sin mí.

O es porque ha reflexionado y decidido ensayar otra vez. Yo no, yo digo es porque le gusta esta casa y su situación céntrica, es porque se aburrió con los Akesson. Pero está claro que ahora todo esto no interesa. Nada sería tan simple como preguntarle, pero de eso ni hablar: rechazo total de mi parte. Puesto que ella es quien volvió, ella debería explicar sus razones, pero no, desde que volvió se ha comportado como si nada, como si su sola presencia fuera una explicación suficiente. Salgo del agua, me seco. Hay que atenerse a los hechos: estamos asistiendo a esto juntos y basta. Ya sé que estas autoamonestaciones no tienen sino el efecto pasajero de esas dirigidas a los niños. Pasa que mi conciencia aun no es capaz de registrar la modificación que está ocurriendo en el mundo exterior, o que por momentos la olvida y vuelve a comportarse como si el conflicto principal consistiera en la presencia insuficientemente explicitada de Eva. Pero además hay esto otro: casi toda la gente tiene las cosas claras o se engaña como puede para tenerlas claras. Yo todavía soy una pura búsqueda de comportamiento, o más claro: un comportamiento en busca de su justificación, y como no hay casi nada absoluto y cierto no puedo tener, provisoriamente, sino un comportamiento de rechazo. ¿Tiene sentido? Dicho lo cual, no he avanzado nada y alcanzo a darme cuenta de que estoy afeitándome sin mirarme la cara, lo que es una manera de evitar pasar a otro tipo de enojo, el de corroborar que ella, mi cara, tampoco reflejará mi percepción de lo que pasa. No sé cómo se me ha metido en la cabeza una especie de modelo abstracto para medir y enjuiciar las acciones de los demás con respecto al modelo y no respecto a las propias motivaciones de ellos: Eva un deber ser, ajeno a ella; el Presidente, la izquierda, un deber ser; yo aquí tranquilo, esperando que ellos sean. Pero había dicho basta. Yo creo que una nueva taza de café y puedo considerarme satisfactoriamente despierto. Y luego, para no abatirse, oponer al caos y quizás al miedo, que hasta aquí he mantenido convenientemente oprimido, el cumplimiento riguroso de la rutina, único modo de hacerse un camino en un día semejante, como quien sube al vacío fabricando peldaño a peldaño su escalera a medida que avanza. Debe estar por cumplirse la hora del plazo. Inútil esto de girar y girar el dial en busca de una información razonable. Marchas y marchas que se suceden, iguales las unas a las otras. Mientras me visto y en el exterior continúan estos múltiples diálogos de disparos, ir viendo que más allá, en el interior, en las salas aun protegidas de la metralla, deben apurarse los otros diálogos, ah, ya sin los complacientes adornos, sin las secretarias eróticamente eficientes ni las bromas introductorias ni los cócteles –bocadillos de erizos, empanadillas de queso, piscos espumeantes–, sino dentro del caos de la domesticidad matinal pillada por sorpresa; telefónicamente apenas,

duros y tensos, exigencias y contraexigencias, amenazas y contraamenazas y concesiones, consultas, imprecaciones, recursos a intermediarios, personajes claves, subterfugios para ganar tiempo, ganar tiempo, ganar tiempo. Y entonces, como siempre en la patria historia ¿volverá a terminar todo bien? Tras la dura batalla ¿nos sonreirán al pueblo desde el balcón los contendientes, con esa aureola de fatiga y dulzura que deriva de los grandes momentos de pactación? Los antiguos pilares de la patria, las patricias fisonomías, la semántica encantatoria de las grandes palabras políticas ¿quedarán una vez más intactos? ¿Oirán los contrincantes la tradicionalmente irresistible invitación a trasladar el campo de honor bajo los parrones, donde siempre se sabe armar en un instante, para estas ocasiones, esa larga mesa que oficiantes solícitos, entre rumores de guitarra y fuego, van colmando? ¿Podrá la comunión de cerdos y mariscos y vinos apresuradamente míticos, una vez más, imponer la unión esencial, telúrica, de los hombres de esta tierra, por sobre sus querellas de amores patrios, sus rivalidades ideológicas, sus intereses, e incluso su encono de vencedores y vencidos? ¿Se abrazarán traidores y leales y se llamarán hermanos en nombre de la patria y la paz? ¿O ya no? ¿O hay algo que se ha modificado realmente en nuestra historia? ¿O hemos ido demasiado lejos en la confrontación y ya no habrá indulgencia ni olvido? El caso es que, se negocie o no, con éxito o sin éxito, uno es aquí sujeto pasivo de cualquier resultado. Y el hecho de haber llegado a este punto de la rutina matinal, de estar ya vestido y como listo para emprender alguna actividad concreta, plantea el problema del límite, probablemente del vacío del quehacer más allá de esta situación extrema de verse a sí mismo vestido. Me doy cuenta de que tratando de emplear el tiempo me he tendido una trampa: he llegado al agotamiento del tiempo sin disponer de la menor posibilidad de abrir otro, de pasar a otra etapa. Hay un brutal condicionamiento a tomar el hecho de estar vestido como el de estar listo para hacer algo, para ir a alguna parte. Y aquí todo está bloqueado: afuera, además de la balacera, los asaltantes han anunciado el toque de queda; adentro, no hay nada que podamos hacer Eva y yo juntos. Hace uno, dos años, qué más habría querido que verme aquí prisionero con Eva; entonces, por lo demás, la fe en la conducción del proceso político, el sentido de solidaridad de todos los que participábamos, me habrían hecho reaccionar de un modo distinto ante estos hechos. Estos sonidos que uno hace con la boca cerrada y que explotan por la nariz y que quizás quieren expresar una exclamación autoindignada y autocompasiva a la vez. Eva se asoma con un paso decidido y pasa mirándome con una expresión atónita, como diciéndome qué hago aquí, vestido e inmóvil, de pie en el centro de la sala. Luego me doy cuenta de que yo podría también mirarla con

parecida extrañeza, porque ha hecho exactamente lo mismo: se ha vestido y pintado, como si tuviera que ir específicamente a algún lugar.

–Yo no te entiendo –dice–. Al fin y al cabo es tu país. Es tu presidente al que ahora están matando. Es la vía chilena al socialismo la que se va ahora a la mierda.

Me siento frente a la mesa donde aun están los restos del desayuno. ¿Es que tengo ahora que hacerle un discurso sobre los problemas con mi identidad nacional y con mi identificación política, luego de las mil veces que hemos hablado sobre todo esto?

–Lo que más jode es lo último, pero de eso ya me he estado lamentando hace tiempo. Y en cuanto a lo otro, este no es más mi país que el tuyo, pero el posesivo aquí tenía un sentido de proyecto ¿no? De distintas maneras, tú y yo andábamos aquí en busca de un país, andábamos tratando de rescatar uno y de reinventarlo. Los campesinos sin tierra, las masas sin vivienda y casi sin nombre, los intelectuales sin referencia, los miles sin identidad, nacidos aquí o no, eso qué importa, queríamos pasar de la condición de habitantes a la de ciudadanos, así que no me vengas con que se trata solo de mi país, de ese país posible, porque ése era igualmente tuyo.

–Está bien, como quieras llamarlo. Lo que digo es que parece que no te importa que se vaya a la mierda.

–Que se vaya a la mierda ahora, de este modo, no es sino una confirmación brutal, con todas sus consecuencias punitivas, de una situación producida por la propia izquierda. Cuando una izquierda no se pone de acuerdo sobre qué cambiar en una sociedad y de qué modo… Hemos hablado tanto tiempo de esto. Lo sorprendente es que esta mañana haya tardado tanto en llegar, no te olvides.

–¡Pero es que no se pueden tomar las cosas así! Que uno esté resentido con el gobierno, con los partidos, no es razón para justificar esto. Están matando gente.

–Ya empiezas a tergiversar. ¿Quién te ha dicho que yo justifico esto? Digo que esto es el resultado fatal de la ambigüedad y los desacuerdos del gobierno y de los partidos. Digo que ellos, por su irresponsabilidad, son responsables de esto. No se puede jugar así con uno, con esa gente a la que están matando.

–Pero ni siquiera te emocionas, ni siquiera te enfureces.

–Ya vendrá, tengo las reacciones lentas. Primero tengo que desahogar mi furia contra el gobierno. Luego vendrá la furia contra los que lo aplastan. Todo en orden. Lo que pasa es que no me gusta ser tratado como un tonto, y eso es lo que ha hecho el Presidente con todos nosotros. En este momento sentiría respeto por él –y siento nostalgia de ese respeto– si nos hubiera advertido oportuna y honestamente de lo que verdaderamente venía, si nos hubiera

señalado, él que bien lo sabía, a cada conspirador con su nombre y si nos hubiera exigido respaldarle en una y bien clara conducta a seguir; en estos momentos sentiría admiración por él –y siento nostalgia de esa admiración– si se hubiera adelantado a ellos y si a la vez hubiera confiado más en nosotros que en su capacidad de maniobra política, muñeca de oro, le decían, y se lo creyó hasta estos minutos. Todo eso, en vez de venir a hablarnos, en estos momentos, de su fe en el futuro y de hacernos el tango de la felonía.

–En eso te equivocas: él nunca prometió otra cosa, él nunca pretendió salirse de las reglas del juego. Por lo demás, ya no se trata solo de él o de los partidos; ahora nos aplastan a nosotros también, a todos.

–Eso es lo grave. Ahora vamos a tener que ser solidarios con quienes nos han defraudado. ¿Para qué te has vestido?

–Para estar lista.

–¿Lista para qué?

–No sé. Para lo que venga. ¿Y tú?

–¿Yo? Para emplear el tiempo.

Por la expresión de Eva me doy cuenta de que debo tener una expresión muy deprimida, a pesar de que he hablado con una voz racional, todavía rebelde a las emociones. En sus ojos hay una especie de compasión por mi rigidez. Se vuelve, va hasta el armario empotrado en el muro que hay al fondo, bajo el coro o palco, y regresa con paso firme, una mirada provocadora: ha puesto una botella de whisky, ruidosamente, sobre la mesa.

–Regalo de los Akesson –dice–; la guardaba para una buena ocasión.

A tiempo, justo a tiempo, rechazo la inclinación a rechazar este convite, esta ruptura de la rutina que indica no beber alcohol sino a partir del atardecer. De pronto, tímidamente, se ha abierto la perspectiva de admitir un cierto goce en la derrota y se insinúa la inclinación a asumir uno su desaliento, a establecer una pequeña camaradería con él; iba a decir no y entonces descubro una insospechada disposición física a sensualizar el fracaso y la tristeza –eso es lo que debe estar proponiéndome Eva, en silencio, parada junto a la cabecera de la mesa–, no marginarnos del fracaso, articularnos en el caos. Y si es así, si la prosecución del tiempo físico –que yo veía interrumpida– estuviera condicionada a una reconciliación con las fuerzas del caos, ya no tiene más sentido esta reticencia mía a hacerlo en compañía de Eva, que ha representado el caos. De pronto, también llega a parecerme más verídico ese modo imprevisible y desordenado en que ella ha vivido todo este tiempo, tan imprevisible y desordenado como la realidad, en comparación con mi insistencia en sujetarme a conductas y en repetir ceremonias para mantenerme idéntico a mí mismo; ella ha ido hacia el desorden, ha compartido los entusiasmos y

las alegrías sin mayor fundamento, ha vivido las contradicciones y a su vez las ha recreado frente a mí. ¿Habré sido demasiado rígido, demasiado racional, en ese sentido de negarme a vivir la voluntad de triunfo como triunfo, la felicidad anticipada que los otros vivieron? ¿La fiesta cuyos ruidos y gritos solidarios imposibilitaban la percepción de la amenaza? ¿El goce de que el mundo ya era nuestro, porque éramos dueños de la calle, y entonces se podía celebrar de inmediato la descomposición del viejo orden, la corrupción de la vieja cultura y por consiguiente el nacimiento inmediato y espontáneo en nosotros mismos de un hombre nuevo? ¿Por qué no he podido creer en la fiesta, por qué, cuando a pesar de todo me he sumado a ella, ese sentimiento de mascarada, de ficción? No puedo decir porque previera, en toda circunstancia, que un desenlace como éste algún día iba a ridiculizar mi entusiasmo, o justificar mi escepticismo, eso habría sido demasiado mezquino conmigo mismo; creo que sospechaba algo irreal, un núcleo oscuro, desesperado y quimérico en las fuerzas que desencadenaban las celebraciones populares: eso, quizás, una desesperanza no admitida de la realización de la victoria en el tiempo histórico y por lo tanto la necesidad de anticipar su futura celebración hoy, de inmediato. No sé, tendría que volver a pensar en todo eso con más calma, pero, si aun fuera así ¿excusaría ello mi rigidez? Aparto los restos del desayuno, pongo dos vasos sobre la mesa, también provocativamente. A veces detesto mi propio control, esta capacidad de medirme que tuve que aprender una vez para sobrevivir, esta conciencia refulgente que no admite distracción ni descanso, espejo cóncavo empotrado en el interior de la nuca, no solo reflejando sino que parodiando los actos propios y ajenos. Dos buenas dosis, para opacar el fulgor. Entrechocamos los vasos, como respondiendo también con una acción a los estampidos, y al sentir el calor expansivo de la boca al esófago nos atrevemos a imaginar que este silencio, tras haberse vencido el ultimátum hace ya rato, podría significar que al fin y a pesar de todo, el Presidente podría estar saliendo con los brazos en alto, el fuerte mentón muy levantado, con su dignidad inquebrantable, dando órdenes autoritarias y vanas a los soldados que lo encañonan. Y el aeropuerto. Y ese destino que ya no sería París, como en aquellos amables tiempos que pasaron, sino, por propia decisión, La Habana. Pero si fuera así ya se habrían apresurado en decirlo. ¿Entonces? Se lucha aun, se negocia aun. Lo mínimo negociable. Miro a Eva y tengo la impresión de no haberla mirado antes, cuando estábamos igualmente cerca tomando el desayuno, o más bien de haberle puesto una cara, un recuerdo de su cara en este espacio donde ahora encuentro la suya, de frente. ¿Es esta paulatina pérdida del frío interior, para llamarlo de algún modo, lo que me permite mirarla así? Y me digo si no la conociera, o si la conociera

desde hoy, volvería a gustarme, volvería a desearla; seguro que volvería a persuadirla con la misma vehemencia a que se venga aquí con sus maletas, su mesa plegable de encina, su tapiz tunecino. Pero son cosas que no puedo decirle, porque Eva no acepta ninguna fragmentación de su persona en partes que le gusten a uno y partes que uno deteste. Ese rechazo suyo de la femineidad, que la constituye tan llamativamente, qué años de trabajo y aprendizaje debe haberle costado, para hacer asequible su atracción sexual por otros caminos, los encubiertos por una aproximación elaborada intelectualmente, o los que dejen bien en claro lo sexual como una función de intercambio de goce entre iguales a quienes el intercambio no compromete en otros planos, o los caminos accidentales, también en cierto modo organizados, esos en que previa y alcohólicamente se ha adormecido a la conciencia. Tantas represiones, Eva, para alcanzar la libertad, para luchar contra la represión. Tus movimientos de muchacho, los codos sobre la mesa, el puño sosteniendo el agresivo mentón, la nariz recta, los ojos profundamente instalados bajo los arcos de las cejas construidos como eses horizontales. Lo femenino, tus atractivos femeninos, como algo casi a pesar tuyo, o como algo que al fin está bien pero que no te define; tú no eres tu cuerpo si previamente no eres reconocida como otra, pero, por último, no tienes sino tu cuerpo para revelar que puedes ser otra; entonces lo femenino y tú como entidades escindidas, separables en el tiempo, según las circunstancias, y lo femenino, tus muslos redondeados, tu culo turgente, tus tetas en alto que, de acuerdo, no son enteramente tú, como componentes desgarrados, autónomos, que no tienes más remedio que tergiversar con esos movimientos prestados de lo supuestamente masculino, bruscos, pasos largos, pisadas fuertes, ademanes quebrados, arrítmicos. Será que las armas de la liberación necesariamente nos oprimen, que toda lucha obliga a una cierta amputación. Para tu libertad sexual tu represión emocional. Tus medrosas, mezquinas ternuras, tu economía sensual. Tu amor rápido, tus posiciones estrictamente eficientes, tu vehemencia apurada, utilizante. Tu amor local. Los justos recursos para poner a punto la precisa y siempre idéntica mecánica de tu placer para enseguida caer en tus profundos sueños solitarios que uno observa fumando, nostálgico. Volverías a gustarme si no hubieras perdido tu libertad buscándola, si no supiera que vas a convertir cada acto y cada palabra mía en probables amenazas para esa libertad que no sabes vivir sino como objeto de defensa. Pero ¿qué piensa ella? Me doy cuenta de que es como si me hiciera la pregunta mientras ella se encuentra lejos, en un lugar desconocido. No aquí, frente a frente, mirándonos a los ojos. Así, esta incapacidad mía de percibir y hasta de imaginar sin distorsiones pensamientos sobre mí que provengan de otros. Esta ceguera total

ante mi reflejo. Y sin embargo, sé que en ella está correspondiéndose, simultáneamente, una especie de reflexión o visión invertida de mis pensamientos. Sé que está ahí, detrás de sus ojos, esa visión secreta, quizás comunicable, sobre mí, pero incomprensible para mí. Sé que ahí, detrás de sus ojos, yo soy otro, alguien a quien no podré conocer nunca. Y por un momento me aflige la idea de verla aquí, otra vez con su chaqueta de cuero negro, el pelo tirante envuelto en un moño, pintada, lista para ir ni siquiera ella sabe dónde, bebiendo con el desconocido en esta mesa que aun conserva los residuos de la noche pasada, más los del desayuno, bañados por la claridad acuosa del tragaluz. Así es. Pero enseguida viene esta otra sensación, que compartimos sin una palabra, ésta de la indolente complicidad de estar tan solos aquí, confrontados con nuestra extrañeza; esta tristeza un poco divertida –y estamos sonriendo– de vernos así, componentes de un hecho terminado, pudriéndose ya ante nuestra propia presencia, mientras nosotros seguimos tan vivos como antes, saboreando el segundo whisky, ajenos a él, esa creación abominable, yendo y viniendo en esos dos planos simultáneos, viéndonos desunidos y juntos, especie de sobrevivientes de sus emociones dentro de la ciudad que también va a morir. Es un hecho que está entre nosotros y por todas partes con una presencia física, que no necesita nuestros comentarios. Y cuando la mano de Eva acariciando el vaso avanza y se pone a acariciar la mía, es mi propia mano y sus prolongaciones, yo, en efecto, lo que se me presenta como ese hecho acabado y desprendido: lejos de uno, pero, esto es lo tonto, al mismo tiempo contenido en uno, dando así la impresión de que es uno el extraño, el desertor. Esta ambigüedad que crea el tener que manifestar ante la misma persona, con el mismo cuerpo, lo que ya no es con respecto a la excitación que ella motivaba antes, esta extrañeza de ver la mano de uno inerte, insensible, tocada por la mano que tiempo atrás era la llave de tantas reacciones. ¿Entiende Eva lo que estoy diciendo, o lo que estoy pensando?– empiezo a no darme cuenta de las diferencias entre mi discurso pasivo y mi discurso oral–. Sus ojos ni siquiera registran esta pregunta, y entonces está claro que no es ternura esos movimientos de sus dedos sobre mi mano, ni aproximación para entender algo de mí, sino una simple forma comunicativa, quizás pragmática, para abrirnos un camino en el caos. Tengo que entenderlo de una vez, limitarme a esta situación, vivir con ella esta situación ahora y punto. Cortar este discurso que a ella no le produce siquiera curiosidad. Suelto el vaso, vuelco la mano sobre la suya y dejo que el dolor de su inesperada presión me diga algo turbulento, inexplicable. Como estos brazos suyos inmediatamente disparados hacia mi cuello, atrayendo mi cabeza, y su cara tratando de juntarse a la mía. Quizás responder también a esto, sin buscarle un sentido. Un poco así. Pero

estamos separados por la esquina de la mesa, los troncos estirados, las sillas inclinadas hacia adelante, equilibrándonos solo con sus patas delanteras, abrazados a través de esta punta de la mesa como si se tratara de un obstáculo invencible. Debería levantarme y abrazarla de verdad en vez de decirme que el impedimento es la mesa. El asunto es borrar el aspecto grotesco de este espectáculo visto desde algún ángulo alejado de la habitación. Pero es ella quien transitoriamente lo borra. Eva se pone de pie y a su vez me levanta hacia su cuerpo. Su cara otra vez sollozante en mi hombro, sus brazos apretándome, sus dedos hundiéndose entre mis vértebras como buscando reanimar en mí una vida que a su vez la envuelva, que la atrape, que la proteja, pero yo aquí, en este reducido espacio que me queda, estoy hundido y yerto. Una de mis manos acaricia sus cabellos aplastados sobre el duro cráneo, la otra se desplaza casi remotamente sobre su chaqueta de cuero, y mi cuerpo queda atrás, terco, impasible. Solo hay esto en mi cabeza: un ruido, quizás un ruido de aguas que pasan sobre mí, como si yo durmiera encadenado en el fondo del cauce y las aguas corrieran densamente por encima, a la sombra de profundas vegetaciones, con esos rumores de colgantes ramas arrastradas, de aguas a su vez revertidas por las piedras del borde, rumores sobre ruidos, unos llenando el momentáneo silencio de los otros; solo eso hay, este fluir circular, sin dirección, en mi cabeza, que luego tampoco es exactamente mi cabeza sino el puro ruido en su lugar, al que quedo reducido, puro, libre, cada vez más rumor, ahora apagándose, suavizándose. Pero no, súbitamente todo vuelve a suceder fuera, otra vez es la tronante herida que los aviones vuelven a abrir en el cielo y Eva que se desprende y corre a mirar por los vidrios de la terraza. Cojo el vaso, bebo, y voy con él hacia el dormitorio y junto a Eva aparto las persianas de tablillas justo para oír las explosiones de bombas por el lado de la cordillera. Mientras busco las señales de humo en el cielo que continúa incoloro y estático, observo lo que no es sino incapacidad de mi experiencia dramática para representarme lo que tienen que ser los efectos físicos de esta violencia y para sentir sus efectos psíquicos. Es mi imaginación la que carece de una experiencia de la agresión bélica o que posee esta experiencia solamente derivada del terreno de la ficción y por lo tanto me reduce a una especie de inocencia sensorial aun ante la evidencia de esta agresión aquí, encima de mis sentidos. Mi condicionamiento emocional a la violencia no puede ser sino ese, el del cine, que es también un condicionamiento dicotómico, pasivo, el del espectador. La violencia, la guerra, eran hechos enteramente recortados de la realidad, un espectáculo inasociable con la realidad que uno hallaba afuera, luego de la función; la calle todavía llena de sol, los vendedores de maní y helados, el curso inmodificado de la soledad y

el tedio del domingo. El sobrecogimiento, la excitación, el miedo ante la guerra y la violencia se daban exclusivamente dentro de ese corte, en la oscuridad y lo mismo la indignación y el heroísmo, y quizás para siempre desvinculándolos del compromiso efectivo, del riesgo personal; puede ser que en este mismo momento la disociación persista, mientras el trueno de los aviones se desplaza hacia el sur y la frecuencia de los disparos aumenta del lado del centro de la ciudad; puede ser que aun hoy aquel condicionamiento me impida estar dramáticamente aquí, ser también protagonista, ahora que se eleva allá al frente una columna de humo, eso y la ignorancia de lo que hacen o no hacen nuestros defensores, todo lo cual desnuda la condición de uno como un ser abstracto, no como productor de la realidad sino como consumidor de la realidad, víctima de sus hechos proyectados en la sala oscura, sujeto de una lucha que al fin determinan otras fuerzas y voluntades y que aquí, cuando verdaderamente la guerra viene, no sabe siquiera de qué lado se halla su campo ni dónde están sus comandantes, para no hablar de la ignorancia absoluta de cuáles son y dónde están sus armas; que antes aun despierta inadvertido con la guerra encima como sorpresa natural y debe quedarse presenciando, no, menos que eso, imaginando la suerte de la guerra desde su jaula, puesto que sus representantes han perdido la voz o a lo sumo argumentan con las armas de la moral y la poesía; en su jaula, física y mental, participando con su pura indignación, sus reproches, su temor, su nostalgia, sus tragos de whisky, estoy muy desolado, eso es, quisiera, como Eva, sencillamente llorar, abrazo a Eva por los hombros, ahora soy yo quien la toma en sus brazos y la acaricia con fuerza. Con fuerza, con esa compulsiva necesidad de prolongaciones y afluencias del propio cuerpo hacia otro, con esa urgencia de transmitir nuestras emociones al cuerpo ajeno para que ellas vuelvan reflejadas a nosotros, no importa cuál sea el otro; esta pura emisión y recuperación de sí mismo, esta verificación incuestionable de lo que uno hace afluir hacia el otro; no los intercambios y las donaciones del amor, sino la pura experimentación de este circuito egoísta, ida y venida de las propias emociones, dulcificadas por el trayecto, pero también confortadas por esta experiencia del exterior, del otro espacio, ya no subjetivo, que han tocado. Pero además esta perfecta indiferencia de saber que es así tanto para el uno como para el otro, que Eva besa y abraza a alguien que circunstancialmente soy yo, que le sirvo para lo mismo que ella me sirve. Esta colaboración de nuestros cuerpos en la soledad y, a pesar de la indolencia de saberlo; lo mismo esta erección, esta sangre que desaloja, probablemente, las zonas de mi memoria y que va embutiendo, endureciendo la arrugada vejiga que yo ni siquiera recordaba entre mis piernas; esta erección contra su muslo, que es solo

eso, una superficie tibia, curva, muelle, mensaje funcional para mi imaginación, independientemente de que el resto seamos Eva o yo, qué más da, de algún modo todo es ajeno e intercambiable esta mañana, todo viene desde afuera y los actos de aceptación o rechazo no son siquiera, propiamente, actos; ni la ternura táctil ni los llamados cariñosos son necesarios, cada cual acondiciona al otro para la óptima producción del placer requerido solitariamente, Eva cogiendo y rasguñando el tríptico carnal que abulta mis pantalones, yo apretando y acariciando con el cordial izquierdo el hendido pubis tras de los suyos, nuestras bocas intercambiando sus salivas alcoholadas, sus gustos de miedo. Nos desnudamos sin una palabra, sin prisa, serios, algo fastidiados de que la determinación de usarnos así se revele en estos movimientos de quitarse la ropa, de que no sea el deseo, con su fuerza expulsante, el que nos desnude, y ahora cada cual por su lado vamos hacia la cama, inseguros de que en esta breve separación carnal no se haya desvanecido ya el deseo, tan mecánicamente como vino; nos echamos sobre la cama deshecha, yo siempre del lado del transistor que no cesa de transmitir su música de cuartel, ella quitándose previamente esa mecha de algodón que tapona sus labios, antes de volverse con sus pechos desbronceados y erectos hacia mí. Se diría que al fin es la paz conmigo, que voy a callarme y que al volverme a mi vez hacia ella el espacio por fin va a contraerse hasta no ser sino esa atmósfera secreta y excluyente que crean los dos cuerpos que se abrazan, pero al encontrar a Eva así, con esta luz cruda, como una presencia totalmente exteriorizada, desamparada de mi imaginación, me temo que aun voy a quedarme aquí, mirando desde fuera lo que hacen nuestras manos, controlando el buen orden de este amor, famoso itinerario reducido por ambos a sus etapas imprescindibles, cada cual corroborando rápidamente los volúmenes del otro, succionando, lamiendo, acariciando lo justo para despertar en el otro el deseo de sí, frotándose y besándose lo suficiente para que el otro esté en condiciones de satisfacer el propio deseo. Ya sé, por lo común yo me distancio de mis propias acciones, hay esta parte en mí que esta situada como delante mío, para hablar en términos espaciales, o si se quiere ligeramente desplazada en el futuro, como viendo mis acciones venir desde ese futuro inmediato, acabando de ser realizadas, reflejándolas, para ser más precisos, con uno o unos segundos de adelanto respecto al momento en que las ejecuto, de tal modo que en el momento de iniciar cualquier acción ya estoy viendo su continuación y antes de terminarla, su término; antes de afirmar ahora mis rodillas entre las piernas de Eva y de penetrarla ya me estoy viendo penetrándola, pero lo mismo pasa con acciones que ejecuto por la primera vez, y yo no puedo nada contra esta capacidad vidente de mis propios actos, porque me da esa posibilidad fascinante de

desdoblar el goce en una parte anticipatoria y otra efectiva que en la práctica sensorial se funden en una sensación continua, sinestética, a pesar de que en otras acciones, las menos sensuales, me produzca esa impresión de futilidad muscular, de pereza absoluta, puesto que al emprenderlas estoy viendo también que ya están hechas, así que su cumplimiento viene a ser casi superfluo, una pura formalidad, una gentileza para la comprensión de los otros. Pero ahora el distanciamiento tiene algo de rebelde, de burlón, al considerarme aquí, solo, empecinado en hacerme callar y en olvidar a Eva con mi cara oculta en la oreja y los pelos de Eva, porfiando en buscar un lugar donde meterme y de donde responder orgánicamente –ya que no hay armas materiales ni intelectuales– a la guerra.

–¡Pero muévete! –me grita Eva.

–Pero abre las piernas –insisto yo.

Qué voy a moverme así, como me tiene cogido con los meros labios, con sus piernas casi cerradas, sin poder afirmar mis rodillas sino fuera de sus piernas, succionándome el glande con un movimiento corto y vertical, desdeñando el resto, infantil, clitórica dogmática, militante de una liberación que no puede prescindir de férreas disciplinas; capaz de fundamentar esta conducta con sólidos argumentos fisiológicos incluso en el momento más apasionado.

–*On y fait l'amour, pas de la gynécologie, salope*.

–Tampoco se trata de hacernos la paja, qué.

Tu vagina como una tumba, no vas a abrir las piernas como esas pobres aldeanas medievales en el foso de heno, ni como las ansiosas matronas lawrencianas frente a la chimenea mientras ruge afuera la tempestad, ni todo el resto de violadas, prostituidas, cosificadas; los tiempos cambian y ya no necesitas sino la dosis fálica precisa en contacto directo con el nervio correspondiente; todo lo demás es engaño, humillación y sacrificio. También me aburrí de esas conversaciones contigo, así que sigue con tus movimientos infantiles, cada vez más apurados, como si estuviéramos detrás de la puerta de la escuela, yo no pienso moverme; no es hacer el amor pero tiene su encanto, dejo que te masturbes conmigo como si estuviera enyesado colgando en el aire, los ojos cerrados entre tu pelo, aspiro tu calor, todo allá abajo sigue su curso natural, no me digas muévete por favor porque no voy a decirte abre las piernas por favor, está bien así, ya ves que tus propios movimientos de emboque y fricción, uno, dos, uno, dos, uno, dos, de maquinita Singer bastan, ya que solo se trata de eso, según tú; ahí está su nerviecito a punto, tenso, listo para sonar como esas campanillas que se tiran desde una alejada verja, en tu cabeza –ah, pensar en las emociones que yo agregaba a esto hace un tiempo–. Ahí va, lo mismo va. Pero cuando ambos vamos remontando la última curva de la espiral imaginaria, o la última cuesta que ya

anuncia la deslizante pendiente del otro lado, justo en este punto las explosiones nos paralizan, las explosiones y sus ondas que vienen claramente del centro de la ciudad, estremeciendo los vidrios, desatando estos otros estampidos de vuelos en el techo y prolongándose en otros vuelos y ecos circulares más allá, por los muros montañosos. Sacar yo la cabeza y mirarnos es tener ambos la certidumbre de que esto es el cumplimiento de la descabellada amenaza de bombardear La Moneda y entonces de que el Presidente no se ha entregado; es saber instantáneamente que al aceptar morir se ha reconocido a sí mismo y su rol y su conducta como límites insuperables, y saber también que se acabó el reino de la ficción política y de las guerras ceremoniales, que ésta es descarnadamente y sin más retóricas, la guerra, y que nos concierne a todos, convocados o no, comprometidos o no en su desencadenamiento, dentro o fuera de sus líneas de fuego. Y si durante unos segundos quedo inmovilizado, sin retirarme de Eva, contradictoriamente dividido entre el deseo de reanudar la aceleración interrumpida que ya iba a llevamos al punto de descenso y la espera tensa de confirmaciones del exterior, luego, en el próximo minuto, cuando Eva se incorpora sobre sus codos y hace un ademán de apartarme, son estas campanas, la provocación de las campanas, lo que rompe al fin toda disociación y contradicción de acciones y discurso. El tañido de las campanas de la parroquia vecina de la calle Lastarria ha estallado con el carácter de una concertación ceremonial con el bombardeo, como su contrapartida celestial, triunfalmente; los bronces vuelan y bailotean, columpian sus notas, hacen vibrar vidrios y metales como si todos tuviéramos que estar ahí, tirándolas, como en un día de gloria y resurrección, y quizás también como respondiendo a las remotas promesas de ese día –yo no estoy ya ahí afuera para pensar en eso– mi sangre remonta con un repentino arrebato fundiéndome en una sola pieza, bombeándome por todas partes, aguijoneándome, abrasándome la piel, con una exigencia perentoria de ira, odio y agresión, engrosando y endureciendo mi falo, como si en estas circunstancias de mi posición sobre Eva tal exigencia no hallara disponible sino este medio de poder para embestir y ofender, confiriéndole una fuerza que repentinamente lo vuelve desmesurado, y como si Eva tuviera que asumir la destinación de esta violencia. o ser absolutamente su intermediario, atenazo sus brazos que querían apartarme, aprisiono sus tobillos con mis pies y descargando ahora toda mi fuerza contra ella la acometo con la totalidad de esta prolongación armada, con este mazo prodigioso en su porfiada virginidad vaginal; así, obligándola a separar las piernas, explorándola con movimientos embólicos, batientes, bombeantes, que empujan el aire al interior, que chocan con él dentro de la cámara y lo expulsan con sonidos fragosos, tronantes; con esta cólera pero también

buscando desesperadamente la solidaridad de ella con mi cólera, sometiéndola a esta agresión pero al mismo tiempo llamándola a unirse a esta agresión para que sea una sola y nos haga invencibles; provocando sus insultos, sus golpes y mordeduras que solo me enardecen, que solo consolidan este ritmo implacable que oscuramente voy reconociendo en mi memoria y que tendrá que despertar en la memoria de ella las sombras proyectadas y los gritos ahogados por el fuego, el ritmo remoto de la punición; con este ritmo que percute en el fondo, en el lodo de tus nórdicos lagos negros y que va distinguiéndose poco a poco sobre la fiesta de las campanas que redoblan con más fuerza y se corresponden con las de otros campanarios lejanos y los disparos hasta formar un solo tejido tañente y detonante dentro de la ciudad. Como si confusamente también comenzara a reconocerlo, como asfixiándose, Eva vuelve su cara de un lado a otro de la almohada, cada vez más desesperada, es posible que rechazando o persiguiendo su significación, y ahora, a pesar de haberlos tenido siempre abiertos, insultantes, abre sus ojos, fija en mí sus ojos que se han coloreado de un verde turbio y venenoso y llama, llama o responde con una especie de alarido infantil pero remotamente viejo, a la vez; extiende sus brazos hacia ambos bordes de la cama, agarrándose, y abriendo sus piernas antes siempre rebeldes hacia el aire, en una posición agresiva y a la vez ingrávida, se pone a gritar cortas y repetidas palabras que no entiendo, expiraciones bisilábicas, siempre mirándome pero mirándome también desde otra situación doble e igualmente real en una distancia imprecisable, quizás desde los fuegos de la verdadera batalla, grita mortalmente como si no la oyera y comienza a moverse, un movimiento que nace en sus pechos, circula en su vientre, y se reparte en sus nalgas para acordarse con el mío, va moviéndose crecientemente conmigo, en una velocidad cada vez más segura y acelerante de máquina de guerra, y de pronto entiendo sus gritos, sus bárbaros sonidos guturales que dicen dáles, dáles, su furiosa, vengativa mirada que también es la mía, mátalos, mátalos, sus movimientos azuzándome, levantándome en el aire, su enconado fuego en el vientre, y ensordecido, rabioso, abrazo sus muslos y plegándola sobre mis hombros cargo, tapono, percuto, una y otra vez, sin pausa ni piedad ni fatiga, con la santa ira de la exterminación, seguro del poder de nuestras armas, con este amor mortífero, con estos ruidos guturales que aterrorizan, con esta sed de venganza, ésta es la guerra y estamos al fin haciéndola, al fin juntos, abriéndonos paso sobre los cuerpos reventados de los traidores, irrumpiendo a través de su pavor y confusión, aniquilando todo a nuestro paso, indemnes, tronantes y resplandecientes de sudor, listos para asestarles el golpe final, con esta embriaguez de la justicia vengadora, tensado, recto desde la punta de mis pies hasta la erguida

cabeza, con la justa inclinación aérea de un cañón, cimbrándome sobre el pivote ovillado, palpitante que es tu cuerpo, que ahora conduces y orientas, impaciente, exigente, mi última arremetida, el rostro aplastado por el viento, transfigurado de goce, reluciente de aceites, los cabellos levantados por el viento ardiente, tú gritando ¡ahora! ¡ven ahora! con tus misteriosas palabras, voy concentrando, comprimiendo todo mi fuego y en el momento preciso te grito ¡allá voy! y entonces aquí vamos con mi despiadada bruja nórdica, restaurada en su primitiva alegría y crueldad, ligeramente tomando velocidad, martillando sus entrañas y de paso las cabezas de los enemigos, dispensadores del castigo, sobrexcitados de odio por el sonido bélico y festivo de las campanas, por las balas que estallan en nuestra piel sin tocarnos, martillando a fondo, sonoramente, con esta dureza insólita que te hace delirar, sintiendo que comienza a bullir el fuego mortal, comprimiendo su fusión para condensar su poder y casi al instante fundiéndome en la masa de mi propio fuego, acelerando el punto de mi total combustión, lanzado en un vértigo ígneo en que toda noción de los componentes de nuestra máquina armada desaparece y en que nuestros gritos de guerra nacen y se elevan al unísono de nuestra materia, sintiendo de nosotros el fundente fluido venir, gritos y aun campanas, deteniéndome, ya puro conducto inmóvil, espasmante, para vernos salir, lengua del lanzallamas, lluvia de la gárgola desfogante, certera tromba bullente escupiéndonos sobre las borrosas muecas que nos miran venir desde el cielo, escaldando las simiescas jetas, ampollándolas, de los cuatro generales, cociéndoles las lenguas, que se han alzado, fundiendo sus latones, sus campanas; borrando, limpiando, restaurando solamente eso, la paz.

III

Reunión de intelectuales

La casa de Cecilia, donde Jonás –Jona, entre nosotros– ha venido a instalarse hace algunos meses. Ahí arriba en la buhardilla, su campo de batalla, es decir, su escritorio, donde botellas, carpetas y hasta ropa sucia no dejan espacio para escribir, y en el piso un colchón para las inspiraciones y pirámides de cartones de nescafé con los libros y papeles. En el resto de la casa el orden normal, quizás un poco decadente, de una familia santiaguina acomodada. Cecilia tiene un fundo en la zona central, un naranjal de extensión no expropiable, según la ley de reforma agraria, modesta herencia de un pasado latifundista no muy lejano, y probablemente es la única entre nosotros que sabe, sin fantasías políticas ni literarias de ninguna clase, qué es un campesino, cómo vive, cuáles son sus aspiraciones y cuáles las representaciones de su imaginación. Cecilia en fin, es uno de esos lujos que pudo permitirse nuestra oligarquía aun en los terribles años treinta y que tanto nos fascinan hoy a los intelectuales de izquierda: esas jóvenes educadas en Europa o con institutrices europeas en el estudio inofensivo de las letras y las artes, para convertirse en las mujeres de la nueva clase dirigente, pero que incomprendidas por sus maridos y finalmente liberadas, con un par de hijos a cuestas, refinadas y progres, e incluso socializantes, han llegado a ser nuestras amigas preferidas. En esta ocasión se limita a un rol de anfitriona discreta e imprescindible; como otras veces, proporciona la casa, las bebidas y a menudo la comida para estas reuniones, cuyo discurso conduce y a menudo sintetiza Jona con un orden intelectual que parece siempre recién nacido del caos, porque Jona actúa sin discusión como teórico y líder de todos nosotros, más o menos jóvenes intelectuales, en mayor parte escritores y poetas que intentamos definir –y no solamente definir– sino orientar bajo nuestra responsabilidad, la política cultural de este gobierno socialista y a nuestro entender fatalmente revolucionario.

Porque si no nosotros, ¿quién llenaría este vacío? Sin la menor duda, los oportunistas de siempre, los burócratas de los partidos y entre ellos, en primer lugar Froilán, mi ex compañero del liceo

nocturno, especie de romántico estalinista. Ésta debe ser qué, la décima reunión. Las citas comenzaron a los pocos días del triunfo de la izquierda. Pese a esta conciencia responsable, el problema ha consistido en saber qué queremos hacer, para qué servimos. La impresión es de que estamos corriendo una carrera contra el tiempo: en pocos días hemos tenido que enfrentarnos a problemas concretos, acerca de los cuales antes apenas hemos divagado: definir lo que es el país culturalmente, proyectar lo que debería ser una cultura de transición al socialismo y entre tanto proponer acciones prácticas para movilizamos. Hemos buscado armarnos apresuradamente de una teoría socialista de la cultura, y aquí no hemos hallado otra cosa que elementos dispersos, referidos a realidades absolutamente distintas y por cierto contradictorios. Por un lado la evidencia de que es imprescindible legitimarnos políticamente para hacer clara a los políticos la necesidad de nuestra acción; por otro lado una especie de orfandad teórica e histórica con respecto a nuestro rol revolucionario. Por acuerdo tácito, Jona ha sido el encargado de ponernos al día: le hemos visto cargado con los textos de los bellos años veinte soviéticos, Trotsky incluido, con los discursos de Mao y los artículos de Gramsci, entre otros, y un cuaderno donde toma notas ilegibles.

Las puertas están abiertas hacia el jardín. Nos paseamos con nuestros vasos en la mano, yendo de un grupo a otro en espera de que lleguen los retrasados. Con la camisa afuera, el largo pelo crespo electrizado, como un antillano pálido, Jona comienza a ensayar, por sobre las demás voces, lo que más tarde será su infaltable y regocijante derroche de histrionismo.

–El concepto del intelectual orgánico se va a la mierda en estas sociedades dependientes.

Está balanceándose en el columpio de los hijos de Cecilia, que cuelga de una rama del gigantesco albaricoque. Sus largas piernas van y vienen, rozando el pasto.

–Porque mejor no hablemos del intelectual tradicional, a menos que estemos con el humor ligeramente masoquista. ¿Orgánicos con respecto a qué estructura, a qué proyecto? Y si uno mira a la izquierda ¿qué alternativa intelectual encuentra? ¿Qué otra cosa, en un Neruda, sino los mitos patrióticos y la indignación moral de la pequeña burguesía progresista? ¿Qué diferencia hace ser marxista o ser un honesto cristiano para esa visión de la historia y de la sociedad? Y en la clase dominante ¿de qué intelectuales me hablan? ¿De qué organicidad? Si los intelectuales son los que dan a un grupo social "homogeneidad y conciencia de sus propias funciones" ¿por qué los de nuestra burguesía gravitan casi exclusivamente en relación a culturas exógenas, que por lo demás los han ignorado soberanamente? Con respecto a su propia clase, todos estos pobres tipos no han sido más

que excéntricos. Por una parte exógenos, pero desconocidos en los centros que constituyen su referencia cultural; por otra parte, aquí en su cuna, legitimados como patriotas justamente por imitar y divulgar ideas, gustos y modos extranjeros. ¿Dónde está la relación entre la producción económica y la cultura? La burguesía de este país fue incapaz de crear su propio intelectual orgánico, funcional a su desarrollo y sus intereses, lo que hace verosímil la afirmación de que aquí no hemos tenido jamás tal burguesía, y que la clase social correspondiente, llámese como quiérase, ha usado otros recursos, no justamente orgánicos, para darse una conciencia.

–Pero, huevón –dice Teodoro, la camisa abierta mostrando los rollos de su panza y ya con un segundo vaso de gin y mucho hielo en la mano–, si hablái de intelectuales orgánicos, tenís que considerar el término en su verdadero sentido gramsciano. Y lo mismo, si hablái de sociedades dependientes, tenís que hablar de intelectuales orgánicamente dependientes. Pero, como siempre, esto no puede ser concebido como una simple relación mecánica: hay mil trucos que ocultan y despistan el mecanismo, incluso en la conciencia íntima de los propios actores.

Está sentado en un piso y al hablar entra y saca la cabeza, como esas tortugas mecánicas:

–El asunto es ver respecto a qué polo se articula esta dependencia: si lo hace con respecto al centro hegemónico externo o con respecto al poder interno que le sirve de intermediario. Yo creo que, como dice Gramsci, asumiendo "la utopía de su independencia y autonomía", estos intelectuales sirven de puente sublimador entre ambos polos: salvo honrosas excepciones, han cumplido la función de crearnos una precoz y falsa conciencia de pertenencia y protagonismo cultural universal, que sirve de sostén moral a la clase dominante para incorporarnos a los intereses de los oligopolios universales. Si tenemos el privilegio de formar parte íntima de la cultura occidental ¿no es natural que nuestra economía esté sometida a sus intereses y destino? Por lo demás, tales intelectuales han realizado el milagro de hacernos pasar los intereses de la clase dominante por el bien común, incluida la patria, sus trapos emblemáticos y sus valores espirituales. ¿Qué me decís de nuestros padres constituyentes, legisladores, jueces, curas, catedráticos y hombres de letras, entre otros? ¿Vos creís que no han sido los intelectuales orgánicos, y bien orgánicos, de nuestra reinserción en el mercado mundial? ¿Vos creís que no han sido uña y carne con el sistema establecido, a pesar de alguna apariencia de discrepancia o independencia?

–¡Uña y carne! ¡Qué sueño! Capa y pellejo, huevón. Una manga de cínicos, sin la más puta organicidad siquiera con sus huevos. ¡Una cohorte de hiperbólicos y faramallones! –explota de risa Jona,

tratando de encontrar otros sinónimos rimbombantes–. Una cáfila de parodiantes de la República, de sus discursos y su iconografía. Mejores seguidores de la oratoria que de las ideas ajenas; tribunos de la libertad abstracta y maestros de danza, todo eso en una sociedad de oligarcas y mercachifles disfrazados de patriotas que a cambio de la plata y los cueros que exportaban podían importar los trapos y las maneras de mesa, y por qué no, las ideas, siempre que les sirvieran para legitimarse en el poder y no se salieran del cauce superior de las tribunas y las aulas académicas. ¿Qué relación, aparte de la lírica, había entre el discurso y la infraestructura, o viceversa? Cínicos, porque sabían que no había ninguna organicidad, que no podía haberla; porque tenían claro que podían oficiar sus cultos republicanos en este espacio históricamente casi virgen sin ninguno de sus costes sociales e intelectuales y sin la más puta conciencia histórica responsable (porque tenerla, huevón, habría equivalido a asumir casi la nada, a plantearse originalmente una creación política acorde con el desarrollo de las fuerzas productivas de la época y crítica respecto a su modo de producción), en suma, con todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes: con el encanto paradisíaco de ser oligarcas y republicanos, explotadores semifeudales y libertarios, cónsules del dominio económico extranjero y patriotas. Una dicotomía que no ha hecho sino crecer con el tiempo, irresistiblemente. Apóstoles de ideas que no eran el reflejo de nada: alegorías de reaccionarios ocasionalmente rebeldes. En conclusión: cínicos.

–Ése es un juicio moral, huevón –responde Teodoro, algo aburrido–. La dicotomía o la contradicción entre infraestructura y discurso es la forma característicamente dramática que asume la organicidad intelectual en las sociedades dependientes.

–¿No crees que exageras, querido Jona? ¿No piensas que tal vez nuestros intelectuales que, no olvides, originalmente fueron también soldados, no tenían otra opción?

Dulcemente, la voz de Steven se ha introducido por sorpresa y Teodoro le mira escandalizado de que se atreva a inmiscuirse; apenas entiende por qué Jona insiste en invitarle. Los pequeños ojos celestes y fríos, desapasionadamente seguros, inutilizan la dulzura y circunspección de la voz. Pero si uno no le mira a los ojos la voz logra hacer olvidar ese aspecto suyo de joven latifundista de ascendencia inglesa, que ha sido severamente educado, uno imagina, para hablar en cada situación exclusivamente de lo que corresponde a ella.

–¿Otra que el cinismo, quieres decir? –pregunta a su vez Jona, algo agresivo, como para disculparse ante Teodoro.

–No embromes, Jona. Te dejas llevar por las palabras, y en eso te entiendo. Tú sabes que es posible vivir, digamos, no de una manera totalmente contraria, pero sí contradictoria con las propias ideas (no

me vas a decir que Marx vivía como un marxista, ni mucho menos), pero que es imposible vivir en contradicción con la situación material de uno. Quiero decir, se puede ser rico y tener ideas progresistas, pero no es posible ser un trabajador y tener ideas reaccionarias. Creo que me entiendes. Lo que pasa es que las ideas progresistas y libertarias nos fueron útiles en la etapa de la lucha por la independencia y formación de la nación, pero luego, como todos sabemos, chocaron con la realidad. Una y otra vez se vio que no se podía llevar las ideas a la práctica y muy particularmente en su aspecto social, mientras el país no progresara cultural y económicamente. Eso no fue culpa de nuestros intelectuales, sino de la desfase entre las ideas y nuestro desarrollo histórico; creo que hasta el marxismo admite eso. Sin embargo, ellos comprendieron que eso no significaba sepultar las ideas, ni mucho menos: cumplieron el deber de mantenerlas vivas, a veces en muy difíciles condiciones, viviendo de esa manera conflictiva que tú has ridiculizado, pero aplicándolas cada vez que las condiciones eran favorables. No se puede llamar a eso cinismo; si uno piensa en los estrechos márgenes de nuestra historia, puede considerarlo, incluso, un verdadero heroísmo.

Durante unos segundos la admiración de Jona por esa especie de legitimidad y buena conciencia que irradia Steven, solo durante unos segundos, esta admiración por el amigo parece chocar con la propia concepción teórica.

–Putas, Steven –dice embarazado–, eso me suena a…

–A balada de la buena fe burguesa –se le adelanta Mario, poniéndose la mano en el pecho y enarcando las cejas como profundamente inspirado.

–Déjense de huevadas –dice Steven, con su excelente pronunciación.

–Yo creo que nos hace falta mirar más críticamente en el pasado –digo, con la vergüenza de decir esas cosas que dichas por los otros me parecen ridículas–; pero sin la intención de querer demostrar a priori teorías que han sido formuladas para las exigencias históricas de otras sociedades: que el modo de producción fue capitalista o feudal y en consecuencia esto o lo otro; que los intelectuales fueron orgánicos o marginales y por lo tanto; y sobre todo sin la tendencia a confundir, como hace descaradamente la derecha e irresponsablemente la izquierda, patriotismo con ideas avanzadas (si ambas cosas coincidieron alguna vez fue por necesidades tácticas y de ahí viene la confusión), porque lo cierto es que los intereses particulares de la clase dominante han sido sacralizados por sus intelectuales como los intereses patrióticos generales con tanto éxito, alcanzando niveles tan profundos de la emotividad popular, que los intelectuales de izquierda, o bien han sido víctimas de la confusión, o bien no se han atrevido a denunciarla por temor a la impopularidad.

–Está bien, está bien –me aprueba Jona–; pero tenemos que andar con cuidado, porque al fin el discurso cultural sigue estando manipulado por la clase dominante, que posee los medios de comunicación. No nos engañemos; nuestra ofensiva tiene que orientarse, en una primera etapa, a los puntos más débiles. Yo creo, Steven, que tu explicación de la reducción del campo de acción de las ideas al tamaño de la economía es justamente una explicación de origen derechista; sabís que te lo digo sin ninguna mala leche y que pienso que todos tenemos fatalmente resabios de la cultura dominante. Por eso, lo que hay que ver es cuál es la especificidad de los intelectuales periféricos con respecto a los centrales. Yo creo que no se trata simplemente de estirar el concepto de organicidad a las condiciones de la dependencia para tener una definición. Hay que darse cuenta de que las clases dominantes de estos países no producen originalmente sus propios intelectuales: los importan, ya hechos y funcionando, o listos para armar, y eso debido a que por sí mismas no habrían sido capaces de producir intelectuales más o menos contemporáneos: la verdad es que en el siglo XIX les habrían salido intelectuales del XVI. Porque cuando se produce nuestra inserción como países en el mercado mundial, en plena cultura de la democracia burguesa y del romanticismo, nuestras clases dominantes promueven el colonialismo de su propio país. Existe una incompatibilidad histórica entre su economía y la cultura que importan y por eso sus instituciones políticas y sus intelectuales son disfuncionales, simplemente accesorios y, en última instancia, perfectamente prescindibles. Un lujo, como quien dice. El mundo de la cultura no refleja esas relaciones de producción que son despóticas y brutales. Ambos son compartimentos estancos, incomunicables, hasta muy tarde. El discurso libertario e iluminista no sirve sino para el goce retórico interno de las clases dominantes; quizás como forma de legitimación política. Dicen: somos los que hemos levantado parlamentos y templos, traído puentes y ferrocarriles, abierto el primer café-concierto en estas soledades, y por lo tanto el progreso y la cultura se nos deben; y si tenemos que hacer trabajar a esta población (perezosa y reacia al progreso) a látigo y balas, ello es en contra de nuestros principios y para permitirles ganarse el pan para sus hijos. La cultura nos redime de la barbarie a que nos obliga la economía.

Jona ha venido tomando vuelo con el columpio en las últimas frases y ahora sus pies casi nos aplastan las caras. Fácil ver cómo le van excitando las palabras, ese prodigio de sonorizar sus ideas en el momento elegido, e incluso de sonorizarlas caprichosamente, excediendo su alcance o haciéndolo plurivalente. Todo pasa como el despegue hacia un orgasmo: cada palabra que le gusta particularmente

es una especie de apoyo sensual para saltar en la espiral del placer, de modo que algunas de ellas, en las frases finales, pueden corresponder más a las exigencias del placer que del pensamiento.

Steven sonríe con una complacencia que es manifiestamente hacia todo ese proceso intelectual de Jona, pero sobre todo con una ternura paternal –no importa que sea menor que él– que pasa por alto el desacuerdo; sonríe con los labios apretados, con las comisuras de los labios, y no parece dispuesto a seguir una discusión que podría poner en peligro nuestro propio y circunstancial consenso. Pero Mario, con la provocación y la picardía efervescente en sus ojitos infantiles puestos en una especie de cara de bruja sajona, introduce el pequeño tema venenoso:

–¿Y cuál sería la diferencia, Jonita, de los *soi-disants* intelectuales de izquierda?

Nos aprestamos a un nuevo cuadro del espectáculo y Jona, consciente de eso, vacía el resto del gin en su garganta mirando hacia el cielo, hacia la profundidad impenetrable del follaje, y de pronto se vuelve a lanzar hacia nosotros con el columpio.

–El desgarramiento –grita–, la diferencia es el desgarramiento –y al oírse gritar así lanza una risotada que es a la vez de autoconmiseración y autocomplacencia. Los hijos de Cecilia se asoman por la ventana del piso superior y hacen un eco burlesco con sus voces.

–No es ningún misterio –prosigue– que nosotros hemos vivido hasta el concho lo que yo llamaría esta especie de farsa irrenunciable: esta cultura con que nos han cebado y corrompido a cambio de nuestro aporte de materias primas a la civilización occidental, con todos los crímenes y traiciones que esto implica. Ay, ay, ay, no solo nos hemos apropiado de esta cultura, haciéndola la esencia de nuestro ser, sino que hemos llegado a creer que la enriquecemos y la particularizamos y, en última instancia, que no puede pasarse sin nosotros. Porque, al fin de cuentas, nosotros, los intelectuales de izquierda del mundo periférico, prometemos convertir esta cultura de dominación en una de liberación, y no solo eso, sino que, tras nuestra liberación anunciamos la liberación de nuestros propios dominadores.

–¡Bravo! ¡Brillante! –aplaude Fritz con un entusiasmo fervientemente cínico.

–Lo cual nos permite usufructuar del aura con que el glorioso porvenir nos distingue por adelantado. Somos hombres del pasado comprometidos con el futuro. Así, vivimos la negación y la afirmación al mismo tiempo, pero como la realidad, mis queridos amigos, es más determinante que el proyecto, nadie va a negar que en ocasiones y por el goce de la vida nos hemos hecho perdonar el proyecto. Somos hombres profundamente desgarrados.

–Pero, Jonita –insiste Mario, gozando de antemano de ese placer de las insolubles contradicciones intelectuales–, ¿qué pasa ahora, cuando podemos encarnar ese proyecto?

–Pasa que aquí estamos, huevón, haciendo nuestro número, cada cual el suyo, para que la función siga adelante. Qué querís oír: intelectuales pequeñoburgueses, ya sabemos, apurados en redefinir sus roles dentro de un proyecto de cultura nacional y popular, cagados de miedo de quedar fuera de la historia y sus gratos beneficios. Y aquí viene lo bueno: queremos que este rol sea, al mismo tiempo, comprometido y crítico. ¡Los perlas!

–Yo opino –dice el doctor Fernández– que no tenemos por qué tener mala conciencia. La mala conciencia del intelectual es una secuela del stalinismo…

Alguien llega, rumor de saludos en aumento; todos nos volvemos. Es Renato, el diplomático del grupo, que será nombrado inminentemente embajador en algún país importante, y a quien hemos encargado una misión salvadora: lograr que el grupo se entreviste con el Presidente. Lo que pasa es que los partidos, al repartirse la gestión de las instituciones y empresas del Estado, se han impuesto como los únicos vasos comunicantes con las masas populares; toda iniciativa, al margen de ellos está condenada a la incomunicación y la esterilidad. Los partidos, pues, no se han interesado para nada en nuestro proyecto; peor aun, lo han considerado sospechoso. El asunto mismo de plantear una política cultural les parece sofisticado y superfluo en relación a la gravedad de los problemas que deben enfrentarse. Así las cosas, nos ha parecido que tenemos que ir derecho a la cabeza: el Presidente entenderá que nuestra acción solo puede servir para fortalecer a la izquierda en esto que comienza a ser una difícil batalla ideológica que la izquierda no sabe combatir sino en el terreno elegido por el enemigo. Entonces, Renato, nuestro hombre en La Moneda: acostumbrado a fluir entre la gente, a ser una especie de lenta barca pasando entre orillas de personas a las que sabe decir lo adecuado, sonreír lo que corresponde, disolviendo, si es necesario, la excesiva confianza o el recelo con bromas rápidas y pasablemente ingeniosas; un profesional, a fin de cuentas, nacido con la sonrisa o la gravedad del caso, que sin hacer nada espectacular ni levantar la voz sabe atraer hacia su presencia o su conversación la atención de todo el resto, como pasa ahora, que se ha quedado hablando con Cecilia y alguien más. Pasamos al interior para saber qué noticias trae. Le rodeamos. No, no dirá nada antes de tener un trago en la mano y de instalarse en el mejor sillón y, sobre todo, de desdramatizar la expectativa con la narración de los últimos chismes gubernamentales. Pero como insistimos, finalmente se pone serio y cruza una pierna sobre la otra:

–Bueno, no ha sido fácil. Toda la atención del ministro –tienen que

darse cuenta– está ocupada por el asunto de la nacionalización del cobre y sus repercusiones internacionales. Si hubiera llegado yo a distraerlo con el frenesí que ustedes me exigían, con el asunto de la cultura, me manda a freír monos.

Ponemos cara de darnos cuenta.

–Era cosa de tener paciencia, de esperar el momento oportuno. Debo decirles que esto solo se produjo ayer y que las circunstancias propicias fueron una recepción en la embajada coreana; más precisamente, durante la proyección de una película sobre la prodigiosa infancia de Kim il Sung. El procedimiento resultó complicadísimo: el embajador traducía del coreano al inglés y yo, en vez de ir traduciéndole al ministro al castellano, me puse a contarle el proyecto de ustedes. El ministro estaba encantado.

Advierte que las risitas le son hostiles. Reprime su tentación por la frivolidad:

–No, no, entendió el asunto perfectamente y además me agradeció el aprovechamiento del tiempo. Como habían supuesto ustedes, ésta es una cuestión que le preocupa profundamente. Pero claro… él tenía otra visión de ella… Es distinto ver las cosas desde el gobierno, hay que tomar en cuenta todos los factores.

–¿Qué visión, puede saberse? –pregunta Jona.

–Hay que darse cuenta de que los yanquis están distorsionando en el mundo entero la imagen profundamente democrática de nuestra vía al socialismo. Y el gobierno está preocupado de la necesidad de proyectar hacia el exterior una imagen cultural de primera, que neutralice esos intentos; algo opuesto, quizás, con los proyectos de ustedes…

–¡Una imagen cultural hacia el exterior, la gran puta! –salta Daniel, que ha estado reprimiéndose todo el rato–. El reflejo de un reflejo, con todas sus encantadoras variaciones criollas. La cultura burguesa digerida y reexportada con orgullo por estos metecos que, de paso, hacen el socialismo. Muy enternecedor, hermanos. Así se lucha contra el imperialismo.

–Hombre, no es para tanto. No es que tengamos que ir a cantar al Olimpia ni publicar versitos en el *Times*. El gobierno ha pensado en algo que va a llamarse "Operación Verdad": van a invitar a grandes personalidades, Sartre, Yves Montand, Günter Grass, Cortázar. ..

–¡Cortázar, excelente! –aprueba el doctor Fernández.

–…para que vean por sí mismos nuestra realidad y aboguen por nuestra causa. Por supuesto, vendrán también periodistas, cineastas, todo eso… Yo creo que se puede trabajar simultáneamente en varios frentes, una cosa no excluye la otra. Se puede cuestionar ciertos aspectos de una cultura, tratar de reformularla, pero al mismo tiempo rescatando aquellos aspectos que son productos auténticos de nuestra

experiencia. Porque no van a negarme que en este país algo se ha hecho, a pesar de todo. No todo es pura imitación y derivaciones, hay hechos culturales consumados, un arte popular, hombres y mujeres que nos han dado una identidad en el mundo: eso es lo que al gobierno le interesaría destacar, lo positivo. Para ser claros: mostrar al mundo que no solo somos productores de cobre…

–Que también somos civilizados, claro –vuelve Daniel–, seres sensibles a los altos valores del espíritu.

Renato nos mira en rededor, algo cabreado, como preguntándonos si vale la pena que siga o qué: ¿estaremos al borde de la blasfemia cultural, en el umbral de una fiebre revolucionaria producida por visiones ilusorias de un proceso político que no puede ser sino de amplitud democrática? Él conoce a los hombres de gobierno: ¿qué nos hemos imaginado?

–¿Qué pasó al fin? –pregunta Jona, como para concluir con la historia.

–Bien, ya les he contado en qué circunstancias pude abordar el tema con el ministro, y en esas circunstancias, mirando al prodigioso Kim disertar ante su maestra, y atendiendo al embajador, no me pareció oportuno explicarle al ministro toda la complejidad teórica de la visión de ustedes sobre el asunto. Además, uno se da cuenta de qué es lo que importa para un político; qué es real, instrumentable y qué… no lo es. Algo le expliqué, por supuesto, pero los coreanos ya empezaban a amoscarse, en fin, tuve que apurarme. Más tarde, ya en el auto, me dijo que le parecía inadecuado pedirle una entrevista al Presidente. Que el Presidente no puede ocuparse de todas las cosas y que nosotros, que estamos en situación privilegiada respecto a otros sectores conflictivos, lo entenderíamos. Que por lo demás –ya en tono confidencial– él pensaba que el Presidente tendría una idea un poco romántica de los escritores y artistas. En fin, que a lo sumo, luego de escucharnos nos echaría unas palabras de aliento: que tengamos presentes en nuestras plumas al minero, a la mujer de la patria, a los jóvenes que… Considero que he cumplido con mi misión.

Renato ha estado equilibrando constantemente sus expresiones entre la sonrisa y la gravedad, y ahora, al final, no se decide con cuál quedarse, como si temiera correr el riesgo de una falta de complicidad nuestra.

–Creo que no podíamos esperar mucho más –agrega, como para cortar el silencio.

–Francamente, esperábamos mucho más, y con hartas razones –contradice Jona, irritado–. Todos sabemos que en este país, fuera de las instituciones, públicas o privadas, no hay manera de tener el más mínimo contacto con la realidad y que la máxima institución es el Presidente. Si no estás avalado por ellas, nadie te toma en serio. Para

existir tienes que transformarte a tu vez en institución, lo que no es posible si no cuentas con el respaldo de una superior, preferentemente los partidos. En suma, no hay actos legítimos fuera de las instituciones, y nosotros, los escritores, estamos en situación de máxima ilegitimidad: estamos fatalmente separados, en nuestro trabajo, del mundo de la producción, y de hecho, por nuestra extracción de clase y a pesar de nuestras ideas, insertos en el mundo burgués y sus privilegios; y como no obstante pretendemos ser independientes y autónomos, estamos fuera de los partidos. De manera que cuando como ahora las condiciones políticas harían posible que nuestra posición coincida con una práctica, no hay cauce alguno entre la una y la otra. Así, si queremos cumplir una función social, si queremos servir para ayudar a formar ese reflejo de la experiencia popular, no a partir de nuestra subjetividad –como puede haber pasado antes–, sino a partir de la intimidad misma de esa experiencia, como proponía Hache, cómo mierdas vamos a ir hacia esos hombres concretos que son lo "popular", en nombre de qué legitimidad política, puesto que toda legitimidad política está monopolizada y compartimentada por los partidos. Y lo que no queremos justamente ahora es actuar como individuos, en nombre de una pura responsabilidad individual. Queremos ser instrumento político –en un amplio sentido– de la izquierda. Y entonces resulta que a esta izquierda y a sus líderes más esclarecidos les importamos un carajo.

Esa cara de Daniel: de ángel de la anunciación revolucionaria; de amor agresivo:

–A mí me parece –dice, como si perdonara de antemano todos nuestros yerros– que a pesar de toda la generosidad de ustedes, de la sinceridad y el deseo aparentemente desinteresado de identificarse con un sujeto histórico nuevo –el proletariado–, a mí me parece percibir en ustedes algo parecido al pecado de soberbia. Porque ustedes quieren ser incorporados a la lucha de clases sin perder los privilegios de clase de signo contrario: ustedes quieren mantenerse como un estamento privilegiado, eso que ya denunciaba el mismo Tolstoy. ¿No es eso, hermanos? Quizás, sin confesárselo, ustedes quieren ser los heraldos intelectuales del proceso; que el Presidente, que los partidos –ojalá el parlamento– les institucionalicen; que les nombren Algo, les den medios, en suma, poder. Para entonces, y solo entonces, con buenos transportes, con autoridad, con máquinas, como verdaderos especialistas, ir al campo, a las minas, a las fábricas, a los campamentos, a crear la nueva cultura. Suponiendo que tienen éxito, éste no será sino el de legitimarse como especialistas de la cultura a costa de las masas; en el fondo, ustedes no harán otra cosa que profundizar la compartimentación entre trabajo manual y trabajo

intelectual, en vez de borrarla. Yo, por mi parte, me voy mañana a trabajar al campo, pero no como intelectual, sino como peón.

–¡Qué carajo! –Jona se pone de pie, lucha por meterse la camisa dentro de los pantalones, se llena precipitadamente otro vaso–. De manera que lo que tú quieres es ir a disputarles el pan a los obreros. Quitarles un puesto de trabajo cuando sobran brazos y abandonar tu responsabilidad de intelectual a la reacción. Y de paso mandar a la cresta las posibilidades –que se abren por primera vez en nuestra historia– del uso social de los intelectuales, que no solo son un producto de la sociedad burguesa, sino la conciencia de su injusticia y sus contradicciones. Me parece no solamente una perversión, sino uno de esos lujos místicos populistas que solo una mentalidad burguesa es capaz de ofrecerse para la salvación del alma o de la mala conciencia. Que toda reformulación cultural de un pueblo deba nacer de una práctica social, de acuerdo. Pero esa práctica social, a pesar de las actuales condiciones favorables de un gobierno socialista y del término de la represión, no genera una conciencia revolucionaria por sí sola. En nuestra situación esa práctica es conflictiva y yo diría que perfectamente reversible. El pueblo no es esa alma inmaculada y esencialmente revolucionaria que te imaginas en la universidad, porque si fuera así no habría problemas y la revolución se estaría haciendo constantemente (sin la menor necesidad nuestra, te puedo asegurar). El pueblo está saturado de mensajes reaccionarios, de aspiraciones y condicionamientos pequeñoburgueses, justamente dirigidos a traicionar sus propios valores e intereses. Y de ahí la necesidad de una vanguardia, de unos articuladores de su propia conciencia. Porque esos mensajes, en esta vía socialista en que la reacción conserva toda su libertad y su poder difusivo, no tenderán sino a intensificarse. ¿Cómo se los combate ?¿ Dónde están la prensa, los medios de comunicación populares? ¿Dónde están el teatro popular, la literatura popular? Pero no solo se trata de combatir los mensajes reaccionarios: tiene que existir un proyecto cultural revolucionario. ¿Dónde está? ¿Consiste en los slogans que se gritan, en la caricatura que se hace de la derecha? ¿En la retórica voluntarista de la nueva canción, en el triunfalismo idílico del rayado mural? No es yendo a cosechar papas como vamos a articular ese proyecto, sino traduciendo una práctica, reflejándola y proyectándola en el lenguaje, en los usos, en las formas de comunicación, en el arte, en toda la sociedad. Para eso, claro que necesitamos medios, legitimidad, poder. Tanto o más como los tienen los publicistas de la derecha.

Jona termina con un gesto como de mandar a Daniel al cuerno, súbitamente desolado de caer en la cuenta de que aquí ni él ni nadie representa nada ni decide nada, y de que no merece la pena haber hablado tan apasionadamente. Hace rato que Teodoro está por decir

algo, pero suena insistentemente el timbre. Cecilia va a abrir y los niños corren arriba a asomarse por la caja de la escalera para observar al nuevo extraño. Como traído por los brazos del viento en los clásicos filmes soviéticos, resoplando, desencadenando a su vez, a su paso, una actividad vertiginosa de la atmósfera, entra Alain. Es el torbellino revolucionario de octubre disolviéndose en la tibieza floja del verano santiaguino. Pelo ensortijado, completamente revuelto, piel púrpura, todo como testimoniando las mil acciones populares, fogosas, que preceden a esta entrada. Avanza como sacudiéndose una nieve imaginaria, sonríe, "ah, cuántos intelectuales", cruza la habitación y al parecer, de inmediato asfixiado por la atmósfera de humo y decadencia, sale al jardín, respira a plenos pulmones, busca cómo enfrentarse con alguna nueva acción, pero no encuentra sino la pelota de los niños, le da una patada, vuelve a entrar, y como nada pasa se pone a recorrer la sala, el comedor anexo, mirándonos a uno y otro, tomando nota de nuestros cuerpos laxos tirados por los sillones, nuestros tragos en las manos, nuestra irresolución. Ni siquiera ironía; nos sonríe con piedad. La habitación queda impregnada con un olor de caballo recién corrido. Al fin prefiere sentarse en el piso, las largas piernas abiertas calzadas con sandalias, los brazos cruzados. Espera. A ver, qué es lo que tenemos que decirle. Qué pasa aquí, que también reclamamos su atención. Por un largo instante nadie habla y nos sentimos vagamente culpables de haber detenido esa ráfaga de la historia que va con él para intercalar nuestra, de pronto, pueril problemática. Puesto que he sido el encargado de transmitirle insistentemente nuestra invitación, sin ocultarle que buscamos su caución para nuestro proyecto, no me queda otra que darle cuenta de nuestra posición.

–Bueno, Alain, voy a tratar de resumirte nuestras preocupaciones. Recordarte algo que ya sabes: que esta situación de haber ganado el gobierno y de poder comenzar a transformar nuestra sociedad nos ha pillado casi a todos por sorpresa, y muy especialmente a los implicados en el campo cultural. Esto se debe, en nuestro caso, al carácter restringido y unilateral que la izquierda ha dado a la lucha política; lucha que ha exigido que todas las energías se comprometieran, por una parte, en movilizaciones para imponer el respeto de la propia legalidad burguesa en lo que respecta a los derechos políticos y sociales; y por otra parte a que la imaginación se colmara con objetivos fundamentalmente economicistas: contra el imperialismo, los monopolios, la oligarquía, por la nacionalización de la economía. Yo diría que la mantención monótona y avasallante de estos objetivos, que todos hemos compartido, ha ahogado el desarrollo de la reflexión sobre muchos otros aspectos de nuestra realidad, particularmente los culturales. Así que ahora, cuando comienzan a

ponerse en práctica los objetivos económicos, nos encontramos con que la reflexión sobre sus alcances e implementación culturales tienen que partir prácticamente de cero. El programa de la Unidad Popular no menciona el asunto cultural sino como para salir del paso y, tal como hemos dicho en una declaración, considera la "cultura" como un producto ya hecho, que podríamos seguir reproduciendo y perfeccionando según la misma receta; ahora solo sería cuestión de democratizarlo, de producirlo y distribuirlo masivamente y a bajo precio. Ni una palabra sobre su ideología, sobre la manipulación cultural de la sociedad, y para qué pensar siquiera en la oportunidad de cuestionar la autenticidad de nuestra historia, los fundamentos delirantes de nuestra identidad nacional, de nuestros valores y hábitos "particulares" como nación. Nosotros hemos pensado que toda esta cultura, perfectamente digerida y asimilada por la izquierda, es una forma de dominación y dependencia quizás más difícil de romper que las formas económicas; una forma intangible, inmensurable. No hay dudas sobre los pasos a seguir para nacionalizar las materias primas, para expropiar los bancos, las fábricas y la tierra, pero, ¿cómo se puede hacer lo mismo con las ideas, la sensibilidad, las emociones, que determinan conductas políticas reaccionarias? ¿Cómo se puede expropiar la historia, los mitos conformados en el alma popular por la clase dominante? ¿Cómo lograr que el nuevo discurso oficial y el de los medios de comunicación que se pretenden populares desistan de sus recursos incensatorios sobre el pueblo y cómo restituirle a éste la libertad para que se autoperciba? ¿Y cómo librarse de unas formas de manipulación sin caer en otras?

La feroz explosión en el cuarto de los niños, arriba, objetos que caen y risas ahogadas. Jona y sus escandalizados gestos de súplica a Cecilia, que ya sube de un salto las escaleras, seguida de la empleada. El guiño de comediesco pesar de Alain. Luego, las reconvenciones agudas de Cecilia, un llanto infantil que suena más bien a fastidio y despecho. Jona paseándose con una cara de genio perturbado por el Mundo Insignificante. Mi sensación de estar poseído por un espíritu de mono sabio, recién adiestrado por mis lecturas con Jona y por las exigencias de mi nuevo trabajo en el Instituto; darme cuenta no sirve de gran cosa; es como si el lenguaje sociológico convirtiera la mente de uno en una especie de verboscopio, a través del cual toda la realidad aparece perfectamente cuadriculada, con cada cosa en el orden deseado por el propio interés ideológico; tan fácil que uno ya no puede escapar. Comienza a venir un olorcillo apetitoso del lado de la cocina. Alain nos mira uno a otro, como preguntándonos si no vemos los reflejos distorsionados de la realidad en nuestras conciencias, divertido, algo así como si supiera, omnisciente, que en el próximo minuto seremos tragados por la tierra. Por eso mismo, parece perdonarnos. Pero

ninguno de nosotros sabe interpretar su mirada; nadie sabe que él sabe.

–Bueno –dice Jona–, sigamos. Habría que concretar un poco.

–Quiero que te des cuenta de que nuestra reflexión actual sobre esta problemática no es oportunista –prosigo, mientras los niños gritan de modo exhibicionista y patean sobre nuestras cabezas–. Hasta hace muy poco teníamos una fe absoluta en que el pensamiento de la izquierda oficial abarcaba toda la realidad. A nadie se le ocurría pensar en lo que no habían pensado los dirigentes y la adhesión política consistía más bien en este conformismo; el buen militante o simpatizante lo era en la medida en que no cuestionaba nada ni dudaba de la coherencia de las ideas recibidas. Creo que eso explica que ahora, al encontrarnos de pronto con una realidad que desborda el análisis político tradicional, nos preocupemos de redefinir nuestro rol, de querer asumir nuestra responsabilidad directamente. Estamos quemando etapas, lo sabemos; para aprehender la realidad nos falta una base teórica apropiada a nuestras circunstancias, y para actuar un respaldo político…

–Y contacto con las masas –agrega Alain, condescendiente.

–Y contacto con las masas, sin duda –admito, como si hubiera estado ocultando el pecado–. Pero te das cuenta de que es consecuencia del vacío reflexivo de la izquierda sobre los intelectuales y la ideología de la cultura; de su concepción restringida, ambigua y oportunista de nuestro rol, concepción que de algún modo asumimos, creyendo ser así más útiles. La verdad es que hasta ahora los llamados intelectuales no hemos sido utilizados sino como elementos de prestigio por la izquierda, y esto solo en circunstancias especiales, las más de las veces en las campañas electorales: firmamos manifiestos, somos mostrados en las tribunas; el máximo contacto con las masas a que hemos podido aspirar ha consistido en marchar junto a ellas, agitando nuestros cartelitos en el aire. Se nos ha asignado un papel decorativo y a lo sumo solemnizador y ahora hemos dicho basta.

–¡Bravo! La rebelión de los intelectuales. Muy bien –me celebra Alain con una sorna que no alcanzo a percibir en el momento.

–No, no es eso –continúo fervientemente, cayendo en la trampa–; es la asunción militante de nuestro verdadero rol. Tenemos una conciencia crítica de nuestra sociedad y de nuestra historia, una conciencia que posee una cierta autonomía respecto a los intereses inmediatos, tácticos, de los partidos. Quiero decir, nos consideramos una garantía para abrir el camino de una nueva cultura en este país, empezando por la tarea de definir lo que es su cultura actual. Exigimos un rol de vanguardia en la tarea de cambiar la sociedad. Nuestra idea es que, en este proceso de transición al socialismo, podríamos ayudar a descubrir y reconstruir de una manera

inmediatamente reconocible por las masas, su voz tergiversada por la retórica populista de la burguesía…

–Es decir –me interrumpe Teodoro–, está claro que a través de sus instituciones y medios de comunicación la burguesía ha impuesto a las masas un reflejo distorsionado de lo popular, que a la larga éstas (y sus propios medios de comunicación "populares"), han llegado a asumir como propio; en el reflejo todos los contenidos libertarios, de lucha, de autoafirmación, están vaciados de su carga política subversiva y rellenados con una pasta inofensiva y autocomplaciente hecha de machismo de letrina, de hidalguía de pantalones rotos y dientes cariados, de temeridad de burdel, de insolencia jocosa, de más humor a mayor miseria.

–Entiendo, entiendo –agradece Alain.

–En fin –continúo–, creo que te das cuenta del problema. Hemos definido nuestro compromiso y hemos señalado formas concretas de llevar este compromiso a la práctica, formas que tendrán que irse perfeccionando en esta misma práctica. Pero los partidos no han entendido nuestro planteamiento o lo han entendido mal: o consideran que nuestra preocupación es irrelevante, o que una práctica de liberación política y económica tendrá que crear, por su propia dinámica, su propia cultura, lo que sería perfectamente cierto si esta práctica no se diera en un contexto de coexistencia con la cultura contrarrevolucionaria; o bien, en último caso, que tenemos intereses personales o de grupo que están en contradicción con los intereses de sus intelectuales militantes. Entiendes ahora por qué te hemos invitado. No solo por el ascendiente que tienes sobre muchos políticos, sino porque tal vez podríamos establecer alguna correspondencia entre nuestro proyecto y esa teoría de la revolución cultural en el tercer mundo, en que estás trabajando. Quizás, si pudiéramos hacer aparecer nuestro proyecto no solo como un intento algo voluntarista de un grupo de intelectuales, sino como una necesidad del momento histórico, objetivamente revolucionaria, tan revolucionaria como…

–*Viens, petit, viens*.

De pronto el más completo silencio, y uno de los hijos de Cecilia, quizás el menor, que ha descendido la escalera y se queda mirándonos, con las lágrimas todavía en las mejillas. Va derechamente hacia Alain, que lo acoge con los brazos abiertos y le dice algo en el oído. El chico se seca las lágrimas y nos mira, desafiante. Alain lo hace galopar sobre una de sus rodillas, totalmente despreocupado de mi exposición. El chico ríe. Jona hace unos gestos mudos y escandalizados a Cecilia. La empleada se asoma y se queda embobada mirando al chico y a Alain. Y en ese vacío receptivo total, la impresión de mis palabras amontonadas ahí delante, como objetos

desproporcionados, demasiado grandes y peludos como para haber salido de mí. ¿Por qué he hablado en ese tono plañidero, por qué buscamos justificarnos ante un extraño? Sin fe, pero también incapaz de modificar la argumentación, me fuerzo a concluir:

–En fin: si pudiéramos demostrar teóricamente la validez histórica de nuestro compromiso, la necesidad y legitimidad de nuestro rol en un proceso revolucionario, creemos que los partidos y las organizaciones de masas tendrían que reconocer y apoyar nuestro intento.

Mi vista descubre repentinamente a Kurt, y me doy cuenta de que hasta ahora no ha dicho una palabra. Sentado en el suelo, abrazándose las rodillas, con un vaso en la mano, nos mira como si a causa de nuestra confusión intelectual le doliera el estómago.

–¿Has terminado? –pregunta Alain, después de un rato en que todos nos miramos incómodos.

–Claro, habría que precisar y matizar… –empieza a decir Teodoro.

–Está bien, está bien –le corta Alain. Baja al chico de su rodilla, lo pone entre sus piernas frente a nosotros, y súbitamente cambia su sonrisa de indulgencia en un gesto de ira implacable–: De manera que éste es, de su propia boca, el proyecto recuperacionista de la pequeña burguesía intelectual y bohemia. Expuesto con el más increíble desenfado. De manera que ustedes, que hasta ayer tenían el privilegio de la interpretación y transmisión de la realidad y que lo usaban a espaldas de las masas, hoy quieren pescar a río revuelto, justo cuando las masas emergen y ustedes se dan cuenta de que tienen que abdicar de este privilegio; cuando además constatan que su inspiración decadente está seca como la lengua de un ahorcado. El propósito está claro como el agua: quieren salvarse de la proletarización usurpando la voz de las masas, camuflándose..,

–¿ Cómo… ?

–Es una utopía pensar que una pequeña burguesía iluminista que no pone en jaque las bases de su poder pueda alumbrar el camino hacia un proletariado culturalmente luminoso. Quizás sean ustedes los que mejor han presentido lo que significa en la realidad la irrupción real de las masas en el poder, y por ello mismo le tienen pánico y la resisten con ferocidad. A ningún propietario del saber le agrada verse arrebatar su condición privilegiada en una asamblea de trabajadores…

–¡Pero tú eres un carajo! –grita Jona.

–¡No tergiverses! –gritamos varios.

–¡Nada! Solo reflejo de un modo dialéctico lo que acaban de decir: con el pretexto de descubrir y articular la experiencia y la voz de las masas ustedes quieren salvarse de la condena ineluctable de la historia, pero para ello deben detener la historia: ustedes se resisten a renunciar a su papel de intermediarios de la realidad, de hechiceros

del saber, de monopolizadores de la crítica, en suma, de instrumentos de clase –quiéranlo o no– al servicio de la contrarrevolución.

–¡Fuera de aquí! –truena Jona, tratando de quitarle al chico, que se pone a llorar y que Alain defiende, como si Jona tuviera la intención de asesinarlo.

–Un momento; van a escucharme hasta el fin, porque después de todo no he venido hasta aquí por mi propia iniciativa; ustedes me han invitado, no diré con cinismo, pero sí con ese candor perverso de los idealistas: para que legitime el despojo de la voz revolucionaria de las masas. ¡Qué ilusión poética! Para que ampare la pretensión de conformar el habla popular de acuerdo a vuestras normas estéticas, despulgándola de su contenido, dejándola lista para que sea recuperada, ya inofensiva, por la burguesía. Y no, señores intelectuales, no cuenten conmigo; tendrán que asumir y representar su verdadero rol: por ahora, el del reformismo pequeñoburgués; luego, si las condiciones de la lucha ideológica se agudizan, como es de esperar, el de la contrarrevolución.

–Pero tú eres un delirante –le dice comedidamente Steven.

–Ahora bien, yo lo comprendo perfectamente: esa perspectiva supone para ustedes un desgarramiento, y teniendo en cuenta el hecho de que subjetivamente no se identifican con los intereses explícitos de la burguesía, un drama. Un drama que todas las revoluciones han conocido y que no tiene sino dos vertientes: o los intelectuales se proletarizan o se dedican a preparar la contrarrevolución. Como lo primero les aterra y lo segundo les repugna, yo les doy un consejo –es todo lo que puedo hacer–: ¡suicídense! ¡Suicídense aquí, ahora mismo! ¡Dejen a las masas en libertad de hacer su propia cultura! ¡ Entréguenles su saber y su técnica, y ni siquiera digan adiós! Serán recordados, al menos, con respeto.

En la confusión de la partida, la voz de Cecilia viniendo de la cocina, a la empleada:

–¡Josefa, qué tiene que ponerse a escuchar huevadas! ¡Se quemaron las pizzas!

IV

1. Reflexión sobre la inconfortable proximidad del pasado

Hache pensaba en las desventajas de hallarse ahí, en el mismo lugar de los hechos que quería narrar, y de ser y no ser al mismo tiempo un sujeto de la narración. Ciertamente, la evocación no necesitaba de pretextos, en una de esas tantas noches en que estaba forzadamente prisionero en casa, por el toque de queda, que comenzaba a las diez, y solo, porque Eva estaba de guardia de los asilados en la embajada: apenas oscurecía, paseándose fantasmalmente a través de las zonas de sombra y luz de su gran escenario doméstico, comenzaba a ser vulnerable a la presión de su memoria, que entonces empujaba con más fuerza desde su permanente umbral, que gritaba las correspondencias entre sus imágenes y el lugar que él estaba pisando. Pero, a pesar de esa facilidad, se sentía maniatado; los actos a que aludía su memoria eran fragmentarios, y en ninguno de los fragmentos ni en su totalidad podía él reconocer la significación que buscaba. Todo estaba a mano, demasiado a mano: el lugar donde había soñado vivir una nueva vida y compartirla con una mujer con las características que después, bruscamente, descubriría en la invitada de Kurt; la puerta por donde había entrado Eva, un par de años atrás, exactamente tres días después de que llegara en un charter desde Estocolmo para conocer la vía chilena al socialismo y él la conociera en la fiesta que organizó Kurt, su antiguo amante, en cuya casa se hospedaba; el sitio donde él se había puesto a vomitar tras su partida, un par de meses después, y de nuevo la puerta que él le había abierto, por afuera, luego de recogerla en el aeropuerto, cuando Eva al fin volvió para vivir con él; encima estos dos años de fatigoso descubrimiento de que Eva era otra, probablemente ni la que amó Kurt y ciertamente ni la que amó él: un material para inventar mil evas diferentes y para vivir con una sola extraña (al menos le quedaba el consuelo de que Kurt había tardado por lo menos diez años en descubrir lo propio).

La desventaja principal era precisamente la estrechez de lo exacto, la dureza de lo inmediato, y Hache echaba de menos el tiempo y la distancia que le faltaban para alcanzar esa libertad de la memoria

distanciada, de la memoria de sí mismo como de un otro, conocido pero distante, borroso, casi, casi desconocido. La misma aspiración era válida respecto al lugar. Porque aquí la distancia, ahora, en ese minuto en que Hache pensaba esto, podía ser de unos tres metros desde la mesa donde estaba sentado, y si él quería, podía reducirla a cero: ahí, en el centro de la habitación, él había estado arrodillado, apoyándose en el suelo con los antebrazos y las manos abiertas, vomitando. La proximidad física, el carácter documental del lugar donde había sufrido de aquel modo, más bien dificultaba la compenetración con sus sentimientos de entonces; casi obstaculizaba su comprensión. Ese acto, que Hache hubiera querido percibir y comunicar como la expresión dramática culminante de una historia feliz y mortificante, pero también velada por la ambigüedad de lo pretérito, ese acto se convertía, a fuerza de ser repetido insistentemente por la memoria, cautivada por la vinculación local, en algo casi grotesco y repulsivo.

Hache estaba rotativamente ahí, en el centro de la habitación, arrodillado, pegado al piso, vomitando con grandes estremecimientos, a poco de volver del aeropuerto. Pero aun había otro problema, advirtió: las imágenes que surgen y se repiten así, con esa espontaneidad y potestad, no son autosuficientes; necesitan de otras imágenes complementarias para ser inteligibles por otro que no sea Hache, ese tipo de información razonada que él no necesitaba darse a sí mismo. Al margen de verse ahí vomitando, tenía que explicar: a poco de volver del aeropuerto, adonde habían ido, con Kurt, a despedir a Eva. Eva se alejaba a mil kilómetros por hora, a diez mil metros de altura, toda impregnada de la luz y los poderes del verano, de las significaciones que él le había conferido, de las fiestas que habían celebrado, y él vomitaba del horror de volver al piso solitario, lleno de sus pequeñas huellas lacerantes, de miedo, del miedo y casi de la certidumbre de que no volvería.

Hache estaba sentado a la mesa, después de cenar solo, y se vertía de tiempo en tiempo de una botella de vino. Afuera era ya el silencio, ya, de tiempo en tiempo, las ráfagas de disparos de las cacerías de cada noche. Se sentía bloqueado; toda explicación necesitaba de otra explicación y él no tenía ánimo de explicar nada. Miraba ese círculo en el piso, en el centro de la habitación, sin poder escaparse de su poder repetidor, monótono. Sin saber cómo, por ejemplo, romperlo y convertirlo en una espiral fácilmente transitable en cualquier sentido. De pronto, como movido por un impulso de contraprovocar a su memoria, con un gesto de naturalista, de taxónomo, se levantó y fue hasta el lugar exacto donde había estado arrodillado. Trató, por así decir, de calzar la imagen insistente, de reproducir fielmente la posición del recuerdo. Estaba arrodillado tal como se veía, y pensando

en Eva que tal vez no volvería más y en la insensatez total de la vida, hizo unos movimientos con el lomo y la boca, como de vomitar. Esperó un rato, con las mandíbulas abiertas, a que los sentimientos aquellos se reinstalaran, invocó el sufrimiento, llamó a la desesperación absoluta que pensaba haber sentido. Debía ser posible que, adoptando la misma posición de sufrimiento en el mismo lugar resurgiera no solo el mismo sufrimiento, sublimando aquella posición y trascendiendo el lugar, sino también todas las motivaciones y connotaciones, todo el conjunto de circunstancias y referencias que le daban sentido, como una sola frase fluida que Hache podría transmitir a los otros. Aun esperó, repitiendo sus conjuros gástricos. Estaba arrodillado en el lugar exacto donde había estado arrodillado y comenzaron a dolerle las rodillas.

Volvió a la mesa, defraudado. Estaba claro: cuanto más próximo, peor; la realidad más inasible. ¿Qué podía hacer frente a esa arbitraria dispersión de su propia experiencia en su memoria? Unos hechos surgían así, aislados y descollantes, y todo el resto que los constituía quedaba, no oculto, pero sí separado en las sombras, como aburrido cuerpo documental que ahora él habría tenido que examinar, para luego exponerlo metódicamente si es que quería comunicar el sentido de los primeros. Por su parte, la imagen de los vómitos seguía repitiéndose ahí en el centro de la habitación, circular, cerrada, aparentemente independiente de toda referencia. Quizás una solución podía ser la de intentar anular el espacio físico al que se encadenaba su memoria.

Apagó el reflector que iluminaba el centro de la habitación y, cambiando de silla, se puso de espaldas al sitio donde había estado arrodillado. Solo una lámpara iluminaba la mesa. Más allá estaba el mesón de la cocina, el gran ventanal opaco y, a través de los vidrios, el ruido sordo de los vehículos militares que patrullaban la ciudad. Ahora surgió Kurt.

Estaba inexplicablemente solo, en el centro del salón del aeropuerto, como si los viajeros y la gente que iba y venía se hubieran cuidado de dejarle libre un espacio concéntrico alrededor suyo. Eva y él, Hache, están apoyados contra un muro, mudos, mirándose a los ojos, ciñéndose esos brazos que el anuncio del vuelo va a separar, no saben si por breve tiempo o para siempre, y de pronto advierten allá lejos la lividez en el rostro de Kurt, su temblor. Temblando espasmódicamente, se abraza a sí mismo, hunde las manos bajo las axilas y va doblándose, encogiéndose. Antes de que ellos puedan reaccionar, Kurt cae al suelo, o más bien se echa al suelo, siempre encogido, siempre temblando, como si hubiera sido alcanzado por un veneno mortal.

Unas horas después Hache está ahí, a sus propias espaldas, en el

centro de la habitación, vomitando.

Ahora ambas imágenes son comunicantes; Hache puede pasearse de una a otra como por el trazo de un signo 8 infinito. Por un rato ese trayecto le divierte, e incluso le fascina, pero pronto se da cuenta de que vuelve a recluirlo en un sistema cerrado que no dice nada si él no da las claves, los antecedentes. El sentido de la conexión permanece secreto; Eva, la clave principal, queda casi al margen. Por lo demás, si él es más o menos capaz, aun sin recuperar los sentimientos de entonces, de decir por qué Hache vomita, no puede aventurarse a decir por qué Kurt tiembla. ¿Es por la misma razón? Sería demasiado fácil afirmarlo. Para aproximarse a la verdad tendría que ir hacia atrás, tan atrás en la historia de Eva y de Kurt, y por otra parte algo menos atrás en la propia, hasta hacer coincidir los tiempos en el punto en que las tres historias se tocan, se entremezclan y entonces comienzan otra vez a divergir, pero ello supondría una intromisión de la voluntad, con todos sus visibles artificios, un paciente trabajo de recolección y soldadura de pequeñas piezas diversas y disímiles, y lo que él busca es que la totalidad se presente a su memoria con esa autonomía y circularidad de las dos parciales imágenes anteriores.

Entonces ¿qué hacer, con Kurt eternamente temblando y cayendo en el aeropuerto, y él mismo arrodillado, vomitando sin fin ahí a espaldas suyas?

Hache apartó los papeles donde intentaba abrir una salida significante y enhebrar la diversidad. Había terminado de beber la botella y se puso de pie. Fue hasta el dormitorio y se echó en la cama. Habría un día, pensó, en que las distintas partes, los diferentes tiempos, habrían de concurrir silenciosamente, gota a gota, para formar un sedimento común, una sola materia, ya distinta de sus componentes originales, que subiría sin esfuerzo hasta su conciencia. Y entre tanto ¿qué hacer con estos fragmentos que se anticipaban por su cuenta, dónde ponerlos?

Y entre tanto, para facilitar en algo ese proceso ¿cómo alejar a Eva, que formalmente seguía viviendo con él; cómo alejar a Kurt, con el que se veía constantemente; cómo seccionarlos en su memoria y empujarlos hacia atrás en el tiempo, sin que su existencia actual interfiriera la realidad ficticia, ya en germen, que él necesitaba darles? No era suficiente que Eva no viniera a dormir esta noche, que no viera a Kurt por una semana, que como tantos otros estuviera prisionero en su propia casa, divagando, interrogándose, mientras las patrullas militares recorrían la ciudad, quizás buscándoles, sin nombres todavía.

Necesitaba ser otro para ser un extraño. Comenzó a sentir sueño. A poco oyó la voz de Eva, con ese tono ido, distante, que tenía la voz de Eva cuando empezaba a dormirse: "*Qu'il était beau, Kurt… Comment dit-on en espagnol*?… Bello. Bello, cruel y frágil. *Tu sais*? Los hombres

que la han querido a una se parecen. Pero Kurt fue otra cosa… ¿Sabes que siempre quedó esperando algo de mí y jamás dijo qué? No lo dirá nunca y yo quedaré siempre en la duda…"

La interrumpió, o más bien dicho le interrumpió la gata, que ahora salía sigilosamente de debajo de la cama para ir a refugiarse en el otro cuarto, y Hache, aunque semidormido, le tiró furiosamente un zapato.

2. La fiesta de Kurt

Al entrar en una fiesta, la perturbación inicial por el golpe de música y ruidos, de luces y risas, por la diversidad de las personas y sus movimientos, esa perturbación que impide, por unos segundos, distinguir algo o alguien en particular, excepto el anfitrión, Kurt –quien ha abierto la puerta–, y que aun continúa, algo más atenuada, mientras uno se desvestona y echa sus cosas en el montón del cuarto contiguo y se vuelve y saluda a unos y otros, y que va desapareciendo cuando uno tiene ya el vaso en la mano y comienza a examinar el lugar, las personas. Pero ahí, eso que era una momentánea perturbación de los sentidos, se convierte, de un instante al otro, en una perturbación de las emociones. He ahí a Eva, sentada, sonriendo ante diversas adulaciones, y él, que aparte de Gramsci y los otros ha estado leyendo a Apuleyo, siente aquel deslumbramiento de Eros frente a Psiquis, quien, como buen hijo de Venus y habitante del Olimpo, no buscaba precisamente, como él, a la principal protagonista para su escenario, hasta ahora vacío. Las personas que la rodean, los que se mueven bailando frente a ella, desaparecen al instante entre la niebla o se convierten en siluetas prescindibles, y él avanza a saludarla, sabiéndose ya herido por su propia flecha.

La belleza femenina, piensa Hache ahora, en esa misma noche o en otra similar, la descripción de todas sus posibilidades, manifestaciones y efectos, está agotada desde fines del romanticismo y no hay nada más que agregar sin temor a repetir lo ya dicho. ¿Con qué palabras podría él hacer un retrato de Eva que no estuvieran ya usadas por otros? ¿Para figurar los juegos iluminantes del antiguo bronce del cabello, del verde bronce oxidado de los ojos, del sombreado bronce de la piel, bronceada por soles no precisamente nórdicos? Toda bronce, productos y resplandores del bronce, duros, y detrás la incógnita, la magnífica provocación.

–No –había respondido Eva–, no había venido exclusivamente por Kurt. Sí, claro, había venido también por él, un viejo amigo, porque estaba aquí, pero sobre todo para vivir por unas semanas la nueva revolución, para desquitarse al fin de la frustración que había sentido en París, en mayo del 68.

–Estuviste allí?

–Y cómo no! Quedé con las manos rotas de tanto sacar adoquines de las calzadas y descubrir las playas bajo ellas, la libertad.

–¿Y en Cuba?

–Entonces era muy joven y estaba embelesada por otras cosas… Como Kurt, por ejemplo.

Estamos en la terraza –¿y cómo he conseguido sacarla de la sala, arrebatársela a sus admiradores y llevarla hasta allí? Cómo mi propia fascinación ha conseguido, no fascinarla, por supuesto, sino al menos interesarla, divertirla?

Hacia el sur, adonde está orientada la terraza, la ciudad brilla pálidamente hasta el infinito, plana, anodina, sin rastros de historia.

Me mira más bien divertida –¿de dónde he salido?, pesándome intelectualmente –sí, estamos de acuerdo en tantas cosas-, calculando quizás qué aventura o juego podría ensayar conmigo, curioso ejemplar local, entre tantas opciones.

–*Regarde* –me dice– mañana me voy al sur con unos amigos que conocí en el avión. Quizás a mi vuelta podríamos volver a vernos. *Seulement comme ca*.

Me hace volver al interior, como dando por terminado un pequeno negocio y Kurt, al vernos entrar, la mira a ella con una desolada ternura y a mí con una resignada piedad.

Intentando describir extensamente aquella noche, mientras espera que Eva regrese de sus visitas de auxilio a los refugiados que se asilan en diversas casas de la embajada, Hache observa que adentro, en la sala asfixiante, unos bailan, otros discuten sobre diversas estrategias de lucha política o lucha armada, otros se han retirado al dormitorio para hacer el amor, mientras que para él el resto de la noche será un gran lapso, pese a haber bailado numerosas veces con Eva, pese a haber sentido sus ojos provocantes, pese a haberla besado o intentado besar, una gran pausa en la que no cabía nada que esperar, porque todo estaba ya dicho o significado, y solo podía aspirar a que esa noche concluyera, a que los días pasaran y a que Eva se dispusiera a reencontrarse con él, si entretanto no había descubierto otros sujetos de interés, para verse, *seulement comme ca*.

3. La gata

A todo esto, nos habíamos olvidado completamente de la gata. Los rugidos aéreos, la balacera, tienen que haberla empujado a ocultarse. El hecho es que de pronto, sorpresivamente, aparece frente a nosotros. No sabemos de dónde ha salido y hay algo que nos distrae cuando vamos a hacernos la pregunta: la gata reclama nuestra atención, con las patas abiertas, clavando las uñas en las tablas del piso, refregando el vientre contra éstas, hacia atrás y adelante, con una desesperación

cargada de reproches. Eva la coge con una impulsiva compasión y la gata lloriquea entre sus brazos. Está inmunda de hollín, de polvo gris; unas telarañas le cuelgan por las orejas y terminan enredándose en sus bigotes. Las caricias la enardecen. Vuelta al suelo, vuelve a hendir las uñas, desgarra la madera, hunde el lomo y restriega tensamente el vientre, el sexo, al tiempo que maúlla hacia nosotros como para partirnos el alma. Es lo único que nos faltaba. Justamente cuando queremos que nuestra existencia pase desapercibida por los vecinos, que no recuerden siquiera que existimos, mientras celebran la victoria del golpe militar. Encuclillada ante la gata, enternecida de solidaridad femenina, Eva me dice que qué más da, que se pueden ir a la mierda los vecinos y que tenemos que ser solidarios con la gata. Nada de represiones, que no quiere saber nada de represiones, comenzando por éstas, las sexuales, no es cuestión de que ella vaya a traicionar sus principios porque las circunstancias sean negativas –bárbaramente negativas, digo yo–; todo lo contrario, dice Eva, es entonces, en las circunstancias difíciles cuando uno tiene que afirmar sus ideas, y entonces, si queremos ser consecuentes, tenemos que poner todo nuestro empeño en que la gata sacie sus instintos del modo más satisfactorio posible, pese a la situación negativa. Ése es el discurso de Eva, entre arrumacos y maullidos, y yo me quedo mirándola unos segundos para vislumbrar algún signo de ironía. Nada.

Pero ¿cómo? me pregunto, con una cara que debe ser de estupor y cansancio ¿qué podemos hacer para responder nosotros a este llamado de otra especie? Estoy cansado de las tensiones de todo el día, del encierro en casa, del esfuerzo mental y emocional de rechazar la derrota, y cansado también de beber y fumar el día entero, y lo que ahora me producen los maullidos de la gata –que deben estar oyéndose en el barrio entero– es irritación y agresividad. Así son de diferentes las reacciones que tenemos Eva y yo, y por supuesto Eva está igualmente cansada, igualmente bebida –basta verle los ojos, que se le achican; los labios, que se le aflojan–. Y, sin embargo, es el único problema concreto que se nos ha presentado hoy, día de golpe de Estado, el único que está al alcance de nuestras manos.

Incluso la solución más simple parece llena de dificultades y riesgos: bajar con ella y dejarla en la calle, libre de hacer sus llamadas al macho como le dé la gana, de buscar por donde quiera. Las dificultades son, ya se sabe, que podamos bajar sin llamar la atención de los vecinos, que podrían recordar que pertenecemos al enemigo (se nos ha ocurrido que ésta podría ser una noche de los cuchillos largos); los riesgos, que al abrir la puerta de la calle los soldados que vigilan el cerro, enfrente, nos saluden con una bala en la cabeza. Pero, le digo a Eva ¿tú crees que puede quedar un solo gato por esas calles después del tiroteo, las explosiones, el paso de los tanques? ¿Olfateando lo que

todavía puede pasar? Claro, dice Eva, o yo pienso que dice, no solo es cosa de solidaridad, es la única ocasión que tenemos a mano de oponernos a la situación, de oponernos al miedo; no es para tanto, digo, y cada vez me irritan más los lamentos de la gata, su culo levantado que refriega contra las patas de las sillas y las piernas de Eva. Hagamos la prueba, digo, sospechándome alguna intención perversa tras de las nebulosas que rellenan mi cabeza, y cogiendo a la gata con delicadeza, como a una novia, me aventuro hacia la escalera. Eva me sigue. Aun con la luz encendida, la escalera queda siempre en penumbras. Ya desde aquí, lo alto de la caja, se oyen los ruidos de los vecinos que celebran el triunfo, a pesar de que no hay puertas comunicantes con los pisos inferiores. Bajamos sigilosamente, tratando de no asustar a la gata y de no asustarnos nosotros mismos. Me digo que es idiota sentirme un intruso en mi propia casa, pero no puedo nada contra esto. Alarmada de la infamiliaridad del lugar y sin duda de la incertidumbre del viaje, la gata se da vuelta en mis brazos y trata de escaparse. La sujeto con más fuerzas y ahora queda en mi pecho, frente a mi cara, con las garras hundidas en mi suéter. Recordamos que en realidad nunca ha traspuesto esta puerta que conduce a la escalera y que prácticamente no sabe que existe el mundo –la recogimos recién nacida, abandonada en un basural, y desde entonces no ha querido moverse del interior–. A medida que descendemos los peldaños, su terror aumenta. Clava las uñas en mi hombro, me mira a los ojos intensamente y al no poder zafarse maúlla gritando. Le doy un sopapo en la cabeza. Eva la acaricia, le promete delicias afuera, la amordaza dulcemente con su mano. Me digo que me exaspera este malentendido con los animales, que no entiendan que uno está haciendo algo por su bien y no por dañarles, que uno incluso está faltando a la prudencia que exigen las circunstancias por pura simpatía a sus problemas; son incapaces de imaginar, de relacionar una acción con otras, ni siquiera en el futuro inmediato. Esta incomprensión y las uñas hundidas en mi hombro desatan mi agresividad, la cojo del pellejo de la nuca y me dan ganas de apretar con todas las fuerzas, como para asumir entonces esa negatividad que su pobre imaginación atribuye a nuestros actos. Eva me la quita de los brazos. De acuerdo, las causas de la agresividad son otras, no faltaba más. En los brazos de Eva se calma un instante, pero no deja de mirarme con terror. Estamos detenidos en el descanso y la penumbra, el olor de encierro y viejas maderas me devuelven la sensación de escondites y juegos eróticos de la infancia. Parece contradictorio: al contacto de Eva, la gata recupera su calentura. Abraza su cintura con las patas traseras, frota su vientre contra el suyo y hunde su nariz entre sus tetas. Me dan ganas. Acaricio el culo de Eva, la beso en la oreja y la gata, fufando, me lanza un zarpazo en la mejilla. Eva se

larga a reír, tapándose la boca. Y aquí vienen todas estas reacciones mías, simultáneas y contradictorias: estas ganas de reírme también, pero de esta interacción de deseo, agresividad, temor y asociaciones remotas precisamente en este lugar; estas ganas de coger a la gata y tirarla lejos y ponerme a fornicar con Eva, quizás de pie, oyendo los chillidos del animal y los ruidos de la fiesta enemiga tras los muros; y aun esta furia consigo mismo por sentir esta calentura por Eva provocada por la calentura de la gata; reacciones que expreso sin llegar a manifestar ni enteramente todo eso ni enteramente otra cosa, una risa que me suena hipócrita, una mano que pellizca a la gata y a la vez acaricia a la gata y a Eva, y otra mano que trata de forzar a Eva para que se tienda aquí, en las baldosas empolvadas del descanso, en la penumbra y entre montones de trastos viejos, como debería haber estado y no estuvo en algún borroso sueño o ensoñación de la infancia, en esta intimidad precaria, amenazada de mil peligros. Es como si ésta fuera la oportunidad de volver al oscuro punto de origen de la bifurcación, de reconciliarme, no con Eva, con algo muy anterior que evoca el olor del polvo y las maderas carcomidas en la penumbra. Pero la gata, que Eva no suelta, chilla espantada, y unos pasos se detienen abajo, en la calle, frente a la puerta, como si alguien se hubiera puesto a observar por la mirilla. Poco a poco, Eva retira mi mano de sus nalgas. Aunque sabemos que el posible observador no puede vernos en este recodo del descanso, no dejamos de imaginar qué ideas conspirativas puede hacerse de nuestra actitud la cabecita de un policía o militar. Pronto los pasos se alejan, pero la proeza de haber mantenido el hocico de la gata cerrado durante este minuto tiene su precio: el dorso de mi mano profundamente rasguñado, unas gotitas de sangre que Eva lame sin decir nada, de una manera funcional. El momento ése también ha pasado; ha bastado este minuto para que ya me parezca inconcebible esa ilusión reconciliante de mi memoria; retiro la mano de las piernas de Eva con un sentimiento de equivocación. Por lo demás, me digo, desolado y como excusándome, el asunto es dejar de una vez por todas a la gata en la calle, que arregle ella como pueda sus líos entre su propia especie, uno ya tiene bastantes con la propia y consigo mismo. Apenas descendemos unos peldaños más su terror se manifiesta con quejas escandalosas; evidentemente, estamos empeorándole la situación al llevarla por el buen camino, y al mismo tiempo estamos provocando la curiosidad de los vecinos. Sin embargo, falta tan poco, digo, viendo que Eva quiere regresar. Si solamente pudiéramos entreabrirle la puerta, asomarla un poco al exterior y darle tiempo a que su propio olfato le descubra las posibilidades que puede haber para ella ahí afuera. Todo un mundo virgen, una avalancha de olores insólitamente familiares, con los cuales ella debería ser capaz de recomponer en una nueva perspectiva

la realidad, una realidad que no termina en sí misma y en nosotros, que contiene, más allá, las correspondencias para su avidez. Trato de convencer a Eva de que aun a pesar del terror debemos hacerla descubrir esas opciones que ella no es capaz de imaginar para la ansiedad que la atormenta. Sé que no es difícil convencer a Eva de la necesidad que puede haber, a veces, de sufrir o causar sufrimiento para acceder o mostrar el acceso al mundo de la libertad. Me pasa la gata, que hipócritamente adopta ahora una actitud de abandono, por supuesto para aprovechar la oportunidad y darse a la fuga. Pero la hipocresía de la gata no puede nada contra la hipocresía de mi interés en ella, y sé que la gata no es sino el ocasional instrumento de mi rencor, lo cual no quiere decir que no haya, en el fondo de mí, la esperanza de que ella misma aplaque este rencor, por ejemplo confiando en mí, a pesar de todo; así que a pesar de su aparente lasitud la cojo con firmeza, frustrando su intento de saltar escaleras arriba, la cojo del pellejo de la nuca y a la vez de las cuatro patas con la otra mano y ella grita con toda la fuerza de su indescifrable voluntad de fiera. Eva me mira con disgusto, como sospechando algo que sobrepasa el interés por la gata, quizás el mismo disgusto que yo comienzo a sentir por mi indescifrable voluntad en estos momentos, pero en fin, ya estamos abajo y Eva entreabre la puerta y se asoma a la calle. Parece no haber peligro y también me acerco. Por cierto, el ruido habitual de la ciudad ha cesado totalmente, ni voces ni tráfico; solo se oye más precisamente lo que oímos desde arriba: explosiones y metralla a lo lejos, paso de pesados vehículos y disparos aislados en las calles próximas. Aquí ni un alma, por el momento. Pongo a la gata en el suelo, sin soltarla, induciéndola a que descubra huellas inteligibles, testimonios refutantes de su soledad en el mundo, indicios que la estimulen a emprender su aventura. Son cosas que no se borran así nomás, ni para uno. Estoy seguro de que el polvo, el aire, aun con lo que pueda contener de pólvora y otros elementos, tendrían que darle la información sensual apropiada. Ella tendría que oler el amor, tiene que olerlo, incluso tras del terror de lo desconocido. Pero se niega simplemente a olfatear, y contra eso no se me ocurre nada. Frunce la nariz, cierra y contrae las orejas, se recoge toda, como ante el infierno, y encima vuelve con todas sus fuerzas la cara hacia el interior. En fin la suelto y entrecierro rápidamente la puerta, para que al menos pueda considerar durante un instante las cosas por sí sola, sola y libre ahí afuera frente a las posibilidades, libre de nuestra presión. Y este es el resultado: rasguña las tablas de la puerta y llora con la desesperación más absoluta, tratando de meter la pata por la abertura que mantengo. Ruido de una ventana que se abre bruscamente arriba. Eva abre la puerta completamente, desde afuera y entra. La gata salta hacia el interior y sobrevuela los peldaños como

un cohete. Arriba, antes del recodo, se detiene un segundo, nos mira y gruñe y desaparece.

Apago la luz. No nos movemos durante un minuto. La ventana de los vecinos se cierra, sin mayores consecuencias, parece. No nos vemos casi, y sin embargo, tampoco nos tocamos. No necesitamos decírnoslo: bruscamente es la sensación de que hubiéramos hecho un largo viaje que nos permite, desde lejos, representarnos nuestra vida de prisioneros desunidos ahí arriba. ¿Qué vamos a hacer ahí? ¿En qué vamos a ocupar el tiempo ahora? Subimos en sigilo, pero sobre todo con desaliento. Sabemos que nuestro disgusto no tiene mucho que ver con la historia de la gata, pero simulamos que es así. El día ha sido largo, quizás el más largo de que tengamos memoria, y ahora parece claro que hemos llegado al límite de nuestros esfuerzos de desviación y distracción de la agresividad. Como de común acuerdo, ya aquí arriba, encendemos todas las luces. Subo al altillo en busca de una nueva botella y ahí siento al menos el consuelo de verificar nuestra enorme provisión, como para resistir un largo sitio. Bebemos y Eva vuelve a ocuparse de sus papeles. ¿Qué he de hacer yo? Descubrir dónde se ha escondido la gata, por ejemplo. Por desgracia, no es un problema en qué entretenerse mucho rato; está ahí, en el lugar más previsible, debajo de la cama, hecha un tenso ovillo. Esa ha sido siempre su más extrema idea de la privacidad: meterse debajo de la cama, en el centro. Mirándome desde la mesa, Eva me dice que la deje tranquila. Pero yo tengo una especie de ofuscación con respecto a la gata, o que al menos la gata encarna. Necesito provocarla, hacer algo para que todo lo oscuro y lo medroso que haya en ella se manifieste y se derrame sobre nosotros. Todo lo oscuro y lo indecible ahora, de una vez, ya que tenemos todo el tiempo y ya se vio que no contamos sino para ser notificados de los cambios que otros hacen o dejan de hacer en el mundo, y mañana no hay que levantarse a ninguna hora para salir de aquí. Arrodillado, metiendo la cabeza por debajo del madero, la llamo. Melosamente. Que venga y veamos qué se puede hacer. Ella ni siquiera me mira, o bien, intencionalmente, mira hacia otro lado. Solo un pequeño movimiento de retracción de sus patas traseras indica que está dispuesta a huir en caso de que mi mano avance demasiado. Me digo ¿no será, además, que la pobre no ha comido en todo el día? Aquí, por lo menos, no ha comido nada, y no parece posible que lo haya hecho durante las horas de su desaparición. Voy hasta el refrigerador y vierto leche en un platillo. Eva, sentada ante la mesa, entretenida en seleccionar de una montaña de papeles lo que debe ser destruido, en la eventualidad de un asalto, mira mis ocupaciones con ironía. ¿Piensa que debería yo estar ocupándome de alguna tarea más heroica? ¿Realmente piensa eso? ¿Disparando solo, desde un techo, en medio de la indiferencia general? Claro, a mí también me gustaría, a

quién no, pero pasa que ni siquiera en mis mejores momentos he podido sentir ese tipo de convicción absoluta, de máxima generosidad o delirio egoísta, que motiva los actos heroicos. Lo que se oculta tras el heroísmo me parece sospechoso, pero, en fin, no digo nada. Aquí voy con mi platillito. Empujándolo por el piso, debajo de la cama, lo aproximo lo más posible a la cara de la gata. No se mueve un ápice, me mira sin expresión, como se hace con esos extraños que insisten en entrometerse en la vida de uno. Y no demuestra siquiera curiosidad por la leche. Distante, recogida. Una oleada de indignación me viene: esa frustración rencorosa del que da respecto al que no recibe, peor aun, respecto al que opone a su gesto la más absoluta indiferencia. Disimulando mi rencor me meto debajo de la cama, reptando, y pese a su mirada escandalizada, cojo a la gata sorpresivamente del pellejo del lomo y la arrastro hacia afuera. Acerco su cara a la leche, en un último empeño caritativo: leche, rica leche, quizás la última leche de la vida. Aparta la cara, terca. Y yo se la presiono hacia abajo para que sus labios toquen la leche, para que no haya más equívocos con respecto a la bondad de lo que le estoy ofreciendo, pero entonces ella hace un violento movimiento de rechazo y se vuelve mostrándome los dientes, rugiendo. Por lo cual le hundo la cara completamente en la leche, que reconozca, que comprenda, le revuelco la cara adentro y ella saca sus uñas, mete las patas dentro del platillo y lo vuelca, y ya libre corre hacia el otro cuarto y de lejos aun se vuelve, encolerizada, incapaz de comprender; o de adivinar, lo que ya sería algo.

Ahí está, entonces, bajo la protección de Eva, hecha una miseria, la barbilla mojada, la piel del pecho apelmazada, los bigotes llenos de gotas blancas, y Eva, que ha estado observándolo todo desde su silla, me dice tranquilamente que soy un infeliz. Eso: igual que la gata, sin entender nada. Me vierto otro vaso y bebo. Me digo que ya no hay espacio, que ya no hay dónde meter un nuevo tema de discusión con Eva. Que no queda sino bañar todos estos sentimientos de uno, o estas sustituciones de sentimientos, en una benigna hipocresía. No vamos a reabrir la discusión ahora, sería de locos. Por lo demás, aquí no se trata de nosotros, nosotros no somos protagonistas de nada. Nosotros somos, podría decirse, simplificando un poco, el negativo de los protagonistas reales. La discusión, en todo caso, queda descartada, y me encojo de hombros, significando que sus juicios, a estas alturas, son totalmente redundantes. Pero lo que uno descarta por un lado lo acumula por otro, ya se sabe. Al menos le he dado a Eva, me digo, siguiendo con una nueva copa, la pequeña oportunidad de ocupar en algo sus propios sentimientos: ahí está limpiándole la cara a la gata, ostensiblemente con mi propia toalla, prodigándole las ternezas de su más amoroso vocabulario. A la gata.

Que no voy a deslizarme por ahí, me digo, que no voy a ceder a esas

bajas provocaciones de Eva. La simple degradación de situaciones tan estúpidas como ésta nos ha llevado más de una vez al borde del crimen. Por lo tanto, para pasar a otra preocupación, me hago ver que yo también debería dedicarme a hacer una revisión de mis papeles, aunque resulta harto difícil prever hasta qué extremo llegarán las cosas, y por lo tanto determinar el grado de censura que uno debe imponerse. Un criterio realista inmediato aconsejaría eliminar todo lo que haga referencia a cosas como el poder popular, la lucha armada, los llamados de desobediencia a los soldados; no creo que lo demás, la literatura teórica, en general, o la que se refiere al periodo pasado en particular, les interese mucho. Pero ¿cómo establecer el corte, a veces dentro de un mismo libro, entre el análisis y sus últimas consecuencias prácticas? Aun hoy, aun a esta hora, yo creo que uno es incapaz de tomar el asunto muy en serio, de medir el grado de peligrosidad real que uno representa para ellos; encerrado aquí, uno exagera o minimiza, y por último, el concepto mismo de peligrosidad se hace fantasmal, al margen de una situación de peligrosidad concreta. Uno se resiste a considerar factible lo peor y toma como un juego casi esto de imaginar que alguien podría irrumpir violentamente y tener interés y paciencia en leer esta montaña de papeles: impresos, cartas, manuscritos, que vamos formando, y de repetir lo mismo en miles de otras casas. A mí, por lo menos, la sola perspectiva de echar una mirada superficial a todo esto me abruma. Pero Eva, con un aire de moralidad satisfecha luego de dejar a la gata, y un procedimiento al parecer metódico, se pone a hacerlo, y no me queda otra cosa como ocupación. De vez en cuando bebemos de nuestros vasos, en silencio, y cada cual con una idea seguramente particular de la sensibilidad enemiga, vamos tirando al piso lo que suponemos podría herirla, revelando nuestra culpa. Pero pronto reconozco que mi criterio es inconstante y arbitrario: muchas veces tiro algo porque podría ser peligroso, pero también porque ya no me interesa, y otras veces conservo cosas igualmente peligrosas porque tienen un valor documental, literario o sentimental, diciéndome que tal valor aparecerá como una excusa reconocible por cualquiera. Digo que esto es estúpido, que toda adecuación anticipatoria a un determinado criterio de inculpación es completamente estúpido, que no se puede establecer ninguna medida ni racionalidad para lo arbitrario. Si aquí hay que destruir algo, entonces hay que destruirlo todo. ¿Cómo vamos a poder determinar una parte comprometida y una parte inocente? Hasta la última gota de esa eventual inocencia estaría cargada de la capacidad de recomponer y revelar la parte amputada. Que no exagere, dice Eva, que si no puedo afrontar cualquier hecho práctico sin perderme en reflexiones inútiles y paralizantes: es el momento de la violencia, ¿no? no el de las sutilezas, y aquí tenemos cosas

evidentemente provocadoras de la violencia, que más vale hacer desaparecer. Sin embargo, al tratarse de los libros su conducta es contradictoria: ella les atribuye una autonomía que no comprometería a sus poseedores, y se niega a destruir ninguno. Por alguna razón que no alcanza a explicarme bien, uno sería responsable de los manuscritos, corresponsable de revistas, periódicos, folletos, afiches, todo eso, pero absolutamente inocente de la posesión de libros; éstos estarían en otra categoría intelectual, y serían objetos responsables independientemente de sus lectores. Finalmente, acordamos ocultar algunos libros bajo la trampa de la cocina y hacer desaparecer una pila de publicaciones que, según la idea de Eva, vierten su delictividad sobre nosotros. Lo más seguro y práctico para esto parece ser la chimenea. Sin embargo, teniendo en cuenta este clima de primavera, me pregunto si el humo no llamará excesivamente la atención. Voy al dormitorio para observar el resto de los techos, y entonces es el descubrimiento de esa insospechada confraternidad en el cielo: están funcionando más chimeneas de las que he visto en todo el invierno, y echan un humo negro y ceniciento que nada justifica sino la misma necesidad que enfrentamos nosotros. Llamo a Eva y corro contento al interior y amontono a brazadas nuestra papelería proscrita sobre los ladrillos de la chimenea. Eva viene también y con la misma impaciencia de sumarnos a los otros enciende un fósforo. Las llamas vuelan velozmente por la garganta de piedra, llevándose el polvo y las telarañas acumulados, y al instante nos ponemos a imaginar que nuestro propio humo comienza a salir aquí arriba y que va siendo descubierto por los otros, alguien, tras otros vidrios, dice mira, uno más, y nos ponemos a correr vehementemente de la chimenea a las ventanas y de vuelta para echar más papeles al fuego, como esperando que nuestra presencia en el cielo sea celebrada con alguna señal especial, o como para compartir de un modo a la vez colectivo y aislado este espectáculo que cada cual produce en secreto; nos persuadimos de que todos vamos siguiendo los viajes de los distintos humos hasta coincidir con las miradas en esa parte más alta de la atmósfera donde confluyen, donde las cenizas de tan diversos textos y fotos: informes, proyectos, declaraciones, direcciones, se mezclan; pero ahora, casi al mismo tiempo, todas las chimeneas se reactivan y expelen bocanadas densas y huracanadas, como si en efecto saludaran a la nuestra, y nosotros corremos a echar nuestros últimos restos de papeles, y como el fuego va a extinguirse cogemos todo lo disponible, periódicos, envoltorios, basuras, porque queda claro que ya no se trata de quemar nada en particular sino de mantener el humo sobre los techos, de comunicarnos nuestras respectivas presencias, y una vez que hemos echado al fuego todo lo superfluo nos ponemos a mirar el último minuto de este extemporáneo carnaval fumígero en el barrio,

estos intraducibles mensajes de chispas y cenizas entre techos pertenecientes a casas y habitantes desconocidos, estos últimos resplandores anaranjados en el cielo ya oscuro. Todo cesa casi al mismo tiempo; probablemente cada cual ha comprendido que nos estábamos poniendo demasiado en evidencia, suponiendo comprensible para los enemigos esta manifestación como una de solidaridad y rebeldía.

Seguramente el calor la ha atraído. La encontramos restregando el lomo contra los muros interiores de la chimenea, otra vez maullando y mirándonos implorante. Digo que no puede ser, no vamos a recomenzar la misma historia. Pero la gata sí la repite, y todavía con mayor vehemencia, sin percibir para nada, parece, la incongruencia de su solicitud sexual con su aspecto miserable, la piel mojada y tiznada encima. Esta vez yo no quiero tener nada que ver con su asunto: la gata y la piedad de Eva por la gata me producen una impresión absolutamente odiosa. Y me alegra ver que los intentos que hace para tranquilizarla finalmente terminan en un fracaso total: sus manos rasguñadas, sangrando, y la bestia gritando como una poseída, al mismo tiempo que frota de una manera obscena y grotesca su sexo contra las cenizas todavía calientes. Eso le sirve para darse cuenta, espero, de la inutilidad de un humanismo aplicado fuera de la esfera humana. Eva encoge los hombros y me pregunta qué vamos a hacer, si se me ocurre algo, y yo adivino con un comienzo de placer que también ella empieza a estar harta. Todo este escándalo va a meternos en un lío, estoy seguro. La complicación es que este piso no tiene ninguna comunicación con el exterior, aparte de la escalera. Nuestro techo no comunica tampoco con los demás, así que sería inútil dejarla allí. Una solución, le propongo a Eva, consistiría en descolgarla mediante alguna cuerda hasta el techo que queda unos cinco metros más abajo de la terraza, y que está un poco separado de nuestra casa, es verdad; pero eso presenta el inconveniente grave de que piensen, si nos ven, que estamos tramando alguna acción subversiva y nos denuncien o nos disparen, sin más aviso. Entonces Eva me dice que lo más práctico y por lo demás científico consistiría en masturbarla. Pues hazlo, le digo, observando con ironía su especie de altruismo doctoral; pero, como ya había adivinado, su idea consiste en que lo haga precisamente yo, pues la gata, según ella, a falta de otras experiencias, necesitaría reconocer en el ejecutante algunos rasgos masculinos. Le digo que se vaya al diablo, y me sirvo otro vaso, con un aire de indignación. Adivino que tiene que haber algo más en su proposición, algo que nada tiene que ver con la gata, pero Eva sostiene mi mirada, impasible, y mientras la gata, con la cola levantada refregándose el traste contra cualquier superficie, llora, me hace ver que es un asunto de higiene sexual y punto, que ella, me cuenta, masturbó una vez a un

perro, a la vuelta de su primera clase de educación sexual, para verificar eso de la eyaculación, que le parecía dudoso. Que cómo se masturba a una gata, le pregunto, indiferente. Que cuál puede ser la diferencia, dice ella, imperturbablemente objetiva. Más bien con la intención de llegar a saber qué quiere Eva verdaderamente, como de malas ganas voy hasta un armario y me pongo a buscar unos guantes; me arremango la camisa y me los calzo sin prisa, con ese aire de cirujano resignado a los imprevistos de su profesión, y al mismo tiempo escucho los disparos a lo lejos con esa tranquilidad del hombre acostumbrado a los peligros de la guerra. ¿De veras quieres que lo haga?, le pregunto, mirándola a los ojos y dejando en claro que debe entenderse como un acto de gentileza hacia ella, y no, por cierto, hacia la gata. Pero claro, que no ve otra solución, que yo puedo hacerlo con mayor idoneidad que ella misma. En todo caso, exijo que ella sostenga a la gata, que la tranquilice, porque conmigo, ya se sabe, no tiene justamente lo que uno llamaría una confianza. En lo demás, afirmo, no cabe sino dejarse guiar por el instinto, palabra que siempre ha producido en ella escalofríos, como cualquiera otra cosa que suene a irracional. Así que con un ademán decidido aplasto la cintura del animal con la base de la palma y hundo los dedos índice y cordial entre sus vértebras superiores, tal como si fuera alguien que se le ha montado encima, y para mi sorpresa, de inmediato la gata abre y dobla las patas delanteras, aplasta el pecho y la barbilla contra el piso, y asegurándose firmemente con las uñas, levanta hacia mí, pronunciadamente, la grupa, la cola, formando una ese hacia mi cara. Pero esto es una estupidez, protesto, y mi voz suena a un ambiguo sentimiento de ultraje, que espera quizás un mayor estímulo de Eva para enfrentarse a la tarea. Y Eva indignada de que yo venga ahora a interrumpirme con estos pequeños escrúpulos: que si hemos llegado a este punto, ahora al menos hay que tener respeto por las emociones del animal, darse cuenta de que la frustración puede ser peor que la insatisfacción pura y simple. Porque ¿no será que estoy dándole a esta operación, pregunta, estrictamente higiénica y práctica, algún carácter sexual personal? Sería lamentable. Vigilando, pues, esta objetividad que ella preconiza, en su mirada, sigo adelante: aumento la presión sobre el lomo y con el meñique enguantado de la otra mano me pongo a acariciar el inexpresivo sexo de la gata, un diminuto esfínter blanquecino sin señales de ninguna actividad particular, mientras Eva, arrodillada, le habla mimosamente cerca de la cara. La cosa parece producir algún efecto, porque pronto la gata vuelve su cara hacia mí, gimiente y anhelante, especie de caricatura patética de aspiraciones eróticas hacia un macho. Pero queda claro que mi dedo es totalmente inadecuado para proseguir felizmente la operación. Necesitaríamos algún accesorio, le digo a Eva; esto solo le aumenta la excitación. O

bien prueba tú, que tienes el dedo más pequeño. Espera, dice Eva, y se pone a mirar en rededor, intensamente preocupada, como buscando en su memoria el instrumento apropiado, sin permitirme siquiera echarme otro vaso. De pronto, en un punto de este proceso de ir descartando posibilidades, sus ojos se iluminan: se levanta y parte a largos trancos hacia la puertecilla de vitrales bajo el palco, tras la cual hay un armario donde amontonamos toda clase de porquerías; mientras yo sigo aquí frotando con la punta del dedo, ella revuelve, aparta y vuelca cosas y pronto regresa extendiéndome su mano llena de aquellas pequeñas velas de color que adornaron la torta de su pasado cumpleaños. Su sonrisa a lo sumo infantil, de triunfo. Con cuidado, me dice. Qué cuidado ni qué pelotudez, me dan ganas de tirar las velas por el aire, de darle una patada a la gata y de marcharme a otra parte. Pero recuerdo, desolado, que no hay otra parte y que esta historia, dejada a su propia cuenta, no promete sino empeorar. Así que con una nostalgia ni siquiera concreta de la otra cosa que podría ser mi vida en estos momentos, comienzo a introducir la fina vela –he escogido una roja, por joder– en el sexo más bien insulso del animal. Y bruscamente, pese a que Eva sostenía su nuca, la gata se vuelve y me muerde con un furioso ardor la mano penetrante, tras lo cual se queda así, mirándome, gruñendo y enseñándome los dientes, sin que todo eso parezca expresar furia realmente. Pero lo más desconcertante es que al mismo tiempo mueve la cola y ha levantado todavía más la grupa. Eva me acaricia la mano levemente herida bajo la piel del guante, me estimula a seguir. Lo que pasa, digo, es que esta gata es virgen, y después no me va a dejar tranquilo el resto de la vida. Eso te gustaría ¿eh? dice Eva y a mí me gustaría ir a mirar la enciclopedia para saber si existe la virginidad de las gatas. Vuelvo una y otra vez a meter la vela, ahora hasta el fondo, y la gata va tranquilizándose. Yo también tengo ganas, dice Eva de pronto, y sin esperar precisamente alguna reacción de mi parte se baja los pantalones. Ahora que está así, arrodillada y con las piernas abiertas frente a mí, que también estoy arrodillado manipulando a la gata, no es cosa de venir a hacerle reproches por su traición de la objetividad. El privilegio de la contradicción es algo a lo que Eva no ha renunciado en el reino de la igualdad, pero yo sí he renunciado a echárselo en cara. Eva remplaza por la suya mi mano sobre las ancas y nuca de la gata, para que ésta quede disponible para ella, y ni siquiera me quita el guante. Lo cual no solamente me plantea un problema kinético enormemente complejo, sino que también y con mayor razón, un problema de anulación y saturación de opciones: hay mi nostalgia de otra situación, de otra actividad que concierne a mis sentimientos, y al mismo tiempo estoy prisionero aquí con cada una de mis manos solicitadas por la avidez extraña, por la voluntad de los objetos

externos; como el hombre que mantiene circulando en el aire varias naranjas independientemente con cada mano, me digo, pero con la cabeza y el corazón ausentes. Las naranjas van y vienen, la vela, ya desgastada y medio lánguida va y viene, los dedos de mi otra mano acarician y rascan un terreno vago bajo la piel del guante, entre las piernas de Eva, y hay un momento en que uno tiene la impresión de que el movimiento de las manos es originado por el movimiento de las naranjas, y no al revés. Pero no es posible permanecer por largo tiempo ausente a toda esta prestidigitación. En la medida en que Eva, extasiada en su propio goce, afloja la tensión de su mano sobre la gata, ésta se aventura a lanzarme mordeduras cada vez más salvajes. Por último, me digo, yo podría mandar al diablo a la gata, con vela y todo, y hacer nuevamente el amor con Eva, pero me doy cuenta de que sin el espectáculo de la excitación de la gata la cosa no ofrecería para ella un interés sino mediocre. Y probablemente para mí también, no me sorprendería. La gata, volviéndose ahora descontrolada hacia mí se abraza a mi brazo con todo el cuerpo, hundiéndome profundamente las uñas y los dientes, y aun cuando éste parece ser también el momento culminante para Eva, que me aprisiona la muñeca, aprovecho desesperadamente el ataque y el pretexto del dolor para girar extensamente el brazo, con gata y todo, lanzándola lejos, sin preocuparme de lo que pueda estar pasándole a Eva, que al fin no me ha causado ningún daño, y me vengo enfurecido, a largos trancos, hacia la terraza. Esta noche quieta, este cielo hipócritamente cubierto, el aire flojo. Casi me consuela, diría, el sonido esporádico de la metralla a lo lejos, el reconocimiento de ese desamparo tangible. Pero quiero terminar con este asunto de una vez: en algún momento tendré que volver al interior y ya no soportaré más variaciones de este drama felino y sus derivaciones. Por lo cual voy al interior, busco una canasta –mientras Eva, escucho, se ha encerrado en el baño–, una cuerda apropiada, ato la cuerda a la canasta, busco a la gata que con una apariencia más bien desastrada resulta estar oculta debajo del diván, pongo a la gata, sin derecho a réplica, en la canasta y vuelvo a la terraza. Como sea, voy a descenderla al vasto mundo que comienza en el techo de la casa vecina. Lo importante es que no intente evadirse en el primer momento de soltar la canasta –un coscacho en la cabeza la advierte de mi firme determinación–: ahí va, del otro lado de la baranda que alguna vez pintamos de azul, yo parado en el borde de nuestros cultivos de estragón para alejarla lo más posible, ella chillando y desequilibrando la canasta para intentar volver, y entonces el disparo hace chirriar y vibrar enloquecidamente, no lejos de mi cabeza, uno de los alambres tendidos para la lona de verano. Suelto la canasta y desde el suelo donde inexplicablemente estoy echado, no entiendo cómo, en vez de haber caído en el vacío, la gata corre

endemoniadamente hacia el interior. Mientras voy reptando por el piso de la terraza, trepando como una araña hacia el dormitorio, pasando junto a los pies de Eva que ha venido a ver qué pasa, sin responder a sus preguntas, mi ira no es contra el disparador sino exclusivamente y sin matices contra la gata. No quiero saber nada, no quiero discutir nada, voy derecho bajo la cama y no me equivoco, aquí está, con las patas dobladas y hecha un ovillo, como si fuera otra y nada hubiera pasado por su culpa. La agarro del pellejo del lomo con mano de hierro, la arrastro de un tirón hacia afuera y sin decir una palabra me voy con ella hacia el baño. Mientras busco resueltamente en el botiquín la mantengo así, colgando del pellejo, como una bolsa, y esas tretas de hacerse la alicaída, la cautiva entregada, no me engañan en absoluto, sé que al menor descuido intentará escapar, pero se acabaron condolencias y escapatorias, altruistas o hipócritas intervenciones de Eva que enternezcan; su suerte está decidida, su calentura liquidada, al fin encuentro las píldoras para dormir. Una es suficiente para mí, la mitad bastará para ella. Y nada de sacar cuentas con la proporción entre su peso y la cantidad de medicamento, tendrá la mitad y si es mucho tanto peor para ella. El asunto es cómo hacerla tragar la píldora. La pongo en el suelo, con una eficacia de cepo, le abro las mandíbulas y la fuerzo a mantenerlas abiertas –y las recriminaciones de Eva desde la puerta, definitivamente falaces, no solo me dejan indiferente, exacerban mi ira–, y le introduzco la media píldora en el fondo de la garganta, precisamente en la boca del esófago. Inmediatamente, sin darle tiempo a estratagemas espasmódicas, le cierro y le mantengo la boca cerrada por un buen rato. Así, hasta que estoy seguro de que ha tragado su saliva y por consecuencia la píldora. Ahora la suelto. Y, lo que es ridículo, no corre, como evidentemente quisiera: hace la comedia de que se desliza, pausadamente, milímetro a milímetro, con el vientre pegado al suelo, como si no intentara huir, y solo a la larga, cuando se considera ya fuera del alcance de mi mano, se dispara otra vez a su refugio debajo de la cama.

Basta. En diez minutos estará durmiendo como un ángel y mañana es otro día; ya tendrán que dejarnos salir y habrá manera de ponerla en contacto con su propia naturaleza. Me quito los guantes, me lavo largamente las manos, los brazos rasguñados. Una sensación de tranquilidad, al fin, de pequeño bienestar me va llenando, como si algo de todo el caos y la angustia del día hubiera quedado resuelto; algo que le da a uno la impresión de que aun dispone de algún medio para ordenar el mundo, para dominar lo arbitrario. Eva debe estar furiosa, y ya vendrán sus reproches sobre mi intolerancia, pero al fin tendrá que reconocer que no cabía otra solución. Me seco las manos y me encamino al otro cuarto, satisfecho, pero sin el menor ánimo de

jactarme de haber restablecido, como es notorio, la tranquilidad en esta casa. De pie junto a la mesa, con un vaso en una mano y la otra en las caderas, Eva me mira venir y me sonríe, compasivamente burlona. Qué, digo, podríamos preocupamos de otra cosa ¿no? y esta sonrisa suya se convierte entonces en una serie de explosiones de risa, de jijoteos de mofa que pronto la llevan al borde de las lágrimas. Me miro, busco qué tengo de divertido, la interrogo, a mi vez compasivo de su incoherencia emocional, y parece ser que cuanto más dura la inocencia de mi comicidad más se intensifica la diversión que le provoco. De pronto desvía la mirada y descubro el objeto cuya relación conmigo sin duda es la causa de toda esta hilaridad: está ahí, detenido en el centro de la habitación, calmadamente expectante. Es enorme, negro, lustroso, y su mirada, fija ya en mí, ya en Eva, expresa inequívocamente una determinación. ¿De dónde lo has sacado? pregunto, y Eva, en vez de responder se lleva una y otra vez el vaso a los labios para aliviar la excitación jocosa que todavía la estremece y que cualquier, cualquier reacción mía, parece decir, volverá a provocar. Todo esto es estúpido, me digo, pero también desconcertante. Estoy seguro de que no existe lugar alguno por donde pueda haber entrado. Incluso suponiendo que Eva le haya abierto la puerta del departamento, queda la puerta de la calle, que ciertamente dejamos cerrada. Y, definitivamente, nuestro techo no está conectado con otros. ¿Cómo ha vencido esos obstáculos, más aun, cómo los ha vencido sin mostrar la más mínima seña de cansancio ni de suciedad? Ya sé que, mientras eso la divierta, Eva no hablará. Él espera resuelto pero sin prisa, y yo reconozco que no sé cómo reaccionar. Entonces, como dándose cuenta, él toma la iniciativa, en esa misma forma en que se da por superado el tiempo de las presentaciones y las buenas maneras, y prosigue su marcha que evidentemente mi aparición debe haber interrumpido. Por cierto, estoy estorbándole, parado en su camino, por lo cual, con una mezcla de sentimientos de admiración y de ultraje que apenas disimulo, me aparto para dejarlo pasar. Y el sigue hacia el dormitorio, calmo, seguro, lo justamente ondulado, como si supiera sin la menor vacilación, como si siempre hubiera sabido que ella está ahí debajo de la cama, esperándole.

V

1. Desamparado ante los intrusos

Estoy sentado en la taza, en una enorme sala de baño. Soy adulto y, al parecer, el dueño de casa. Sin embargo, hay innumerables personas desconocidas que constantemente abren la puerta, que entran por motivos desconocidos y se cruzan con otras que también andan afanadas en lo suyo, sin que nadie se preocupe de golpear previamente o pedirme perdón al encontrarme en esta situación tan privada. Tiro de la cadena violentamente, ultrajado. El agua fluye con gran fuerza, llena la taza y se derrama, distribuyendo mierda y papeles por todo el piso. Un inmediato sentido de responsabilidad higiénica me obliga, pese a la repugnancia, a recoger las heces y los papeles, de color verde, empapados. Salgo y corro hacia donde está mi madre, que por el camino es mi amante, que es quien debe protegerme e increpar a los otros por su conducta grosera. Pero ella no lo hace, no cabe en su imaginación hacer tal cosa. Me abraza y veo su rostro desde muy cerca y me digo que es o debe haber sido mi amante, no está claro. Ella me conduce, abrazado, lejos de allí.

2. Muros blanqueados

Bajó con un ánimo remotamente infantil por la escalera. Estaba permitido volver a salir a la calle y antes de ir a darse una vuelta por la oficina se proponía hacer un reconocimiento de la ciudad. Eva había salido un poco antes, a ver qué se podía hacer por los asilados que al parecer llenaban la embajada. No quería aparecer abajo con la cara tímida de una persona autorizada a salir de su propia casa, así que ensayó miradas de diversos tipos de inocencia y al fin optó por esa de alguien que emerge al cabo de unos días por sus propias razones: había estado con una gripe, por ejemplo, y de prohibiciones y autorizaciones no sabía nada.

Pero estaba ocurriendo una extraordinaria actividad en el barrio y nadie advirtió su salida. Vio a grupos de jóvenes, muchachas y muchachos con delantales blancos y gorros y armados con cubos de agua y detergentes, cepillos y escobas, latas de pintura blanca y

brochas, lavando o cubriendo las pintadas o afiches de las murallas y los muros de contención del cerro Santa Lucía, en frente: invocaciones que él conocía de memoria: llamadas a la unidad de la izquierda, a evitar la guerra civil, a desobedecer los soldados las órdenes de los oficiales fascistas, a la nacionalización de más empresas, a aplastar a los momios, a no dejarse embaucar el compañero Presidente, a colgar a los especuladores, todo eso y mil condenaciones más, estímulos, denuncias, en gruesas letras alquitranadas o impreso en hojas que se superponían formando ya gruesas capas, ocupando todo el espacio accesible a la mirada. Los chicos trabajaban con brío y alegría en la mañana primaveral, alentados por las amas de casa, rascaban los muros con sus espátulas y cepillos de acero, pintaban donde el agua y los detergentes no podían nada contra las letras negras incrustadas en la piedra, gritaban y bromeaban desde lo alto de las escaleras con esa radiante confianza espiritual de ir borrando el mal, de ir dejando el mundo blanco y purificado tras de sí. Hache pasó entre ellos con una cara inescrutable, propia de la sensación de pasar ante sus narices no solo con las palabras que ellos iban borrando ocultamente intactas en su memoria, sino millones más, un trabajo de nunca acabar. Más allá, grupos de soldados le impidieron subir a los jardines del cerro, hábito suyo de todas las mañanas. Recién se dio cuenta de que el cerro estaba lleno de ellos: vestían de verde y blanco y llevaban gorros con orejeras, picos, cuerdas, cantimploras y enormes perros. ¿Qué pasa? preguntó, exagerando su inocencia. El cerro está ocupado, señor, le dijo una especie de suizo del cuerpo de rescate alpino; somos el regimiento de excursionistas de montaña. Hache miró boquiabierto hacia la cumbre, donde florecían espléndidamente los cerezos: cosa de un centenar de metros. ¿Y buscan al hombre de las nieves? preguntó. El soldado aprestó el arma, amostazado. Mire, mire, dijo, al borde de perder la paciencia; el cerro dicen que está lleno de extremistas, y aquí cada cual según su especialidad contra ellos. Siga su camino, será mejor.

3. El frenético asalto al Instituto

Ya desde la solemne entrada del campus –uno de esos edificios que los misioneros de órdenes religiosas habían construido a modo de ciudadelas para educar a generaciones enteras, y que ahora pertenecía a la universidad–, ya por los senderos de grava y las escalinatas vio las hojas de diversos tamaños, algunas con el membrete familiar, que revoloteaban; luego por los pasillos de los claustros y los patios vio más y más, que iban siendo amontonadas con parsimonia por los empleados de la limpieza, y al llegar al ala que ocupaba su instituto comenzó a caminar sobre una crujiente alfombra de impresos, cartas,

formularios, que conducía, cada vez más alta y revuelta, hasta la puerta de entrada: desde ahí vio el caos, las caras de consternación de quienes también acababan de llegar. Las secretarias, tecleando indiferentes, ni siquiera levantaron la vista, y él avanzó escalando por sobre muebles derribados y paquetes rotos de revistas, pilas de portafolios y torrentes de más papeles, a través del pasillo, y pasó por la fila de puertas arrancadas de cuajo, algunas aun colgando de sus goznes, y adentro, en cada uno de los cuartos, vio a sus compañeros, con caras de ensueño, sentados sobre los escritorios, las piernas colgando, o bien hurgando entre las ruinas, hasta que pudo llegar a su propia oficina. Le dio casi risa contemplar la hetacombe, entrar pisando por sobre las páginas ya pisoteadas y desgarradas de algunos pedantes y tediosos artículos teóricos que de mala gana había tenido que aceptar para el próximo número de la revista, ya en preparación: que se jodieran, fue lo primero que se le ocurrió pensar; nada de todo eso podría volver a ser puesto en su lugar ni recompaginado. Tal desorden, solo atribuible a una horda de chiflados histéricos, producía en el primer instante, se dio cuenta, antes que cualquiera otra reacción, una irresistible comicidad. Todo estaba roto de una manera delirante, las cerraduras de armarios y del escritorio, y los cajones vaciados estaban tirados por cualquier parte. Solo cabía informarse de los detalles, de las consecuencias más inmediatas. Volvió y se puso a recorrer las celdas donde sus compañeros, durante tres años, habían cumplido la misión de analizar la realidad del país, la viabilidad teórica del proyecto de cambio. Cada cual seguía absorto frente a su propio espectáculo de destrucción y saqueo, a lo sumo expresando la inexpresable incapacidad de concebir la motivación de los autores; otros como contagiados de un resto de fiebre destructora, terminaban de echar por tierra lo que quedaba en pie o pateaban libros y papeles, jugando. Habían sido los militares, le confirmaron; habían venido a esas horas suyas, predilectas, del amanecer, y además de entretenerse en el desparramo se habían llevado un camión lleno de libros, artículos, documentos. Se necesitarían días para saber qué se habían llevado exactamente y la pregunta era: ¿con qué criterio habían hecho su selección? y luego ¿qué mierda van a entender de todo eso? El director, Marco Antonio, que no se despegaba del teléfono, había citado a una reunión para pronto, pero lo que realmente preocupaba era: ¿en qué momento van a volver por nosotros? ¿No era demasiado insensato regalarse así, todos juntos, en una sala de reuniones? Sin embargo, ni siquiera había la capacidad para ponerse de acuerdo en destinar a alguien que vigilara desde la puerta de entrada del edificio. Vio a Kurt, entre sarcástico y triste, recogiendo del revoltijo del piso lo que aun podía salvarse; bromeaba con monosílabos, movía los hombros como diciendo que nada había que decir y que todo eso ya se

había visto antes, que era una lata importar y reproducir la historia con tanto retraso. Hache se preguntó si tenía algo que ver con el mismo Kurt atormentado por una definición de sí mismo y de la sociedad y por el encuentro de una conducta, que a menudo había evocado Eva, en un París de diez años atrás. Pero ¿quién tenía algo que ver, a esas alturas, con lo que cada cual había querido en un comienzo? ¿Tenía él mismo algo que salvar del pillaje? Hacía ya un buen rato que las publicaciones que hacía el instituto y de las que él era el responsable, habían dejado de interesarle. Sus compañeros, la mayoría cientistas sociales, así como gran parte de los colaboradores, se habían ido alejando de la realidad en la misma medida en que se habían dejado fascinar por la ilusión científica de descubrir leyes de su funcionamiento; habían comenzado por cuantificar y sistematizar comportamientos, relaciones e interacciones humanos por necesidades metodológicas, y en vez de usar esos elementos como pura hipótesis experimental, habían terminado por atribuir a sus taxonomías ideológicas y sociales un valor sagrado e inmutable, de tal modo que el engranaje mecánico de los componentes, la manipulación de los hechos en el papel, resultaban tanto más felices cuanto más ajenos e irreductibles se mostraban éstos en la práctica, como estaba viéndose. No, que se jodieran, volvió a decirse, y sintió una porfiada satisfacción de caminar, con las manos en los bolsillos, sobre los papeles. Todo eso ya no servía sino para testimoniar, alguna vez, de la soberbia de los intérpretes de un momento popular generoso; del reduccionismo intelectual de los intelectuales. Por cierto: no eran ésas las razones que habían llevado allí a los asaltantes; habían venido en busca de armas, de planes e instrumentos de la subversión marxista. De paso, además de la camionada de papeles inútiles, habían pillado todos los objetos de valor material. Hizo un paquete con lo que encontró más a mano, libros, restos de cartas y papeles personales. De vuelta en la oficina principal vagó por entre las secretarias que, ahuecadas en la catástrofe, seguían mecanografiando febrilmente, por orden de Marco Antonio, cartas de denuncias sobre lo ocurrido a una infinita lista de organizaciones internacionales. Supo que de todas las escuelas e institutos que funcionaban en el campus, éste había sido el único asaltado; el resto continuaba, en esos mismos instantes, funcionando normalmente, pero ninguno de sus responsables se había aproximado, al menos para condolerse de lo sucedido. Era el fin, y Marco Antonio, en unos momentos más, cuidaría de que la despedida fuera lo más digna posible. Después de todo, era un fin que ya nadie esperaba sino como pura formalidad; se había jugado tanto al lobo que viene, se lo había diferido tanto, que la voluntad de afrontarlo estaba desgastada. Como fuera, había que estar presente en el ritual: sentarse alrededor de la mesa donde se había discutido todos los aspectos teóricos de la

transición, de la transformación de los hombres, las instituciones y el Estado, y hacer el acta de defunción que, en palabras de Marco Antonio y de otros tendría que ser, fatalmente, aunque nadie creyera un comino, el acta de la retirada estratégica en tanto la correlación de fuerzas no pudiera ser modificada favorablemente. Esperó, paciente, junto a los demás, a que la reunión comenzara o a que reaparecieran los milicos. Lástima, decían: las secretarias habían estado tratando de localizar a periodistas extranjeros para que estuvieran presentes, pero no había ninguno disponible. Les entretenían cosas peores, sin duda.

4. Encuentro con Dagoberto Flores, un diplomático de carrera

Dagoberto Flores: le había costado entrar al Café; toda la acera y las puertas estaban ocupadas por una multitud de gruesos funcionarios, políticos y comerciantes que se daban emocionados abrazos, felicitándose por la libertad recobrada, y que luego no dejaban de palmetearse sobre sus abrigos de pelo de camello, desprendiendo olores de lavandas o pinos sintéticos, calores y mejillas de fiesta. Se topó con su cara frente a la caja, cuando estaba tratando de obtener un boleto para un café, y en el mismo momento en que abría los brazos para estrecharlo, abriéndose espacio y produciendo un momentáneo caos en la masa de cuerpos que se apretaban ante la caja, Dagoberto tuvo tiempo para arrebatarle el billete que ya estaba entregando a la cajera, le dio orden a ésta de que se cobrara del suyo por los dos cafés y con su propia mano devolvió el billete de Hache a su bolsillo del pecho. Sintió el calor y la fuerza del cuerpo, un olor quizás más refinado que el de los otros, y al desprenderse, aun de muy cerca, apreció esa grasa iluminada profundamente de rosa por la piel sanguínea, grasa que como en bien precisos pasos expansivos, en cada uno de los encuentros esporádicos que ambos habían tenido en los últimos años, había venido recubriendo las facciones y el resto del cuerpo, redondeándolos, hasta haber llegado ahora, le pareció a Hache, al máximo grado de tensión de la piel y, por lo mismo, de obtención de una apariencia de regalo y autosatisfacción del organismo, de concordia inquebrantable entre sí y el mundo. Era difícil abrirse paso y obtener un lugar en la barra, y mientras pasaba el primer instante de la sorpresa de encontrarle después de, serían tres años, Hache se dio cuenta de la incoherencia entre el buen aspecto de Dagoberto y el temor que estaba sintiendo por su seguridad. ¿Cómo podía andar así, desaprensivo y casi triunfante por el centro de la ciudad, en ese Café lleno de fascistas y sin duda de agentes? Casi todos los altos funcionarios del gobierno, si no estaban ya detenidos, eran buscados como delincuentes, y Dagoberto era uno de los embajadores

importantes. Cualquiera sabía que tras el golpe casi todos los embajadores habían pedido asilo en los países de su representación.

–¿Pero cómo es que estás aquí?

–Llegué hoy mismo, al alba. Qué gusto verte.

–Pero no entiendo. Debes haber tenido, debes tener enormes problemas.

Hache había dicho eso conmovido, de antemano dispuesto a escuchar una nueva historia de la arbitrariedad y barbarie del nuevo régimen y a manifestar a su amigo su solidaridad.

–Hombre, en nuestra profesión, los problemas de siempre. Nada del otro mundo.

–Pero te echaron, sin duda. ¿Cómo es que te han dejado así, libre?

Dagoberto esbozó y reprimió al mismo tiempo una de esas expresiones de ternura que le sobrevienen a uno ante preguntas de niños demasiado fantasiosos.

–Por favor, querido, nada de eso. Pero no pongas esa cara, no exageres, también tú, un escritor. Me llamaron, por supuesto, pero eso debe considerarse como normal, en estos casos.

–¿En qué casos, me puedes decir? ¿Cómo vienes a hablarme de casos y de lo que es o no es normal? ¿Es que tengo que informarte de lo que estos desgraciados han hecho y están haciendo en este país? –estaba diciendo, enfrentado a su cara, y se dio cuenta de que se resistía a caer en la cuenta, a hacerle la pregunta de fondo–. ¿Y se puede saber para qué te llamaron? –le preguntó en cambio.

–Dejemos eso –dijo Dagoberto, sonriendo a los vecinos, que tal vez escuchaban, como disculpándole–. A nosotros nos unen cosas y recuerdos más fundamentales y permanentes. He puesto por las nubes tu último libro. Podría decirse que he sido tu embajador personal. Hablemos mejor de ti, tienes mil cosas que contarme.

Hache había venido tragándose todos aquellos demasiado rápidos sentimientos de solidaridad hacia la posible desgracia de su amigo o, alternativamente, hacia lo que había supuesto un rechazo de él a cualquiera complicidad con el nuevo gobierno; evidentemente, Dagoberto no los necesitaba. ¿Por qué, entonces, sabiendo que él no le perdonaría una conducta turbia o deshonesta se había adelantado a encontrarle con esas demostraciones tan francas de afecto? Hache recogió los restos de simpatía que aun andaban por su cara y trató de improvisar otras expresiones, más cautas, que correspondieran mejor a lo incierto de la situación.

–Pues aquí me tienes –dijo–, no sé si con más o menos suerte que tú –y recalcó con sorna la palabra suerte–. Tanto a mis compañeros como a mí nadie nos ha llamado, pero estamos despedidos del trabajo. No, nadie se ha tomado siquiera el trabajo de despedirnos. Esta mañana supimos que ya no existíamos. A la hora de tu llegada, al alba, habían

venido los milicos. Rompieron todo, volcaron todo, se llevaron una camionada de papeles. Tres años de trabajo intelectual, eso hace sus buenos metros cúbicos, nos dimos cuenta. Más tarde supimos también que nuestras tarjetas de enrolamiento y salario habían desaparecido de la IBM. Pero puesto que estoy aquí todavía, hablando contigo, como te consta, debo considerarme afortunado. Otros… tú debes saber aun mejor que yo. ¿Es también normal, en estos casos?

Dagoberto le cogió los brazos y lo apartó de la barra, donde ya despertaban la curiosidad de los otros clientes. Había un rictus de desaprobación en sus labios.

–Son cosas del momento –dijo.

–¿Cómo?

–Son cosas del momento –repitió, mientras respondía a los saludos, brazos en alto, manos enlazadas, de unos tipos de chaquetas cruzadas y corbatas chillonas–. Pasarán estos desmanes y menudas pasiones, que censuro, qué duda cabe, y luego todo volverá al orden, ya verás. Son actos pueriles, incontrolables, del primer momento. Pero este país tiene unas estructuras sólidas, que no solo rechazan los excesos o negligencias de los gobernantes, sino que también los autocorrige, como ya se ha visto. Y esto no es un azar. Uno se da cuenta, en la práctica de la carrera, que uno no puede actuar, aunque quisiera, sino en la dirección del bien del Estado, y esto no solo porque haya una acertada ordenación jurídica e institucional, sino por una especie de espíritu o inspiración del Legislador, que obliga a ir en esa dirección. Nuestros estadistas, los fundadores del Estado, pensaron las cosas bien y a largo plazo, y hay que considerar esto de ahora como exabruptos en esa perspectiva. Anda, uno no debe alarmarse tanto; deja que pasen estos momentos de conmoción y verás.

Le escuchaba embobado, en medio de la gente que iba y venía y les empujaba y el rumor aletargante de decenas de otras conversaciones y los siempre renovados brazos y palmoteos aquí y allá y el vapor silbante de las máquinas de café; miraba los pequeños labios configurando esa pronunciación perfecta y a la vez sensual que las manos terminaban de modular en el aire, los ojos brillantes de sinceridad profesional, y se interrogaba no sobre la magnitud del cinismo de Dagoberto, sino más bien por la de su propia ingenuidad. En buenas cuentas, ¿cuál era la traición de Dagoberto? ¿Cuáles eran los grandes cambios en su discurso? Sus relaciones venían de un tiempo en que estas tomas de posición nunca llegaban a plantearse, eso era todo: las conductas –y en especial las políticas– no necesitaban someterse a más pruebas que las del tiempo y la buena convivencia, de tal modo que uno nunca llegaba a saber quiénes, uno mismo incluido, eran realmente fieles a las ideas que profesaban. No hacía tantos años el izquierdismo tenía para muchos una connotación

principalmente intelectual y estética, sin olvidar que daba prestigio intelectual y hasta abría brillantes posibilidades profesionales. La vida cotidiana era aburrida, la actividad política chabacana, y los poetas hablaban de la belleza de la revolución, y los jóvenes estudiantes, aislados en sus barrios y sus aulas, eran sensibles, ante todo, al erotismo de esas imágenes de una comunicación abierta y entre iguales de todos los hombres, y el mismo Dagoberto, como profesor de filosofía, podía referirse a la división de la sociedad en clases y trabajos como una perversión sustancialmente espiritual, puesto que amputaba, a gran parte de los hombres, de su potencial de percepción, reflexión y creatividad. Todo eso no comprometía a nada en la vida real y no conllevaba más riesgos que los de cualquier simpatía personal, puesto que las oportunidades de demostrarla no pasaban de una reunión o de un pliego de firmas o de una marcha callejera, pero había sido sobre la base de esas adhesiones de esos años que muchos, como Dagoberto, habían accedido a situaciones de representatividad o poder en el gobierno de izquierda. ¿A quién había que reprochárselo? ¿Quiénes eran los verdaderos inconsecuentes?

–¿Pero tú qué? –preguntó con rencor, un rencor que iba más allá del propio Dagoberto–. Mientras pasan y siguen pasando estos exabruptos, es decir cadáveres y el resto que conoces, ¿qué piensas hacer tú? Supongo que…

Advirtió el momentáneo endurecimiento de los pómulos, que rompió la bonanza del rostro afirmativo, el embarazo por el tono exigente de la pregunta.

–Escucha –le interrumpió, con un tono de perdón y paciencia–: esto mismo es una prueba de que todo tiende a volver a la normalidad. Me presenté a primera hora al Ministerio. Iba inquieto, y hasta con miedo, te confieso. Pero apenas subí al ascensor, y ya andando por los pasillos, me volvió el alma al cuerpo. Los mismos de siempre, créeme; ni los porteros han cambiado. Me dijeron: mira, ni siquiera deshagas las maletas. Cosa de días y te damos una nueva destinación. ¿Tú crees que si fueran realmente lo que imaginas me tratarían así…?

No oyó el resto. Sintió que los gestos se le descomponían y una oleada de frío le subió por el cuerpo. ¿Pero qué se había estado imaginando? ¿Qué candideces, otra vez? A lo sumo había estado esperando una decepción: saber que su amigo había elegido transar; callarse y escurrirse sin ruido hacia algún cargo discreto en el Ministerio hasta que volvieran tiempos mejores. A lo sumo eso y sus razones: la mujer, los niños en edad difícil, y especialmente ésta, tan atendible: que la izquierda tenía que sobrevivir, mantenerse a cualquier precio dentro del país y, en lo posible, dentro del aparato estatal; si no ¿qué esperanza cabía de volver a levantarla cabeza? A pesar de todo, preguntó, incrédulo:

–Pero tú ¿vas a trabajar con éstos?

Solo un pequeño músculo se contrajo en la comisura del labio derecho de Dagoberto.

–Yo soy un diplomático de carrera –dijo.

Hache dejó caer al piso, sin cuidarse de los demás, un cuajo de saliva avinagrada que le había llenado la boca.

–Tú eres un hijo de puta –dijo.

No entendió por qué ambos seguían plantados ahí, el uno frente al otro. Asqueado e impasible esperaba la bofetada, y en vez de ello Dagoberto alargó la mano por el interior de la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos. Le ofreció uno.

–No vamos a hacer un escándalo aquí –dijo, mirando a los vecinos y mientras golpeaba el cigarrillo contra el encendedor–. Lo digo por ti.

Le asombró saber que no estaba ya en otra parte, corriendo, quizás, respirando en un parque, libre de esta ruidosa masa de grasas perfumadas, sino dejándose encender el cigarrillo por Dagoberto, mirando su cara ahora congestionada frente a la llama del encendedor. Se sintió prisionero de su propio insulto. ¿En nombre de qué, esa condenación?, pensó. ¿De qué principio, de qué compromiso? Y sobre todo, ¿de qué moral política? Sus amigos, los verdaderos militantes, lo desaprobarían, ya podía imaginar. Dirían: siempre es más útil conservar la amistad de esos potenciales aliados dentro del campo enemigo; aquí y allá pueden dar una mano, proteger a otros camaradas y, algún día, promover la apertura política.

–Lo siento –dijo.

Se sentía vagamente ridículo, irreal. Quiso matizar:

–Probablemente no es a ti a quien hay que hacer reproches; tú estás frente a mí, eso es todo. Éste fue un gobierno que se dio el lujo de tener ministros obreros y que tuvo, al mismo tiempo, la delicadeza de tranquilizar al mundo al respecto, escogiendo a sus diplomáticos entre la crema de nuestros intelectuales liberales. Imposible, formalmente, reprocharte alguna contradicción. A menos que…

Le pareció advertir miradas de hostilidad, un repentino silencio en rededor.

Dagoberto lo cogió de un brazo, que él mantuvo rígido, y le invitó a desplazarse hacia la salida. Hache dio unos pasos con él y al llegar a la puerta esbozó un gesto de despedida.

–Mira –dijo Dagoberto–, no son momentos para dejarse llevar por las emociones; yo no debería haberlo permitido. Pero tampoco para andar pavoneándose así, a costa del vicio de los otros y con el más insolente candor del alma. ¿Me dejas decirte una cosa?

Hache vio cómo los tonos violáceos se escurrían al fondo, disolviéndose, y el rosa volvía a iluminar la superficie otra vez plácida y tersa. La mirada, ya sin ninguna turbación, parecía contemplarlo,

más bien compadecida, minimizado, en la vastedad del tiempo:

–Un día, con suficiente perspectiva, vas a darte cuenta. Verás que las fidelidades de uno tienen que ser más universales, porque de lo contrario uno sería un baldado cada vez que un proyecto fracasa. En los hechos, solo logran demostrar su fidelidad los que sobreviven. ¿Quién lo dijo? Pero te costará tiempo entender. Por ahora… ¿te acuerdas cuando leíamos a Gide en la playa, con el sol refulgiendo en las páginas y las letras irisadas, desprendiéndose… ? Siempre podremos reencontramos en esas circunstancias.

–Podríamos encontramos con sorpresas desagradables en las playas. Dicen que desde los aviones vacían los cadáveres en alta mar.

–¿Ves? Estás clavado ahí. Pero tendrás que ver que los beligerantes de hoy –no tú ni yo, por supuesto–, los verdaderos enemigos, los que hoy se matan, tendrás que ver que más temprano que tarde se reencuentran. Vas a verlos, alrededor de una mesa, arreglando sus querellas, en nombre del bien común y por la reconciliación nacional, y vas a ver también que los puros, los intransigentes –si no han sido previamente sacrificados–, no tendrán cabida en ese negocio. Muertos, al menos serán unos fantasmas heroicos, ni siquiera héroes a secas; vivos, quedarán solos; peor: al margen de la historia. En este país la reconciliación es un sentimiento irresistible: se caga en todos los principios.

–Está bien, Dagoberto; es posible, dentro del tiempo. Pero lo que tú llamas reconciliación, así, en plena matanza y terror, tiene otro nombre. Adiós.

–Adiós.

Caminaron unos pasos, ninguno sabía si en la dirección propia o en la del otro.

–Todo esto –dijo Dagoberto, como si fueran juntos–, lo decía por ti, porque hemos sido amigos y te aprecio. Deberías ser más prudente.

Hache se encogió de hombros.

–Pero si tanto te preocupa la conducta humana y la suerte de la sociedad, es hora de que seas consecuente ¿no crees? Eres ya un adulto.

–Si piensas que el cinismo es un atributo del adulto…

–Mira, huevón –dijo Dagoberto, parándolo en medio de la acera que estaba llena de gente que iba y venía–. ¿Sabes por qué te perdono? ¿Sabes por qué no te rompo la cara? Porque eres un irresponsable. Porque lo que dices son fantasmagorías morales… eso. Porque no representas nada, a nadie. Porque eres nadie. Por eso.

VI

1. Muchacha violada

La muchacha está ahí, a mis espaldas, acostada en el sofá, envuelta en unas mantas. Sé que no duerme. Sé, también, que se esfuerza por hacer el menor ruido posible. Cuando, a veces, me doy vuelta a mirarla, cierra los ojos. Yo podía irme a escribir al otro cuarto, le dije, para que durmiera, y me rogó que por favor no, que no la dejara sola. Todo lo que tiene es miedo.

La trajo Eva, cosa de un par de horas atrás. Su primer acto de rescate.

El personal de la embajada no quería meterse en líos y el embajador ha reclutado así, entre voluntarios de la colonia, los colaboradores para su nuevo trabajo. Ésta es la primera misión de Eva: le han dado una vaga credencial de personal diplomático, un enorme volkswagen de color naranja con matrícula diplomática también, y un bolso de llaves con direcciones atadas a cada manojo y una lista. Tiene que recorrer las diversas casas de los asilados, gente que salió a toda prisa o que no tuvo tiempo de volver al hogar, y recoger dentro de cada una de ellas lo esencial y hacer maletas. La primera lista comprende unas veinte direcciones. Por la mañana alcanzó a visitar dos casas.

Lo ya trivial: puertas descerrajadas, el desorden total; los colchones y cojines de muebles rajados a cuchillo, los armarios vaciados, el contenido de las neveras por tierra. En el barrio alto, la variación es ésta: los elegantes vecinos disputándose los restos del saqueo, con buenas maneras; entrando con parsimonia, como a una subasta dominical, y saliendo cargados con cualquier cosa de valor. A la muchacha la encontró por la tarde, en un departamento moderno cuyos dueños habían huido la noche anterior. Eva dice que estaba encerrada con llave, en su ínfimo cuarto, junto a la cocina, acostada vestida y con zapatos, y que solo descubrió que estaba allí porque la chica se había encerrado con un perro que se puso a rascar la puerta.

Cuando entró vio un bulto ovillado, con la cabeza oculta bajo las mantas y que gritaba como un animal por sus intentos de levantarlas. Mucho tiempo después, cuando logró hacerla hablar, supo los entrecortados detalles: habían sido seis, por lo menos seis, creía, los

milicos que la violaron, en las primeras horas de la mañana. No tenía ninguna otra noción del tiempo, no sabía cuánto había durado eso. Al irse le habían dicho que no se moviera de ahí, que iban a volver a culiársela más tarde.

Eva la dejó aquí y luego de un rato volvió a partir para una última misión de salvamento.

La chica no conoce a nadie en Santiago. Llegó hace unos tres meses, el viaje de siempre desde el sur; ahí tiene una tía y una abuela que no se levanta de la cama hace diez años. Eva había decidido llevarla a la embajada, pero a medio camino viró. ¿Asilarla? ¿Pero qué iba a hacer esta muchacha en Suecia? ¿Qué absurda vida estaba a punto de imponerle? La idea es tenerla un tiempo aquí o en casas de amigos, en caso de que necesitara un aborto, y luego darle los medios para que regrese al sur.

Lo malo es que, aparte de repetirle que ya nada debe temer, de darle té y unas pastillas y tenerla ahí bien caliente bajo las mantas, uno bien poco puede hacer por ella. La humillación y el terror no son reparables a corto plazo; quizás, a lo sumo, son ocultables a la larga. ¿Por qué no huyó, una vez que ellos se fueron?, le he preguntado. No sabe explicarlo. Estaba paralizada por el miedo. Tenía miedo de contravenir las órdenes de no moverse de ahí, y el mismo miedo de que volvieran. De los vecinos, ya se sabe, no podía esperar nada. Habían permanecido espiando en el pasillo, algunos celebrando a los soldados, hasta que éstos cerraron la puerta. No sabía absolutamente adónde ir; con la prisa en huir, los patrones no le habían dejado dinero. Tenía miedo incluso de moverse: creía que se iba a desangrar o algo parecido. Tenía miedo de “mirarse”.

Eva la hizo darse un baño y la examinó. Le hemos asegurado que no es nada; que aparte de las magulladuras y la inflamación no tiene nada y que en un par de días estará como nueva. No cree. Dice que la rompieron por dentro y piensa que se va a morir. A la vuelta, Eva tendrá que dedicarse a darle algunas nociones de educación sexual. Tendrá que hacerle un dibujo, quizás, mostrarle que el daño no está donde ella cree. La chica piensa que ahora tendrá seis hijos como monstruos y quiere morir.

Que trate de dormir, le digo, y ella que sí, pero que por favor siga escribiendo, que no la molesta la máquina de escribir, todo lo contrario; que la tranquiliza ese ruido y la proximidad de alguien, como yo, que debe tener tanta autoridad. ¿Autoridad?, me vuelvo, ¿qué autoridad? Dice que solo una vez en su vida vio a un tipo como yo. Había viajado con su tía a Temuco, cuando se murió el tío, y se habían pasado toda una mañana esperando en una notaría, por el asunto de unos papeles, mientras un hombre escribía ininterrumpidamente en una máquina, frente al mostrador, y según lo

que el hombre iba escribiendo, ella se daba cuenta, las cosas del mundo adquirían una existencia distinta de la conocida por ella, una existencia que producía respeto y temor, como si las cosas escritas por la máquina: casas, terrenos, animales, se transformaran en algo misterioso, poderoso, que ya nada tenía que ver con la casa donde vivía, el huerto, la vaca llamada Blanca.

Le digo que no es lo mismo, pero tampoco quiero desanimarla. De pronto, se acuerda de todo otra vez y desesperada y llorosa se vuelve hacia el muro. Luego, tengo que ir explicándole los ruidos, que la sobresaltan: decirle que ésos son los pasos o las voces de los vecinos, nada más; ésos los crujidos de la escalera, propios de cada anochecer, cuando cambia la temperatura; esos estremecimientos de la casa los causados por un camión que pasa por la calle; que esa explosión es normal, en una gran ciudad, que siempre hay explosiones, Que esos pasitos, arriba, son los de las palomas, antes de dormirse.

2. Evocaciones de Kurt por Eva durmiéndose

La historia de Eva y Kurt quedaba siempre semiborrada por el sueño y se iba acumulando en una zona imprecisa de la memoria, como producto de una información que no correspondía precisamente ni a la vigilia ni al sueño. Hache volvía a recordarla solo en los momentos en que Eva, semidormida, volvía a evocarla, en alguna noche siguiente, pero entonces él no estaba del todo seguro si lo que recordaba eran los relatos de las noches anteriores, o esos relatos más lo imaginado sobre ellos en su estado de transposición onírica y aun –cómo podía saberlo– lo soñado a partir de todo eso. Sumándolo todo aparecía, para empezar, ese don de deslumbramiento que poseía Eva sobre los demás y que era vivido por ella como puro estado de gracia y posibilidad indiscriminada de juego y placer, hasta el día del encuentro con Kurt, momento en que aparecía, a su vez, la conciencia de su poder transfigurante, el descubrimiento de que sus actos amorosos, o simplemente sexuales podían cambiar a los demás, rescatarlos de terribles peligros; era el descubrimiento del concepto de la belleza responsable. En París ella había salvado a Kurt, o él se había reconocido salvado por ella de alguna crisis existencial irremediable, pero pronto, y aun más con el tiempo, ella se había dado cuenta de que había sido una salvación imperfecta, inacabada; en otras palabras, que la salvación no era un acto realizable de una vez y para siempre, sino que tenía el inconveniente de requerir una intervención constante y a la vez creciente. Había que imaginarse París casi diez años antes y los veinte años de ellos, cuando convergían ahí por diversos caminos desde el norte, siguiendo las rutas de un peregrinaje ritual: eran los primeros pasos, necesariamente los más agresivos y confusos, de la

avanzada feminista escandinava, pero también, para Eva, debía ser el comienzo de una etapa superior en la aventura de su vitalidad y curiosidad, limitada en su ámbito local de Estocolmo. Para Kurt, vago discípulo de la escuela de Frankfurt, podía ser el viaje de reconocimiento de un mundo de senderos borrados, de roles y destinos desmoronados, luego del asesinato melancólico del dogma stalinista y la utopía marxista; debía ser como tener que recomenzar, con pocos materiales nuevos, más de cien años de discusiones, sintiendo, al mismo tiempo, la necesidad de hallar fundamentación a nuevos actos de fe; porque a esa edad, si uno adhería a un acto negativo no era para quedarse ahí, refugiado en los orgullosos consuelos de la conciencia crítica, sino para conquistar una nueva certidumbre. Hache tenía que borrar al Kurt que veía a diario en el Instituto e imaginar al otro que surgía de la memoria de Eva: ese bello rostro casi infantil, endurecido a fuerza de voluntad por la mirada desdeñosa y el gesto cruel de los labios –impresiones del primer encuentro–; quizás exageradamente desamparado y aun más exageradamente indiferente, temblando de un frío que solo en última instancia era dérmico y que inequívocamente aparecía como el efecto interior de una profunda decepción intelectual, de quien había buscado camaradas e ideas para cambiar la realidad y quizás no había hallado otra cosa que pequeños compinches para soñarla distinta; o mujeres, eso se veía, que solo habían querido llevárselo a la cama, o que habían querido tramar piadosas historias de amor en lugar de cuestionarlo todo, comenzando por la función aplacante y fraccionante del amor; o maricas, eso era evidente, que le habrían acechado, mostrándole los caminos alternativos de la discrepancia. En suma, que tenía que ver a Kurt asfixiándose en esa zona estrecha que media entre la búsqueda y el rechazo; entre la ternura juvenil y los anhelos de solidaridad, sin vías de realización intelectualmente coherentes, y la dureza que le imponían las opciones fáciles. Y frente a ese Kurt, imaginar una Eva por la primera vez fascinada y conmovida, sobre todo esto último; una Eva conmovida de descubrir por primera vez que un hombre podía ser, además, una persona. Porque hasta entonces ella no había esperado de sus amantes, los existentes y los eventuales, otra virtualidad que la de poder garantizarle un correcto orgasmo. De los hombres, con mucha suerte y firmeza, una a lo sumo podía esperar eso, y si tenía humor para oírles, también podía pasar un rato divertido con sus embustes y fantasías de poder; la vida emocional e intelectual, de hecho, transcurría perfectamente entre mujeres, y en los momentos de gran susceptibilidad, incluso la sexual.

Había que reencontrar a Eva tal como ella se percibía a sí misma: con esa gozosa belleza afirmativa y esa vehemencia por que nada fuera igual que antes luego de aparecer en un lugar; confiando en que

cada acto suyo probaba su libertad y revelaba la posible libertad de los otros. Era según las modificaciones que su belleza producía alrededor suyo como ella podía conocer el mundo y, según el carácter de estas modificaciones, aceptarlo o rechazarlo. Hasta el encuentro con Kurt nunca esta acción había sido recíproca ni había quedado supeditada a las emociones de una modificación particular de otro ser. Puesto que el mundo modificable era infinito, la libertad de Eva tenía que ser ilimitada. Pero con Kurt había sido diferente: con él había ampliado su libertad. Quería decir: había aprendido a discriminar su uso; había intuido el concepto de una libertad responsable.

Pero todo eso era borroso, siluetas indiferenciadas, en el umbral del sueño. Era casi siempre en las noches, tarde, después de hacer el amor, en esos cuartos de hoteles improvisados que Hache y ella encontraban en su primer viaje por la costa del norte, o ahí mismo, en el dormitorio, por aquellos días en que ella se decidió a traer sus maletas de casa de Kurt y por lo tanto a pasar el resto de su estadía con él, con las puertas de la terraza abiertas a las noches de verano, luego de días de excursiones por playas y bosques, de baños en el mar o en la piscina del San Cristóbal y festines de mariscos, y aun con alguna botella de vino sobre el velador; había sido en esas noches de las primeras semanas, con los ojos entrecerrados, y desnudos o apenas cubiertos con una sábana por el calor, con las pieles aun ardientes de sol, en ese estado de fatiga de todos los sentidos pero aun de excitación remanente por todo lo vivido en el día, con esa voz de somnolencia, casi como en un ensayo de sueño antes de dormirse, que Eva hablaba de aquella inacabada historia con Kurt. Hache tenía que imaginarlo todo, también a punto de dormirse, con una mezcla de celo y ternura: los lugares, las personas, una Eva de una belleza como inventada a partir de rasgos primitivos, sus gestos impulsivos de muchacho, su generosidad y carencia de sentimentalismo; un Kurt con toda su emocionalidad todavía mal amordazada: desamparado e inflexible consigo mismo; tenía que inventar a partir de frases inacabadas, vencidas por el sueño, y tenía que corregir su propia invención, incesantemente, en cada evocación de las noches siguientes. Por eso, cada cosa resultaba al fin apenas discernible en cada uno de los intentos de percepción, especie de borrón de sucesivos bosquejos sobrepuestos.

Entonces, por la primera vez una persona, una totalidad humana –cómo costaba figurarse eso–, entre la cantidad de hermosos muchachos de todas las razas y culturas que la atraían. ¿Pero en qué mundo vivía Eva entonces? Y el interés del descubrimiento no terminaba, como en las otras experiencias, luego de hacer el amor, empezaba ahí. Kurt, transitoriamente salvado –tampoco estaba claro de qué mal moral, de qué decisión autodestructiva–, había extendido

la libertad de Eva, es decir, le había tendido fundamentos y puentes para comprender y luego cohesionar sus intuiciones y rebeldías aisladas; la pretendida autonomía de cada experiencia era un conjunto de vallas para impedir la comprensión global de un sistema opresor. Pero el hecho de conocer ese sistema y su funcionamiento no bastaba para definir la propia libertad; el mundo no estaba dividido tan simplemente como antes entre opresores y oprimidos en pugna; los oprimidos, ahora, vivían su opresión con las características simbólicas o racionales de la libertad, y ellos formaban parte del juego: había que encontrar una salida, demostrar la falacia. Pero Hache no conseguía representarse carnalmente, por así decir, esas evocaciones, quizás por la simple razón de que no podía imaginarse a sí mismo en el lugar de Kurt, con sus veinte años; a lo sumo podía recrear situaciones de sus propios veinte años en las que era salvado por Eva, pero ¿de qué? Su único mal entonces era el hambre, el tedio, y a pequeños males pequeños remedios. Solo podía tener presente lo que había obrado la presencia y el contacto de Eva en esas pocas semanas sobre él mismo: de hecho, lo había librado de una apatía total, de uno de sus periodos más depresivos. Por lo demás, era difícil separar un relato de otro en el tiempo que evocaba Eva; pasaban demasiadas cosas y en demasiados lugares, que en la imaginación de Hache venían a conformar un solo transcurso, un largo día sin pausas: el encuentro con Kurt en alguna cantina estudiantil parisiense, un cuarto, de preferencia oscuro, que constantemente cambiaba de situación, donde las maniobras de salvación por parte de Eva y de concienciación por parte de Kurt se llevaban a cabo; en suma, donde hacían el amor como todo el mundo a los veinte años, pero con la pretensión de estar cambiando el mundo, y con esa otra diferencia de parte de Kurt: la sensación de que la presencia de Eva tenía un plazo, de que su felicidad era precaria. Con la partida de Eva todo volvería a resquebrajarse otra vez y Kurt no podía hacer nada por impedirlo; peor aun: no existían en Kurt los elementos para formular la idea de hacer algo por impedirlo, ni en Eva los recursos sentimentales para tener la ocurrencia de hacer algo por evitarlo. En su imaginación, Hache simplificaba. Era cosa de entender que en aquel tiempo las exigencias de la conducta intelectual de cada uno de ellos les impedían reconocer su felicidad justamente en lo que era su base simple: el amor. Ni Kurt podía reconocer en el amor la solución o la última razón de sus inquietudes, ni Eva podía fijar en un amor particular, en un acto privado, su aventura de libertad y de redención. Kurt podía actuar como un enamorado, pero verbalmente era otra cosa; verbalmente el amor era ridiculizable si referido a otros, y si referido a ellos mismos, innombrable. Los problemas de la sociedad eran otros, la responsabilidad de ambos otra que ensimismarse en esa

relación. De modo que al reconocerse salvado por Eva, Kurt omitía reconocer la fuerza activante de la salvación. Pero, aun sin nombre, los efectos obrados por la aparición de Eva estaban a la vista: un Kurt resucitado y una Eva fascinada por su propio poder taumatúrgico. Era justamente el hecho de percibir concretamente en sí misma ese poder de comunicar o devolver la vida a los otros, lo que como consecuencia lógica de su generosidad la iba a distanciar de él.

Había que tratar de figurarse los impulsos que determinaban aquella segunda fase de la vida de Eva: ya no se trataba de volver indiscriminadamente a la aventura, de seguir viviendo los días y las noches en sus más excitantes modos de celebración, ni de dejarse embriagar, como antes, por los encuentros fulgurantes; de pronto al placer se había añadido una responsabilidad: los hombres, o ciertos hombres, podían ser liberados, recuperados a la vida y a la lucidez por obra y gracia de su belleza. A eso podía llamársele una misión, su misión. El placer era electivo y tenía un sentido.

Y Hache ensayaba otra vez el aspecto de Kurt, sus emociones: ignorando o quizás combatiendo el amor y a la vez esperándolo en el cuarto de estudiante que nunca alcanzaba a amueblar enteramente; un lecho provisorio, unas pilas de libros, una cocinilla, se derrumbaban alternativamente o se disolvían al venir el sueño, y ya en la noche próxima, en una nueva evocación de Eva, todo cambiaba de lugar; por lo demás, la mayor parte del tiempo Eva no estaba ahí, sino en las discotecas, cafés o exposiciones, formando alrededor de ella esos grupos que siempre iban a otra parte, que se rehacían incesantemente hasta el amanecer, en una cadena de vertiginosas solicitaciones y posibilidades que Eva cortaba en el momento de una nueva elección en materia de salvamento. No contaban los días muertos, las penosas horas de creciente deterioro del milagro; solo los esplendores de su renovación: la dolida cara de Kurt repentinamente iluminada, cuando ella aparecía, transfigurándose frente a la suya, disolviendo los rictus, las tensiones, las opacidades de la mirada, todo casi una bella ilustración de un sol penetrando en un malsano sótano de vida larvaria y atormentada; de la apatía a la euforia, a esa felicidad temeraria, casi mortal, que justamente conformaba la compleja recompensa erótica y moral, la felicidad con Eva. Pero en el ensayo imaginante de Hache el deterioro de la resurrección de Kurt se reanudaba casi de inmediato y venía su disimulado desgarramiento por la partida de ella, inminente, los ruegos no dichos, los temores no confiados, los reproches reprimidos incluso para su propia conciencia, el silencio. Ni Kurt podía aceptar su propio sufrimiento, ni Eva podía imaginarlo, pero el sufrimiento estaba ahí, porfiado. Y entre un encuentro y otro el espacio cedido por la generosidad de ambos: toda esa oscura galería de almas desconocidas que Eva iría resucitando e

iluminando, con una conciencia cada vez más acelerada y embriagada de astro providencial; experiencias de nunca acabar, tiernas y sórdidas, elevadas y depravadas, granos de arena salvados de la soledad y la represión aunque no fuera sino por un instante, muestras del infinito, abrumador resto; y esa desesperación de Eva de no poder multiplicarse, sin dejar de ser la misma y única, para corresponder a todos los desamparados, no a todos, en fin –el desamparo en sí no era un mérito–, a los que realmente merecían la sonrisa que ella sabía hacer nacer.

El halo de la voz de Eva sobre la piel de Hache, y sin embargo, tan lejana como los hechos, embebida de ternura por sí misma, sin dejo de nostalgia; delectada más bien por el fluir de esos hechos en la memoria, mezclándose a veces con el ruido de las olas, en la costa del norte, a veces con el ruido difuso de la ciudad más allá de la terraza; en cualquier momento iba a detenerse y entonces Hache, mirando a Eva dormir a su lado, seguiría un tiempo resistiendo el sueño, fumando un último cigarrillo, bebiendo de la botella del velador, dejando que las evocaciones siguieran un rato circunvalando alrededor de su mirada, deshaciéndose en otras espirales en su propia imaginación, hasta que él mismo por fin también se dormía. De todo eso, al día siguiente le quedaba una sensación subyacente de perplejidad, de desconfianza en la historia. Por ejemplo: ¿no fingía Kurt? ¿No había una cierta impostura, voluntaria o no, en su comprensión y aceptación de la conducta de Eva? ¿No cabía imaginarlo violentando sus propios sentimientos de egoísmo y celos, ahogando sus crisis de nostalgia y exigiéndose a sí mismo no solo aquella comprensión, sino además admiración por la libertad y los usos de la libertad de Eva? Además, ¿no cabía suponer al menos una pizca de cinismo en la conducta de Eva? ¿En su pretensión de dar por natural la comprensión de Kurt y, más todavía, su interés y estímulo por esas experiencias suyas que precisamente la sustraían a él, hechas de un amor restado al propio? Eran preguntas que Eva no se había planteado ni entonces ni ahora, retrospectivamente. Ni siquiera en los momentos en que todo había comenzado a fallar. Parecía ser que Eva podía pasar de un proyecto a otro, o incluso a un hastío de proyectos, sin decepciones. El descubrimiento de la precariedad de la salvación de Kurt no tenía un momento preciso. Pese a ser su amor más privilegiado y su náufrago preferido, nada marcaba el momento del distanciamiento. Era Hache el que se preguntaba, otra vez: ¿cómo, cuándo había descubierto las fallas de la acción bien hechora? ¿Observándole enmudecer cada vez que ella iba a partir, sintiéndole rígido en el último beso, sorprendiéndole alguna vez precisa de nuevo al borde de la derrota y la autodestrucción? No, no había descubrimiento ni decepción y, sin embargo, la conducta

correspondiente a ellos existía, puesto que otros personajes pasaban a ocupar el primer plano y la aventura de Eva se proseguía ya sin propósitos altruistas. Oyéndola, a veces, Hache tenía la sospecha de percibir un doble fraude: el de Kurt, al disimular su conflicto, y el de Eva, al negarse a imaginar que también podía causar daños. Pero era Eva quien narraba y el probable fraude de Kurt era asimilable al suyo. Podía, además, sospechar de un tercer fraude, implícito en la narración: el del intento de Eva de buscar en él un cierto eco o complicidad para su buena conciencia. Esas sospechas le conducían a figurarse con más facilidad lo que podía haber de omitido que lo que había de explícito en las evocaciones de Eva, y esta figuración de lo omitido, por otra parte, le permitía a él aproximarse a Kurt con una mayor intimidad. Pero, ¿qué significaba aproximarse a Kurt sino un intento de proyectar en otro sus propios sufrimientos por Eva, de hacerle cargar con ellos? ¿Cuál de los dos estaba siempre ahí –no importaba el espacio exacto–, horas, días, hasta la náusea de la impaciencia, esperando a que ella viniera? ¿No revivían igualmente los dos con su llegada? ¿Qué salvación duraba más que el tiempo justo de su presencia y qué era el resto sino un espacio en blanco, en el mejor de los casos?

De algún modo, las evocaciones de Eva en aquellas noches llevaban a Hache a vivir retrospectivamente, a través de Kurt, su propia y reciente historia con ella. Adquiriendo su memoria esa extensión, resultaba más fácil pensar que para la personalidad de la Eva de entonces el hecho de advertir en Kurt un sufrimiento causado por ella habría sido intolerable. Todos los presupuestos y satisfacciones de su misión se habrían venido abajo; los diversos equilibrios que mantenía, sus dosificaciones vitales, el mundo particular que mantenía andando y con ello el mismo sentido bienhechor de su belleza. Tolerar una duda, además ¿no habría implicado correr el riesgo de tener que asumir alguna culpa? ¿Culpa de sus ausencias, de la parcialidad y fragmentaciones de su amor? Había que pensar en esa insoluble dualidad de su conducta: la necesidad de dar vida y la necesidad de conservar al mismo tiempo toda su libertad; es decir, la necesidad del desprendimiento frente al sujeto revivido, sin lo cual no quedaba posibilidad alguna de salvaciones ulteriores.

Tenía la impresión de que aun entre sueños flotaban las dudas, las preguntas. ¿Era Eva consciente de que omitía algo y, en este caso, cuál era el sentido de las omisiones? Para Hache estaba claro que no era cuestión de que Eva quisiera ocultarle precisamente a él algunos aspectos de la historia que tan insistentemente narraba. ¿Y si el verdadero interlocutor, dicho mejor, el verdadero oyente en el pensamiento de Eva no fuera él, sino el mismo Kurt? ¿O si Eva estuviera pasando por una etapa en que necesitaba contarse aquella

historia a sí misma, es decir, en que requería ver con un sentido su conducta de entonces, con todas sus prolongaciones actuales? ¿Y si quería poner su pasado en orden, agregar intenciones éticas a lo que pudo haber sido pura vehemencia juvenil, en suma, sintetizar, racionalizar su experiencia, para disponer de una imagen de sí misma fácilmente manejable? De hecho, la atracción de Kurt sobre ella era uno de los asuntos omitidos; quedaba como un atributo de características más intelectuales que eróticas. La misma belleza de Kurt quedaba referida a impresiones ajenas, de otras mujeres, de maricas que le asediaban sin éxito; en última instancia, la atracción de Kurt se reducía a su susceptibilidad de transfigurarse y revivir bajo los efectos de la presencia de ella; su atracción era nada más que un reflejo particular de la belleza de ella. Entre sueños le parecía sufrir las angustias de una revelación: esas omisiones no eran referibles a Kurt, sino a él mismo: tenían por objeto distraerle de vislumbrar las coincidencias, la similitud de las situaciones. ¿No acababa él también de volver a la vida gracias a ella? ¿No había sido la repetición tardía, pero no menos fulgurante del mismo encanto lo que había determinado a Eva a venirse desde Estocolmo a su casa para obrar el milagro continuo?

De una noche a otra tenía que saltar lagunas, intencionadas o no; cabía la rara posibilidad de que él se hubiera dormido antes que ella y que una parte de la evocación se hubiera perdido en el vacío, pero también podía imaginar que ya dormida, Eva pudiera haber continuado hablando en sueños y que después tuviera la impresión de que él la oía. Sin más transiciones, Kurt se iba transformando en una pura referencia sentimental, en una imagen querida; en la vida cotidiana Eva amaba a otros hombres o se dejaba amar y a veces vivía concretamente con alguno, experiencia impensable en relación a Kurt. Quizás la necesidad de que los sentimientos hacia él fueran invariables, de conservar una constante presencia suya. No importaba saber si Kurt había intentado que las cosas fueran de otro modo, si los sentimientos de él tenían o no un proyecto propio. Después de todo, era la memoria de Eva, no la de Kurt. Éste tenía que quedarse en otro lugar, necesariamente como una excepción, en la distancia de lo excepcional, como la eterna posibilidad no consumada. Hache tenía que figurarse que la pasión resurrectora se habría disipado, que París habría quedado para ambos atrás; tenía que dejar que de pronto los dos reaparecieran, ahora completamente solos, en una isla yugoslava; poner el sol en el azul, el mar alrededor de las dunas, sus dos cuerpos en la playa, llenar el aire de mariposas amarillas. No venía al caso saber cómo habían decidido ese encuentro, cuánto tiempo después; quizás el mismo Hache no había prestado atención. Entonces, nadie más que ellos dos, no más ausencias, no más esperas para Kurt; ningún

desesperado, ni una sola alma en tinieblas que puedan conmover y tentar a Eva; los codos hundidos en la arena, los pies chapoteando en el agua, las cabezas envueltas por nubes aleteantes de mariposas amarillas. A través de esas nubes Eva sonríe, con los ojos semicerrados, y Hache miraba su cuerpo tendido de espaldas, chocolate y vellos dorados, las capas diversas, cosmopolitas, de rayos solares en la piel, ya en disposición de sueño; y aun en esas condiciones Kurt mantiene una conducta inflexible sobre sus sentimientos: jamás dirá lo que siente por Eva, no mencionará ni pasados sufrimientos ni confiará proyectos o esperanzas. Hache tiene que desechar sus propias pautas de conducta, ponerse en el lugar de Kurt y figurarse que para éste hablar de sí mismo y de los propios sentimientos equivaldría a una especie de bravuconada, a una clase de audacia vulgar y donjuanesca. No es que Eva le reproche esa conducta y ni siquiera que la advierta; simplemente no la menciona y Hache tiene que hacer sus deducciones. Eva tampoco hace preguntas: está viviendo gozosamente ese momento y no tiene nostalgia ni de lo pasado ni de lo anticipable. Y, sin embargo, había ese silencio, ese espacio inasible entre la mirada y el pensamiento en el rostro de Kurt, esa acumulación de todo lo no dicho conformando una especie de cristalización dura y a la vez inasible en el rostro. Si en algún instante podía tener la certidumbre, Eva callaba. Intuía o sabía que romper ese silencio, hacer cualquier cosa por abrir ese espacio habría amenazado su libertad, o la libertad de ambos, o quizás peor: habría conducido a la trivialización de ambos y particularmente de Kurt. Entonces Hache tenía que representárselos solos y más bien prisioneros de esa soledad radiante, haciendo el amor tanto como fuera posible para no tener ocasión de mencionarlo, restableciendo la inocencia edénica a costa de omisiones. Así, como excepción geográfica, como espacio ajeno a la cotidianidad, luego de unos días de goce sensual el paraíso fastidiaba y hasta oprimía, y ambos ¿ambos? estaban de acuerdo en atribuir el malestar a las características externas, agua, sol, arena, mariposas, inmutables en cualquier orden. Pero la extrema racionalización de Eva, aun así, semidormida, parecía improvisada en el momento: hacerse una intimidad con un hombre en esa forma, en un paisaje exótico, alejados de la agresividad y las contradicciones de nuestra cultura era una cobardía, una aberración. Difícilmente Hache les veía llegar a esas conclusiones tendidos en la playa, rozados por el aletear de las mariposas, salpicados por la espuma, tomar esa decisión: decirse adiós a los pocos días, antes de tiempo, volver cada cual por su lado a sus distintos puntos de origen. La omisión, esta vez ¿disimulaba un conflicto realmente ocurrido o un puro malestar subjetivo nunca reconocido ni expresado recíprocamente?

¿Por qué insistían en reencontrarse, a lo largo de años y años, en los

cuales cada cual había ido haciendo su vida independiente? Parecía que con el paso de esos años, en una zona que no se revelaba sino de tarde en tarde y al margen de sus ocupaciones, reaparecía la misma sensación de algo aun y a pesar de todo no vivido entre ellos, de alguna posibilidad imprecisa y fascinante que se les habría escapado. Hache tenía que poner en fuga un lugar, montar otro sobre los evanescentes restos; debía ser otra noche y otras palabras somnolientas: Kurt estudiaba en Tübingen y Eva iba una vez a visitarle desde Estocolmo. Y, sin embargo, la noción de Kurt en Tübingen era casi tangencial, casi como si le hubiera encontrado al azar; ni siquiera se reducía a una noche, eran momentos entre otras cosas y entre esos momentos apenas uno en que habían hecho el amor. Era como si al encontrarse, todos aquellos deseos proyectados para el encuentro hubieran quedado bloqueados en la imaginación, inhibidos por la presencia; como si la presencia misma los ausentara. Al día siguiente de su llegada, Eva tenía más amigos que el propio Kurt, conocía mejor que él los lugares adonde había que ir, y evidentemente él aborrecía eso de salir en grupos. Siempre había sido así, excepto en la isla de las mariposas y eso no había marchado: hallaba montones de amigos en cada lugar, aunque la víspera no hubiera conocido a nadie, y por lo tanto no era cosa de hacer el monstruo individualista visitando únicamente a Kurt. En la voz, Hache percibía esa sensación de arbitrariedad irremediable: apenas cerca de ella, Kurt era prescindible, quizás agresivamente remplazable; pero las palabras daban cuenta de la obligada racionalización: o se estaba por o se estaba contra la idea de compartimentación sentimental burguesa. Kurt nunca tenía objeciones, no intentaba imponer ni proponer otra conducta, no pedía nada, nunca siquiera sugería un reproche. Entonces ¿qué? ¿No había nunca un desenlace? ¿No había nunca una explicación de los deseos, una confrontación de los conflictos? ¿Había sufrido Kurt todos esos años en silencio y era el silencio ya irremediable? ¿Qué adivinaba Eva o que rehuía adivinar? En el borde del sueño, como única explicación, podía aparecer esa repugnancia por la mala conciencia: ya el viejo mundo se había podrido suficientemente con ella y qué, cuánto, cuánto había costado ganarse una libertad. Si Kurt hubiera sufrido por ella, tal cosa no hubiera tenido cabida en su conciencia; no solo no habría movido un dedo por evitarlo, habría perdido el respeto por Kurt. Sufrir por la libertad del otro, qué bajeza; y el otro limitar su libertad para aplacar tal sufrimiento, qué porquería.

Pero nunca había un fin explícito y ni siquiera una sospecha de fracaso, y Hache tenía que superar más lugares, sumar más años, trasoñar otros andenes o aeropuertos donde esperaban Eva o Kurt, como si nada, obsedidos por el mito de su encuentro, guiado por la voz que iba nombrando los encuentros de noche en noche, como si su

acumulación fuera a revelarles al último qué era lo que ya quizás definitivamente se les había escapado, qué se había hecho humo en la medida en que se aproximaban el uno al otro: un Berlín donde Kurt seguía estudiando y hacía discursos subversivos que nadie se paraba a oír a la salida de las fábricas; un Estocolmo donde Eva ya estaba viviendo con otro tipo, el constructor de aviones que se parecía a Hache. Y una y otra vez, pasadas las horas de hacer el amor, volvían a encontrarse con el límite original: ¿qué había más allá? ¿Qué posibilidades había de que al otro lado pudieran encontrarse?, ¿o desvincularse definitivamente? Eran conjeturas que imaginaba Hache, puesto que Eva no se las hacía; ella atribuía exclusivamente a Kurt el sentimiento de haber estado esperando siempre otra cosa de ella, al fin una revelación, un don innombrable, algo que no existía y que ella habría tenido que inventar. En Estocolmo, por último, el encuentro había sido a tres, y entonces toda posibilidad de percepción y por lo tanto de referencia a lo que pudiera haber habido más allá de compartir el amor los tres juntos, se había escapado en la misma medida en que el compañerismo excluía referirse a sí mismo; roto el mito de la intimidad y de la exclusividad sexual, quedaba sobrentendido que no podía haber otra intimidad más allá, que todos los tabúes y muros habían sido definitivamente derribados; en tales condiciones, la subjetividad, el secreto, habrían sido considerados como una especie de mojigatería obscena. Entonces, ¿no tenían nada más que esperar el uno del otro? ¿No quedaba ningún terreno donde pudieran alimentarse los deseos de un nuevo encuentro?

A partir de ahí, Hache podía mirar el resto de la historia en la dirección inversa, desde ese presente precario que eran Eva y él a punto de dormirse en ese cuarto con las puertas de la terraza abiertas, inclinándose sobre la cara de Eva ya dormida y los últimos o los reiterados elementos de la evocación recién interrumpidos, o más bien recién disminuidos hasta un susurro que poco a poco no era otra cosa que su respiración. Diciéndose esa pequeña verdad casi mecánica, que Eva estaba ahí con él como consecuencia de su último encuentro con Kurt, parecía quedar todo en claro, todo parecía quedar resuelto en la historia y todas las falacias de los encuentros anteriores parecían quedar al descubierto; pero Hache sospechaba que no era así de simple; porque ahora, mirando el conjunto, empezaba a entender que las omisiones no resultaban necesariamente del relato de Eva, sino de los actos mismos de uno y otro. Eva nunca diría que había venido exclusivamente a visitar a Kurt a Santiago, que ella o él o ambos habían preparado este último encuentro: había un subterfugio que lo permitía, y una vez aceptada la racionalidad de este subterfugio lo único que contaba para ambos era el encuentro en sí. A Hache solo le quedaba imaginar ese instante no previsto, esa resolución repentina de

Eva de comprar un billete del charter organizado por un grupo de entusiastas para venir a conocer el país de la segunda vía al socialismo; el resto estaba ahí, demasiado a mano. Era cosa de tener ese billete en la mano para que solo entonces, salvada la legitimidad formal del viaje, reapareciera toda la vehemencia del deseo de volver a estar con Kurt. Y en ese instante Hache tenía que figurarse lo que inmediatamente se había figurado Eva: esa iluminación en el rostro, ese salto de alegría de Kurt cuando le comunicara la noticia, y del otro lado al propio Kurt, sintiendo de pronto esa porfiada nostalgia de su propia resurrección reavivada. Hache ya no insistía en preguntarse por qué la decisión de encontrarse no había podido ser anterior a la oportunidad más bien caprichosa de ese vuelo, por qué el deseo quedaba recién revelado con el pretexto de una visita a un clima revolucionario –charters con destinaciones de interés político había tantos, incluso más baratos, y Eva jamás había pensado en coger uno–; no insistía en poner en evidencia los torcidos mecanismos de legitimación del encuentro, sencillamente porque él mismo estaba ya dentro del juego y tenía que aceptar sus reglas, que consistían en la omisión de la finalidad principal, o en la inclusión de esta finalidad en otra de interés más general y coherente. ¿Qué iba a hacer? Si es que Eva, después de estas vacaciones, iba a regresar definitivamente desde Estocolmo, no sería con el propósito exclusivo de vivir con él, con Hache, sino con la idea irreprochable de participar en una situación política dentro de la cual él vivía.

Durante el largo vuelo, Eva había pensado en el pasado, en el secreto obstáculo de sus desencuentros con Kurt; así, con el tiempo, podía sospecharse, podía ser incluso verosímil que ella le hubiera negado algo; pero no era cosa, de pronto, de volver atrás y recoger aquello como un preciso y precioso tesoro acumulado, ni tampoco de aceptar, al fin, algún inefable misterio de la condición femenina; no podía tratarse, súbitamente, de sacar aquello de la manga y ofrecérselo a su llegada a Kurt como una tardía recompensa. Más bien había que considerar otras explicaciones; podía ser que sin advertirlo ella misma, algún resabio de femineidad burguesa y por lo tanto romántica se hubiera quedado adherido por ahí en su personalidad, y que actuando por su cuenta le hubiera hecho creer o dejado creer a Kurt que le negaba algo, ¿para mantener su interés por ella?, ¿para conservar latente y presente el deseo, como en las sórdidas contramanifestaciones emocionales de la mujer sometida? Pero si tal cosa había sucedido, tenía que ser aclarada. Quizás la felicidad de venir, después de todo, era la felicidad de venir a aclarar un viejo malentendido, y ahora con la responsabilidad de un adulto. ¿No estaba lejos el tiempo, a fin de cuentas, en que cada uno de ellos podía haber temido por su libertad?

Eva dormía ya otra vez, y Hache podía percibir en ella esa perfecta inocencia del propio misterio; ese total desdén por su misterio; un poco más atrás, o muy atrás en el tiempo –daba lo mismo– ella estaba ahí como siempre, en cada uno de los encuentros, deslumbrándole, transfiriéndole inmediatamente el conocimiento carnal de la otra vida a la que iba a nacer; una vida que antes había sido puro deslumbramiento ocasional surgido de las profundidades de su memoria, pero cuya posibilidad de vivir él olvidaba en la vida cotidiana; estaba ahí en París, en la isla yugoslava, en la fiesta que Kurt le había organizado a Eva para que conociera a la *intelligentsia* local y a la cual Hache había sido invitado por el propio Kurt, probablemente como un elemento interesante del folklore intelectual, pero la diferencia era que esta vez él no tenía miedos ni recelos de la condición vulnerable de la resurrección. En la fiesta, hablando y bailando con Eva había perdido la noción de la presencia de Kurt y solo tiempo después se había dado cuenta de que habían entrado decenas de personas que hablaban y bailaban alrededor de ellos; estaba ya embebido y en la inocencia más total del funcionamiento del mecanismo ante sus propias narices: los movimientos de atracción y rechazo, de entrega y sustracción de Eva con respecto a Kurt; y no tenía la más remota idea de que en ese preciso momento era él quien estaba actuando o era conducido a actuar como el factor interceptor, como la pieza necesaria para invertir la marcha.

¿Había sido siempre así? ¿Había surgido siempre un factor semejante para trastrocar sus encuentros? Pero las verdaderas preguntas eran: ¿surgían por una necesidad exclusiva de Eva, o también por una necesidad desesperada de Kurt?, ¿o por una especie de renegante complicidad entre ambos? ¿Habían organizado la fiesta con ese propósito y Kurt le había invitado tendiéndole y haciéndose a la vez una trampa? Pero el hecho de conocer ahora el mecanismo no aclaraba nada; éste solo revelaba su invariable funcionamiento, no su finalidad; no servía de gran cosa mirarlo desde adentro, ni siquiera formar parte de él –aunque entonces lo ignoraba–, mientras iba sintiendo el cosquilleo enloquecedor de volver nuevamente a la vida, el viento cálido que soplaba desde Eva, hinchándolo y empujándolo a reemprender, como si nada, desencantadas aventuras; de hecho, Eva estaba contándole que el día anterior apenas había tenido tiempo de dejar sus maletas en el departamento de Kurt –siempre había sido así, algo se interponía, otra opción en el momento justo en que iban a tener todo el tiempo y los pensamientos para sí–; el tiempo justo de abrazarse y ya había tenido que correr al Estadio Nacional para ver a Fidel Castro, y allí se encontraría por azar con uno de los compañeros del avión que la invitaría a cenar a un lugar típico y sin proponérselo terminaría durmiendo con él, y hoy conocer la ciudad e

inmediatamente esta fiesta, y entonces Hache le propondría encontrarse al día siguiente, pero ello no sería posible hasta más adelante, para el día siguiente estaba invitada a viajar al sur por gente que había conocido ya no sabía exactamente en qué momento; mientras Kurt sonreía sin sombra de cinismo, desvalido e impenetrable al mismo tiempo, como si sufriera y a la vez manejara los hilos de las circunstancias que lo hacían sufrir. Agotado, al fin, Hache también se quedaba dormido.

VII

1. El hombre que camina por la ciudad soy yo

En el último instante. Hache hace un esfuerzo intelectual. Tiene que decirse: este hombre que camina por la ciudad soy yo; éstas son mis piernas, ésta es mi conciencia. Es como si tuviera que tirar con todas sus fuerzas para desprenderse de una lenta avalancha de fango que lo va englutiendo y disolviendo al mismo tiempo. Hache tiene que luchar contra el sopor que se derrama desde lo alto de los techos hacia las encajonadas calles, contra la indiferencia sensorial que van transmitiéndole el roce y el ritmo de los otros cuerpos, el fluido sonlumínico de las marquesinas. Basta una distracción y ya empieza a caminar como un puro engranaje de los otros cuerpos, a reproducir sus movimientos, a reaccionar masivamente hacia los calculados estímulos de la calle; basta un segundo de descuido para que lo gane el olvido, la tibieza del untuoso río, sus prisas, sus pausas, sus apetitos; para que el pensamiento se le fragmente en pequeñas ensoñaciones coloreadas, en grandes letras y figuras sin sentido, en un mosaico de espejos en que cada segmento corresponde a los rostros sin pensamiento de los demás. De pronto, la identidad de Hache se vuelve tan ambigua como en los sueños: no es exactamente la propia, tampoco es inequívocamente la de los otros; está como al lado suyo, como algo cerca de lo cual él pasa cien veces sin tocar, y cuando al fin y por azar la recupera, siente una impresión de frío, un choque de frío y extrañeza. De golpe, se da cuenta de los ruidos que posiblemente estuvo percibiendo, de las luces multicolores que bombardean su rostro, de esas piernas, que lo sostienen exclusivamente a él; su mirada está absorta en algún objeto resplandeciente e incomprensible, su mano está a punto de llevar un bocado repugnantemente nacarado a su boca; en su conciencia no hay más que olores, colores, musiquillas. No basta decirse que ése es él; para restablecer su identidad y su voluntad personal de caminante tiene que recurrir a la violencia, a la provocación; no solo tirar con todas sus fuerzas, como está haciendo, para desgarrarse de las otras ropas, para despegar sus orejas, sus párpados, su boca, del resto, sino también, en seguida, cuando está separado, interponer entre él y los demás un espacio

infranqueable, un foso, un fuego. Tiene que nombrar el vacío que lo pone a salvo.

2. Reflejo gratificante de las mercancías

Entonces, dice Hache, para esto os habéis rebelado. Para esto habéis invocado la guerra. Para este sueño habéis conspirado. Masticadores de cacahuetes, chupadores de helados grasientos, roedores de caramelos tornasolados, visionarios de vitrinas. Lamedores de algodones rosas, viciosos de salchichas y maíces inflados, sorbedores de aguas teñidas y burbujeantes, zampadores de pizzas y frituras rancias, embocadores de hamburguesas, succionadores de chiclets, artófagos, fumadores de paja en envoltorios dorados, auditores de canciones bárbaras y espasmodizantes, videntes de imágenes eternamente rectangulares. Ahí tenéis ahora de qué hartaros: vuestras cuentas de embutidos y caramelos, vuestras filas de botellas curvadas, abombadas, acinturadas, analgadas, pubescentes, llenan el horizonte, aun mejor coloreadas que en los sueños; vuestros carros se ponen otra vez a freír cacahuetes para el resto del tiempo; vuestras vitrinas vuelven otra vez a llenarse de esos objetos casi tangibles, casi poseíbles, cuya ausencia provocó vuestra ira: ahí están las pantallas refulgentes, las cajas niqueladas que cantan y piensan por vosotros. La justicia entra por los sentidos.

Para realizar esta justicia se encendió el fuego de vuestra rebelión; invocasteis la guerra y ahora vuestros enemigos han sido expulsados de la ciudad. Posiblemente no sabéis y nunca querráis saber algo de la suerte de ellos. Vosotros habéis cumplido con expresar vuestra nostalgia y furia en el coro que insufló la determinación de los héroes. ¿Deciros que fueron quemados en grandes pirámides, que fueron enterrados con bulldozers en lo profundo de las minas, vaciados al mar desde el aire, acribillados al borde de los ríos, donde ahora van derivando tontamente? La moralidad de nuestras percepciones no está para bromas, diréis; nuestra memoria no puede ser usada como cualquier cloaca. Y no es que ellos fueran totalmente diferentes; no es que vuestra ciudad, de la noche a la mañana, hubiera sido invadida por extraños; uno diría más bien que vuestro odio nació de descubrir una peligrosa similitud, una amenaza a vuestra identidad; de ver que otros se habían ido apoderando, entre otras cosas, de vuestros propios gustos, de vuestros propios sueños; que otros os disputaban los bienes y quimeras de la ciudad que, al fin y al cabo, es vuestra construcción. Teníais que restablecer el orden, la jerarquía, la legitimidad. ¿Llora alguien la muerte de los usurpadores? ¿Nota alguien su ausencia? Incluso si alguien llora, la vida tiene que seguir, los dientes tienen que seguir mascando, las salivas fluyendo, las lenguas jugando con las

multicolores materias trituradas, los ojos mirando los propios reflejos en las mercancías que se reflejan a sí mismas.

Pero vuestros héroes no podrán exterminar a todos los que os disputaban las mercancías y los sueños: ¿Cómo, en última instancia, diferenciarlos de vosotros mismos? Es imposible que el festín de hoy, entonces, se desarrolle dentro de esa intimidad que anhelábais. Alguien, más de alguien ha venido a espiaros. Hay que seguiros en esta pequeña aventura: ver cómo reaparecéis, pasado ya el miedo del olor a la pólvora; cómo llegáis, poco a poco, algo tímidos al comienzo, a la ciudad reconquistada por vuestros armados salvadores; cómo venís a cobrar vuestro botín de golosinas e imágenes tras los escaparates; cómo caéis en éxtasis ante las marquesinas otra vez iluminadas y susurrantes y las pantallas de nuevo eufóricas y destellantes.

Pero, en seguida, uno quisiera saber algo más de vosotros; uno busca codiciosamente en vuestros rostros alguna pista que permitiera remontarse hasta vuestra misma conciencia. Uno intenta fijar vuestros ojos, leer los movimientos de los labios, pero uno no ve sino las luces externas titilando en vuestras pupilas, las bocas que mascan, las lenguas que desgastan alguna goma, los labios que escupen los residuos, los reflejos de intermitentes luces azuladas que resbalan por vuestras pieles a través de los vidrios y espejos, las carrocerías bruñidas, los acrílicos, que reflejan a su vez las mercancías rutilantes. Para saber habría que ser como ellas, bruñido y omnisciente, ser capaz de duplicarse e implantarse en vuestra propia imaginación: desde ese nido espejeante uno vería cómo gobiernan vuestros movimientos, con esa voluntad avasallante de la imagen de coincidir con o sustituirse al objeto real que refleja; uno vería sus recursos para lograr incluso desplazar al objeto reflejado en vuestro apetito, sus representaciones de poder, de placer; uno vería los sueños que tejen, la voluntad matinal que conformaron durante la noche, las solicitaciones que impusieron en cada uno de vuestros sentidos a lo largo de la vida.

Una mirada no es capaz de penetraros; uno tiene que aventurarse a hacer conjeturas. Uno dice: desde los huecos ciegos y polvorientos donde vivís, habéis venido a reconocer el fuego, la restauración del sagrado fuego que arde fríamente dentro de los paneles y pantallas; habéis venido a bañar vuestros cuerpos con estas luces fluidas y misteriosas, que son la emanación del poder. Quizás solo sabéis percibir y difundir el poder a través de este fuego, que se refleja en las puertas giratorias de los hoteles, en los cromados de los vehículos, en los ventanales de las oficinas sobre vuestras cabezas, en el murmullo eléctrico de las comunicaciones, en las galerías y vitrinas otra vez llenas de artefactos radiantes, después de un largo tiempo de oscuridad, vacío, caos. Quizás este fuego es la manifestación del

orden, la ostentación concreta del poder. Para que este fuego volviera a arder y a reflejarse, entonces os habéis rebelado; para esto habéis invocado la guerra.

Uno se detiene, hombro a hombro junto a vosotros, frente a los semáforos rojos, y entonces es como si la guerra que habéis invocado nunca hubiera tenido lugar, como si las armas no hubieran herido, como si la venganza no siguiera cumpliéndose; uno ve al frente, en el borde de la otra acera, exactamente duplicada, la masa de vuestros rostros, perfectamente desdramatizados, inocentes: es, más bien, como si lo que acabáis de aniquilar no fuera más que un mal abstracto e incuestionable; uno percibe en vosotros algo de esa bonhomía, de ese distendido alivio que sigue a las grandes purgas y exterminaciones rituales: ya el mal está lejos, desangrándose, y vosotros estáis recíprocamente lejos de él. Por unos instantes, tan cerca de vuestros rostros, uno desconfía de la propia percepción; empujado por vosotros, uno avanza hacia la luz verde, uno va aproximándose más y más a vuestras miradas que vienen de la otra acera hasta fundirse con esta otra parte de las mismas miradas que van; y en el punto más íntimo de la confluencia uno trata de penetrar el misterio, de captar algo, aunque no fuera sino un breve brillo de la reciente crueldad en las pupilas y, quizás, de remordimiento. Nada, estáis en paz. La legitimidad del vencedor todo lo inmacula. Uno se dice: quiénes realmente sois.

Hay que desprenderse de la información, hay que rehuir las grandes descripciones sociológicas hechas a vuestras espaldas. Habría que conoceros uno por uno para saber realmente, habría que seguiros como una sombra, habría que llegar a ser como vosotros. Seguiros así, de vitrina en vitrina, eternamente, dejándose anestesiar por los paisajes de mercancías, por las músicas envasadas, por este orden mágico y virginal de los productos en exhibición, entregándose sin recelos al despertar de las más secretas emociones. Dejar que la saliva fluya, que el corazón marque el ritmo exacto, que la imaginación componga su escenario, que el sexo llame en una determinada opción. Todo está demasiado ramificado e imbricado y tal vez uno nunca encuentre una zona limítrofe clara entre vosotros y aquellos que habéis hecho expulsar de la ciudad, entre vuestra rebelión y, ahora, vuestro sometimiento. ¿Acaso teníais más que perder, más que ellos, más sueños, más reflejos de placer y de poder, más memoria? Las mercancías habían desaparecido, así, autónomamente, en represalia por el ultraje a sus leyes sagradas. Ya no teníais cómo conocer el mundo, cómo ordenar la realidad, cómo valorar la vida. Os habéis rebelado, habéis inculcado el odio en el corazón de los guerreros.

Hoy, exterminados los culpables, ellas reaparecen, más bellas que nunca, aureoladas por el misterio de su larga ausencia. Fluyen de sus

secretas cuevas, de sus recónditos cielos, como regalos de una pascua extra, ganada a sangre y fuego. Uno ve en los cristales los reflejos de vuestras miradas tiernas, ávidas, enamoradas, paseándose por ellas, por sus bordes platinados, reflejos de reflejos iridiscentes; vuestras miradas inmergiéndose en esa atmósfera pomposamente onírica donde ellas, bañadas por los reflectores, enigmáticas, están a la mano y al mismo tiempo lejos. No importa; la posesión es un acto puramente potencial, superfluo en relación a las emociones que ellas, las mercancías, suscitan; lo que cuenta es la realidad de lo factible. Los escaparates no las alejan, no las separan; al contrario, las aproximan, con la mayor verosimilitud, a su imagen; confirman el orden restablecido, el sentido existencial recuperado, son el espectáculo cotidiano del mundo liberado del mal; y las mercancías deben estar donde están y donde siempre estuvieron para redimiros sin equívocos de los sacrificios de hoy y posiblemente de mañana, porque la vida sigue; son lo que valúa en el tiempo vuestros actos, lo que premia la justeza de vuestro comportamiento, lo que comprueba la legitimidad de la guerra. Las mercancías han reaparecido para igualaros a todos mediante su deseo, para hermanaros, para señalaros el camino y los precios de vuestra perfección. Para tenerlas allí, al alcance indubitable de vuestras miradas, os habéis rebelado; para eso habéis invocado la guerra.

3. La vida en fragmentos

De vuelta de ese paseo matinal. Hache debe explicar que su vida es así: una fabricación incesante de bloques y compartimentos estancos que se van apilando según su propia suerte. Él no está de humor para guardar las apariencias de orden y jerarquía, armonía y cohesión entre los distintos componentes, en nombre de alguna vocación estética o racionalista que alguna vez creyó sentir. Cada bloque se conformaba o iba conformándose como un hecho casi completamente nuevo o independiente del resto; la relación entre ellos era más bien vaga, o nula, en general la justa para mantenerles en equilibrio. Cada experiencia de su vida solía terminar cerrada en sí misma, y la próxima, aunque estuviera constituida de los mismos elementos, parecía comenzar de cero. Las diversas personas que intervenían en ellas, aun las más significativas, o se desconocían entre sí, o en cada diferente bloque que las comprendía resultaban ser distintas a sí mismas. Por lo común no eran capaces de relacionarse verosímilmente al margen de él, por su propia cuenta; por lo demás, él no sabía continuar alguna relación con ellas más allá de ese hecho parcial, que era la producción de un bloque significativo. Por lo tanto, todo era siempre nuevo, inaugural, y nada transcurría; nada conectaba, aunque

por azar pudiera dar esa apariencia. En cada momento, frente a cualquiera de los bloques, se estaba siempre en el comienzo; cada momento venía a ser un acto solitario que únicamente incrementaba el volumen, no la suma, de otros actos solitarios. Nada de encadenamientos, nada de correspondencias. Debe explicar que tiene una relación radial con su propia vida; una comunicación privilegiada y directa con cada bloque por separado; pero que los bloques, entre sí, son más bien indiferentes.

4. La partida de Eva

Para ir al aeropuerto, Kurt había quedado en pasar a buscarles en un taxi, puesto que el coche de Hache, de vuelta del viaje por el norte, una semana atrás, había quedado averiado y abandonado en la maldita plaza de La Ligua. Hache sentía frío y una definitiva desolación. Eva se eternizaba en el baño; sus maletas estaban listas junto a la puerta. Hacía un sol espléndido en la terraza, que ya no iba a servir para nada. Apenas había dormido, en todo caso sin librarse de esa implacable conciencia de que transcurría la última noche junto a ella. Ahora ya no quedaban más noches y los minutos no contaban; quedaba la cama revuelta, el desorden de platos y vasos sucios sobre la mesa y el mesón de la cocina, los restos de la fiesta que él trataría de preservar como reliquias. Pero su mal no venía solamente de la última noche; toda la última semana había estado viviendo el tiempo como una reducción del tiempo hasta este plazo, como algo que no hacía sino correr hasta esta hora cero, de modo que todo placer le había parecido desgarrador e ilusorio. Pero aun no quería saber qué iba a ser de él más adelante, qué nueva cuenta en el tiempo iba a iniciar una vez que Eva partiera. Posiblemente ninguna, puesto que no habría tiempo, puesto que la vida que había recobrado era una vida insuflada por Eva, una consecuencia de su aparición. Este sopor, este frío, eran los síntomas de su regreso al letargo de antes. El fin, después de todo, se había producido la última noche, en ese justo instante en que Eva se había quedado dormida como en cualquiera otra noche, y este viaje al aeropuerto, la despedida efectiva, con sus palabras y sus abrazos, no parecían sino formalidades, cumplimientos prácticos de una realidad que se había clausurado en ese instante. Ahora no quedaba sino aplicar en la estricta realidad la angustia creciente de los últimos días, los sentimientos sombríos de la última y posiblemente más mediocre noche de amor, mientras miraba dormir a Eva, sus maletas ya preparadas. Su piel se encogía, iba perdiendo gradualmente la temperatura. Mejor, mucho mejor que Eva se demorara en el baño. Ya no tenían nada más que decirse, nada más que hacer; toda expresión estaba condenada a ser pura repetición de

cosas mucho mejor dichas y hechas en otros momentos. Ahora era mejor tener la menor conciencia posible de esta ejecución del fin: que todo pasara rápido, precisamente como las ejecuciones. Quedarse al fin solo, sin más inhibiciones, frente a su desolación. Por ahora, y hasta el último minuto, estaba obligado a mantenerse en calma; tenía que fingir confianza en la posible vuelta de Eva, y además tenía que demostrar esa calma y confianza en presencia de Kurt. Porque él no podía hacer ahora las escenas que Kurt nunca hizo, no podía hacer una despedida de inferior calidad. Que su cuerpo se fuera endureciendo, que sus ojos volvieran a la opacidad. Lo mejor era estrangular toda esperanza. Eva no había dicho su última palabra sobre el eventual regreso. ¿Por qué iba a decirla ahora, en el momento de partir? No estaba en su carácter. No prometería algo de lo que no estaba segura. ¿Cómo iba a tomar una decisión sobre un futuro en el que había tantos imprevistos? Quería volver, había dicho, haría todo lo posible, pero no podía prometerlo. Tenía que pesar sus propios sentimientos desde otro punto de vista, apreciar la validez de lo sucedido aquí desde su propio centro de actividad. Desde esa absurda distancia en que iba a estar en unas veinte horas. Hache no podía imaginarse manifestándose sentimentalmente tan lejos. Asunto de magia. ¿Cómo iba a confiar? ¿No iba a desvanecerse todo a tal distancia, no iban a rebelarse los sentidos? ¿No iba a quedar todo reducido al recuerdo, cada vez más difuso, de unas apasionadas e intensas vacaciones? ¿No iba a reimponerse de inmediato ese curso tangible y absorbente de la vida normal, que Eva había interrumpido durante unas semanas? Había que considerar todo eso con un razonable pesimismo. En el momento de sonar el timbre, Hache estaba preparado para ese sobresalto, para ese derrumbe del que oye llegado el momento de la ejecución, y también para esa hipócrita valentía y compostura de los últimos pasos hacia la muerte.

Eva apareció al fin. Se había pintado con esmero. ¿Para hacerle añorar la vida?

–Estoy lista –dijo–, tenemos que correr.

–Eres tú la que lleva media hora en el baño –dijo Hache.

–¿No te parece estúpido tener que viajar con abrigo, con este sol?

–Con o sin abrigo, es igualmente estúpido.

Volvió a sonar el timbre. Hache se distanció un poco y miró por última vez su escenario con Eva dentro.

–¿No te da pena? –preguntó.

–No, ahora no. ¿Por qué quieres que condicione mis sentimientos a los tuyos? Voy a sentir pena en otro momento, ya vendrá.

–Normalmente, uno siente pena en el momento preciso de abandonar un lugar.

–Tú, y tus convenciones sentimentales. Yo siento pena libremente.

–¿Y ni siquiera la sientes porque yo la siento?

–Ésa es otra cosa. Pena por solidaridad, está bien. Bésame. Anda, Kurt nos espera.

Le había besado solidariamente, no valía la pena insistir y Hache no tuvo más remedio que coger las maletas. Mientras bajaba, adelantó una breve visión de sí mismo regresando a casa en unas horas más para enfrentarse concretamente con el vacío que ahí quedaba, pero no pudo sentir las consecuencias de su curiosidad, tuvo que ahogar de inmediato la punzada de dolor que ya venía, al encontrarse ahí abajo con la cara sonriente de Kurt, bromeando con las causas del retraso. Tenía que estar a la altura de su humor. Responder con otras bromas, reírse cuando había que reírse; se dio cuenta de que era Kurt quien iba a controlar la situación. Pese al frío que seguía ganando sus huesos, al sueño, que lo iba enfriando, también se dio cuenta de ese cambio de roles que ambos estaban efectuando descaradamente. Kurt tenía todo el derecho de divertirse con eso de asistir a una despedida de Eva como espectador: podía darse el placer de tratarlo a él de una manera protectora, de instalarlo así, junto a Eva, en los asientos traseros del taxi, arreglándose él mismo en el asiento delantero, junto al chofer, pero vuelto hacia ellos, hablando de cualquier cosa con un tono desaprensivo y jovial, para tener la libertad de contemplarse a sí mismo desempeñando ese viejo papel en el que ahora le sustituía Hache. ¿Lo haría Hache tan bien como él, con aquella tristeza tan inflexiblemente sobria? ¿Sin exagerar los gestos, sin traicionarse en la voz y mucho menos en las palabras? Hache no tenía fuerzas para hablar, su intervención no prometía ser brillante. En verdad, cada vez menos era capaz de abrir la boca sin delatar una voz desfallecida, que quería ser puros lamentos y musitaciones de amor en los últimos minutos de la presencia de Eva. Había cogido su mano y apretándola sobre su falda miraba pasar, con los ojos entrecerrados, más bien como en un ensueño, las calles que ya nunca iba a recorrer con ella. Al menos Kurt se había despedido de Eva casi siempre en ciudades extrañas, donde la ausencia de ella no modificaba del todo una sensación de ausencia natural; al menos algunas de ellas mitigaban la nostalgia con su belleza, absorbían la soledad individual en su milenaria historia. Él, en cambio, tenía que quedarse en una ciudad que solo la presencia de Eva había transfigurado; ahora tendría que regresar a su fealdad desencantada, a su tiempo siempre precariamente presente. Esa carrera del taxi por calles constantemente en demolición, pavimentos hundidos, árboles mutilados, edificios construidos con la precariedad adecuada a un futuro incierto, le parecía irreparable. ¿Qué podría mover a Eva a regresar allí? ¿Un tipo como él, que decía amarla? ¿Un proceso llamado revolucionario que rara vez se materializaba en la vida cotidiana? Apenas despegara el

avión todo eso tendría que parecerle prescindible, una experiencia amable, una fuga en el tiempo. Hache se hundía en el asiento, con todos los síntomas de una persona que es conducida, herida, a un hospital donde va a morir. Ni siquiera podía quejarse, ni siquiera podía decir sus últimas palabras de adiós. Vigilante, Kurt seguía vuelto hacia ellos, con la censura de su sonrisa, imponiéndole a este viaje dramático un tono de paseo dominical. La misma Eva seguía o fingía seguir con interés la conversación de Kurt, como si no estuviera sucediendo al lado de ella este hecho desgarrador. Entonces, ¿nunca iba a asumir este hecho de su partida? Toda la última semana había evitado encararse con sus trastornos, previos y ulteriores. Decía: ¿qué ganaremos sufriendo antes de tiempo? ¿Qué sentido tiene angustiarnos ahora? Echaremos a perder este momento, esta tarde, esta noche. Anticipar el sufrimiento, ¿no te parece una perversión romántica? Y él prefería no acompañarla ya a la piscina o a los lugares donde siempre estaba invitada, justamente para no sufrir pensando que ya no volvería a estar en esos lugares con ella; no quería agregar a su memoria nuevos elementos de nostalgia. Era mejor quedarse solo, empapar su conciencia con el paso de las horas que iban aproximando su partida, esperarla para la noche, cuando la angustia podía aplacarse bebiendo y haciendo el amor. ¿No había llegado, pues, este momento de sufrir? ¿De vivir este hecho de la separación con la intensidad emocional que correspondía a su gravedad? ¿Qué esperaba Eva? ¿Hasta cuándo simulaba interesarse en la charla de Kurt? Era una charla intencionadamente superficial, cuyo único propósito consistía en mantener una entera libertad de observación sobre los efectos de su despedida de Eva representada por otro. ¿O podía ser que Eva estuviera también inhibida por la presencia de Kurt? ¿Que el hecho de sentirse observada por Kurt le impidiera conducirse con Hache de una manera distinta a como se había conducido antes con él, en otras despedidas? ¿Podía permitirse, en su presencia, despedirse de otro de una manera diferente? Hache sintió una ligera inclinación a comprenderla. Eva tenía, después de todo, un sentido innato de la justicia. Bien podía estar diciéndose que la ostentación de esa diferencia, el separarse de otro con una emoción demasiado manifiesta, podía apenar a Kurt, empobrecer las otras despedidas. Hache buscó sus ojos, buscando participar de esa emoción contenida y disimulada ante Kurt. ¿Por qué no proseguir ese piadoso y desesperado juego entre ambos? Por miedo de traicionarse, Eva ni siquiera se atrevía a mirarle. Él aumentó la presión en su mano. Eva al fin desvió sus ojos. Un instante. Le echó un beso en el aire. Hundió las uñas en sus palmas. Pobre Eva, se dijo Hache, sufre tanto como yo pero se sobrepone; a pesar de ello es capaz de interesarse en la conversación de Kurt, solo para convencerle de que no ha cambiado,

para que no desmerezcan otros momentos semejantes vividos con él. Ella debe preservarse igual a sí misma en su memoria. Por un momento aparentó sobreponerse a su dolor, fingió que también escuchaba, que también podía ayudar a Kurt a mantener la ficción de la intrascendencia, mientras Eva y él sufrían en secreto. De vez en cuando, estaba obligado a intervenir en la conversación. Pero lo distraían visiones vertiginosamente optimistas. Apenas se elevara el avión, Eva comprendería que no podía vivir sin él. Ya en Estocolmo, la resolución de venirse se habría impuesto por sí sola. Para empezar, detestaría definitivamente el frío, el anochecer a mediodía. El tiempo estrictamente compartimentado entre deber y placer. El mismo placer reglamentado severamente para los fines de semana. Ya no aguantaría esa vida sin imprevistos. Sin la libertad de improvisar cada día las actividades según el natural humor del despertar. En suma: una sociedad donde todo estaba previsto y no quedaba más que cumplir el programa. En un par de días le enviaría un telegrama: "No puedo vivir sin ti. Vuelvo pronto. *Sois sage"*. Y entonces él resucitaría por segunda vez. Pero no en la misma forma de un mes atrás. Sin todo ese aparato escandaloso y feérico de los primeros días con Eva. Sin las angustias de un plazo de vida limitado. Ésta sería una resurrección definitiva. Lo maravilloso perfectamente implantado en lo normal. Estaría vivo todos los días y no excepcionalmente. Y a lo mejor descubriría que otros desencantos: el desencanto por las irresoluciones y rivalidades de los dirigentes de la izquierda, que bloqueaban el futuro, los mil tropiezos que él mismo encontraba para hacer algo por cambiar la vida en la única medida humana, la vida cotidiana, no eran sino consecuencia de esta incertidumbre. Todo podía ser. Nada estaba separado en las acciones humanas, como convenía a la comodidad científica. Quizás, secretamente, Eva ya se había decidido. Pero ¿podía arriesgarse a que Kurt conociera una decisión tan atrevida y rápida? ¿Teniendo en cuenta que con respecto a él y a lo largo de tantos años nunca había decidido nada? Tendría que aparentar vacilaciones. Dejar transcurrir el tiempo. Hacer que ese acto de venirse pareciera el resultado de una larga reflexión. Un acto no motivado exclusivamente por Hache, sino también por el interés político, por la vecindad del propio Kurt. Podía ser, incluso, que considerara que una mujer como ella, no sujeta al puro influjo de las fascinaciones masculinas, no pudiera revelarle siquiera al propio Hache una decisión de apariencia tan pasional, sin traicionar una contradicción en su propia conducta. Hache buscó nuevamente su mirada. Eva debía saber que él comprendía todo eso. Un pequeño signo de complicidad bastaba, un brillo de significaciones subentendidas. ¿Qué importaba confirmarle, aunque fuera así, mudamente, sus adivinaciones? ¿Para qué tanto recelo, tanta reserva? Eva no se dejaba tentar por sus ojos. No solo

eso. De pronto Hache se dio cuenta de que debido probablemente a que él no participaba en la conversación, ellos habían seguido hablando en alemán, de manera que ya ni siquiera sabía de qué estaban hablando. A pesar del sueño, sintió ira. Presionó otra vez la mano de Eva y ella le respondió, sin mirarle, con un par de presiones. Lo justo para darle a entender que no olvidaba su existencia. ¿Hablaban de él, quizás? Sorprendió una especie de ternura fraternal en la mirada de Kurt, algo como la benevolencia por los sufrimientos de un hermano menor, aunque no era el caso. ¿Y si ambos estaban considerando su situación con esa complicidad tan natural de los antiguos amantes? ¿Y si Kurt se estaba comportando como secuaz de su antigua aflictora? Sin duda, ellos conocían de sobra lo que era eso, la miseria de Hache; ellos podían contemplar sus sufrimientos con el desprendimiento que da el tiempo, Eva como su invariable causante, Kurt como la vieja víctima. Tantas despedidas habían vivido juntos, tantos sueños e intentos de reencuentros; ellos tenían la indulgencia del desencanto y la decepción; conocedores del juego, podían ahora divertirse mirando a Hache sometido a la prueba por primera vez. No es más que un novato, podía estar diciendo Kurt, ya aprenderá. Como tú, hace diez años, podía estar diciendo Eva, ¿te acuerdas? Míralo, el mismo terror de volver al punto muerto donde estaba hace un mes, cuando lo encontré en tu fiesta. ¿Le dejaremos caer? ¿Le dejaremos creer que ha seducido a quien le trajo a la vida? Un poco de suspenso no hace daño, observaría Kurt.

El taxi se detuvo. Entonces habían llegado, comprendió Hache, y miró incrédulo las puertas de vidrio del aeropuerto.

Ahora ya no tendrían tiempo; quizás era esto lo que había querido Eva. Ahora ya estaban en manos de un procedimiento que les separaría impersonalmente y por sus propios medios: música ambiental y ensordecimiento de turbinas, llamados confusos de los altavoces, aduanas, policía, siempre alguna formalidad imprevista. Ahora sería definitivamente irrecuperable aquella atmósfera que forman dos personas frente a frente, su libertad de decidir por sí solas. Al levantarse. Hache sintió su estómago abierto como una gárgola hacia tierra; todo se le escurría por ahí. Con la boca llena de saliva, reteniéndola, intentó pagar al taxista. En algún momento misterioso Kurt ya lo había hecho. Kurt ya había cogido la maleta más pesada.

Ya adentro, Eva le cogió de un brazo.

–Comment vas–tu?

Resentido, él encogió los hombros. Así que quería saber ahora, cuando no había tiempo para saberlo. El precioso tiempo para interesarse por él lo había malgastado hablando de cualquier cosa con Kurt.

–Ça pourrait aller mieux, seulement si…

Eva le hizo callar con un beso y le entregó su abrigo. Él ya sabía que era inútil; ella tenía que correr a confirmar su vuelo, a pesar las maletas. Se quedó parado con el abrigo en las manos, obstaculizando el paso de los viajeros, a una corta distancia del mesón. Se balanceaba, el cuerpo semidormido, sin sentir los tropezones, y sin embargo no dejaba de estar tenso, consciente de todos los detalles. Kurt, por ejemplo ¿dónde estaba? Le buscó inútilmente con la mirada, entre la gente. ¿Era posible que se hubiera despedido de Eva sin que él lo advirtiera? Pero en el instante siguiente, mientras aun seguía buscándole por la sala, ya se había olvidado de él. Estaba pensando: entonces ¿es nada más que esto el fin?, ¿definitivamente Eva no le reservaba ninguna sorpresa para el último instante? Dio unos pasos hacia ella, que resolvía con perfecta eficacia y sin gastos una dificultad de sobrepeso. De pronto, tuvo la noción dérmica, cortante, de que toda esa intensa intimidad que habían vivido en las últimas semanas era algo que quedaba absolutamente atrás, algo guillotinado en la misma medida en que habían abandonado los espacios de la libertad, los caminos, las playas, las piscinas, los restaurantes, el rectángulo de barandas azules de su terraza. En esta otra relación, ya ajena al mundo de las vacaciones, que Eva establecía con el mundo, Eva era otra, una viajera impenetrable.

–*C'est fini* –dijo volviéndose hacia él –. Tenemos diez minutos.

Solo sintió la absoluta necesidad de apartarse con ella de toda esa gente, de los cuerpos que los interceptaban, del ruido que bloqueaba sus sentidos. Tenía que recobrar, aunque no fuera más que un minuto, esa pasada intimidad, y cogiéndola de la mano se puso a buscar un sitio más privado. Los pocos asientos estaban ocupados, lo mismo los rincones, por parejas que se abrazaban. No quedaba tiempo para subir al bar. Recorrían el pequeño espacio de la sala sin hallar un solo lugar donde estar juntos y entretanto el tiempo pasaba. Al fin se detuvieron donde estaban, en los primeros peldaños de la escalera que conducía a la terraza. Era el lugar más concurrido. Afirmados contra el muro se abrazaron. Hache se hizo impermeable a las miradas de los pasantes. Trató de reencontrar el olor de Eva hundiendo su nariz cerca de su nuca.

–*Tu n'oublieras pas que je t'aime*? –le dijo Eva con la boca en su oído.

Esas palabras le hirieron con una doble herida de desconfianza. Primero, le pareció que al decirlas en francés Eva les sustraía buena parte de su validez, distanciándose del compromiso implícito que podían significar en el idioma que les rodeaba, creando un campo semántico abstracto y por lo tanto relativizando los sentimientos enunciados; y segundo, tuvo la impresión de que ella se anticipaba a imputarle a él la responsabilidad del olvido para así prevenir su propia irresponsabilidad; él era el sujeto subordinado, el que podía olvidar,

ella el sujeto directo, la que amaba. Todo eso no era más que un hábil truco para librarse de él con una sensación de buena conciencia.

–Lo que cuenta es si vas a volver –dijo él, contrariado de hacer una presión que se había jurado no hacer sobre ese asunto. Quizás ya no le interesaba la respuesta; lo que quería era sorprenderla en la mentira, o en la omisión de la verdad, que era lo mismo. Quería que su sufrimiento fuera verificable, sin ambigüedades–. Porque va a ser muy distinta mi vida sabiéndolo o no. La incertidumbre…

–Pero te he dicho que quiero volver, que haré todo lo posible. ¿Cómo podría prometértelo sin conocer mis sentimientos futuros? Nos detestaríamos el uno al otro si no coincidieran con los de ahora. Tú a mí por no cumplir; yo a ti por haberme forzado a una promesa. ¿Me oyes? Ten confianza en mí. En unos días…

Desviándose un ápice de los ojos de Eva y siguiendo una línea diagonal que partía del vértice de su ceja, Hache percibió, a lo lejos, una especie de visión extraordinariamente nítida y absorbente: el público parecía haberse retirado hacia los bordes, y en el centro mismo de la sala, exageradamente solo, recibiendo una iluminación teatral que magnificaba su palidez, Kurt estaba cruzando lentamente los brazos sobre su vientre hasta abrazar sus propios flancos con una fuerza crispada y tenaz. Abrazado así, comenzaba a arquearse, se iba doblando ligeramente hacia adelante y su rostro iba descomponiéndose. Apretaba la boca, tensaba los músculos del cuello; luego abría la boca, como para tragarse todo el aire, contraía los ojos y se arqueaba más, empequeñeciéndose. Eso sucedía con una lentitud exasperante, como bajo otra presión atmosférica. Ahora comenzaba a descender, doblando más el tronco, escurriéndose, encuclillándose, la cabeza buscando aproximarse a las rodillas, como tratando de anular la distancia del vientre o de anidarlo, de comprender todo el cuerpo en su abrazo. Fulminado de dolor, Kurt caía, caía rechazando la caída, buscando el suelo pero rechazando el hecho de caer al suelo; se acercaba al suelo como para acostarse con suavidad, como para tenderse en una capa misteriosa anterior al suelo. Fascinado, Hache no podía hablar; era como si Kurt hubiera usurpado su propio dolor, su propio cuerpo para sufrir y caer así; era un acto perfecto de desdoblamiento. Ya toda la gente corría hacia el centro de la sala.

–¡Mira! –pudo exclamar al fin.

Ambos también corrieron.

Todos se agolpaban sobre Kurt, tendido en las baldosas, crispado, abrazado a sí mismo, la cabeza hundida en las rodillas. Eva ya se había abierto paso y arrodillándose junto a él había alzado la cabeza de Kurt, poniéndola sobre su propio pubis, abrazándola. Hache no sabía qué hacer. No sabía en qué lugar estaba.

–Un médico –gritaba Eva.

–Un médico, un médico –coreaba la gente.

También llamaban a embarcarse para Escandinavia. La gente se desbandaba buscando un médico. Llegaban nuevos curiosos. Hache al fin preguntaba en los mesones por un médico. Quería decir que ni siquiera podría abrazar a Eva por última vez. Eva se despedía finalmente de Kurt como nunca lo había hecho; Kurt lograba por último expresar la suma de sus despedidas aplacadas. Llegaban policías, funcionarios. Todos se inclinaban sobre Kurt. Eva acariciaba su pelo, abría su camisa, le hablaba. Lo que decía Eva cerca de su oído no llegaba hasta Hache. Alguien traía un vaso de agua. La gente abanicaba el aire con sus pasajes sobre su cara. Hache se sentía desposeído de sus sentimientos, del sufrimiento que le correspondía. Kurt había monopolizado todo el dolor y por lo tanto todos los consuelos. Para lo que pudiera sentir Hache no quedaba espacio. Nadie le prestaba atención. Aun antes de partir Eva le había olvidado. Desde el interior del campo aéreo venía sonando la sirena de una ambulancia. Seguían llamando a embarcarse. Dos hombres con uniformes se abrieron paso desde la puerta de embarque e inmediatamente se abrió el grupo de curiosos, dejando al descubierto aquella escena de dolor y ternura. Kurt se negaba a desprenderse de los brazos de Eva, del refugio donde yacía su cabeza. Los hombres le llevaban ahora, colgando, hacia la puerta de embarque, más allá de la cual se veía estacionada la ambulancia; Kurt iba luchando al mismo tiempo por desasirse de ellos y contra su dolor. Hache intentó pasar con ellos hacia el campo, pero los policías de control le detuvieron. Él no tenía pasaje, no estaba enfermo, ni siquiera era familiar del enfermo. Amigo, cualquiera podía decir eso. Eva intervino en su favor, sin éxito. Los hombres de la ambulancia apuraban. Eva lo abrazó precipitadamente.

–*Adieu* –le dijo, besándole en la boca y arrebatándole el abrigo –. *Pense a moi, je t'aime*–.

Lo que Hache podría haberle dicho era tan complejo, que ni siquiera supo cómo abrir la boca para comenzar. Cuando encontró la primera palabra Eva ya corría, desaparecía en el interior de la ambulancia junto a Kurt. La ambulancia partió en seguida a toda velocidad por las calles interiores del aeropuerto.

Hache se reencontró a sí mismo corriendo por la escalera hacia la terraza. Por los vastos campos de la pista alcanzó a ver la ambulancia perdiéndose entre unos lejanos barracones. Oyó por los altavoces que llamaban a Eva a embarcar con urgencia. El avión estaba a punto de despegar. El viento silbaba con fuerza, los reactores tronaban. Él estaba en un borde del mundo, donde el sol refulgía sin eficacia. Luz radiante y fría. Las últimas palabras de Eva le parecían haber sido dichas mil años atrás, sin mayores consecuencias. Desde la lejanía

ondulante vio reaparecer la ambulancia. A través del campo las ráfagas de viento distorsionaban el horizonte, haciendo flotar la superficie de la tierra y sus vagas construcciones. La ambulancia parecía acercarse, pero con una extrema lentitud y dificultad, a veces achatándose, a veces alargándose como una oruga espejeante. Cuando estuvo más próxima, su corazón volvió a latir. Ya estaba a punto de correr hacia abajo cuando se dio cuenta de que la ambulancia no volvía hacia el edificio, como había creído, sino que virando se dirigía directamente al avión, hacía rato con sus reactores en marcha. Difusamente reconoció la silueta de Eva que pasaba de un vehículo al otro. Ciega, la vio hacer un amplio gesto con los brazos, antes de desaparecer en el avión. En seguida, todo volvió a su secreto impenetrable. El avión se movía hacia la pista. Hache ni siquiera consideró de alguna utilidad levantar los brazos. En cosa de segundos la máquina se puso a correr y saltó al aire. Rápidamente no fue más que un destello fugándose en el cielo. Un punto reflectante, Eva menos que un punto. Volvería los ojos a la tierra y en unos segundos ella no sería más que una pura alucinación de su memoria.

Después, lo único que sintió claramente al abrir la puerta de su casa fue miedo. Había hecho correr a un taxi para venir a buscar cualquier prueba de la existencia de Eva, algo que le permitiera reconocerla fuera de su memoria. Subió a saltos las escaleras, abrió la puerta de arriba sin cuidarse de volverla a cerrar y corrió al baño, el último lugar, le parecía, donde ella había estado. Toda decepción era posible, temía; era de esperar que incluso en su propia casa, en el lugar donde había vivido con ella, no quedara rastro alguno; que la succión de Eva por el mundo exterior hubiera sido meticulosa hasta ese extremo. Estaba dispuesto a ese último golpe, a esa recaída en el cero absoluto. Pero apenas abrió la puerta del baño sintió el olor dulzón, ligeramente ácido, del cuerpo de Eva, y respiró con un alivio contradictorio: era, por una parte realmente alivio y, por otra, frustración de su pesimismo. Acercándose, vio que el lavatorio estaba lleno, como siempre, de sus pelos bronceados, e incapaz de optar todavía por un ánimo determinado se puso a recogerlos, uno por uno, quizás con un involuntario intento de reconstitución. Pronto descubrió que el canasto de los desperdicios ofrecía innumerables otros elementos: potes de maquillaje vacíos, frasquitos, algodones. Encuclillándose frente a él, observó que el piso estaba también cubierto de pelos. Absorto en esa pesquisa, se puso a vagar por la casa y fue encontrando huellas por todas partes; particularmente en el hogar de la chimenea había un montoncito de envases, de papeles arrugados o rotos: viejas facturas, boletos, cartas, incluso el pasaje de venida. Así, pensó, los hechos eran objetivos. Entonces, cabía realmente la posibilidad de que Eva tomara una decisión: volver o no. Era una decisión que dependía

de mecanismos totalmente misteriosos, actuando a miles de kilómetros de distancia, en circunstancias inimaginables. ¿Era él un objeto pasivo del azar universal?, ¿una planta que viviría o no según los caprichos de la atmósfera?, ¿no debía desesperarse, rebelarse, intentar influir, aunque no fuera sino simbólicamente, en los condicionantes de su destino? Hache se quedó pasmado, en ese punto, de no sentir nada de lo que debería haber estado sintiendo. ¿No era rigurosamente el caso de sentir dolor, esa punzada, ese agarrotamiento en el vientre que había sentido Kurt en el momento oportuno?, ¿no era pertinente estar echado en cualquier parte, sollozando? Nada de eso; su cuerpo permanecía al margen de la situación, no expresaba los sufrimientos que correspondían. Afligido, volvió al baño y frente al espejo se puso a hacer muecas de dolor. Necesitaba verificar su angustia, tener la convicción de que sufría. ¿Cómo se expresaba el dolor, el profundo desgarramiento que convenía a su estado? ¿Abatiendo los párpados, dejando caer la carne de los pómulos, despegando los labios? ¿dejando caer la saliva, perderse la mirada en un punto muerto? No resultaba así. Debía haber un truco, un mecanismo especial que otros dominaban. Ensayó otras variantes: respiró entrecortadamente, con la boca abierta, pero ahora tragando en forma espasmódica la saliva, levantó las cejas, fijó la mirada con intensidad en un foco de dolor ostensible, Eva a su vez llorando en el avión, no, Eva riéndose con su compañero de asiento, ya definitivamente indiferente a él, forzó la presión muscular sobre una zona incierta donde podrían estar sus conductos lacrimales. Los ojos se le irritaban, era cierto, el resultado era miserable, pero no correspondía al dolor. Quedaba la posibilidad de apretar los dientes, de tirar la carne de los pómulos, de contraer la frente, de cerrar los ojos hasta hundirlos en las cuencas, pero en este caso no había manera de ver el efecto y obtener la necesaria verificación. Exhausto, apoyó la frente en el espejo. Sentía una profunda pena, ni siquiera le eran accesibles sus propios sentimientos. Se preguntó cómo había hecho Kurt. ¿Qué glándulas, qué músculos había hecho actuar en el momento justo? Cierto, había que reconocerlo, en todas las despedidas anteriores, a través de diez años, había permanecido impasible, lo mismo que él ahora. Pero Hache no tenía la posibilidad de ir aprendiendo con el tiempo. Si Eva regresaba, no sería justamente para volver a despedirla. Él no tenía sino esta oportunidad de sufrir, o más exactamente, él no tenía sino esta oportunidad de manifestar el sufrimiento que potencialmente existía, pero que no era verosímil mientras no consiguiera expresarse mediante algún lenguaje aceptable para sí mismo. ¿Era necesario causarse dolor para manifestar los sentimientos de dolor? ¿Había que forzar al cuerpo para que fabricara la expresión adecuada a las circunstancias? De repente Hache tuvo una idea. Partió hacia la sala y

de entre las botellas que había sobre el mesón de la cocina, con un gesto de decisión, cogió una de ginebra. El líquido la llenaba casi hasta la mitad. Empinándola sobre su cara se puso a beber sin permitirse un respiro. Cuando ya estaba a punto de asfixiarse hizo una pausa y comprobó que restaba una cuarta parte. Repitió la operación hasta sorber la última gota. Tiró la botella sobre el mesón y dio unos pasos, extrañado de seguir tranquilamente de pie. Lo único que pasaba era que la boca y el esófago se le habían adormecido. Su ser, por lo tanto, parecía haberse expandido. Dispuesto a esperar con paciencia las consecuencias, se sentó en el diván. Trató de recapturar las imágenes más negras y pesimistas de su situación, concentrándose en ellas, para que así el dolor por fin manara. Inmediatamente sintió una oleada de calor por la piel, casi una llamarada, y tuvo un eructo repugnantemente perfumado. Así que Eva había satisfecho una vez más su lujo anual de una pasión de verano y ahora volvía, bronceada y rozagante, perfectamente indemne, a sus cómodos cuarteles de invierno, mientras él quedaba ahí, inválido por el resto del verano, condenado a su exclusiva nostalgia, por lo menos hasta que tuviera que volver al trabajo. ¿Dónde estaría ya?, ¿próxima a llegar a Buenos Aires? Qué duda cabía, de inmediato se habría hecho de amigos entre los pasajeros; el piloto le estaría mostrando la cabina, haciéndola jugar con los instrumentos. Estaría anotando teléfonos en su voluminosa libreta. ¿Y cuán difusamente pintoresco le iría pareciendo él, el país que iba dejando atrás? Hache comenzó a delectarse con estas impresiones de olvido y desamor, en tanto sentía los primeros síntomas de mareo. A fin de cuentas era él quien amaba, él quien debía sufrir. ¿Qué era Eva, sino un puro agente desencadenante de su amor, un cauce para sus sentimientos? ¿Qué, sino la invocación irresistible de ese escenario, la provocación de esa trampa escénica? Notó con satisfacción que se le caía la cabeza, que quedaba colgando de un hilo, sujeto a su nuca, que sus músculos se vaciaban de fuerza, que todo su cuerpo se iba convirtiendo en una pura referencia intelectual. El amor era eso: una cuestión estrictamente privada y solitaria, que necesitaba de otros solo para inspirarse. ¿Qué tenía que ver lo que sintiera Eva? ¿A quién le importaba que volviera o no? Lo único verdadero era este amor que lo llenaba, que lo iba envenenando. La belleza del drama que estaba viviendo. El profundo descendimiento hasta el dolor. Ese dolor que estaba ciñéndolo como una corona de plomo incrustada en su frente.

Casi con gusto sintió la náusea. Muellemente, se escurrió del diván hasta el piso. Avanzó a gatas, buscando el centro de la habitación. Ésos eran, reconoció, los sufrimientos del que ama, así iba arrastrándose él de desesperación, en tanto que Eva… Miró a sus espectadores, las patas de la mesa y de las sillas, y rió lúgubremente.

Estaba de rodillas, apoyándose con ambas manos separadas, la cabeza colgando. Sintió la primera arcada, con una sensación de éxito, y contrajo el vientre, levantó el lomo, miró de reojo el efecto en las patas consternadas: su cuerpo era capaz, entonces, de manifestar la soledad. Las arcadas se sucedieron, desgarrantes, secas; únicamente su saliva fluía a montones. Qué duda cabía: eran las reacciones de un cuerpo abandonado, de una ternura desdeñada; él era la imagen viva de un hombre enfermo de amor. Su amor, tronchado de su objeto, le estaba emponzoñando. Su cabeza se dividía en dos vejigas densas y negras de dolor que iban a explotar, una en cada sien. Sufría y por lo tanto amaba. Nadie podía sufrir más que él, ni siquiera Kurt. Al fin, con una contracción más violenta que las otras, su estómago pareció invertirse, y entonces expelió un líquido amarillento, unos cuajos. Todo su cuerpo temblaba. Comenzó a encogerse, defendiéndose del frío, hundiéndose en una fatiga mortal. Cruzó los brazos a través de su vientre, abrazándose las primeras vértebras con una infinita piedad. Fue cayendo. Así era, exactamente así, recordó, tratando de derrumbarse con la misma delicadeza de Kurt. Pero sin la esperanza de que Eva corriera para poner su cabeza en su regazo.

VIII

La visita de Alain

Hache flotaba a la deriva en la ciudad desierta. Ya era demasiado tarde para que él pudiera reingresar en el verano: sus caminos ya estaban hechos, sus claves festivas ya compuestas, sus pactos sensuales ya sellados. Todas las posibilidades estivales estaban consumándose. Era, además, el apogeo de la tregua, la disolución de la guerra. Los muchachos y muchachas, como en un gran despliegue migratorio nupcial, habían partido a los trabajos de verano; revolucionarios y fascistas, que hacía unas semanas se insultaban por la prensa o se batían en el parlamento o se masacraban en las calles, habían partido a broncearse juntos en las mismas playas. Todo conflicto había quedado suspendido por el recalentamiento resplandeciente de la tierra. Rezagado en la ciudad, marginado de la paz de los contrincantes, no hacía falta que Hache fuera particularmente depresivo para pensar: tras la despedida, Eva estaría celebrando en Estocolmo los reencuentros. Solo para él se había suspendido la fiesta, solo él se había quedado extraviado en la ciudad, en el campo de batalla abandonado de común acuerdo por los beligerantes. En un punto muerto, con un ánimo de caducidad que, como siempre, no correspondía a las circunstancias objetivas. Si por lo menos hubiera encontrado alguna solidaridad en el mundo externo; si por lo menos, inmediatamente, hubiera sobrevenido el otoño. Si la naturaleza se hubiera acordado con su ánimo enfermo. Si un paisaje desolado, un cielo lúgubre, hubieran podido inducirle a cometer esos ansiados actos mórbidos consonantes con su melancolía. Pero no. La noche era cálida. Los perfumes de las acacias del cerro se derramaban sobre su casa. La tierra exhalaba su plena madurez y él mismo estaba cenando con deleite, sin necesidad de haberse quitado el pantalón de baño.

Hacía un rato, antes de que terminara de cenar, había sonado el timbre. Era Alain. Había subido a largos trancos la escalera, con sus aires de heraldo de grandes acontecimientos, y aun ahora, varios minutos después, no conseguía detenerse. Seguía paseándose, del taller a la terraza, iba al baño, abría ventanas, haciendo crujir las tablas del piso con sus botas, llenando el aire con su olor de caballo

desenfrenado, la camisa empapada bajo las axilas. Hache había vuelto a sentarse frente a su plato. Alain inspeccionaba rincones, abría alacenas, palpaba muros, cogía libros que hojeaba con desdén e iba dejando por cualquier parte, venía detrás suyo y examinaba con sorna especias y objetos culinarios que podían darle una cierta idea de los hábitos de Hache, de su visión del mundo. Por último, pareció llegar a alguna conclusión y se paró delante de él, al otro lado de la mesa.

–Así que *scampi fritti* –dijo–. Para ti solito –e impertinentemente se puso a hurgar en el plato con los dedos y se llevó una cola de langostino a la boca–. *C'est pas mal*.

Hache reconoció, con modesta satisfacción. Cuando estaba particularmente deprimido se preparaba unas cenas complicadas y deliciosas. Aparte de la melancolía, nada marchaba. Aquellas discusiones con sus amigos de un proyecto cultural de transición al socialismo, en vez de conducirles a comprometerse con la práctica social, les había alejado más que nunca de esa posibilidad. Las discusiones habían puesto al descubierto entre ellos concepciones insospechadamente elitistas y autoritarias de la cultura, ambiciones de poder, oportunismos ideológicos. En algún momento, los del grupo habían comenzado a evitarse el uno al otro, cada cual olfateando en el prójimo el fantasma de la traición burguesa. Por último, para salvarse de la inanición y el escepticismo, cada cual había buscado por su cuenta hacer cualquier cosa que pareciera real. El verano había hecho el resto. Quizás, después de todo, Alain hubiera tenido razón, postulando tan apasionadamente la condición reaccionaria de la pequeña burguesía intelectual. ¿A qué se debía su visita?

–No te creas –dijo, como si ambos hubieran estado previamente de acuerdo en el tema que motivaba su presencia–; yo no hablaba del suicidio ni retórica ni metafóricamente.

–Ajá. ¿Entonces?

–Escucha: las masas avanzan de modo incontenible. Los reaccionarios van siendo desenmascarados y triturados. La revolución es irreversible. He venido a ayudarte.

Por las puertas de la terraza, enteramente abiertas, entraban los habituales ruidos nocturnos, veraniegos. ¿Podía ser que, absorto en su drama individual, él no advirtiera nada? Con un sentimiento de culpa apartó el plato. Alain prosiguió:

–Mis palabras debieron ser tomadas más a la letra. Si el intelectual pequeñoburgués tiene mala conciencia frente al pueblo, en vez de redimirse, como cree él, mediante la mascarada de una cultura popular que no es más que recuperación del pueblo por la burguesía, en vez de esa farsa, dije claramente, debe tomar la sartén por el mango y suicidarse.

–Pero tú no dijiste cómo hay que hacerlo en la práctica. Yo creí…

–Entiende. Mientras el intelectual pequeñoburgués siga vivo, seguirá, quiéralo o no, usurpando la voz del pueblo, falseándola, reconduciéndola por torcidos caminos a trasmitir el mensaje de la legitimidad burguesa. Si el intelectual pequeñoburgués cree en la revolución, si tiene fe en las masas, solo tiene una posibilidad de demostrar honestamente su adhesión: suicidándose. Te repito que no es ninguna metáfora. En la práctica, cada cual debe arreglárselas con su propio suicidio. En un asunto como éste, la revolución no tiene objeciones de tipo moral ni estético. La libertad es total.

–Pero tú, ¿qué recomendarías tú? Al fin y al cabo, uno tiene derecho a un mínimo de asistencia. ¿Has traído algún instrumento?

–No seas idiota. Yo no soy ningún verdugo.

–Pero deberías ser consecuente. Si quieres que uno se suicide, también deberías sugerir algún medio. Y darle a uno el apoyo moral necesario.

–Mira, si prefieres colgarte de esa viga, allá tú. Mientras lo haces, si quieres, puedo irte leyendo la intervención de Mao en el foro de Yenán. Las masas, al menos, respetarán tu memoria.

Hache se quedó mirando la viga, con tentaciones y dudas. Se imaginó colgando, los comités revolucionarios descendiéndole en medio de un profundo, respetuoso silencio. ¿Qué sentiría Eva al saberlo? ¿Qué, si su alma no conocía el remordimiento?

–Sin embargo –aventuró tímidamente–, algunos intelectuales pequeñoburgueses, especialmente en periodos de opresión, han sido la única voz del pueblo.

–Porque son la mala conciencia de su clase, lo sabes de sobra. Y nadie niega que, coyunturalmente, puedan haber sido útiles. Pero en los tiempos de liberación, en los momentos revolucionarios, como éste, son un lastre, un peligro más bien, porque entonces, a veces sin darse cuenta individualmente, a veces con entera conciencia, usan su condición privilegiada para situarse como la quinta columna de la burguesía. ¿Por qué, si no, ese afán tuyo y de tus amigos de obtener una legitimidad institucional, de apoderarse de ciertos vehículos y medios culturales, de asumir y explotar el discurso de las masas? ¿No defienden, al mismo tiempo, la médula de las falsas libertades intelectuales burguesas, como subjetividad, conciencia crítica, pluralismo, forma? Lo que ustedes quieren es ser los sacerdotes de la revolución. Quieren conservar los secretos del lenguaje, los hermetismos del ritual expresivo, las técnicas de la comunicación, que son indisociables de su ideología, y con el monopolio de estos medios revertir la revolución misma, recuperarla para la burguesía. Éste es el buen momento, tienen que entender. Tienen que abrir los ojos y horrorizarse del veneno que llevan consigo.

–Pero ¿no es demasiado pronto? ¿No es una temeridad prescindir de

nosotros justamente ahora? ¿No crees que aun podríamos ser útiles, un tiempecito más, utilizando estos medios contra la reacción? ¿Por qué dejas a los intelectuales de derecha en paz y te ensañas exclusivamente con nosotros? Nunca los intelectuales derechistas han sido más conscientes que ahora de su función contrarrevolucionaria; nunca han sido más respetados por la izquierda que ahora: resucitan, actúan con más vigor que nunca, penetran y vociferan por todas partes, en la prensa, en la televisión, en las universidades. ¿Quiénes van a contrarrestar su acción y su influencia si nosotros, como tú quieres, nos suicidamos?

–No te hagas problemas. El hecho de dejarlos en paz, como tú dices, no es más que una pura cuestión táctica. No confundas respeto con la prudencia que impone una determinada correlación de fuerzas. Son las masas, que ahora avanzan, las que van a modificar esta correlación. No los intelectuales pequeñoburgueses. Ustedes no han sido ni serán nunca la vanguardia de la revolución. Devuélvanle el habla a las masas y verán que las masas acaban con ellos de un soplo. No, no lo verán, porque antes deben suicidarse. Ten confianza.

–Entonces, ¿no me sugieres nada?, ¿no me darás una mano?

Alain echó una mirada ávida y desconfiada sobre los papeles que había por todas partes, la cuartilla en la máquina, las carpetas, los cuadernos.

–Ah –dijo–, no tengo nada contra ti. He venido porque me caes simpático. Vamos a buscar algo adecuado. Nada violento, por supuesto. Pero con una condición: prométeme que antes vas a destruir todo esto. Un bello fuego, por ejemplo. No podemos permitirnos que una sola línea caiga en manos de la reacción. Que vayan a usar tu voz en contra de las masas, en contra de tu propia voluntad revolucionaria. Qué sentido tendría entonces tu muerte.

IX

1. Sueño en que Hache cuenta a Eva el sueño del jardín

En el sueño estoy contándole a Eva el sueño del jardín. Puede ser que anticipándome a sus reproches, la narración comience con un sentimiento escandalizado: ¿cómo he podido soñar algo que implica tanta ignorancia e inocencia de los sucesos que estamos viviendo? Pero la prevención pierde rápidamente importancia. Intento explicarle a Eva cómo es el jardín, cuán perfecto y total es mi placer, y ya desde el comienzo advierto que mis palabras van reduciendo o adulterando la percepción original y que ella nunca llegará a compartirla; que el jardín y el placer de que la informo será fatalmente algo distinto en su imaginación. Y sin embargo, sigo; más aun: en la medida en que cuento el sueño a Eva, voy soñando el jardín; estoy viviendo como eterno presente algo que comencé a contar como pasado. En el jardín no tengo memoria ni conciencia de la narración, ni siquiera de Eva o de mí mismo, puesto que nada existe externo o anterior al jardín. Puede ser que se trate de dos sueños simultáneos y completamente independientes el uno del otro: el de la narración a Eva del sueño del jardín y el del jardín en sí. Yo no asumo ninguna forma particular al pasearme en el jardín. Pero el verbo pasearse, me digo, ya forma parte de la traducción del sueño, del otro sueño, en el que ignoro a éste. Para ilustrarle a Eva mi desplazamiento, le digo que voy paseándome a una cierta altura de la tierra, por entre las hileras del follaje, como un insecto ingrávido y silencioso. Pero sé que esto no es correcto; incluso decir que voy volando es falso. Voy deslizándome en el espacio aéreo entre las hojas translúcidas, bordeando los colores de las flores y frutos. Como pura recepción gozosa, incorpóreo. Ni siquiera tengo un rostro; solo soy mis sentidos disueltos en la atmósfera del jardín. Esta atmósfera es fundamental para entender mi deleite. En el otro sueño le digo a Eva que es como fluir por el interior de esos bloques de cristal que confieren a las flores aprisionadas en ellos un relieve y diafanidad excepcionales. Pero esto no es sino groseramente así; sé que tengo que recurrir a la mentira, es decir a los símiles que nos son comunes, para darme a entender. La transparencia que hace posible mi proximidad al origen de los perfumes y colores, excluye

comparaciones materiales. Yo voy derivando por el espacio cálido y luminoso más bien como el vehículo de perfumes, colores y formas; soy ellos y a la vez su percepción. La descripción es, en el otro sueño, cada vez más adjetiva y desesperanzada. Lo que cuenta es este placer sobrecogedor, esta sinestesia perfecta. La eternidad de mis idas y venidas por sobre las superficies floridas, por encima de los ríos nervados, por entre las pelusas y mieles de frutos desconocidos. Esta lentitud inagotable, este placer que ni siquiera requiere de las propias mediaciones. Cuando he terminado el relato, en el otro sueño, como encontrando la clave, Eva dice: "El jardín soy yo". Y yo, que estoy en el jardín, que sé, me sonrío piadosamente de semejante fatuidad e ignorancia.

2. Reparaciones matinales del mundo y discusión sobre el país

Despertarse es, ante todo, medir esta prolongación de un punto muerto, que no forma una línea, y que por lo tanto hace imposible calcular la propia situación; es comprobar un avance en el tiempo sin que ningún otro factor se modifique; es redescubrir con la habitual extrañeza contrariada, mi mano yaciendo sobre la cadera de Eva que duerme, y luego los colores amarillo y lila del cuarto, vivos incluso en la penumbra, los objetos en su mismo lugar y, a medida que voy reconociéndome como el que despierta –reincorporándome en mi propia conciencia, restableciendo la memoria de la víspera–, es reconocer también que no tengo ninguna ocupación ni plan posibles para el día que comienza ni ganas de inventarios. La decepción es gratuita: podría asignarse a la creencia primitiva de que la noche y el sueño modifican la realidad. Pero gratuita o no, hay decepción: De todos nosotros, pues de algún modo esta odiosa realidad también nos expresa a sus víctimas, quizás por omisión. Ahora, retirar en sigilo mi mano del cuerpo de Eva, con esta sensación delictiva por la ignorancia que mis propios miembros parecen tener de mis sentimientos apenas pierdo la conciencia; hacer algún esfuerzo para retener fragmentos de estos sueños que ya vuelven al fondo, para reflotarlos y examinarlos a la luz del día, y en su persecución caer en un sopor asfixiante, un falso sueño de la conciencia, para volver aun más olvidado, con impresiones disueltas e ilegibles, que a lo sumo le hacen a uno sentir una añoranza de una cierta clave, simplísima, que nos permitió la libertad; y entonces, midiendo el vacío del día ya con los ojos abiertos, verificar con un cierto alivio que lo único inequívoco que hay dentro de sí es el proyecto de los hábitos cotidianos. Repetir la realidad, ya se sabe, es la única manera de demostrarla. De pronto los hábitos rebullen en mi interior, exigentes de esta repetición, sustituyéndose

casi alegremente a la ausencia de un sentido de la vida, y estimulado por su fuerza, disponiéndome a cumplirlos en un orden lento y riguroso, en el que siempre cabe la nostalgia de lo imprevisto, que al fin y al cabo da toda su verosimilitud a esta acción, echo las ropas a un lado, con cuidado de no despertar a Eva, cuya conciencia me obliga a tergiversar o exagerar mi conducta, cojo el pantalón de baño que siempre dejo a los pies de la cama, y haciendo el menor ruido posible me lo calzo y equilibrándome a causa de la modorra, salgo a la terraza. Ante todo, levantar la cabeza hacia la cordillera, única permanencia inalterable, referencia segura en relación al resto de las cosas que, como se sabe, mudan, pero que en este país mudan sin dejar huellas, sin hacerse historia. Entonces dejarse envolver por el ruido global del tráfico y las indispensables actividades cotidianas de los habitantes, adaptables a todas las fortunas; por el sol que los generosos humos de la ciudad decoloran, y dejar por unos instantes que esta ineludible intoxicación de los sentidos lo retraiga a uno hacia la espiral onírica de la noche; luego, siguiendo el camino sin fin de transición a la vigilia, encuclillarse frente a los maceteros acanalados que bordean la terraza, decirse que el estragón ha reencontrado sus hábitos salvajes, creciendo desmesuradamente, las raíces escapándose por las junturas de las tablas, adaptado al hollín y los gases urbanos; descubrir de ayer a hoy brotes de insospechadas semillas que sin duda defecan los gorriones; ver que el tomillo sí muere, carbonizado. Repetir, sin ganas, una exclamación de ira, al comprobar más acá que la gata ha vuelto a cagarse en las lechugas, intencionalmente, desdeñando el cajón de tierra que se le ha dispuesto para sus necesidades; y con esa indispensable porción de ira en el corazón, sentirse apto para la acción de cada día. Vuelvo al interior, con la idea de recriminar a la gata por el delito, pero en el baño, que es donde duerme, encuentro a Eva y tengo que disimular mis intenciones. Eva está sentada en la taza, con el pelo derramado sobre los pechos, meando, y la gata se frota contra sus piernas. Gata de mierda, digo, otra vez se cagó en las plantaciones, y reprimo unas ganas más bien gimnásticas de darle una patada; y en una especie de parte trasera de la cabeza me pregunto: ¿cómo es que la conciencia de otra persona, la sola presencia pasiva de esa conciencia modifica, aun en cosas tan superfluas, la conducta de uno? Gruñendo, como compensación, y siguiendo con los hábitos, acaricio la cabeza de Eva, y hundiendo la cara en el lavatorio me la golpeo con sucesivos palmetazos de agua fría; luego, mientras me lavo los dientes, oigo que ella tira la cadena, y ahí están las rocas, refluyendo el oleaje en las playas del norte, y acá, siempre en esta parte trasera de la cabeza, como provenientes de un pequeño altavoz disimulado, oigo voces. Dicen: cuán pálida se ha puesto, cuán cenicienta, cuán opaca. Y por un momento todo se

explica, el fracaso general y mi desgano, por esa simple traición de los colores, por ese metacromismo de la piel originalmente marrón, de los ojos verdes otrora resplandecientes y el pelo llameante. Pero no estoy dispuesto a caer en la trampa, al menos no en ésta. Cierro el grifo, sacudo la cabeza. No voy a empezar el día asumiendo falsos problemas, atrapando los recursos más a mano para legitimar el mal humor. Siento que Eva pasa por detrás, rozándome con la piel desnuda, y veo que desaparece tras la cortina de la ducha. Siguiendo la coreografía habitual, me vuelvo hacia la taza y me pongo a mear. Mi mirada se pierde en los polvorientos techos, a través de la polvorienta ventanilla. El ruido silbante y pluvioso de la ducha, aquel otro, monótonamente bramante del calentador a gas, más la percusión acuática de mis propios orines –debe ser todo eso–, vuelven a sumirme en ese mismo envoltorio sonoro que había quitado al despertar –quizás el ruido interno de mi propia circulación sanguínea–; aproximándome a este propio interior, reconozco la tibieza de estas zonas periféricas del sueño, reencuentro las imaginerías residuales de la noche. Todo tiene algo de conocido y a la vez de distinto a sí mismo: las canaletas de los techos, la figura del Presidente. Las canaletas ondean y reverberan en la bruma marina y el Presidente, sentado en un sillón de Viena, muy arropado, avanza sobre las ondas impulsando la silla como uno de aquellos infantiles caballos de madera. Su avance es lateral, y sumamente trabajoso. Entre uno y otro de los empujones que da a la silla se detiene y hace corneta con las manos para gritar algo a alguien que permanece invisible, es decir, fuera del marco derecho de la ventanilla. Lo que grita debe ser importante, pero el ruido me impide oírlo. Por lo demás, es evidente que el interpelado invisible tampoco oye nada. En ningún momento el Presidente mira hacia mí; ya va a terminar de recorrer el campo visual y sigue gritando sin que el otro aparezca; pronto él también será invisible y seguirá gritando y avanzando eternamente en las tinieblas del muro. El chorro de mi orina se corta y siento un estremecimiento en la piel, como si de pronto hubiera entrado en una habitación helada. Confuso, no sé cómo regresar a la tibieza ni cómo seguir adelante. En el techo acanalado ya no están sino las palomas, cumpliendo sus juegos de galanteo y fuga. Maquinalmente hago virar la manilla y la cascada de agua, engullendo los orines, vuelve a restituirme al exterior.

–¿De qué te quejabas anoche? –grita Eva a través de la cortina de plástico, por sobre el ruido de la ducha, el bramido de las lenguas de gas, el chirrido del agua que rellena el estanque.

–¿Me quejaba? –pregunto a mi vez, haciendo eco a esas palabras en mi memoria, pero en verdad dándome tiempo para estar realmente aquí.

–Y además dabas patadas –agrega, interrumpiendo la ducha, pero siempre detrás de la cortina–. Deberías ser más sociable, por lo menos en sueños.

–Deben ser los disparos –refunfuño–. Es natural. Lo raro es que tú duermas en paz.

–La guerra no se combate en sueños –dictamina ella, abriendo las cortinas, las tetas brillantes de gotitas de agua que corren.

Es probablemente la irrupción de este discurso venido desde fuera lo que me produce una repentina angustia, esta sensación de caída fuera de mí. Es como si el corazón resbalara en un piso jabonoso y dejara de latir por un par de segundos; o como si un supuesto piso del alma, situado en la región del estómago, cediera. Qué difícil reconocerse en las mañanas, especialmente si uno se ve confrontado así, a un espectador. El choque matinal con una conciencia externa es algo demasiado brutal y aun al cabo de dos años Eva no consigue entenderlo. Para distraerme, voy a la sala, la atravieso diagonalmente hacia la puerta de entrada, me asomo a la escalera. Todo está en silencio. Miro hacia la puerta de calle: no hay mensajes ni cartas. Vuelvo, enciendo la radio, recorro, ausente, las diversas estaciones. Ni siquiera música; las mismas engoladas voces de los corifeos del régimen, las manifestaciones jubilantes de los discjokeys. Entonces elijo el apropiado disco de Torelli y lo introduzco en el aparato. Porque es efectivamente aquí, en la región del diafragma, donde reposan los fundamentos del ánimo, donde se establece la plataforma que permitirá o no mantener en equilibrio la acumulación de hechos del nuevo día; es aquí donde siento el terreno resquebrajadizo y lábil, pronto a hundirse y dejarme caer, con día y todo, en un lento o precipitado desmoronamiento de granos de arena, y en uno u otro caso dejándome con una sensación de caída continua o de peligro de caída inminente por el resto del día y en cualquier caso con un gusto de miedo, anticipado o ulterior en el paladar. Para mitigar esta fragilidad existe, entre otros, Torelli. Auspiciantes, afirmativas, las trompetas de Torelli resuenan para restituir al mundo las rutas obstruidas por el pavor de la noche; apartan tinieblas y ponen a monstruos y demonios en fuga, ordenan el caos que se había reinstalado en la tierra, iluminan los negros valles con sus rayos dorados, levantan lo caído, cierran los precipicios que había abierto el mal, enlazan, restituyen, reanudan los mil fragmentos del alma carcomida por los sueños, y en poco tiempo vuelven a imponer a la naturaleza y los objetos, y ante todo al destino, una forzosa complicidad con los designios triunfalistas del hombre. Uno puede comprobar de inmediato que los sonidos heráldicos, elevándose enérgicamente de la trama susurrante de las cuerdas y el orden pusilánime del bajo continuo, vienen y tejen cimientos que sostienen

las vísceras, puentes que conectan los miembros de uno con los objetos distribuidos en el espacio, rampas que aseguran la respiración, todo eso que al fin me permite alcanzar la confianza necesaria para iniciar los preparativos del desayuno. Porque el día no es tan simplemente el producto de un orden natural y son necesarios actos de fe y voluntad cotidianos para hacerlo practicable. Así, el olor del gas ardiendo y luego el del café, cada vez más pronunciado en la medida en que va siendo trascendido por el vapor en su depósito, son aliados que van corroborando los benéficos efectos de las trompetas; van soldando pequeñas fisuras, llenando espacios sospechosos. Pero falta aun. Mientras se filtra el café y se tuesta el pan, corresponde ir pelando metódicamente la naranja. La naranja es mi correspondencia afirmativa a la música de las trompetas. Voy poniendo en orden los gajos sobre la lengua, voy triturándolos y tragando el zumo para reforzar por dentro la plataforma formada por la música. Torelli, los gajos de naranja, el café negro, son los elementos más apropiados, según un conocimiento empírico mío, para restituir los basamentos que la noche ha enfeblecido. Pero sé que es una reconstrucción provisoria. Cualquier envión inesperado, cualquier exceso de las emociones pueden echar todo abajo y entonces ni todas las trompetas del mundo… Eva entra, los hombros cortando el aire, los pasos sonoros, el rostro marcado de decisiones; toda una prisa que me pone a prueba, que acusa la nulidad de mis propios quehaceres. Lista para la guerra, vuelvo a decirme, con sus eficientes atuendos de guerra: zuecos, jeans marrón, blusa verde como los ojos, pelo recogido en un moño, discreto maquillaje; expresión resuelta, oportunamente endurecida por la nueva experiencia de los negocios humanos, cabeza ocupada en asuntos concretos que la aguardan fuera de sí, incuestionablemente en la realidad. La envidio: tener algo que hacer y tener la convicción para hacerlo, en estos tiempos. Luego del desayuno se pondrá la chaqueta de cuero negro, se echará al hombro el bolso lleno de documentos, llaves, direcciones, estuches de maquillaje, espejos, algodones, y partirá a salvar los restos humanos, incrédulos, del naufragio. Retiro las tostadas del fuego, pongo las tazas sobre la mesa, haciendo un espacio al borde de los platos sucios y las botellas vacías de la noche pasada, empujándolos. Se me ocurre que es como ir empujando físicamente el tiempo pasado hacia atrás, en su exacto orden, en una mesa sin fin, platos, botellas, tazas, botellas y platos otra vez.

–¿Qué harás hoy? –pregunta ella, enmantequillando el pan.

–Quedó en llamar un comprador –digo, por decir algo–. Tal vez vayamos a ver la parcela.

Había olvidado esta posibilidad de emplear el tiempo: tratar de vender esa enorme finca que Eva compró solo seis meses atrás. Me

cuesta recordar qué queríamos. Todo el experimento político ya naufragaba entonces: en el gobierno y los partidos de izquierda pocos creían en los propios actos; negociar con la reacción, salvar lo mínimo y salvarse eran sus preocupaciones fundamentales, y las masas eran llamadas a movilizarse ya sin otro objeto que el de reforzar dramáticamente la posición de los negociadores. Habíamos decidido renunciar a seguir viviendo en la ciudad y a la esperanza de cambiar la vida. La oportunidad de hacerlo ahora había sido demasiado bella y había sido desaprovechada demasiado insensatamente por nuestros hombres políticos. Incluso habíamos aceptado renunciar a todo lo que alguna vez habíamos esperado el uno del otro y a la decepción de no encontrarlo. Nos iríamos a vivir al campo, íbamos a volver a la economía de la tierra para recuperar las necesidades esenciales y permanentes, para nutrimos directamente del propio trabajo, para perder nuestras identidades abstractas. Kurt ya había hecho algo parecido, pero se rumoreaba que para encubrir otros designios. Nos hacíamos ideas que oscilaban entre el retiro del mundo y la reconquista de una salud primitiva, de lo cual habría de nacer una nueva relación entre nosotros, sin otras pretensiones que el afecto natural de dos productores. Era un enorme terreno al pie de la cordillera, cubierto de árboles frutales y malezas, y la casa necesitaba de grandes reparaciones. Pero nunca pudimos decidir el momento del traslado. Al fin, lo habíamos dejado para la primavera; la idea de que iba a haber un desenlace en la situación política nos inmovilizaba aquí, nos forzaba a esperarlo de día en día, con una especie de euforia sombría y fatalista. Entre tanto, se agudizaban nuestras peleas y la misma posibilidad de seguir viviendo juntos se derrumbaba. Luego del golpe, ni siquiera nos habíamos acordado del proyecto.

–Ojalá se la vendas –dice Eva–. Yo no tengo tiempo para eso, tú sabes.

–Claro, tu tiempo es más útil que el mío. Además, la tierra ha subido cinco veces de valor. Fue una inversión excelente.

–Y tu libro, ¿cómo va? A lo mejor podrías escribir otro artículo para enviar afuera. Es necesario formar una conciencia en el exterior sobre estos crímenes.

–Puede ser. Pero es una mierda escribir cualquier cosa en este ambiente. Cada vez que alguien toca el timbre tengo que arrancar el papel de la máquina, hacer desaparecer toda huella, y luego resulta que es alguien que busca una dirección, o una gitana, o un vendedor de jabones.

–Podrías escribir a mano ¿no? Y tener un escondite listo por si…

–Hay cosas que no se pueden escribir a mano –afirmo–. Si el pensamiento no puede verse reflejado de inmediato en un texto ordenado y claro que posibilite su autocrítica, se hace divagatorio.

–Eso, para los pensamientos sin inspiración.

–Ya se sabe, hay que desconfiar de la inspiración. Y tú, ¿qué harás?

Eva muestra el manojo de llaves:

–Todavía seguir recorriendo casas abandonadas y saqueadas. Y, a ratos, tratar de meter más gente en la embajada. Y también impedir que se meta gente que solo quiere viajar. Hay de todo.

–Tienes una visión privilegiada de toda esta mierda. Me apena no poder acompañarte.

–Claro, no cualquiera puede darse el lujo de ver lo que está pasando aquí. Aprenderías un lote más sobre tu país.

–Mi país –hago chasquear la lengua–. Ya está bueno de confundir las cosas. El hecho de haber nacido en el país físico no obliga a asumir los hechos consumados del país político. Yo siempre he tomado esto de la nacionalidad como una pura opción.

–Nunca he entendido qué sentido tiene esta problemática tuya con el país.

–Y sin embargo, ya te lo he dicho: mi identificación con el país fue condicional; para mí el país era más una aspiración que una realidad. Busqué identificarme con él estos últimos años, porque solo entonces, como proyecto, el país tenía sentido. Antes, me sentí aquí tan extraño como un visitante que no tiene recursos para volver, con la diferencia de que no sabía de dónde había partido y adónde podía volver. Otros, ya lo sé, tienen una necesidad irresistible de identificarse nacionalmente, aunque al hacerlo tengan que compartir los mismos valores simbólicos inventados por la clase dominante. Magnifican hasta las piedras.

–Lo que pasa es que tú confundes el país con la clase dominante.

–¿Pero soy yo quien los confunde? Este país, y su estructura política, institucional y simbólica, son inventos exclusivos de la clase dominante. Y en primer lugar su historia, por supuesto, e incluso gran parte de lo que se entiende por cultura y carácter popular. Lo popular aceptado y celebrado oficialmente han sido justamente todos esos rasgos que favorecen los intereses dominantes: el estoicismo, el humor negro, el fatalismo, el heroísmo machista. La identificación con todo eso, el amor al país, a la nación, es un conjunto de sentimientos abstractos elaborados por los propietarios e inculcados a los desposeídos precisamente como un remedo de pertenencia, de propiedad común. Esa identificación abstracta ha hecho posible muchas veces que los desposeídos defiendan lo que materialmente no poseen. Y con mayor razón los que poseen apenas una migaja. Son los responsables de la izquierda quienes no han sabido modificar esos modos de identificación. ¿Cómo se podía querer cambiar el sistema sin proponer otra opción cultural, histórica, en buenas cuentas otro país? En buena parte, aquí están los resultados de esa irresponsabilidad.

–Tú exageras. ¿No es más o menos lo mismo en todas partes? ¿Dónde no están manipulados la historia y los elementos de identificación nacional?

–Una cosa es que estén manipulados y otra que sean una patraña. En tu país hay una cultura en que se reconoce una mayoría, una historia más o menos común, una sociedad integradora, un acuerdo sobre derechos básicos.

–Hay otras formas de represión.

–De acuerdo. Pero aquí la mitad del país somos una población marginada, que sufrimos una sociedad y una historia y una cultura hechas por otros. A menudo a punta de fusiles. Solo que ahora en forma global, como estamos viendo.

–Bueno, eso es lo que se intentó cambiar.

–Estoy cada vez menos seguro de los fundamentos profundos de ese intento. Había muchas cosas que hacer, de acuerdo, y muchas se hicieron. Pero otras, igualmente importantes, corrieron la suerte de la más absoluta indiferencia. Algunos tratamos inútilmente de comprometernos en una demolición previa de la historia oficial, de la cultura impuesta, de la emocionalidad condicionada por los mitos y ceremonias nacionales, para proponer y practicar otras, colectivamente. Porque, ¿podía aceptarse el concepto de nación y de cultura de la clase dominante para un nuevo proyecto de sociedad?, ¿podía hacerse algo a largo plazo con esos valores ajenos, incuestionados? Aparte de unos pocos, que por lo demás no teníamos las cosas muy claras, parecía que sí, que los dirigentes políticos lo creían perfectamente posible. Todo se iba a arreglar por el camino. Yo creo que gran parte de la izquierda, por desgracia, al institucionalizarse progresivamente, a través de años de lucha, y luego, al llegar al gobierno por medios de la legalidad burguesa, había tenido que asumir la historia oficial, la ideología patriótica dominante y sus materializaciones jurídicas e institucionales. Apenas con unas reivindicaciones de clase, pero más bien en el nivel simbólico. Uy, me aburre hablar de esto.

–Nadie te obliga a hacerlo.

–Claro que no, pero si estamos viviendo las consecuencias de actos políticos, estamos condenados a personalizar la política. La política ha dejado de ser responsabilidad de partidos. Quiero decir: su irresponsabilidad nos hace responsables a los individuos. Nos han obligado a subjetivizar la política. Con toda la carga de aburrimiento y distorsiones que ello implica. Como sea, esos valores, que la izquierda no se atrevió a tocar, hoy sirven para legitimar el fascismo.

–Tú sabes muy bien que la izquierda no estaba en condiciones de imponer un proyecto revolucionario. Todo tenía que hacerse dentro de un cierto marco.

–Más valía entonces haber actuado estrictamente dentro de ese marco, sin ambigüedades; con las alianzas de clase y las restricciones ideológicas que implicaba.

–Dame más leche.

–Pero todo eso ya es una historia pasada. ¿De qué país se puede hablar ahora, del país de quiénes? En cuanto al mío, ese proyecto de construcción común, a partir de una revisión crítica total, no me hago la menor ilusión. Entiendo perfectamente que como todos los países deseados, era utópico. Ahora, como un hecho posible en el pasado, puede ser que para mí se transforme en un país mítico. Claro que quienes ahora asuman esta nacionalidad, voluntariamente, o por fuerza, o porque no hay otra cosa, tendrán también que asumir, les guste o no, los hechos consumados: no solo los anteriores, los del pasado, que ya eran bastante odiosos, sino además los del presente, la masacre, la opresión, la humillación. ¿Cuánto dura el odio del agresor?, ¿cuánto dura el rencor del agredido? Tendrán que edificar sobre la barbarie y sobre su olvido. De acuerdo, es un problema generacional: casi en todas partes donde ha existido el fascismo, la nueva sociedad se hizo sobre la base de su recuperación y digestión. Las grandes reconciliaciones nacionales obligan a ciertas renuncias. Hay que ser muy joven o muy adulto para aceptarlo.

–Así que renuncias al país.

–Al proyecto de país. No queda más que irse. Por lo demás sin aquella posibilidad de triunfo de la izquierda, nunca habría vuelto aquí.

–Eso suena a puro oportunismo. ¿Y la solidaridad? Eso nada tiene que ver con el país. Se trata de hombres perseguidos, de la pura barbarie.

–Aun ahí hay que hacer la diferencia: todos actuamos y tenemos que actuar solidariamente, pero no solo, como tú dices, al margen de toda nacionalidad, sino también sobre la base de una responsabilidad moral y política personal; no ya en nombre de una determinada izquierda, que disponiendo de toda una experiencia histórica y teórica sobre el fascismo, ha tenido la soberbia de creer que este país era diferente –e incluso en eso suscribiendo un mito nacionalista difundido por la clase dominante–; que no se preparó ni nos preparó para lo que ha sucedido.

–Bueno, tengo que irme. Debo ocuparme de dramas más concretos.

–¿Vienes a cenar?

–No. Tampoco dormiré aquí. Estoy de guardia en la embajada.

3. Desmoronamiento de la plataforma matinal

Así que ahí está la plataforma –el bello tejido de Torelli, los gajos de

naranja y el café–, desmoronada, y yo mismo y todo a través de mí, cayendo. ¿Por qué hablo así?, ¿qué sombrío espíritu me posee? El discurso se refiere, cierto, a lo que siento, pero la voz no me pertenece: es como la de un ventrílocuo. ¿Por qué esa vehemencia en afirmar lo negativo? ¿Por qué la complacencia crítica? ¿Por qué este constante desafío a la simpatía, que son el escepticismo, la agresión a la fe?, ¿no es, en el fondo, el acto desesperado de todos los que ansían fervientemente creer? ¿Y por qué, encima, esta desolación al saber que Eva no dormirá aquí, si cuando duerme conmigo no hago otra cosa que expresarle la indiferencia por los pactos liquidados?

Ahí está todo colándose sin fin y ya no es el caso de recomenzar las obras de ingeniería matinal. Eva preguntaba: ¿y la solidaridad? Debería hacerme ánimos para llamar a Kurt. Ofrecerme para ayudarle en cualquier cosa, creer en sus actos de resistencia y lucha, compartirlos. Hacer cualquier cosa sin hacerse preguntas. Único sentido: es útil o no. Ni siquiera eso: creer que es útil. Pero ¿qué cara pondrá Kurt? Dirá: esto no es una terapia, compañero. Y yo le diré: pero, ¿no ha sido para ti una terapia?, ¿no te ves cambiado? Y todo se embrollará y Kurt dirá que me equivoco, que no tiene idea de nada.

Como sea, hay que empezar por afeitarse.

4. La repulsa del comediante

Ciertos encuentros exigen el esfuerzo de evitarlos, y la comunicación misma puede degenerar, como se sabe, en una de las formas de hacerlo. Éste, el encuentro con el propio rostro, encardado con gruesos pelos tiesos, reducido a puro objeto pasivo de una manipulación rutinaria en la que pierde su sentido particular, blanqueado por la espuma y parcelado en los surcos que la maquinilla va abriendo, es también la ocasión de distraerse de él, de pasar de largo atraído por otras cosas y, en este caso, de concentrarse en el rostro verdadero, ese que sin necesidad de reflejos, con los ojos abiertos o cerrados, uno tiene siempre frente a sí, el único fiable en la expresión del discurso interior. Evitarlo es una manera de no dejarse engañar por sus mentiras; peor aun: por su arrogante satisfacción de haber asumido definitivamente, para el resto de la vida, los rasgos de uno, la representación de uno. Suplantación de persona, violación, usurpación, uno puede acusarle de todos los delitos sin esperanza alguna de justicia; figuración groseramente realista de ese complejo irrepresentable que uno es, uno se cansaría de reprocharle a la imaginación fisiológica su pobreza y a la vez su tiranía figurativa; uno podría pasarse la vida ensayando todo tipo de rebeliones y reformas: máscaras, cosméticos, muecas, bigotes, barbas, peinados o pelucas, pero todo eso implicaría olvidarse del fondo del asunto. Cuesta años y

tanto esfuerzo definirse un poco, descartar lo ajeno y lo imitado y reconocer la propiedad de unas características específicas y constantes en sí mismo, en suma, una persona; y entonces, cuando uno cree que ha llegado el momento de manifestar esa peculiaridad con todos sus precisos matices, resulta que ese espacio, donde al fin uno iba a dibujarse, a asomarse tal cual, estaba ya ocupado por él, el rostro, tomado por asalto; él estaba ya instalado ahí, complacido e indolente, con su tabladillo puesto para siempre, representando la farsa de uno, su versión definitiva del alma. Uno no tiene opción: uno cae en la cuenta de que ni siquiera puede poner su propia cara. Uno tiene que confiarle el trabajo a este comediante, siempre listo para enredar y traicionar con sus recursos de feria, sus groseros binomios goce-dolor, furor-dulzura, fastidio-interés y las pobres combinaciones imaginables. Otras emociones, otras sensaciones –para no hablar de las figuraciones de la imaginación, de las representaciones intelectuales– tienen que abrirse paso como sea, equívoca, malentendidamente, dentro de este repertorio de muecas. Parodiante, entonces, histrión entrometido en la propia carne, invasor de un espacio, usurpador de unos significantes con los cuales uno podría haberse significado en el momento oportuno: tarde, es cierto, cuando al fin uno sabía lo que quería significar. Impostor. Evitar el encuentro que él busca, ahí detrás de la espuma, en estos momentos de debilidad, con su airecillo humilde y conciliador, es ante todo confirmar cotidianamente y desde el primer momento del día, la determinación de desautorizarle; de frustrar sus tentativas de hacerle sentir a uno y en última instancia ser, eso, lo que muestra. De creerle, hace ya mucho tiempo que uno se consideraría un muerto, o un aparecido; es decir algo que hace mucho dejamos de ser o de pensar que éramos; reduciríamos el ser a las operaciones más o menos rotatorias de su pobre mecánica: eso de dejar caer el labio inferior y abatir los párpados sobre la mirada desfocada, por ejemplo, querría interpretar un estado depresivo; por el contrario, la expansión de la boca hacia los bordes y hacia arriba, haciendo remontar la carne sobre los pómulos, pretendería dar cuenta de un estado eufórico. No. Allá él con su juguetería gnómica; a estas alturas uno no está dispuesto a dejarse trampear por las apariencias que a él se le antoje dar de uno. Uno no puede aceptar sus hechos consumados: sus ojos, su nariz, su boca, su armazón de huesos y piel y pelos, distribuidos y conformados implacablemente a su antojo, a perpetuidad, antes de que uno se diera cuenta de nada, con el más soberbio desprecio por la propia libertad. Uno tiene que buscar otros caminos para mostrarse; uno tiene que decir las cosas al margen de él: para empezar, sonreír fuera de él, evitándole; encolerizarse sin su participación, sin permitirle mover un solo músculo, y así en todo lo demás, prescindiendo de sus pantomimas. Hay que expresarse con medios

hechos a la ocasión y a la medida de lo que haya que expresar: inequívocos; acostumbrarse a reconocer su propio reflejo en otra superficie, interna, tan cambiante como es la vida de uno, como los sentimientos y pensamientos van cambiando. En cuanto a este ocupante, que al fin se ha hecho carne y parte de uno, hay que tratarle como tal: con la distancia y la tibia reticencia apropiadas, despojándole de toda autoridad expresiva y reduciéndole a un rol exclusivamente funcional. En suma, cada cual en su sitio y allá él en el que ha usurpado, y aprovechar cada ocasión y principalmente estos encuentros matinales para ridiculizarle: espumarle así, grotescamente, abrirle surcos infamantes con la maquinilla, darle un aspecto de oveja trasquilada; sacarle sus mocos, sus legañas, su grasa, su pelambre, toda su porquería de tirano cebado y engreído. Pagarle con la misma moneda: considerarle a él el otro. Una especie de tercera persona gramatical.

5. Interpelación al Presidente

En este estado de ánimo sometido a situaciones tan confusas y reacciones de efecto tan provisorio, que le dejaban por último en el mismo punto de vulnerabilidad inicial, Hache cedió al deseo, repentino, de tomar un baño en vez de la ducha acostumbrada. Rápidamente desconectado del mundo exterior por los ruidos del calentador y de ambos grifos abiertos, en la medida en que el agua iba cubriéndole el tronco y subiendo por sus piernas dobladas, se reconoció aproximándose a la primera situación matinal interrumpida mientras meaba, y ya casi olvidada; la temperatura del agua y el vapor, que desdibujaba los contornos, recreaban fácilmente las condiciones apropiadas. Ahora el Presidente venía acercándose desde el fondo de la cortina de plástico, revelado por una débil luminosidad auroral, posiblemente cabalgando sobre el mismo balancín, Hache no discernía bien, todo aquello recordaba una sucia y nublada marisma, y como si el encuentro hubiera ya estado convenido de antemano, dijo en seguida: “Pero usted, compañero, cómo es posible”, e hizo una imperceptible pausa, solo para tener en cuenta que su discurso no era ni podía ser oral, que era simplemente un curso de significaciones, de emociones, de pensamientos, confluyendo a una velocidad que hacía ineficaces las palabras, y que ese curso efectivamente trascendía la propia intimidad y atrapaba la atención del Presidente, que a pesar de la ordinaria traslucencia verdosa del material le miraba grave, parpadeante. “Cómo es posible, un viejo zorro como usted, que pasó por todas las pruebas de la iniciación, las lides partidarias internas, los ardides de la derecha criolla y de la CIA, profundo conocedor de sus oficios y procedimientos ¿qué otra cosa esperaba usted? ¿La

intervención divina in extremis? ¿el ejército de ángeles galvanizando en el momento crucial al enemigo irreductible a la retórica? Ay, estaba bien que usted dijera todo eso en sus discursos: ¿quién no comprende los rigores y los excesos semánticos de un hombre de Estado y, por otra parte, el poder sugestionante de las palabras? Que inspirado por la musa estatal –la misma, sí, la venal, que usted, indulgente, mantuvo en su puesto–, usted intentara operar un cierto encantamiento de la historia: exorcismos de las fuerzas del mal, fe sacralizada en las del bien; todo eso era entendible, simple, porque entre otras cosas tenía la vieja función del sortilegio: a fuerza de repetir y repetir fuerzas armadas profesionales y leales, respeto a la constitución, violencia revolucionaria contra violencia contrarrevolucionaria y otras fórmulas de la cábala, eso podía tener los efectos, nunca despreciables, de todo conjuro. Todos éramos cómplices de lo maravilloso y todos le entendíamos; pero entendíamos también que una cosa son las palabras y otra cosa las acciones que puntualmente las implementan, y nadie necesitaba pasarse de listo para estar seguro de que usted, compañero, entre tanto, hacía cositas concretas, tomaba las debidas precauciones, y que llegado el momento de la verdad sacaría sus cartas de la manga. Secretos de Estado, claro, nosotros no deberíamos saberlo hasta el momento justo, pero creíamos saber que usted tenía la respuesta. Usted les conocía ¿no? con pelos y señales, usted había jugado a los indios con ellos en su lejana infancia, para no ir más lejos; y si no, si no les conocía a todos, usted no estaba solo ahí arriba, junto a usted estaba el pueblo: como usted decía: el campesino, el minero, los empleados, los soldados de la patria, los niños, las mujeres de la patria, los intelectuales; y los partidos revolucionarios, la crema, compañero; y lo que es más, detrás de usted una experiencia y una teoría de la revolución y de la contrarrevolución y encima las advertencias de Fidel y tantos otros. Y no pocos recursos de poder, de tediosa enumeración, que usted bien conoce, y otros de vigilancia y de información paralelos que todos suponíamos conocer, y miles de valientes en primera fila dispuestos a dar la vida por el proceso revolucionario. En suma: en esta historia no hay ningún ingenuo ni desavisado. Desde el primer minuto cada cual conoce su rol y a su vez conoce el rol de los contrarios. Usted sabe sin el menor fantaseo el curso que van a seguir las cosas, porque sabe aun mejor que nadie lo que está en juego: es en esas condiciones que confiamos en usted y usted asume esa confianza. Desde entonces, al menos una cosa es diáfana: antes que nada, usted ha puesto en marcha el aparato de vigilancia necesario; podrán acabar con nosotros, es bastante probable, pero sabremos sin equívocos de dónde vendrá el golpe y quiénes lo van urdiendo. Usted sigue paso a paso los movimientos de los agentes y conspiradores, de sus ideólogos y

financistas; uno le imagina a usted, a fin a cuentas, divertido, observando sus nocturnos complots, sus torcidas andanzas sediciosas, y luego, en las mañanas, llamando a los generales y confrontándoles, sarcástico, con sus juramentos de lealtad y sus planes de pacotilla al descubierto, sus claves, sus contactos, puteándoles incluso con esa voz en la que usted sabe combinar la severidad del tribuno con la ironía del pater todavía cachondo. Porque nadie va a tragarse eso de que usted estaba en la luna, o de que con la temeridad redentora de la confianza otorgó su confianza a quienes tenían el oficio de tarde o temprano masacramos. ¿Es que se dejó usted llevar por la soberbia verbal: usted entiende: la que consiste en ser víctima del encantamiento del propio discurso, que estaba destinado a desarmar al enemigo? Dése cuenta, compañero, esto no puede ser. Hay aquí (para decirle un sentimiento de la manera más delicada posible) un vacío racional: el pueblo, aun alejado como estaba de los negocios del gobierno, le señalaba a usted los enemigos y le pedía mano dura, y cuando éstos se levantan en armas, usted, escandalizado e iracundo, y ya frente a la muerte, les acusa ante la historia de felones. Bonita cosa, descubrir al final, cuando ya no hay vuelta, como en cualquier honesto drama de moraleja, su decepción: es decir, su confianza traicionada; acceder solo entonces a la lucidez. Así, usted confiaba en ellos. Pese a toda la historia y la experiencia y el clamor popular, usted insistía en creer que aquí éramos diferentes, un paraíso de caballeros y usted el árbitro, ¿es así? Aunque no sea exactamente así, este asunto no tiene esa claridad meridiana que usted invocaba, entre otros preceptos favoritos, en su locución: la página que usted quiso escribir en la historia no tiene pies ni cabeza. Hay aquí un problema de duplicidad de roles que confunde y desanima a la imaginación. Tenemos que recapitular, compañero: básicamente, hay dos historias que no pegan. Por una parte, usted es consciente del riesgo de la empresa, sabe dónde están los enemigos y de dónde puede venir el golpe; por otra parte, para evitarlo, usted ni les enfrenta ni les desarma: piensa que eso podría precipitarlo; en cambio, intenta captarles y comprometerles y les confía precisamente a ellos su defensa y la nuestra; y para concluir, cuando ellos hacen lo que siempre estuvieron llamados a hacer y no lo contrario, solo entonces usted empuña las armas contra ellos y termina su vida llamándoles traidores. ¿Traidores a qué, en buenas cuentas? Compañero, no solo la soberbia verbal le ha perdido a usted, arrastrándonos en un despeñadero de palabras a estos abismos; usted ha ido aun más lejos en su trágica ceguera, hasta incurrir en aquel pecado de soberbia moral que consiste en la pretensión de imponer la lealtad al contrario. Pero hay más: fracasado el hechizo de su retórica en la práctica del mundo real, usted no renuncia a ella para los manejos del mundo

ficticio. En los momentos amargos de la derrota usted nos habla, y entonces nos condena a ella, a la retórica, por segunda vez, trasladando así nomás, con arte, el triunfo fallido hacia un futuro utópico, enviándonos a todos para el país de Babia, justamente de donde con tanto esfuerzo habíamos logrado rescatar nuestras aspiraciones para vivirlas hoy. Entonces, despechado, y en el desolado interregno de los dos discursos, usted empuña las armas, pero, ay, cuando el enemigo ya tuvo todo el tiempo y la libertad de saltarnos al cuello, aquí y en esta vida de todos los días, y cuando las armas solo sirven para cumplir esa extrema función de la retórica que consiste –acto sin duda heroico– en morir por ella. ¿Hay otra manera de entenderle? ¿Nos deja usted la opción? ¿Podemos imaginar que anidara en su espíritu de curtido y avezado navegante político, por ejemplo, el candor? ¿Un viril candor, qué duda cabe? Pensemos por un momento que es así; pero ¿no es lo mismo? ¿No hay un punto en que la soberbia y el candor se juntan y hasta se complementan, con idénticos resultados? Pensemos atolondradamente que un buen día usted se larga a abrir la otra vía al socialismo como quien parte a enderezar entuertos, proteger viudas y vengar doncellas; que con los años usted ha olvidado un poco a Marx, lo que aquí, tan lejos de la Historia, no es tan grave, y entonces piensa que puede darse la libertad de corregirla: a fin de cuentas, con el largo viaje, la ideología burguesa nos ha llegado un poco alicaída, y en el campo bordado de flores (que es la copia feliz del Edén) se nos ha puesto bonachona y traviesa; por lo tanto, todos tenemos o vamos a tener, con un poco de música y buena voluntad, los mismos intereses y las mismas emociones, y salvo un puñado de oligarcas, claro está, los mismos enemigos: el Imperialismo y las Multinacionales. Pero usted no solo quiere corregir la Historia: se instala en ella, y entonces viene eso de empezar a permitirse familiaridades y de arrancarle unos dudosos favores. Hénos ahí eximidos de las gabelas de otras sociedades: los ejércitos y policías, entre nosotros, no solo pueden ser redimidos de su sino, sino que con un poco de tiento y mimos pueden convertirse en los ángeles guardianes de la revolución; y la derecha, prisionera del Sentido y la Moral de su propia ley, administrada por usted, se resigna a perder la propiedad y el poder con la cara imperturbable del conde que pierde su fortuna en una noche en Montecarlo. Está bien: su idilio histórico alcanza una excepcional duración, pero las cosas se complican en la medida en que entre tanto y sin más vueltas, con usted y a veces incluso adelantándonos a usted, el pueblo vamos haciéndonos justicia y recuperando (no, esto último no es cierto), inventando la libertad; casi medio país –triste es decirlo– se levanta o es levantado contra nosotros y usted, consternado, no concibe nada mejor para acallar al adversario que llamarnos a marchar por las

calles: enarbolando banderas y estandartes desfilamos por horas ante sus cerrados balcones del enemigo hasta llegar al suyo, donde usted con los brazos abiertos nos acoge; gritamos y cantamos hasta quedar afónicos, y en este ritual de la marcha y de los gritos los pasos de cada cual se pierden en la moción de un solo paso multitudinario que retumba y avanza a la victoria, y las voces de cada cual no se oyen, solo el clamor de toda la muchedumbre saliendo de la propia garganta: he ahí alrededor nuestro la ciudad exorcizada y usted y nosotros fascinados con el poder de nuestro ensalmo; por unas horas somos los más fuertes y los ejércitos del mal retroceden hasta sus tinieblas. Pero no solo eso: en nuestra selva de carteles y lienzos, con nuestros simples trazos de tintas rojas, de tizas, de alquitrán, todos los enemigos mueren, toda la justicia se cumple, toda la libertad queda conquistada: los capitalistas cuelgan ahorcados, con grandes signos monetarios en sus pecheras fláccidas; los patrones con sus tongos y levitas escarolados, echan fuego por el culo; los momios corren a la corrupción de sus tumbas, perseguidos por las populares armas; el imperial monigote, con sus barras y las cuarenta y tantas estrellas a lo largo del cuerpo de dragón, revienta como un gusano bajo los pies de campesinos y mineros; y la serpiente de la conspiración se retuerce impotente, en el aire, cogida por el águila de la organización obrera; súbitamente hercúleos, los obreros rompen sus cadenas, cortan los alambrados cercos, asaltan y echan a andar sus fábricas, sus locomotoras, transportan sus frutos, sus barras de metal, hacen surgir, floridas, sus escuelas y casas, danzan con sus mujeres y los soldados hermanos; y aquí y allá sonríen el Che, Fidel, Ho, y usted sonríe allá arriba, en el balcón, nos aprueba con el brazo en alto, mira nuestras banderas, nuestras victorias iconográficas y guturales, y sin duda su espíritu, alimentado por esta fuerza terrible que proyectamos hacia su balcón, enciende sus palabras: usted nos nombra y suma y en el silencio de la plaza y de las avenidas, a través de los altavoces, sus palabras son la confirmación suprema y embriagante de nuestra fuerza y, sin que nos demos cuenta del prodigio, nos devuelven engarzado e hilado, con la maestría de un orfebre, lo mismo que hemos proyectado hacia usted, pero con el brillo tangible y festivo de la victoria; usted fustiga a los demonios, les amenaza, les acoquina, pero en verdad usted refluye nuestra energía masiva hacia nosotros mismos: toda la fuerza sale de nuestros pechos y a través de usted vuelve a ellos para cumplir, en el misterio de la fiesta, al mismo tiempo la lucha, la victoria y la celebración. Y eso es todo. Luego enrollamos los lienzos y banderas, hacemos fogatas con nuestros cartelitos y nos dispersamos y volvemos a ser otra vez partículas inofensivas en cada una de nuestras aisladas habitaciones, y entonces solos, comprendemos que es usted, no el enemigo, el que ha caído bajo el hechizo del rito; usted, el que

nos había convocado para aplacarle es, a fin de cuentas, el único aplacado. Pero el curso de los hechos reales, de los que usted, el puente, nos aísla, sigue adelante, por eso mismo, inaplacable. En tanto que usted sigue viviendo bajo los efectos de nuestros poderes ceremoniales, los enemigos vuelven a levantar la cabeza, tanto más agresivos y determinados cuanto más confiados de lo vulnerables que somos en el mundo real. ¿Oía usted sus voces? ¿Oía usted las airadas voces que pedían su cadáver y los nuestros, que reclamaban sus bienes y su orden? ¿Veía usted, compañero, a lo lejos, las huestes de buches grasos y rojo plumaje de los camioneros y médicos graznando por el pronto reparto de nuestras entrañas? Y las otrora complacientes mujeres, la crema y nata de nuestros salones y paseos marítimos que tantas veces turbaron su corazón, ¿no le turbaron esta vez con sus agudos gritos?, ¿con sus descompuestos rostros de ira, con sus uñas alzándose, ávidas de nuestros ojos? Y las orugas de los tanques que jugaban alrededor del palacio y los ensayos de asalto militar a una que otra fábrica, ¿no le decían nada? ¿No llegaban a sus oídos, compañero, no llegaban los primeros alaridos de los campesinos acróbatas, paseados por el aire, colgando de largas sogas atadas a los helicópteros?, ¿los primeros aullidos de las primeras víctimas desolladas, justamente por intentar gritarle a usted la verdad? Los generales y policías que van a asesinarle y a cumplir la ejemplar venganza contra el pueblo siguen cuadrándose matinalmente ante usted, asegurándole que todo está en orden, y usted no puede nada contra el poder subyugante de la ceremonia. Su misión es ésa: la de ultimarnos, y usted parece sometido a la fatalidad de una conocida tragedia clásica y a la vez convencido de que una vez concluida puede darse una ducha y venir al foyer a beber un scotch con su asesino. ¿O es usted, de nuevo, el que cree llevar el juego? ¿Por qué usted necesita creer, o hacerles creer que cree y, de paso, hacemos creer en la fidelidad que le juran? Allí, en el cajón de su escritorio o donde usted mejor recuerde, tiene la lista de los conjurados y, aunque falte uno u otro signo, usted prefiere no mover un dedo. ¿Qué espera, compañero? La hora fatal se aproxima y usted que sabe, que tiene que haber sabido siempre, no nos dice una palabra. El secreto de nuestro destino queda protegido por su último sueño. Entre tanto, ya el ataque ha comenzado; quizás los primeros ruidos de la máquina bélica han quedado ahogados por esa banda de músicos que pasa ante su balcón: botones y paramentos dorados, bronces de las tubas y clarines, estrellados estandartes: son los expertos auxiliares de la CIA que van a bombardear su palacio y han entrado al país sencillamente disfrazados de ese modo. Usted no nos dice una palabra: místico de la democracia y de la razón de Estado, usted se ha refugiado en su culto solitario. No, compañero; estos miles y miles de conciudadanos con los huesos

quebrados por la metralla, quemados y sepultados a plena luz del día; estos que todavía flotan en los ríos, castrados y destripados; estos que van muriendo poco a poco en los sótanos de tortura y, en fin, toda esta carnicería y el terror y lo que va a seguirle son, sin más vueltas, el resultado de la guerra que usted no quiso hacer: de su evasiva, de su temor, de su enmascaramiento de la guerra. Porque es de la guerra de lo que se trata aquí y de su empeño por desfigurarla, por convertirla en algo tan parecido como fuera posible a la paz. ¿No intenta usted modificar la Historia, para librarnos de sus inconvenientes?, ¿demostrarle al mundo que nosotros, pequeño y remoto país, somos capaces de cambiar la sociedad, de nacionalizar las riquezas, de expropiar las tierras y los monopolios, de redistribuir la renta y de romper el orden represivo con buenas maneras, siempre al amparo de la ley y sin ánimos de ofender a nadie, y por lo tanto sin dar fundamentos formales a la rebelión? La guerra que hacemos no se llama guerra y en consecuencia usted espera que la respuesta se acomode a nuestra discreción. Y en la medida en que vamos conquistando el terreno con estas armas simuladas y otras disimuladas también, la otra, la innombrable, la guerra que es el enfrentamiento de hombres concretos que disputan y defienden el poder con las armas que efectivamente tienen en las manos, queda cada día postergada, velada por los discursos y las maneras jurídicas, sofocada por la mentira. Y a falta de un terreno real donde volcarse, el odio se va acumulando en el corazón del enemigo. Y a falta de un terreno donde haberse batido con él cara a cara, el ímpetu de nuestras propias conquistas disminuye, porque ¿quién le ha visto jamás la cara a un oligarca, quién ha tenido frente a sí a un imperialista? Son fantasmas, compañero, que hemos representado en nuestros murales, en nuestros cartelitos. Así la guerra madura, acumula energías de réplica y va siendo ganada secretamente cada vez que usted cree haberla diferido. Nuestra derrota, pues, está engendrada en las mismas condiciones en que usted ha encaminado la victoria: usted pone en movimiento todos los factores objetivos que llevarán a la guerra y al mismo tiempo induce nuestros espíritus y nuestros brazos a la paz. Sus actos se anulan fatalmente, y la libertad y la justicia que conquistamos no llegan a ser sino un paréntesis, una ventaja en el tiempo, una fiesta arrebatada al enemigo en un momento de descuido, que tendrán que acabar cuando venga el contraataque, cuando fracasen sus negociaciones de paz. Cierto, usted saca cuentas, usted llega a preguntarse: ¿cuántos muertos?, ¿cuántos muertos significaría llamar al enemigo enemigo, a la guerra guerra, y asumir cada cual al descubierto su lugar en el bando que le corresponde, con las armas correspondientes? ¿Cuántos públicos monumentos, cuánta familiar concordia, cuántas veneradas instituciones destruidas? ¿Y su

responsabilidad ante la Historia? Usted se cubre el rostro, horrorizado, usted se deja minar por los escrúpulos, y ahora, cuando hemos avanzado todo lo que permitía el desconcierto del contrario, ahora que éste, saliéndose de la norma impuesta contraataca, usted echa marcha atrás, usted rehúye los primeros golpes, usted concilia, a la buena de Dios, hoy aquí, mañana allá, los diversos choques que están a punto de encender la hoguera; usted corre de un lado a otro, aplaca, halaga, y si es necesario sacrifica posiciones para ganar unos días más de paz, que son para el enemigo unos días más para perfeccionar el ataque definitivo. Pero, ya ve usted: aquí están, porfiadamente muertos, los muertos que usted no quería, y lo que es peor: en una guerra que no tuvo sentido, preparación ni lugar; aquí los vencidos, que de un modo u otro también vamos a morir; aquí la libertad y la justicia por las que usted, qué duda cabe, lo dio todo: lindas memorias póstumas de unos días de fiesta. La inocente pregunta es, entonces: ¿para qué haber comenzado todo esto?, ¿para qué, si no se iban a enfrentar las consecuencias, tan de sobra previsibles? ¿Cómo entenderlo sino admitiendo que usted de verdad cree en la captación o en la pasividad del enemigo? ¿O en última instancia en su lealtad al propio discurso? No queda, compañero, sino fiarse en su profunda fe en los hombres y las instituciones adversarios para entender con sencillez sus palabras y sus actos finales: el despecho con que usted, hombre de honor, denuncia la traición; la ira con que usted, hombre de paz, coge las armas cuando el enemigo arteramente asalta. Finalmente, todo se juega, entonces, en el campo del honor, y en este punto es usted, compañero, el que debe admitir que nosotros no podemos seguirle: ése es uno de los sentimientos que no están a nuestro alcance: el honor no forma parte de nuestras necesidades vitales. Usted asiste a la revelación del enemigo por obra y gracia de la traición; nosotros, inmersos en la trivialidad brutal de su trato, no tenemos necesidad de esa experiencia trágica. Usted se insurge en el momento de la derrota; nosotros esperábamos cada día su voz para insurgimos con el fin de asegurar la victoria. En buenas cuentas, como sea, ahí le tenemos a usted, muerto; muerto y perplejo por la realidad que le sobrevive: nosotros, compañero, no sabemos qué hacer con su muerte y con su honor incólume. Son cosas que nos quedan, desgraciadamente, grandes. Usted muere luchando, compañero, allá en lo alto, como los legendarios héroes; en un espacio mítico y defendiendo cosas cuyo sentido casi definitivamente escapa a nuestra comprensión: cosas como El Deber, La Lealtad, El Honor, valores de la clase dominante cuyo uso nunca hemos podido reivindicar ni podremos hacerlo mientras no tengan un sentido al margen de la propiedad y del poder. Usted no podrá jamás explicarnos, pese a sus esfuerzos, la oportunidad de su batalla y el alcance de su muerte, ni

menos el conflicto real entre sus humanas emociones y los requerimientos de la epopeya, en esa fatídica mañana. Porque a fin de cuentas ¿qué es eso, lo que le impulsa a usted, solo en las últimas horas de su vida, a tomar las armas?, ¿qué es si no un acto de delirio moral? Recuerde aun: en aras de la paz usted cedía terreno; se negaba a cortar cabezas, dejaba que los espías espiasen, que los complotadores completaran y, hasta lo último, que las mentiras de sus generales tranquilizaran sus noches; para no insistir: usted pierde la guerra porque la elude, pero, cuando se ve perdido, la declara. Solo cuando se ve cogido en la trampa, con sus propias defensas sorprendidas y, por su propio deseo, desarmadas, usted toma las armas y se bate. Nadie sabe hasta hoy qué busca usted con esta singular batalla. Porque usted se bate en la ratonera. No para ganar de una vez por todas el poder y hacer la revolución, no para vencer y hacer posible sus aspiraciones y las nuestras. No. Su lucha nos devuelve a la infantil iconografía de los tiempos míticos, donde los héroes asumían la muerte como único reparo posible y sublimación de la derrota. Su única mira, compañero, en esa matinal contienda, es la de morir con honor y dar –además de lo ya dado al enemigo– un ejemplo moral. Entonces, en el fragor de la lucha, usted olvida algo: usted arranca la lucha de su sentido social y solidario, usted se apropia de su función de liberación popular, usted la enajena una vez más de nuestras manos y vuelve a convertirla en puro acto excepcional, individual y simbólico, en gesta heroica de un hombre, en sacrificio sublime, en algo que –quién va a negarlo– halagará nuestros sueños en estos años de opresión y miseria, porque usted, después de todo el hartazgo científico, vuelve a predicar nuestra salvación en el reino de la utopía. Helo ahí, esa mañana, corriendo con su metralleta y su casco de guerrero por los salones humeantes del palacio: usted despliega estratégicamente a sus fieles amigos, pone a salvo a las frágiles mujeres y dispara sin vacilación contra los tanques y los tronantes aviones: las bombas caen y a usted, compañero, ya no le queda nada que negociar; salta sobre las llamas, imparte coraje, auxilia a los primeros heridos y se prosterna dolorosamente ante los que caen. Usted ya ha difundido su postrer mensaje al pueblo y está persuadido de que enfrentar la muerte, en los próximos minutos, es su único deber; más aun, de que es un doble deber: ante el enemigo y ante nosotros. Para ellos, su muerte debe ser una sanción moral, una eterna condena que turbe sus conciencias; para nosotros, un acto de fe, la garantía de que podemos trasladar la fe invertida en el presente, donde al fin y al cabo transcurre nuestra vida, a ese más allá histórico que nos pone, sorpresivamente, por rumbo. Cuestión de flexibilidad dialéctica: es el momento de la antítesis, obra de la traición y el crimen, y no nos queda sino confiar en el próximo movimiento de la

historia. Usted ve las grandes alamedas del cielo popular por donde asesinados y sobrevivientes, flagelados y exiliados, irreductibles, volvemos a marchar juntos, y dentro de aquel gigantesco lienzo del triunfo final que cubre el horizonte usted anticipa los contornos llameantes de su propia imagen, que nos ha conducido hasta tal triunfo. Dentro del bélico entorno usted siente la proximidad milenaria, radiante, de la justicia compensatoria de su sacrificio; usted se enternece ante el propio sacrificio y entonces el acre olor de la pólvora, el tableteo cada vez más íntimo de la metralla, los gritos de dolor y los insultos de los combatientes, el crepitar de las llamas, esos techos y muros que se derrumban, exhalando tantos efluvios patrios, revelando tantos revestimientos de la república, y ahora el inminente asalto enemigo, todo eso inflama sus sentidos; y usted alcanza al fin ese estado de sagrado paroxismo, de exaltación sensual y espiritual, de ira mística del guerrero; y en ese estado de suprema generosidad y embriaguez su imaginación también se desprende de la suerte misma, efímera, de la lucha inmediata, y usted dispara allá lejos, hacia los confines de la Historia, cada vez más lejos, para decidir la suerte de esa otra batalla, la verdadera y la final, que usted remplazará en nuestra imaginación y que nosotros a la vez proyectaremos en la imaginación de nuestros descendientes; y, por último, descubriendo su pecho a las enemigas balas que lo perforan, usted siente, antes de caer, que esta muerte que rápidamente fija y eterniza sus imágenes, no es sino la condición temporal para estar presente en el momento triunfal que nos reserva privilegiadamente aquella Historia. Y entonces usted no tiene para qué saber que entre tanto nosotros quedamos aquí, viviendo la trivialidad del crimen y del despojo y del terror. Usted se aleja, compañero, viaja a una velocidad inhumana sin más propósito que el de estar pronto para esperarnos en ese futuro al que supone que sabremos llegar, y en ese sideral espacio posiblemente no oye ni comprende nuestros cotidianos ayes y asombros de hombres librados a la masacre. Usted cierra los ojos y en aquel mundo de los héroes ya no puede ni debe comprender que aquí abajo, en este hoy y ahora de cada día nuestro, en los instantes cronológicos de cada separación, de cada orfandad, de cada agonía, su muerte no sirve prácticamente para nada. Mientras usted trasciende nosotros refluimos. Su muerte es un lujo, compañero, el último y más dispendioso derroche de nuestra libertad y de la esperanza de recuperarla. Porque si a usted le tembló la mano para apretar el gatillo cuando las condiciones podían sernos favorables, ¿a qué tanto disparo y coraje cuando ya todo está perdido? ¿No había en ese instante la opción de un coraje más alto que el de enfrentar la muerte: el de comprender el error y declararlo?, ¿el de pensar que su vida era el único medio de enmendarlo, de proponernos otro camino? ¿Olvidó

usted también, en la embriaguez feérica de la batalla, que los héroes son pura referencia de nuestra nomenclatura urbana, de nuestros calendarios, puro pretexto y metáfora de nuestros muros y de nuestra poesía? De todo lo perdido esa mañana, compañero, quizás su vida era lo único que usted hubiera debido salvar; con menos honor, es cierto, pero con la posibilidad de que ella, en este instante, estuviera atenuando nuestra frustración, quizás convirtiéndola otra vez, poco a poco, en esperanza; con menos heroísmo o sin ninguno, pero con más expectativas de rehacer esta difícil unidad y voluntad de los oprimidos, que ya usted mismo, al vacilar en representarlas hasta sus últimas consecuencias, comenzó a romper. Porque, precipitándose usted a la gloria, ¿qué nos queda? ¿No sería más útil saberle a usted por ahí, en un lugar de la tierra, haciéndonos llegar su voz, planeando y proponiéndonos una reconquista real de la libertad, en vez de inmortalizarse así nomás? Porque su muerte, compañero, lo fragmenta todo y nos conduce otra vez al origen, a la reinvención de la política. Y además lo sacraliza todo, lo bueno y lo malo por igual. Póngase en nuestro lugar: para responder a la infamia enemiga, a la negación, y para sobreponemos a nuestra propia soledad, tenemos que hacer de usted un ejemplo de virtud; no nos queda otro recurso que magnificarle. Dése cuenta. Usted ata nuestras conciencias con su muerte; nos convierte en sujetos forzados de su culto, en conspiradores idílicos de nuestra contradictoria experiencia común. Y nos hace difícil, y a medida que pase el tiempo más difícil aun, decirle a usted estas cosas, si no es en el secreto del cuarto de baño. Por lo demás, usted no está en la gloria para oírlas".

X

1. Registro del barrio

Registro del barrio. Nadie puede salir de su casa durante todo el día. Obligados a damos vueltas por los cuartos, a alargar los minutos, a alternarnos en el uso de los diferentes asientos. Si uno mira desde la terraza puede ver cómo, desde lo lejos, lentamente, los edificios ya registrados vienen siendo señalados con sábanas blancas que se descuelgan de los balcones, las ventanas, las terrazas. El avance de ese embanderamiento de sábanas es casi inmensurable, si uno se queda ahí, mirando. ¿Qué quiere decir? ¿Territorio expurgado, purificado? ¿Señales para evitar repeticiones a los equipos registrantes? A media mañana, cuando descubrimos los primeros bloques con sus sábanas aleteando, como una fiesta expansiva de la purificación, hacemos nuestros cálculos: considerando que estas cosas siempre se inician al amanecer y teniendo en cuenta el espacio ya empavesado, concluimos que, a esa velocidad, nuestro turno no va a correspondemos hasta últimas horas de la tarde. Tiempo de sobra, entonces, para ocultar los papeles restantes, para poner orden, para reexaminarlo todo. Poco después, sin embargo, nos damos cuenta de la estúpida ilusión: aunque falten horas, ocho, diez horas para que ellos lleguen, uno no puede emplear este tiempo en nada útil para sí. Es un tiempo que nos usurpan, que nos succionan desde lejos. Está la anticipación del miedo, la prefiguración, irresistible cada minuto, de lo que será esa patrulla pateando la puerta ahí abajo, subiendo a trancadas con sus armas, irrumpiendo aquí adentro, los rostros escandalizados y ávidos del misterio en sí que es esta casa, cada cual repartiéndose por sus vericuetos, unos abriendo alacenas, otros subiendo al palco, otros palpando muros, volcando cajones. Está la adivinación del miedo de los otros en cada uno de los registros que se suceden, minuto a minuto, y con mayor razón del miedo de los que, desprevenidos, han sido sorprendidos con el objeto delictivo, vaya uno a saber, papeles, periódicos, cartas, viejas armas, armas simplemente, y que con los brazos en alto van bajando las escaleras a empellones, subiendo a culatazos en los camiones. De hecho, el registro comienza mucho antes de que ellos lleguen; paulatinamente vamos también anticipando

y asumiendo su propia irracionalidad. Luego de una primera revisión y separación de las cosas que nos parece necesario destruir u ocultar, de tiempo en tiempo nos asaltan las dudas, la necesidad vehemente de reconsiderar nuestros propios criterios selectivos: ¿no hemos sido demasiado indulgentes, no hemos supuesto una excesiva tolerancia? Recomenzamos, y cada vez vamos extremando las precauciones. Siempre se nos escapa algo, un póster de mayo 68, un libro de reproducciones de Goya. Eso no tiene fin. Un helicóptero sobrevuela el barrio vigilando nuestras posibles tentativas de ocultamiento de objetos. Vamos a la terraza y volvemos, monótonamente. No son las horas las que hacen avanzar el día, sino la progresión de las sábanas hacia nosotros, de balcón en balcón, de terraza en terraza. Toda una parte del barrio, desde el oriente, flamea fantasmalmente purificada, y nosotros, los que estamos en esta zona de duda, sentimos como si la desnudez de nuestras ventanas y terrazas confirmara las sospechas que pesan sobre nosotros, las culpas que disimulamos; como si esa desnudez fuera ya en sí una culpa. Entonces, quisiéramos que ya hubieran venido y que nuestras sábanas, atadas a las barandas de la terraza, flamearan estrepitosamente al viento y fueran visibles desde cualquier punto del cielo y de la ciudad. Pero, claro, Eva cae en la cuenta: sábanas blancas, no tenemos ninguna. Ni siquiera la posibilidad material de manifestar una eventual absolución.

Cada nueva sábana al aire son unos metros más hacia nosotros, unos minutos menos para nuestro tumo. Poco a poco va quedando claro: el tiempo se cierra. Aun si hoy no pasa nada, luego ya no quedará tiempo disponible. Estoy demasiado retrasado en el viaje desde el pasado con respecto a este fin inminente del presente. El presente terminará un día de éstos con mi salida física de él y todo lo que ha venido condicionándolo, y entonces la fluencia desde el pasado quedará trunca. Hay esta incongruencia en la velocidad de los dos tiempos: la vuelta desde atrás es demasiado lenta y titubeante, y el desenlace de la acción presente demasiado rápido. Ahí están, ocultos bajo la trampa de la cocina, esos fragmentos rescatados y aprehendidos al azar de la evocación, que sobre todo consiguen llamar la atención sobre los vacíos que median entre sí. El tiempo necesario para llenar esos vacíos no corresponderá al tiempo efectivo del presente, que toca fin. Yo pensaba estar marchando por dos caminos, el del pasado al presente y el de este presente inmediato, que tendrían que desembocar simultáneamente en un mismo punto para fundirse. Pero hoy comprendo que he calculado mal. Ahora que la acción presente se precipita ¿cómo apurar la marcha de las acciones pasadas? ¿Cómo recuperar los pedazos que restan atrás, aunque no fuera sino para comprender el conjunto de su fragmentación? O bien ¿cómo frenar el presente?, ¿cómo retardar el cierre del tiempo? Pero no solo

eso: las dificultades de convivir con el propio pasado: Eva paseándose enfrente mío. Hache respirando por mí.

A media tarde medio barrio aletea frenéticamente, como a punto de abandonar la tierra. Hoy, día perdido.

2. Viaje a La Ligua

Es al final de la calle Puente, en una callejuela próxima a la estación Mapocho, de donde parten los autobuses a La Ligua. Toda esa parte de la ciudad está abarrotada de vendedores ocasionales que poco a poco se han establecido en los bordes de las aceras con tiendas armadas de cajones vacíos y techadas con colchas que quizás por la noche vuelven a cumplir su uso apropiado, o telas plásticas de colores. Prácticamente no queda espacio para caminar, como no sea siguiendo el lento y confuso desplazamiento de la masa humana que ocupa el trecho de la acera existente entre las casas de comercio establecidas y los puestos de venta improvisados. Aventurarse por la calzada equivale casi a un suicidio: los autobuses urbanos compiten en carreras frenéticas, en dobles filas, con racimos de pasajeros colgando de sus puertas. Allí se vende cualquier cosa, pero lo que llama la atención son esas maniáticas reproducciones en plástico de productos naturales y objetos que se encuentran unos pasos más allá, en el mercado, o en cualquier tienda: flores, zanahorias, peras, bananas de plástico; simulacros de televisores, de relojes, de teléfonos. ¿Quién compra todo eso? Pero hay también telas, zapatos, bolas de vidrio con flores en su interior, ingenios de hojalata para picar verduras, perros recién nacidos, pomadas para calcar tiras cómicas, corbatas, camisetas con los rostros del Che, de Allende, de la Jane Fonda, pasas, piedras pómez, boldo y, entre todo eso, sin disimulo alguno, todo lo que ha desaparecido de las tiendas, aceite, cigarrillos, transistores, la lista es larga. Aunque tiene tiempo, Hache trata de avanzar con toda la rapidez que permite aquella trampa de cuerpos y construcciones, como para empujar el tiempo, el largo tiempo insensato que tiene por delante. Es un día de trabajo, no más de las diez de la mañana, y el país se encuentra en plena batalla de la producción. Los hombres le ofrecen cordones de zapatos, hojas de afeitar, bolsitas de té, repuestos de automóvil, y él consigue avanzar sin comprar nada. Cuando llega, tiene que esperar a que terminen de cargar el techo del autobús con las compras de los pasajeros: cocinas, aparatos de televisión, sacos de harina, materiales de construcción, e incluso pequeños muebles, sin contar con los paquetes que desbordan las repisas interiores y que además se van amontonando alrededor del asiento del chofer. Piensa con desolación en ese día entero que va a perder en aquel pueblo insignificante, donde no hallará siquiera una taza de verdadero café, y

donde no está seguro de resolver absolutamente nada: es decir, traer de algún modo el auto averiado que dejaron abandonado en la plaza dos semanas atrás, Eva y él, de vuelta del viaje por el norte. El viaje, ahora, tiene algo de las características dramáticas de las antiguas partidas: el chofer ha hecho su aparición y los pasajeros se amontonan en la puerta de entrada, despidiéndose de sus familiares; adentro, unos se querellan por los asientos indebidamente ocupados o por malentendidos en su numeración; un niño rompe a llorar; alguien retrasado, cargado de bultos, llega a último momento, cuando el aparato al fin se había puesto en marcha; y por último, una gorda cargada de mercancías, sin duda para su boliche pueblerino, descubre que ése no es el vehículo que le corresponde. Con media hora de retraso el autobús comienza a abrirse camino por las calles atestadas de vehículos y gente. El propósito de Hache –ya que en esas circunstancias no es posible elaborar un plan– es el de buscar a cualquier precio un mecánico que haga las reparaciones esenciales para poder regresar con el auto de vuelta. Piensa que la aproximación de su felicidad depende de eso. Tiene claro que encontrará toda clase de dificultades y contratiempos, pero ahí sigue sonando, en sus oídos, la voz electrónicamente mediatizada de Eva, que le ha llamado la noche anterior desde Estocolmo para comunicarle su decisión de venirse. La voz no deja de repetirse desde entonces, como el mensaje revelador de otro planeta, y él se halla animado de una voluntad de resolver cualquier obstáculo que se le ponga por delante. En su entusiasmo, él le ha ofrecido enviarle el pasaje de venida, y al fin casi no ha conseguido dormir, imaginando las complicadas acciones que deberá cumplir para obtener el dinero. Pero le satisface sentirse así, resuelto a lograr algo, seguro de lograrlo a cualquier precio. Su voluntad se define y se proyecta solo en estos periodos de grandes pasiones, y él, recordando otras anteriores, se pregunta si en estas pasiones él no redime y expresa, en verdad, todas las pequeñas renuncias, resignaciones y fatigas de su voluntad en otros órdenes de la vida; si esta voluntad no es, al fin y al cabo, un desquite de su desapasionamiento cotidiano.

–¿No será usted el compañero de la CORA? –le pregunta abruptamente su vecina de asiento.

Sorprendido, Hache mira primero a su alrededor, como para asegurarse de que la pregunta le concierne realmente a él.

–¿Yo, señora? No, no, nada que ver.

Pero como la mujer evidentemente no ha creído en su distracción ni cree en su negativa, él siente ganas de disculparse por no ser aquél de la CORA y también de persuadirla de su error. Pero le da flojera distraerse en eso y apenas encuentra la fuerza de manifestar su pesar con una sonrisa. Quiere volver inmediatamente a sus preocupaciones.

–Porque si e' usté el compañero de la CORA –prosigue la mujer, estudiándolo con una cuidadosa desconfianza–, no tiene pa qué hacerse el leso, no e' ningún favor personal lo que tiene que hacerme. Que nos cambien nomá, de una vez por toa, las semilla de arroz por semilla de maíz. Mire qué fantasía, arroz querían que sembráramo, en ese piedregal que tenimo de tierra.

–Pero, señora, qué tengo yo que ver con la CORA –protesta Hache. Va a agregar algo para suavizar el malhumor de su respuesta, y como no se le ocurre nada se queda mirándola con una cara indecisa, casi culpable.

La mujer le da vuelta la cara, ofendida por su mentira, y se pone a hablar en voz alta con los pasajeros que tiene más próximos sobre ese escándalo de las semillas. No faltaba más, es como poner el dedo en la llaga: todos se solidarizan con la mujer y miran a Hache como el responsable que disimula su responsabilidad. Son éstos, dicen, los burócratas, los chupasangre de siempre, los que no dejan que los campesinos hagan producir la tierra, que los comerciantes honrados vendan. Envían semillas de arroz donde caen tres gotas de lluvia al año, repuestos donde no hay máquinas, técnicos donde no hay repuestos, voluntarios donde sobran brazos y solo sirven para quitarle a uno el pan; engañan al compañero Presidente y encima se gastan el dinero del pueblo viajando. De pasajero en pasajero se van sumando las calamidades, los abusos, las negligencias, las frustraciones, y todos miran a Hache, que finge no ser uno de los culpables.

Lo que más quiere Hache en esos momentos es volver a sumirse en ese caliente receptáculo que es su propio cuerpo, dócil todavía a las solicitaciones del sueño, y que la ensoñación –las arduas tareas que tiene por delante, los momentos vividos con Eva semanas atrás, la vida que ahora ciertamente van a hacer juntos– se vaya organizando y entretejiendo con esa fluencia dichosa, progresiva, que facilitan los paisajes de un camino. Pero se da cuenta de que el malentendido con la mujer y los otros pasajeros, la inevitable hostilidad, de consecuencias imprevisibles, que irá produciendo en ellos su silencio, amarrará su conciencia al exterior, a lo ajeno, obligándole a estar alerta durante todo el viaje y por lo tanto impidiéndole ese abandono a la propia intimidad, a esas ensoñaciones que se empujan por formarse, detrás de sus ojos. Además, reconoce que la hostilidad de la mujer y los otros pasajeros puede serle fatal en relación con el buen éxito de las diligencias que tiene que hacer en La Ligua o, más claramente: que una probable simpatía de la mujer y los pasajeros puede serle decisiva para solucionar todo de una manera feliz.

–Yo voy a La Ligua –dice, volviéndose hacia la cara de ella, ahora tiesa y taimada, y haciendo un penoso esfuerzo comunicativo– a buscar un auto que se me quedó averiado. Créame, no tengo nada que

ver con la CORA. A lo mejor usted conoce por allí a algún mecánico…

La mujer le mira de reojo, alarmada:

–¿Un auto, dice? ¿De qué color?

–Rojo –responde él de inmediato, pero en seguida se da cuenta de que, buscando establecer un comienzo de simpatía no ha reparado en el despropósito de la pregunta de ella.

–¿Y dónde lo dejó?

Hache nota una tensión en la nueva pregunta, algo que viene a ser como una forzada indiferencia para disimular un tenebroso interés. Se da cuenta, además, de que todos los pasajeros vecinos están pendientes de sus palabras.

–En la plaza –dice, y escucha una simultánea suspensión de los alientos alrededor suyo.

Recorre las caras asustadas de los pasajeros, busca los ojos de ella, esperando una explicación. Sus vecinos se cuchichean, inquietos, la mujer parece no atreverse a mirarle de frente. Por último se aburre de seguir prestando atención a toda esa pueril curiosidad campesina y deja caer su cabeza en el respaldo. Está tratando de olvidarse de sus vecinos, de retomar las visiones de su ensueño, cuando vuelve a oír la voz de la mujer, esta vez muy cautelosa, casi un susurro entrecortado por el miedo:

–¿Y eso fue… hace cuánto tiempo … que lo dejó … ?

–¿Quiere decir el auto?

–Sí, el auto rojo.

–Unas dos semanas –responde él, ya fastidiado, mirando hacia afuera por la ventanilla.

Sin mirarles, se da cuenta de que los vecinos voltean las cabezas, alejándose de él, y de que la mujer en sigilo se aparta hacia el borde del asiento. Luego la siente estudiarle con un miedo mal disimulado, de reojo; siente su mirada sobre sus manos, sobre la cartera que tiene sobre las rodillas.

–¿Por qué le interesa tanto todo eso?

Al fin se ha decidido a encararla; su tono es casi de agresividad.

Por un instante, cree que la mujer va a gritar. A punto de levantarse, la ve buscando con los ojos la ayuda de los otros pasajeros, como si él fuera a atacarla. Encoge los hombros, hastiado y molesto, y vuelve a mirar hacia afuera. A él, siempre a él tiene que tocarle esta clase de personas trastornadas que le desvían de su verdadero interés. Aparenta interesarse en los montones de escombros que hay al otro lado del puente del Mapocho, que ya han cruzado; calles inconclusas, basurales, muros de vagas fábricas o terrenos eriazos escritos o pintados en toda su extensión con invocaciones revolucionarias. Después de un rato vuelve a oír la voz:

–Qué pensará usted. Dios mío, una anda con los nervio de punta.

Todo anda patas p'arriba y corren tanta historia… Pero no tiene que hacerle caso a las mujeres, claro.

No es sino demasiado evidente que la voz ha cambiado: rezuma hipocresía. Tras esa melosa coquetería de última hora hay un fondo transparente de miedo y proyectos de traición.

–Yo solo le pregunté si conocía a algún mecánico en La Ligua –responde Hache, afectando indiferencia.

–Pero si en la expropiación tenimo al Pancho, que manija el tractor. Seguro que le va a dar una mano…

La mujer sigue diciendo algo más y prometiendo ayudas y Hache puede precisar mejor el carácter de su hipocresía: es como la voz que musita mimosamente para distraer, al tiempo que se va alejando en sigilo del alcance de la fiera para huir a toda carrera cuando considera haber alcanzado alguna ventaja.

–Gracias, muchas gracias –la interrumpe–; me deja usted mucho más tranquilo. Por ahora tengo mucho sueño, créame.

Y fingiendo cerrar los ojos se vuelve hacia el paisaje, se acomoda, haciéndole ver que no va a proseguir el diálogo. Tratará de olvidarse de su vecina y de retomar sus verdaderas preocupaciones: Eva en Estocolmo a esa misma hora, el auto recubierto de polvo en la plaza, Eva viviendo con él para siempre. Incluso puede quitar el siempre. Eva llegando un día con todas sus maletas. Van por aquella parte ambigua de la ciudad, ni ciudad ni campo, derrames de la ciudad: casas inconclusas y desnudas, con las varas de acero que iban a sostener otro piso oxidándose en el aire, y sin embargo ya habitadas; talleres mecánicos que evacuan sobre la maleza sus negros aceites, talleres recauchadores, enormes patios donde el hinojo emerge a través de los neumáticos; quintas de recreo y baile, criaderos de pollos, viejos buses corroídos y aquí y allá un rectángulo de maíz, unos restos de viñas. Hache sabe que en los habitantes o trabajadores de estas zonas vagas hay un sentimiento de jubilosa renegación, de asimilación al proyecto urbano que destruye su propia identidad; ellos son la retaguardia del progreso urbano, las últimas huestes contra la naturaleza desolada de donde ayer vinieron; y todas esas basuras, esa chatarra, esos humos amarillos, esos aceites minerales, esos escombros, esas heridas con que rectangulan los recientes campos en ilusorios proyectos de calles, son los medios, las armas para hacer retroceder la soledad, la vergonzante cultura de la naturaleza, el paisaje sin historia ni complicidades donde nacieron.. Para pertenecer a la ciudad, creen que necesitan violar el campo, mancillarlo, y aun en esta etapa socializante nadie se ha preocupado de aclarar la artificiosidad cultural del conflicto. Pero no es justamente en eso en lo que Hache quiere pensar. Ya está harto de reuniones, de visitas a ministerios, de proyectos sobre ese asunto global de la cultura y su incidencia política. Tiene que reconocer que

son cosas que no interesan casi a nadie y que lo mejor es callarse. Tiene que concentrarse en sus propios asuntos, de una vez por todas. La voz de Eva hace hormiguear su sangre. Primero, hay que considerar las cosas en sus aspectos exclusivamente prácticos: una vez en La Ligua buscará al mecánico. Imagina las complicaciones: encontrarle, lograr que se mueva hasta la plaza. Seguro que el tipo va a aprovecharse de su situación, le cobrará un precio exorbitante, hay que contar con eso. Lo importante es regresar en el mismo día con el auto, como sea. Luego tendrá que hacerlo remozar un poco en algún taller, lo mínimo, está claro. En seguida, poner un anuncio para venderlo. La situación es delicada, nadie quiere invertir, pero siempre puede contarse con algún ingenuo. Puede darse tiempo, al fin y al cabo es un tiempo invertido en la venida de Eva. Luego empezarán verdaderamente las complicaciones. Eva le ha dicho que no podrá venirse antes de tres meses –esa eternidad–, que debe liquidar antes tantas cosas, pero él piensa que si le envía el pasaje antes, cuanto antes, ello puede tener el efecto de adelantar su partida y, lo que es más importante: de hacerla irreversible. Un pasaje de llamada desde Santiago, eso tendrá que ser pagado en divisas. Tendrá que emplear todos sus contactos, recorrer los ministerios, el Banco Central, para que al fin le vendan las divisas necesarias. Y eso no será todo: Eva no quiere venir esta vez como turista, tendrá que conseguirle una visa de residencia. Por lo tanto, quizás inventar una invitación o un contrato del Instituto, luego lograr que el ministerio dé la orden correspondiente al consulado en Estocolmo. Y entre tanto, la casa: todos los nuevos arreglos que tendrá que hacer en la casa, una cama más grande, una verdadera cocina. Cuántas acciones por delante, y el éxito de cada una dependerá de su firmeza, de su insistencia. Satisfecho de ese reconocimiento de situaciones al fin tangibles e inescapables en las que va a aplicar su voluntad, acaricia la fuerza erótica que le impulsa: la imagen de Eva. Siente impaciencia por vencer pronto cada obstáculo. Este lento y aburrido viaje, para empezar, que le obliga a ir sentado, pasivamente. Pero mucho del futuro depende de él. No hay modo de pasar a otra etapa sin la mediación del viaje: no tiene de dónde sacar dinero para el pasaje de Eva sino vendiendo el auto. Cierto, fue él, transportado por la emoción, la noche anterior, quien se había adelantado a hacer ese ofrecimiento, así, sin pensar en los medios. Sería más simple que comprara el pasaje ella misma, pero ya estaba dicho. Las dificultades que implica su ofrecimiento son, por lo demás, justamente las dificultades que demuestran ante uno mismo, para empezar, la firmeza del amor hacia otra persona; las que le hacen a uno henchirse de esa felicidad corporal de sentir al otro como una realidad tangible dentro de sí en cada una de las acciones encaminadas a la unión

definitiva; como algo sólido, identificable a pesar de su distancia, de su ausencia.

Le distrae la actividad subrepticia de su vecina. Se da cuenta de que se ha ido corriendo disimuladamente hacia el borde del asiento y de que en este instante, creyéndole absorto o dormido, está a punto de pararse.

–Sssh… sssh, no se preocupe –le dice ella en un susurro, cuando se ve sorprendida–; ahorita vuelvo. Voy a preguntarle al chofer la hora a qué llegamo, nomá.

Hache le transmite una mirada de perpleja indignación. ¿Por qué se toma el cuidado de explicarle sus desplazamientos y por qué lo hace, además, con una mentira tan ridícula? La mira avanzar tambaleándose por el pasillo, tropezando con los bultos, los rollos de grasa temblándole encima de las caderas, hasta que llega al asiento del chofer al que se aferra, como a una tabla de salvación. Pero, ¿es que no ha visto a esa mujer antes? Siente violentamente la certidumbre, pero algo se obstruye obstinadamente en la memoria y la sensación comienza a diluirse. Con disimulo, ahora, sigue mirando cómo la mujer inclina la cabeza y le habla al chofer atropellada y secretamente en el oído. Aun antes de que el chofer mire hacia el espejo, buscándole, de acuerdo a las descripciones que le hace la mujer, Hache sabe que está hablándole de él. Finge estar absorto en el paisaje. Esos áridos cerros recubiertos de piedras, como si ayer nomás hubieran llovido del cielo; los espinos, los tunales; a veces un rancho miserable en una quebrada, una higuera, unas cabras. La mujer no despega la boca del oído del chofer y éste no deja de mirarle de tiempo en tiempo a través del espejo. ¿Se trata otra vez del asunto de la CORA y de la sospecha de que él sea un funcionario que viaja de incógnito? ¿Y qué tendría que ver el chofer con eso? Indudablemente, teniendo en cuenta el interés que ha delatado la mujer, se trata de algún asunto relacionado con el auto. Lo habrán robado, o lo habrá destruido algún tractorista borracho, o habrá sido la causa de alguna grave obstrucción de actividades oficiales del pueblo –después de todo lo ha dejado abandonado en aquella plaza durante dos semanas. Pero en cualquiera de esos casos ¿por qué la mujer no le informaría directamente a él de lo sucedido? En este punto su imaginación se queda bloqueada; todo eso es preocupante, y mezclado con la sensación persistente de que ya antes ha conocido a la mujer, le inquieta; incluso tiene la impresión de que el chofer ha acelerado brutalmente la marcha del autobús, pero, en última instancia siente un tedio insuperable de ocuparse de todo eso que le rodea. Lo que él quiere es abandonarse a los pensamientos en Eva y todo lo que ella le sugiere, en esas semanas exultantes que han pasado juntos, en este hecho de sentirse vivo y colmado de deseos otra vez, gracias a ella, y

que amenaza desvirtuarse apenas deja de pensar en ella; en la vida que van a hacer juntos cuando ella vuelva. Quizás, como tantas veces, ahora ha estado fantaseando: atribuyéndole a la mujer y por su intermedio al chofer propósitos conspirativos en su contra. O quizás él mismo, sin darse cuenta, por omisión o por falta de firmeza en sus declaraciones ha inspirado en la mujer y en los otros alguna secreta suspicacia. ¿No es ésa una constante de su experiencia y no debería ya haberse acostumbrado a esa capacidad suya, involuntaria, de transmitir a los demás una cierta emanación dudosa que cataliza sus sentimientos medrosos o agresivos? Ve que la mujer viene ahora de vuelta y que el chofer, entretanto, mantiene la mirada casi fija en él por el espejo, como atento a la eventualidad de alguna reacción de su parte. La mujer viene envolviéndole con una sonrisa burdamente hipócrita y tranquilizadora.

–Parece que hoy vamo a llegar sin problema –dice, sentándose en el borde del asiento y haciendo un esfuerzo visible por distraerle de alguna cosa, que nada tiene que ver con el viaje–. El jueve pasao nos quédame en la mita de la Cuesta y el chofer tuvo que volver a deo a La Calera, a buscar un platino, parece. Viera usté la lata.

Pasan cerca de un pueblo cuyos techos, planos, son del mismo color polvoriento de la tierra; nada indica si está habitado o abandonado.

–Aemá, como los momio esconden lo repuesto, el compañero Cisterna, que e' el alcalde, el otro día hizo requisar la carnicería, porque como los momio también mataron casi too el ganao y ahora apena si hay carne, el carnicero vendía repuesto pa'callao. Así que ahora la máquina está como nuea –concluye, con una lógica aparentemente irrefutable.

–¿Viaja usted a menudo? –pregunta Hache, por decir algo.

–No será usté momio, por Dio, y estoy metiendo la pata.

Hache comprende que puede haberle sonado raro ese "a menudo" que nadie usa en el país.

–¿Viaja usted seguido? –rectifica.

–Es la tercera ve que venimo a ver si nos cambian las semilla, porque el delegao de La Calera dijo que ya no quea maíz ni p'alimentar un pollo y entonce que viniéramo a Santiago y aquí nos dicen que si querimo les devolvimo el arroz y nos mandan semilla de algodón que recién les mandaron los chino y que hoy mismito partía un técnico de eso pa'ver si sirve la tierra que tenimo, pero espérese la que se va a armar, ahora no les devolvimo el arroz ni a tirone, eso por lo meno se come, porque el algodón ¿adónde nos vamos a meter el algodón los pobre?

Hache menea la cabeza en señal de comprensión de los unos y reprobación de los otros, pero no deja de creer que detrás de toda esa narración no se oculte una trampa.

–Y antes, ¿de dónde sacaban las semillas?

De pronto, entre el vidrio y el paisaje de cerros híspidos ve nítidamente la cara de Eva, las eses horizontales de las cejas fugándose hacia los bordes y arriba, y siente una violenta oleada de sensualidad.

–Antes, pa'eso estaba el patrón.

Tiene que conseguir sustraerse de la voz y la presencia de la mujer, de la trama agraria y burocrática en la que quiere enredarle, con o sin secretos propósitos; tiene que quedar libre para retocar con su imaginación el cuerpo de Eva, para pasearse por sus gestos y sus palabras; pero, al mismo tiempo, para ver ahora un poco desde lejos todo esto que está haciendo con su vida, esta historia que está tejiendo consigo mismo. Entrecierra de nuevo los ojos, como vencido por el sueño. Ahora él va en este autobús que corre alocadamente hacia La Ligua –trata de imaginar una especie de plano universal de movimientos y de situarse frente a tal plano como un observador para el cual el autobús es un diminuto punto que se desplaza, entre muchos otros–; va pues en este autobús por este estrecho camino que corta o serpentea los cerros, llamado pomposamente Carretera Panamericana, al lado de una mujer que sospecha de él y para disimular sus sospechas le habla de un rompecabezas de semillas; va a buscar un auto rojo que dejó abandonado en la plaza de La Ligua –pueblo de incierta cantidad de habitantes, tres mil, quizás no más de unas docenas, apenas cognoscible por la producción de unas vagas tortas y tejidos de lana de animales hace tiempo extintos–, auto que debe reparar para vender para comprar un pasaje para que desde otro punto del plano Eva viaje algún día a reunirse con él; y allá arriba en Estocolmo debe ser hace rato de noche y Eva estará saliendo de su trabajo en la galería de arte; caminará bajo el aguanieve de primavera, todavía tostada por este sol que él no deja de tener al frente, caminará con prisa a su departamento en la Staden, donde sigue viviendo amablemente con el amigo del cual va a separarse. Hache borra el plano con un movimiento de sus ojos. Todo eso no tiene ni pies ni cabeza. Y, sin embargo, tampoco nada tiene sentido fuera de eso. El rostro de Eva se borronea rebeldemente, y de un momento a otro, todo ese plan le parece descabellado, especialmente descabellado si intenta confrontarlo con las previsibles preocupaciones de los demás pasajeros del autobús.

Pasan por un puente ruinoso bajo el cual corre un riachuelo de aguas plomas; al borde del riachuelo hay una monstruosa fábrica de cemento y alrededor de la fábrica un pueblo más grande, amparado por una nube de humo y polvo; todo es gris, los árboles, la torrecilla de una iglesia; al fondo, los cerros desventrados reflejan mortecinamente el sol.

Pero ése es el único proyecto que él tiene, lo único que al fin y al cabo está moviéndole, luego de una semana de inanición tras la partida de Eva. ¿Y qué decir de antes? ¿de todo aquel largo tiempo insensato? Solo, allá arriba en su escenario siempre iluminado, a la espera de una acción que no comenzaba nunca, o que comenzaba, tarde, sustituyendo el verdadero programa que él se tenía anunciado, o peor, que comenzaba con unos personajes que no correspondían ni remotamente a la historia y que por lo tanto la tergiversaban de modos aberrantes. Solo, en definitiva, y con su vida en suspenso a falta del otro protagonista, que debía irradiar, desde el primer instante de su aparición, las virtudes exigidas por la complejidad emocional y estética de la trama propuesta. Después de todo, no está sino cumpliendo, ahora, algunos momentos penosos, inevitables, de esa trama inventada por él mismo. Sin Eva, nunca se habría decidido a hacer este viaje hasta La Ligua. La verdad, sin Eva tampoco hubiera dejado abandonado el auto en aquella plaza desierta, algún domingo. Por el camino los sellos del motor habían saltado y de éste salía hacia atrás un nubarrón negro de aceites quemados. Quizás marchando lentamente habrían podido llegar a La Calera, donde habría un mecánico, o incluso hasta Santiago, pero a él le había parecido que aquel aborrecible humo negro iba a ensombrecer, en su memoria, la felicidad que iban dejando atrás: ese azul implacable del cielo y del mar, esas costas y montes reverberantes donde habían vagado gozosamente durante quince días. Pero, sobre todo, ya estaba atormentándole la idea del descuento del tiempo: cada hora era preciosa, puesto que Eva partiría en pocos días más, y no quería perder ninguna con aquel tipo de problemas mezquinos. Creyendo encontrar un mecánico ahí mismo, había virado para entrar a La Ligua. No solo no habían encontrado señales de un mecánico; tampoco un alma a quien preguntar. Sin embargo, el autobús estaba listo para partir a Santiago. Feliz, había dejado el auto abandonado en la plaza.

Bien puede ser una empresa descabellada, pero es también la única factible. Qué duda puede caber: esta fijación emocional con Eva, esta identificación de su destino con una extraña, deja suficientemente en claro que también él no es sino eso: otro extraño. También él ha viajado tiempo atrás para venir a sumar sus fuerzas en este periférico y original cambio del mundo, como después hicieron Eva y tantos otros, pero con la diferencia, tal vez, de que un cierto maximalismo y una irrefrenable actitud crítica le han ido alejando de unas formas de acción que solo aceptan los adherentes políticos totales. Quizás sus críticas, también, tienen algo de las críticas de un extraño. ¿O pudiera ser que su extrañeza fuera la manifestación palpitante de una extrañeza que los demás se niegan a reconocer en sí mismos? ¿Qué ha cambiado, después de todo, en la vida privada de los hombres, que es

lo que cuenta? ¿No sigue siendo la vida cotidiana de cada familia y de cada individuo un asunto penosamente privado, como siempre?

En términos universales, la marcha de este autobús que ahora asciende la gran cuesta hacia la planicie del norte, es un incidente perfectamente prescindible; y, sin embargo, de su marcha dependen encuentros, conexiones, desequilibrios y reequilibrios que sobrepasan su destino local. Él es el único probablemente entre los pasajeros cuya imaginación conecta el viaje con consecuencias tan lejanas. Todos tienen las cabezas ocupadas en asuntos bien concretos: compras, trámites burocráticos, negocios, siembras. Él es el único que no puede vivir sin una mujer que vive en Estocolmo. Le parece, súbitamente, que todos han estado mirándole y riéndose de semejante situación.

Se vuelve hacia ellos airado, inquisidor. Se da cuenta entonces de que la mujer ya no está sentada a su lado y de que los otros, al verse sorprendidos, tornan sus cabezas hacia adelante. El chofer sigue espiándole. Descubre a la mujer en el asiento del fondo, incómodamente apretada entre la fila de pasajeros. Ella, ahora, también evita mirarle. Le parece evidente que ha logrado persuadir a todos con alguna absurda fantasía acerca de él. Insiste entonces en su mirada circular, desafiante. Sus vecinos más inmediatos se ponen en guardia, como si fuera a atacarles. Elige como interlocutor al más próximo y le pregunta:

–¿Hay algún lugar donde almorzar en La Ligua?

Hay una risa general, que incluso comparte el chofer, allá lejos. Se pregunta qué puede tener de cómico su pregunta. Quizás un lugar donde almorzar en La Ligua también es algo descabellado. El interpelado mueve la cabeza, como si Hache, desvergonzadamente, estuviera abusando de alguna situación.

–De eso, ni se preocupe, mi amigo –le dice con un tonillo socarrón–; usted podría ir a *El François*, que está en la esquina de la plaza, pero eso sería despreciar la hospitalidad de la casa, ya verá.

Todos vuelven a reír y Hache no insiste. Son así, piensa, indirectos y ambiguos, los campesinos. Nunca se sabe cómo hablar con ellos, cómo interpretar sus palabras. El hombre le ha vuelto la cara y ahora han cogido el camino que entra al pueblo. Claro, qué ideas se habrán hecho: nadie que no viva en La Ligua viene jamás a La Ligua; nadie deja allí abandonado en la plaza un auto justamente rojo por semanas y luego vuelve así, cualquier día, con la ocurrencia de recogerlo. Ya eso debía ser suficiente motivo de consternación; qué pensarían si supieran el resto, la encadenación de todo esto con una mujer que vive cerca del otro polo y cuya venida depende del auto rojo abandonado en la plaza.

Al fin, no ha podido abandonarse sino superficialmente a las ensoñaciones de su destino. Aparecen las primeras casas, ranchos de

adobe, cabras y burros que cruzan la calzada. Hache nota que, en la medida en que se aproximan, la atención de los pasajeros con respecto a él crece, que va convirtiéndose descaradamente en expectación. Aun a riesgo de matar los animales, el chofer no aminora la marcha.

Cuando entran en la plaza Hache ya sabe, al fin, que tendrá que afrontar circunstancias adversas e insensatas. Casi no le sorprende mayormente descubrir que el auto ya no se encuentra en el sitio de la plaza donde lo habían dejado y que tampoco está visible en ninguna otra parte. A estas alturas, tampoco hay que asombrarse de que los pasajeros se hayan puesto de pie, aunque el autobús no se detiene en la parada habitual de la plaza, sino más allá, después de rodearla, en esta casa blanca y verde que es la comisaría. Hache espera, con una ira incomunicable y por lo tanto fútil, los pasos siguientes, monótonos, de la trampa: los del chofer que baja con cautela cerrando la puerta tras de sí para informar al carabinero de guardia que a su vez grita hacia el interior, de donde salen un par de sus compañeros, como si hubieran estado esperando la llamada, que suben al autobús con esas torvas maneras de ferocidad y recelo como una caricatura de sí mismos y avanzan por el pasillo para apresarle exhortados de pronto por esta ovación de los pasajeros que al fin libera sus enconados miedos.

XI

1. La visita a Kurt

Ayer, la visita a Kurt.

Esa larga calle que asciende rectamente por las primeras faldas de la cordillera; van sucediéndose parcelas, restos de antiguas casas campesinas, chalets recién terminados, con sus jardines japoneses a la moda de los últimos tiempos. Eva nunca ha mirado con simpatía y ni siquiera indulgencia este cambio en la vida de Kurt. Pero así como a raíz de tal cambio ella y él se han distanciado, también a partir de entonces Kurt y yo hemos venido acercándonos; aquella tensión, por lo demás nunca expresada concretamente, que había entre nosotros, ha venido sustituyéndose por una creciente fraternidad. En realidad, por un sentimiento al que ninguno de los dos hemos aludido.

Cosa de un año a esta parte que Kurt modificó toda su vida sin hacer, tampoco, ninguna alusión a sus motivaciones. Abandonó su departamento céntrico, su trabajo como investigador en el Instituto, y con una amiga y sus tres hijos se vino a instalar a esta granja junto a la cordillera, a criar pollos. Cuando el Instituto todavía existía, hace unos meses, ya no iba sino un par de veces a la semana, como una formalidad que disfrazaba lo mejor posible, visitándonos de oficina en oficina durante toda la mañana. Algunos sospechaban, sin embargo, que esto de la granja y de los pollos no era sino una cobertura para disimular una modificación todavía más radical: Kurt habría abandonado el trabajo intelectual, teórico, por inadecuado a los momentos que vivíamos y vivimos, para dedicarse a algún tipo de acción directa. Pero las sospechas no han pasado del tono de la broma, y Kurt sigue las bromas, ni afirmando ni negando, como despreocupado de que puedan aludir a un hecho real. De aquella tensión reprimida, de los delgados labios apretados casi conteniendo un dolor y los ojos enfrentando a los demás con dureza, no queda nada. Cuando toco el timbre de la verja aun no sé cómo llegaré a plantearle las confusas motivaciones que me traen. Alertado por los niños que me han abierto la reja y me conducen, Kurt emerge del fondo del terreno, de unas construcciones de alambradas y techos de plástico dentro de las cuales se agitan cientos de pollos blancos.

Bronceado, casi rústico, dentro de unos anchos pantalones de pana, Kurt viene sonriendo ampliamente, como si nunca hubiera hecho otra cosa que esos trabajos, como si para nada se hubiera gastado más de diez años en una disciplina casi exclusivamente abstracta. La visita debe tener un carácter accidental, lo sé, sin propósitos manifiestos. El cambio en la vida de Kurt no implica en absoluto una pérdida de ese pudor suyo por lo explícito. La mano en mi hombro me conduce por el huerto, que su amiga, bajo un gran sombrero de paja, está desbrozando. Medio en sorna, me muestra sus hortalizas, los pollos, me enseña el ciclo ecológico: pollos que producen excrementos que hacen crecer el maíz que alimenta a los pollos, y unos excedentes de huevos y carne casi gratuitos. El trabajo, el buen aire, el buen sol, el buen sueño. Todo parece perfectamente bien organizado. Un viejo campesino, al que llaman tío, mezcla silenciosamente el excremento a la tierra, distribuye el agua de riego. Kurt dice que estaba ahí cuando llegaron, que es parte de ese pedazo de tierra. A pesar de su coherencia vital y económica, todo eso me parece algo irreal. Demasiado rotundo como modificación del destino de un intelectual. Luego de interesarme por los detalles de los temas avícolas y agrícolas, no sé bien de qué hablar. De Eva nunca hemos hablado expresamente. Antes, quizás porque nos negábamos a identificamos con respecto a quien nos afectaba mutuamente, de diversas maneras; ahora, seguramente porque rechazamos la posibilidad de que nuestra amistad pudiera estar de algún modo mediatizada por ella. Luego, en relación a los temas políticos que plantea la experiencia presente, uno tiene la sensación, con Kurt, de ser superfluo, casi frívolo, al intentar comentarlos. Tales temas, parece decir, no pueden servir como puro objeto de conversación. Las bien aceitadas terminologías para definir una situación como la presente, la ideología que la condiciona, los intereses que ésta representa, los mecanismos con que se legitima y se impone, solo le suscitan una sonrisa implorante; como si dijera ya agotamos el tiempo que teníamos para hablar de todo eso, ahora afrontemos los hechos, actuemos en consecuencia con nuestras posiciones ante ellos, o bien dediquémonos cada cual a sus asuntos. Como si todos aquellos ejercicios de conceptualización política estuvieran ya exhaustivamente cumplidos y continuar fuera un empecinamiento casi vicioso. Lo que Kurt expresa con su propia conducta es la necesidad de volver a humanizar las ideas, de revertirlas a sus motivaciones primitivas de amor y solidaridad entre los oprimidos, de odio contra los opresores. Como si hubiera encontrado, después de una vuelta complicadísima, los sentimientos que le correspondían; luego de haberlos rechazado y suplantado con una penosa búsqueda intelectual. Pero casi no se hace necesario hablar de algo, dar alguna coherencia verbal a esta inesperada visita

mía. Así como él no necesita explicar su propio cambio, Kurt le transmite a uno la sensación de que no hace falta buscarle pretextos a la propia soledad. Su nuevo rostro, la sonrisa en vez del rictus, sus brazos que han aprendido a abrirse, sus manos que han aprendido a tocar las cosas, que aprietan los brazos de uno, que se posan sobre el hombro de uno, su amistad con los niños, el amor que fluye hacia su amiga, bastan para decirlo todo en lo que respecta a él, pero al mismo tiempo son como una manifestación de ternura por esa pasada angustia suya que tal vez él ve todavía reflejada en uno.

–Entonces –le pregunto– ¿tus investigaciones sobre los modos de reproducción de la ideología?, ¿el libro que preparabas? Me muestra, riendo, los estantes y el escritorio: libros sobre avicultura, hortalizas, historietas infantiles, algunas novelas policíacas; y facturas, pedidos, cuentas.

–Por supuesto que exageras –le digo–; casi como si quisieras demostrar a un extraño que no te interesa otra cosa.

–Nunca está de más, en estos tiempos, tener las cosas muy claras para un extraño –responde, y va en busca de una botella.

Todo es quizás demasiado simple, como si siempre hubiera sido así: el piso, los muebles, están desordenadamente ocupados por los diversos juguetes de los niños, abandonados según los caprichos de nuevas distracciones; en los muros hay calendarios de productos avícolas, fotos de los niños. No se descubre nada íntimo, nada personal. Todo es demasiado transparente, como para no despertar la menor curiosidad de nadie. Me pregunto cuáles podrían ser esas otras actividades que, entre broma y broma, se le atribuyen a Kurt. ¿No son realmente una broma?, ¿no habrán salido de la pura necesidad de fantasear ante el hecho, inexplicable, de un cambio tan radical de vida? Con Kurt pasa que cuesta mucho abordar algo directamente. Aparte de su pudor por hablar de lo personal, está su pudor por verbalizar sus propias convicciones, por pronunciarse respecto a lo inmediato. Uno tiene la impresión de que toda pregunta directa le chocaría o lo dejaría estupefacto; que queda establecido que él y sus amigos saben de antemano lo que piensan y lo que obran y por lo tanto que vendría a ser una especie de jactancia referirse a ello. Kurt prefiere comunicarse a través de lo trivial y lo anecdótico, mediante las complicidades sensuales del vino y la comida, humorizando lo que verdaderamente le interesa. Puede ser que yo le haga recordar a cada instante la fatiga, la tensión por último tergiversante de sí mismo que significa vivir con Eva: su constante cuestionamiento, con exepción de sí misma, esa confrontación incesante que ella impone a propósito de cualquier cosa, su gusto por lo imprevisto, su pasión por lo inesperado. Pero, ¿cómo intentar con Kurt un diálogo de complicidades sobre nuestra experiencia común con Eva? Me doy

cuenta de que eso, ahora, no tendría el menor sentido: estamos con nuestros vasos y la ventana se abre sobre el atardecer a través de un sauce; más allá, entre las ramas, se compone y descompone un paisaje de durazneros y maíces, cerrado por el fondo blanco de la masa de pollos que ya comienzan a aquietarse. El solo hecho de estar aquí juntos, hablando de otras cosas, es en el fondo una conversación sobre nosotros mismos y nuestras historias. Cuán lejos debe estar él, me digo, de esta historia que nos concierne en común. Posiblemente él puede mirarla con el humor y la indulgencia de la separación y el tiempo, en tanto que yo continúo conviviendo con ella más allá de su fin, tratando de ponerme al día con su terminación. ¿Reconoce Kurt en estos momentos que vivo otros momentos de su propia experiencia?, ¿me compadece?, ¿se enternece consigo mismo a través de mí? Pero he venido a otra cosa. De pronto me decido a contarle la historia que de un modo indirecto me ha traído hasta aquí.

–Hace un par de días fui a mostrarle la parcela de Eva a un tipo, un posible comprador –le digo–. Resultó que era un camionero, justo uno de esos miles que pagados por la derecha y los yanquis hicieron la huelga que condujo al golpe.

–Ajá, en esas andamos.

–Ha sido el único realmente interesado en comprar, y yo ya estoy aburrido de poner anuncios y esperar a gente que nunca aparece. El caso es que yo estaba mostrándole la vieja casa, que necesita de enormes reparaciones, el huerto invadido de hierbas y zarzamoras, los árboles, que ya están cargados de frutos, y el tipo iba midiendo las posibilidades, las contrapartidas que podría ofecer todo ese abandono tras un tiempo de trabajo. Parece que le invadió el optimismo por todas aquellas perspectivas y dijo: “Ahora sí que en este país se puede trabajar en paz”. Hasta ese momento yo había estado considerando al tipo como parte de una fuerza política e ideológica indivisible en individuos, inútil de atacar personalmente, pero entonces me di cuenta de su manifestación groseramente individual y palpable. Sentí la situación como una especie de ejemplarización maniquea de la realidad política: ese fulano, que había ayudado a torcer la historia, con el dinero recibido de la CIA y la derecha, se disponía ahora a comprar la parcela, es decir, a disfrutar ahí, en el lugar donde una vez pensamos vivir Eva y yo, el triunfo de su apuesta por un mundo contrario.

Kurt ríe.

–Y tú, claro, le respondiste con las correctas palabras del héroe socialista.

–Nada de eso, por desgracia. El tipo irradiaba proyectos emprendedores: reformas de la casa, un garaje para su camión, un criadero de cerdos, tal vez una piscina. Allí, al lado mío, cuando iba a

responderle, no había un tipo ni mejor ni peor que cualquier otro; no llevaba ninguno de los estigmas que uno atribuye a un fascista. Lo de siempre: las ideas aborrecibles no se encarnan necesariamente en malas personas. Era un tipo que, como cualquiera, quería invertir bien su dinero y vivir en un lugar grato. Mi percepción de su ruindad personal no duró más que unos instantes. Me pareció inútil reaccionar, recriminarle como un individuo. En seguida me di cuenta también de que tenía que volver a abstraerme de su presencia concreta, reinsertarlo en la suma total del bando enemigo.

–Entonces, le vendieron la parcela.

–Le puse en contacto con Eva. Le dije: "te va a pagar con los dólares de la CIA". "¿Y tú qué propones?", preguntó ella "¿qué dedique la parcela para el entrenamiento de la guerrilla?"

Kurt se divierte, como si estuviera contándole una aventura infantil.

–Nosotros –dice a modo de consuelo– le compramos esta casa a unos momios.

–Pero no es lo mismo –digo– comprar que vender. Al venderle a un momio uno se siente moralmente más comprometido.

–Yo creo que uno no puede –dice, los ojos llenos de picardía– impregnar con su mala conciencia cualquier acto.

–Lo que pasa –digo, apresurándome en llegar a mi meta antes de sentirme inhibido por el tono de chanza–, es que a partir de esa experiencia he sentido la necesidad de hacer algo.

Kurt se queda mirándome, entre divertido e inquieto:

–¿Hacer qué?

–No es fácil explicarlo. Tú ves que en espera de la oportunidad de irme estoy matando el tiempo. Escribir, en lo inmediato, no resuelve moralmente las cosas, más bien las complica. Con ese tipo me di cuenta de la futilidad de cualquiera reacción individual, sentí la necesidad de actuar dentro de una acción global, en la que yo desaparezca; una acción que aclare rotundamente la conducta de uno con su propia esfera ideológica. Acciones políticas claras, comprensibles para uno y para todos, contra las fuerzas enemigas.

Kurt me mira preocupado, ambos codos apoyados en las rodillas, las manos formando un nido para sostener la cara.

–A menos que tú pongas toda tu fe, en las acciones políticas no encontrarás nada rotundo, me temo. Lo que puede ser muy rotundo hoy, puede llegar a ser muy ambiguo mañana. ¿Por qué no se te ocurrió eso antes?

–Quizás justamente por la ambigüedad y las divisiones de la izquierda. Ahora todo es más simple: desde el momento en que la derecha ha asumido en la práctica las últimas consecuencias de su ideología, la izquierda está condenada a la solidaridad. Pero había otra cosa: el gran error de los intelectuales, veo ahora, es que

queríamos colaborar exclusivamente como tales, y en el fondo, claro, legitimarnos en esa condición. En la situación actual creo que las formas mismas de nuestra colaboración deben importarnos un rábano.

–¿Y qué quieres hacer, entonces?

Hago un esfuerzo por llegar al final del objeto de mi visita sin aludirlo a él mismo:

–No lo tengo muy claro. Quisiera ayudar en algo concreto. Hay gente que trabaja clandestinamente y a lo mejor tú tienes algún contacto. La violencia me repugna, pero…

Kurt estalla en una franca risa, como si hubiera venido a preguntar algo semejante al lugar más extravagante posible.

–Tú, también con esas fantasías –dice–. De eso, ni idea.

–Fue solo una ocurrencia –digo–; olvídalo.

Vuelve a llenar los vasos.

–Yo creo –dice– que en tiempos como éstos lo más importante es sobrevivir; buscar formas de mantenerse vivo, lo más independientemente que sea posible, y conseguir que sobrevivan las ideas y la cultura que uno ha adquirido, porque durante la larga noche que ha comenzado ésas son las cosas que van a hacer falta. Pero tú, claro, quieres irte. Hacer algo mientras te llega el momento de partir.

–Yo no estoy para repartir políticamente de cero; en eso no tengo un espíritu cíclico. A cada generación lo suyo, a unas el desencanto, a otras el deslumbramiento. Por eso buscaba una acción posible hoy, con un sentido perceptible de inmediato.

Kurt se queda pensativo, los niños comienzan a entrar en la casa, su amiga enciende las luces.

–Claro –dice–, de acuerdo. Es diferente para cada cual. Mira, a veces uno se topa con viejos amigos subterráneos. Pero claro, sería puro azar. Te avisaré si sé algo, a veces necesitan una mano. Aunque pensándolo mejor, no deberías contar con esa posibilidad; con este trabajo que hay aquí salgo muy poco.

2. Nuevo viaje a La Ligua

Hace tiempo que Hache está sentado con los codos apoyados en esa mesa donde hay una botella de cerveza semivacía, en *El François*. Le parece que hace días. Ahora tiene el pretexto de estar esperando el almuerzo y mira aburrido hacia afuera, hacia el cuadrilátero bordeado de plátanos de la plaza desierta, cubierta de malezas, como tratando de descifrar un misterio sin la menor importancia. Más bien trata de no volver la cabeza hacia atrás, hacia la cocina, donde el patrón –que por lo demás no se llama François, sino Pelayo o algo parecido– hace mínimos esfuerzos para adelantar con el almuerzo, porque en realidad tiene toda su atención ocupada en espiarle. Ni siquiera ha tenido

ganas de preguntarle por el origen de ese nombre del boliche. Ése era su tercer viaje a La Ligua; eran tres días y una noche –la de su detención–, tres días de su vida regalados a la insensatez, hechos polvo, imperceptible polvo por lo demás, disuelto en el polvo todopoderoso de La Ligua.

Como era la regla, sin más explicaciones, le llevaron al calabozo, que estaba en el patio junto a las caballerizas. Ahí tropezó con el borracho de siempre, que dormía, y tardó unos minutos en adaptarse al brusco corte del sol, hasta descubrir que había una bombilla encendida en lo alto, bajo una pantalla de metal enlozado. Como era del caso, se puso a buscarle intensamente alguna racionalidad a su situación. Estaba claro que todo eso estaba relacionado con el auto abandonado, pero no lograba ver cómo. Si había un problema, ¿por qué no intentaban desembrollarlo junto con él, en vez de tirarle en esa cloaca? Recordó lecturas de procedimientos policiales: antes que nada anonadar; imponer primero el castigo para así inducir el reconocimiento de la culpa; someter al inculpado a la humillación y al aislamiento para que a la larga, insomne, maloliente, hambriento, despersonalizado, los pantalones sin cinturón, cayéndose, los zapatos abiertos, llegue a aceptar que solo podrá recobrar su identidad y su decencia asumiendo la legitimidad del acusador y en consecuencia alguna culpa. Incluso en La Ligua, entonces, sabían esto y lo ponían en práctica.

Le olvidaron metódicamente allí por unas horas y solo al regreso del largo almuerzo del oficial, a media tarde, le sacaron a prestar declaración. Ya para entonces estaba comenzando a sentir un vago resentimiento contra Eva: mientras él corría toda esta clase de percances necios para comprarle un billete de avión, ella vivía indolentemente sus últimas semanas de despedida con su antiguo amante. Se encontró con que el oficial estaba sentado tras una fortaleza-escritorio de madera negra, que arruinaba la arquitectura campesina de la sala. Simulaba, por supuesto, estar absorto en sus papeles. Apenas en su presencia, Hache comenzó a protestar y a pedir explicaciones. Levantando la cabeza al fin, el tipo le hizo callar y le redujo a su mínima expresión mediante el procedimiento, bien conocido, de hacer tomar nota, primero, de sus datos de identidad. Un carabinero en mangas de camisa iba escribiendo en una Remington partenónica. Todo eso tomaba tiempo; el tiempo corría sin sentido y Hache iba reconociendo amargamente que su viaje estaba perdido. Intentó dar vuelta a la situación, exigiendo que tomaran nota de su denuncia por la desaparición del auto, pero a lo sumo obtuvo unas miradas de piadoso desprecio. Al fin, cuando terminaron con los datos, el oficial se acomodó y le lanzó la gran pregunta:

–Entonces, cuenta cómo la mataste.

El pueblo de La Ligua es eso: el camino de entrada desde la carretera, que desemboca en la plaza rectangular bordeada de plátanos. En la esquina de entrada *El François*, único bar del pueblo, donde hace rato, como otras veces, Hache ha terminado de beber sin ganas una cerveza tibia y mira hacia la plaza, como si de pronto, del pasto seco y los cardos que la cubren, fuera a brotar algún significado; en un lado de la plaza la comisaría, en el siguiente la alcaldía, el correo y la carnicería; en el opuesto a la comisaría, viviendas particulares, solamente una de ellas de dos plantas; en el opuesto a la alcaldía, la parada del bus. A través de la plaza, entre las altas malezas, los pasantes han abierto unos estrechos senderos. De vez en cuando Hache sigue con la mirada el desplazamiento de la cabeza de alguno de ellos, que es lo único que queda visible. Más allá de la plaza, las siete calles que nacen de las cuatro esquinas, descontado el camino de entrada; luego de unos metros dejan de ser tales y se van convirtiendo en huellas de tractores y carretas que al fin se convierten en puros senderos que suben a los cerros o bajan a la quebrada; así como las casas, apenas pasadas las esquinas, abandonan prontamente su mínima pretensión, sus colores, van mostrando los adobes desnudos, los techos disparejos, van hundiéndose y derivando en establos, porquerizos, corrales, basurales, huertos pedregosos. Ni siquiera hay una iglesia frente a la plaza, ni siquiera un busto al centro de la maleza. En La Ligua no hay memoria de nadie; ni siquiera de la lana de los bellísimos animales que le dieron su nombre.

Era una historia demencial, que Hache tardó en recomponer y comprender, a través de las trampas de largas horas de interrogatorio. Parecía ser que aquella misma tarde en que él y Eva habían entrado al pueblo con el auto averiado y echando humo, en busca de un mecánico, las gentes del pueblo –tras sus ventanas herméticamente cerradas– habían visto entrar a la plaza justamente un auto rojo en cuyo interior viajaban una mujer y un hombre jóvenes y desconocidos. Éste había rodeado indecisamente la plaza, luego había descendido hacia la quebrada. Horas más tarde, unos niños habían descubierto el cuerpo estrangulado de la mujer en un bosquecillo; inmediatamente, todos habían señalado el auto rojo abandonado en la plaza. De manera que su jactanciosa temeridad en el bus le había perdido: todos habían terminado por reconocerle; creyendo el asunto olvidado, o la vigilancia relajada, el asesino volvía tranquilamente para recuperar el auto, y encima pretendía burlarse en la cara de los propios testigos. Todo era así de simple para el oficial y de complicado para Hache. El oficial no estaba dispuesto a que esa brillante solución de un crimen, que iba a reportarle ventajas y prestigio, se le escapara de las manos; y Hache no disponía de ningún elemento para probar su inocencia, la menor coartada. Desde luego, no podía demostrar la existencia de Eva,

a quien por lo demás, curiosamente, nadie recordaba haber visto, ni siquiera el chofer del bus, que les había llevado de vuelta a Santiago. Cuando declaró que la mujer con quien él andaba aquel día estaba en Estocolmo, el oficial y hasta el escribiente se habían largado a reír. Ambos se habían negado a aceptar sus protestas, los teléfonos y nombres que les ofrecía para que verificaran su honorabilidad. Finalmente, hastiado, había renunciado a todo intento de aclaración inmediata: el día estaba de todos modos perdido, no había más bus a Santiago, ni siquiera había hotel en La Ligua. Sabía que a la larga, apenas verificaran sus datos, todo se iba a aclarar. Ahora, como se negara a seguir respondiendo a esa repetición cíclica de las mismas preguntas estúpidas a que es tan aficionada la policía, le habían mandado de nuevo al calabozo.

–Pa' que se te refresque la memoria –le había gritado el oficial.

Debe hacer veinte minutos –porque Hache mira casi constantemente el reloj– que nadie pasa por la plaza; de vez en cuando, sin periodicidad, unas violentas rachas de viento vierten sobre la plaza todo el polvo de los caminos, borrando el verde de los plátanos, el cielo. A veces un perro cruza velozmente la calzada y se interna en la maleza de la plaza, como si fuera a alguna parte. Atrás, en la cocina, el patrón ahuyenta a las moscas con un trapo. La Ligua es eso: ese vacío alrededor del vacío de la plaza, y sin embargo, cuando uno llega a ser capturado por los engranajes de su burocracia policial no se libra jamás. Aparte de sí mismo, Hache nunca ha visto entrar otro cliente en *El François*.

Ahora estaba solo en el calabozo y Hache calculaba que debía ser la noche. Afuera no se hablaba sino de él, y la vecina que le había reconocido en el bus era el centro de la admiración local. Sin duda, el oficial y el alcalde, que era un socialista, habían cenado juntos para comentar el acontecimiento. Dadas las pretensiones intelectuales del acusado, el alcalde se había interesado. Le sacaron del calabozo a medianoche para mostrárselo, en la sala de guardia. Era su preocupación, dijo, por alguien que insistía en tener vinculaciones políticas importantes, una actividad comprometida con el proceso; quería verificar eso por sí mismo. De ahí en adelante la aclaración del asunto había contado con un interlocutor sensato. Pero la aclaración, en el mejor de los casos, solo podía ser verificada y sancionada por la propia policía y a través de sus conductos. El alcalde no podía en ningún caso modificar el procedimiento. Pero al menos había logrado que no le devolvieran al calabozo y le dejaran dormir, o pasar la noche, que era más apropiado decir, sentado en el banco de la sala de guardia. También le habían hecho traer un sandwich de queso y una cerveza de *El François*.

¿Quiénes vienen a *El François*, y cuándo? Es posible que el chofer,

cuando el bus llega de Santiago, cerca de mediodía, pase a beberse una cerveza. Los fines de semana, o quizás por las noches, deben venir el cabo de guardia, el escribiente, algunos campesinos, el tractorista. Hache mira, en las estanterías, la escuálida fila de botellas que deben llenar sus apetencias: licores de aguacate, de huevo, de cacao, de menta.

–Ya va a estar listo –le dice el patrón, trayéndole el pan, los cubiertos, una servilleta de papel–. ¿No quiere otra cervecita?

Solo en la tarde del día siguiente, tras la confirmación de sus antecedentes, la verificación de su ocupación y la intervención telefónica de un funcionario del gobierno, le habían dejado en libertad provisional. Pero de ahí a entregarle el auto, había un abismo. Por lo demás, el auto ya no estaba en La Ligua, sino en La Calera, para expertizaje. Había que esperar a que lo trajeran de vuelta, y solo entonces él podría regresar a retirarlo, pero con certificados que acreditaran exhaustivamente su propiedad.

Era su tercer viaje y ya todos le conocían, el chofer del bus, los pasajeros, cada uno de los habitantes y, por supuesto, el patrón de *El François*. Por los chismorreos que le llegan desde las apretadas filas de asientos del bus, o de detrás de las puertas entornadas del pueblo, sabe que le llaman "el asesino del auto rojo"; los niños del pueblo le gritan "¡asesino! ¡asesino!" y frenéticos de risa y miedo corren a ocultarse. A nadie parece extrañarle que ande suelto, que parta de La Ligua con una cara de fastidio y vuelva unos días después con la misma cara; en el bus ha oído comentar que le han dejado libre "porque tiene padrinos en el gobierno". A veces, quizás por temor, quizás fascinados por su maldad, en el bus se permiten incluso ser amables con él; le ofrecen bocadillos, refulgentes caramelos. Es así de simple; Hache no puede hacer nada por aclararlo, ni le importa. Tiene la impresión de que cuanto haga será inútil, de que está fuera de su propia vida. Eva, por el teléfono, no había entendido una jota de su historia. Era como si la hubiera despertado o, más justamente, como si se hubiera hallado en aquellas pesadas, irreversibles somnolencias que le venían después de hacer el amor. *Sois sage, attends tranquille, je viens*, le había dicho. Así, ella terminaba dulcemente su vieja historia antes de venirse a vivir con él. ¿Qué importancia tiene todo eso cuando uno está sentado en *El François*, la mirada hace tiempo perdida en las malezas de la plaza, casi a punto de entrever la revelación de un misterio? En el segundo viaje, ya descartada toda sospecha policial sobre su responsabilidad en el crimen, en espera del sellado y firma de los papeles al parecer necesarios para la entrega policial del auto, había tenido que llevar a lo indecible su intimidad con La Ligua. Aquello había tomado horas, casi todo el día, y entre una y otra visita a la comisaría, entre una y otra botella de cerveza en *El François*, no

había tenido más remedio que explorar las vagas posibilidades de las siete calles que se originaban en la plaza a partir del camino de entrada. En realidad, siete veces tuvo que regresar a la plaza, a la comisaría y a *El François*, puesto que ninguna de las calles comunicaba con las demás. Desembocaban, ciegas, en aquellos senderos abiertos por las cabras y ovejas y que llevaban a los híspidos cerros y al cañón abierto en algún pasado remoto por un río que hoy ya no corría y en cuyos bordes se aventuraban unos pobres cultivos. "Todavía no está listo, en un ratito más", le decían en la comisaría, y el patrón de *El François* al verle entrar le preguntaba: "¿Otra cervecita?" Pateando piedras, tirándoles piedras a los perros que le seguían, sudando, calcinado por el sol, cubierto de polvo, la ropa llena de espinas y semillas adheridas, le pareció claro: en todo eso podía haber una advertencia. Quedaba, por supuesto, la dificultad de interpretar el sentido de todos aquellos insistentes signos. En una de sus siete incursiones desde la plaza había dado con el tractorista: lenta conversación, por las ramas, tanteando, a ver si cabía la oportunidad de pedirle que intentara reparar el auto, una vez que se lo entregaran. Al oír lo del auto, el rostro se le había iluminado con una expresión de complicidad y codicia; se había puesto de inmediato a su entera disposición.

–Mire cómo son las cosas –se había decidido a manifestarle, al fin–; así que no fue na usté.

Pero mientras decía eso la sonrisa chancera afirmaba, provocante, que la culpabilidad de Hache estaba más allá de toda duda.

–¿Qué cosas? –fingió ignorar.

–La niña estrangulada, que decían… Me va a perdonar la ignorancia.

–¿Qué es lo que sabe usted?

–Uno, si quiere que le diga, con su perdón… Las mujere … cualquiera a vece siente gana de acriminarse… Cualquiera, sí señor.

El hombre quería comunicarle una especie de ambigua solidaridad y no valía negar, aclarar las cosas. Ya el tedio de haberlo hecho en la comisaría era demasiado; total, él nunca iba a regresar a La Ligua luego de que el tractorista le reparara el auto, y entonces qué más daba; que sus habitantes se entretuvieran por el resto de sus días recordando su crimen. Pero a la larga de la conversación, desoladamente incrédulo, había descubierto que aun debería hacer otro viaje; ni pensar que la reparación pudiera hacerse en el acto.

–Es por lo repuesto, usté sabe. El gobierno no consigue repuesto y tengo que hablar con el carnicero. Pero en la noche, nomá…

Y hoy, hacía un par de horas, tras bajarse del bus y adentrarse por la sexta calle, había encontrado el auto desarmado en el patio del tractor: empavesado de gallinas que andaban por el techo, las diversas

piezas por aquí y por allá sobre unos bancos chorreados de aceite y excrementos. Había tenido que buscar al tractorista por los campos, caminando sobre terrones resecos, entre cardos y espinos. Indolente, inmutable, había respondido a sus recriminaciones: no, ni con el carnicero había encontrado el repuesto, pero a lo mejor, si volvía en otra semana…

"Ahora viene, un minuto", ha dicho el patrón, y a él qué le importa, todavía no sabe cuántas horas más debe esperar a que el tractorista vuelva a armarle el auto. Se lo llevará como sea, aunque tenga que andar a diez kilómetros por hora, aunque tenga que ennegrecer el cielo por la eternidad. Advertencias, señales precautorias del destino, qué majadería. Aun suponiendo que esta convocación forzosa y reiterada a La Ligua sea una advertencia, una oportunidad que enrevesadamente le ofrece el destino para obligarle a reflexionar sobre la dirección que él está dándole; aun admitiendo que todo esto le impone un vacío emocional y un extrañamiento respecto a sus propios deseos, ¿cuál sería la opción así sugerida, el otro camino posible? Una advertencia no puede ofrecer, como contrapartida del destino elegido, la inacción; el rechazo no puede consistir en el rechazo en sí, sin alternativas; el anuncio de un riesgo tendría que contener al mismo tiempo un anuncio de salvación, y la salvación no puede consistir en quedarse ahí eternamente en *El François* mirando hacia la plaza de La Ligua. "¿Todavía por aquí?", le había preguntado el patrón al entrar, con ese aire de esperar las mentiras de siempre por respuesta, y puesto que Hache sabe que el patrón sabe mejor que nadie cada detalle, fantástico y verdadero, de sus andanzas, se ha encogido de hombros, sin contestar; ha pedido una cerveza y el almuerzo. Hache se ha dado cuenta de que en La Ligua cada cual sabe dónde está cada cual cuando no está en su casa, qué desplazamientos ha efectuado, en qué parte del cerro, del camino o de la quebrada se encuentra, qué cosas le han acontecido. Dondequiera que estén todos ahora, hilando en las sombras o apacentando las cabras en los montes, Hache sabe que todos saben que él está ahora en *El François* almorzando, en espera de que el tractorista le vuelva a armar el auto; todos saben que al final se llevará el auto rojo y, sin mostrarse, confluirán desde sus diversos puntos para verle partir, dejando tras de sí impune, como siempre, el crimen. Desolado, pasea la cuchara por el líquido de la sopa y la vierte repetidamente sobre sí misma: ese grueso plato de loza saltada, el agua grasienta de cordero en la que flotan unos fideos recocidos e informes, unas papas deshechas, la gran cuchara de metal amarillo Entre viaje y viaje a La Ligua se ha dado tiempo de ir en delegación con sus amigos intelectuales, Jona a la cabeza, a visitar a su ex-compañero del liceo nocturno, Froilán, que repentinamente ha pasado a ocupar el cargo de director de cultura de la presidencia de la

república. Ello implica reconocer que al final, calladamente, el Partido se ha hecho con el poder administrativo en este campo; aun así piensan que deben hacer un último intento por manifestar al gobierno su preocupación por la ausencia de una política cultural, aunque no sea sino a través de este intermediario que está ahí justamente para desanimar los proyectos que no coincidan con los del Partido. Pero Hache confía en que de la vieja amistad juvenil con Froilán, que venía del sur y escribía unos versos melancólicos y penetrados de humedad, quede al menos la añoranza de los sueños políticos que compartían, el hábito de la sinceridad. Van por un largo pasillo del ala poniente del edificio de La Moneda y al fin dan con una celda monacal con el negro escritorio-catafalco de las viejas oficinas públicas que ocupa todo el espacio. Froilán se levanta para recibirles; sus huesos, antes notorios, han desaparecido completamente bajo carnes rojizas y ovillantes. Se dicen unas amabilidades, unas bromas que rompan el hielo de las nuevas circunstancias. Poco a poco, sin dejar de ser amistoso, Froilán se recompone una seriedad de administrador de fundo, como si los visitantes vinieran a plantearle querellas de deslindes de tierras, quejas de animales y cosechas. Uno tras otro le van exponiendo su preocupación por la concepción paternalista y vertical que el Partido parece tener de la cultura; le hacen ver la necesidad urgente de pensar y aplicar una política cultural que parta de la base, que rebase el marco estrecho de lo cultural como una superestructura intelectual y artística; le hablan de un concepto cultural que comprenda lo cotidiano, las relaciones entre hombres concretos, productivas, emocionales, lúdicas; los sueños, los mitos colectivos, todo aquello que al fin y al cabo es el terreno que hoy manipula casi exclusivamente la reacción. Como Froilán oye todo eso con un pequeño aire de ironía campesina, por último le presentan el problema bajo su aspecto más crudamente político: hay que contrarrestar los mensajes secularmente implantados por la reacción, que ahora ésta reaviva con todos sus medios.

–Pero, compañeros –dice al fin–; en la práctica eso sería el caos y la anarquía; dénse cuenta de que eso solo serviría para asustar más a los momios, para darles todavía más pretextos de ataque a la reacción. En este asunto, como en todos, el gobierno tiene que actuar muy prudentemente, sin salirse de las vías institucionales.

Froilán dice todo eso con una gesticulación mínima, casi búdica, con esa lentitud terrestre del anfibio que Neruda transmitió a un par de generaciones de poetas. Por un momento, nadie replica; Froilán es, después de todo, el último interlocutor con que cuentan. A través de sus objeciones, han terminado de comprender el temor de las direcciones políticas de que cualquier proceso, y particularmente uno de redefinición cultural, escape a su control y administración. ¿Cómo

se va a confiar una empresa semejante a una élite vagamente ilustrada, izquierdista, cierto, pero no sometida a ninguna disciplina? Lo de la cultura no se halla dentro de las prioridades políticas, pero más vale hacer poco en un terreno que perder su control. Viéndoles defraudados, Froilán les anima entonces a sumarse a su propio proyecto: el tren de la cultura. Un día, lleno de poetas, actores, músicos y bailarines, pintores y coros, el tren partirá de la Estación Central y todo embanderado, trenzado de guirnaldas, pintado como una oruga con grandes murales revolucionarios, se pondrá en marcha hacia el sur e irá deteniéndose de pueblo en pueblo, irá regalando a los obreros y campesinos condenados por siglos a la ignorancia con el arte hasta entonces reservado al goce de la burguesía.

–¡Vamos a demostrarles concretamente la diferencia de un gobierno popular!

–¡Pero tú eres un empresario de circo, o qué! –exclama Jona, fuera de sí.

–Compañero –protesta Froilán, y se pone serio para invocar la historia–: fue una experiencia que los precursores de la Revolución de Octubre cumplieron con éxito.

Ambos se despiden de mala gana, con caras de haber perdido una vez más el tiempo.

–Lo que pasa es que tú quieres volver triunfalmente a Curanilahue, montado en la trompa de tu propia locomotora –le dice Hache al salir, palmeteándole a pesar de todo.

–¿Sin apetito? –le pregunta el patrón, antes de retirar el plato de sopa casi intacto.

–Es el calor –se excusa Hache, como temiendo que la interrupción le haga apartar la vista de la plaza, que en todo ese tiempo nadie ha cruzado.

Aun esforzándose hasta los límites de la invención, no logra encontrarle el menor sentido a esta convocación a La Ligua. Aparte de su obsesión por Eva, fuera del camino que ha emprendido para vivir su vida, no ve ninguna posibilidad que pudiera haber dejado pasar por inadvertencia. Todo comenzó con aquello de preparar primero el escenario, reduciendo así drásticamente las opciones del género dramático que podrían tramar recíprocamente él y los personajes que fueran llegando. Todo podía ser pues una consecuencia del escenario elegido. Pero ¿hasta qué punto lo había elegido él?, ¿hasta qué punto podía haber sido un error personal? ¿No había sido el escenario anterior a él y no había estado él condicionado para elegirlo? Mirando las cosas más ampliamente ¿no podía considerarse que algo similar había sucedido con la propia vida política del país, convocada a cambiar dentro del viejo escenario liberal burgués en que fueron formados sus revolucionarios? No, aparte de sugerirle aquel posible

error inicial, por lo demás irremediable, La Ligua no le propone nada; claro, si las cosas volvieran a complicarse y tuviera que permanecer aquí unos días más subiendo y bajando por las siete calles, dándose vueltas por los cerros y la quebrada, mirando la plaza solitaria y llena de malezas y almorzando en *El François*, pronto su pasión por Eva y toda esa historia de su venida desde Estocolmo llegaría a parecerle un delirio fugaz y a lo sumo enternecedor; no más que vehemencia, ardor, vértigo, desatados de la noche a la mañana a falta de un sentido manifiesto en la vida de cada día. Pero no solo Eva; pensaría ¿por qué unos pocos intelectuales habían sentido de pronto la revelación de que eran los llamados a formular una nueva cultura? ¿Qué cultura?, ¿qué otra cultura sin otra vida? Se sonreiría amablemente de haberse sentido decepcionado por unos mezquinos intereses de partidos, por las dogmáticas ensoñaciones de los Froilán, de su entusiasmo por llevar adelante algún cambio; de contemplarse, quizás a raíz de eso, totalmente volcado en una pasión individual, cumpliendo los tediosos obstáculos que mantienen una gran pasión en sus alturas, tragando papas con sabor a cordero en *El François* y mirando hacia la plaza, en espera de que un tractorista rearmara su auto después de haberlo desarmado por pura curiosidad morbosa y criminal para… Hache aparta el otro plato, pide una taza de café. Piensa ahora en cada una de las etapas que faltan y que en conjunto pueden prometer al menos tantos días dilapidados como éstos, en toda esa inversión de esfuerzos, insistencias, horas muertas, que al fin le llevarán a sacralizar la recompensa, a recibir a Eva como una aparición extraordinaria. ¿Qué puede hacer? No tiene otra opción que la de huir de lo insensato en La Ligua por lo insensato fuera de La Ligua. También aparta el café sintético que alguna vez habrán traído en el bus desde la ciudad. No es que el sentido, piensa él, tenga que fluir necesariamente de los acontecimientos, como un producto final; es que los acontecimientos, cuando son tan atrapantes como esos que le mantienen en La Ligua, deberían servir al menos para que uno vislumbre, arrancado de su ceguera habitual, el sentido de la vida que está haciendo o proyectando hacer. En La Ligua no pasa nada de eso; este forzado desvío no le descubre la menor perspectiva, no sirve para afirmar ni desvirtuar el sentido de nada; simplemente lo anula. A lo sumo, él podría interpretar todo esto como una invitación a vivir sin angustia la falta de sentido, a entregarse sin más conflictos a una especie de ascetismo lógico, de miseria sensual, de indiferencia ante el destino. Pero no; todo esto es gratuito, puro capricho dilatorio del tiempo, convocación del paisaje sin objeto ni consecuencias. Aun suponiendo que estas horas malgastadas, que este cautiverio de la plaza y sus alrededores puedan sugerirle la sospecha de lo descabellado de su pasión por Eva, como compensación no le sugiere sino el vacío donde

lo descabellado se engendra. Paga el almuerzo y bajo el sol fundente se encamina hacia la casa del tractorista. No, tiene que pensar, fuera de su propia invención no hay nada; están, claro, las invenciones de los otros, pero su coherencia no le parece menos frágil que la propia.

XII

Cita con el desconocido

Va caminando a la cita con el desconocido con una sensación de desconcierto por la discordancia de sus propios actos y, naturalmente, de miedo. Ahora le parece pueril haberse metido en eso; piensa que es un intento de heroísmo dudoso y desplazado; un recurso impensado para escapar a la responsabilidad de las propias contradicciones. Sin embargo Kurt, que podía hacerlo, no le ha reprochado nada ni tampoco ha intentado desanimarle; ni siquiera se ha permitido la fácil ironía que él iba dispuesto a soportar. Pero tampoco le ha abierto las puertas de par en par, aunque eso él lo entiende: la necesidad de disimularse aun ante los mejores amigos. Días después de su visita a Kurt le había telefoneado una tal Rosa, respondiendo supuestamente a un anuncio suyo, para trabajar como doméstica. Al venir a su casa, Rosa se había negado a subir la escalera; había dicho no, con una escalera semejante el empleo no le convenía por sus riñones, y al despedirse rápidamente le había dado las señas, sin mencionar para nada a Kurt: el Café Haití, un tipo joven y bien vestido con traje azul y un paquete de regalo de una conocida tienda bajo el brazo. También, rápidamente, le había entregado una corbata, y le había exigido, además, que llevara ese esparadrapo alrededor del dedo meñique. Todo eso tiene demasiado gusto a viejas películas hoy insoportables, y sin embargo, ahí va él con el nudo de la corbata estrangulándole y la vendita en su lugar. En esos tres años, entre otras cosas, tiene que reconocer, había tenido la libertad de no volverse a poner jamás una corbata, de no tener que usar trajes, y apenas zapatos; el país había perdido su característico miedo hispánico a la indefinición de los roles sexuales, y por lo tanto sus pudores y represiones indumentarios. Pero no es en eso en lo que está pensando: siente miedo de haberse comprometido en algo cuyos alcances y riesgos desconoce, y vergüenza de los confusos sentimientos que le han impulsado a hablar con Kurt. Todavía no tiene claro qué es lo que ha originado ese impulso. No le faltan motivos, claro: la vaciedad de esos días que se consumen a la espera de la oportunidad de irse, la falta de un esqueleto figurable donde encajar esos bloques de escritura que va

produciendo, y que por lo tanto amontona a su propia suerte; la degradada convivencia con Eva, que en la medida de la creciente utilidad de sus funciones le va tratando con una desdeñosa superioridad; quizás la necesidad de desafiar el desencanto y el miedo y de consumir el rencor pasivo en actos que sí pudieran expresarlo; todo eso probablemente avivado por el trato trivial con el camionero, anónimo héroe de los vencedores. Pero va llegando a las proximidades del Café Haití y entonces todo eso le parece simplemente estúpido. Se diluye la convicción en sus propias motivaciones. Empezar ahora de cero para recuperar al cabo de esfuerzos y años incontables lo que hasta hace tan poco se tuvo a mano, le parece un acto propio de eternos adolescentes; otros, los cronológicamente adolescentes, tendrán que hacerlo algún día, pero por lo mismo impulsados por sentimientos y proyectos distintos. Es la hora de la cita, y ya solo llevado de su obsesión por la puntualidad se decide y entra al Café.

Entra derechamente, sin mirar a nadie, compra su boleto y se dirige al mesón. Solo entonces, mientras espera que le sirvan, echa una mirada distraída alrededor, buscando particularmente el brazo que sostendrá un paquete de regalo, una tela azul, porque los rostros, piensa, no le dirán nada. Bebe el café lentamente, dándose tiempo. Son casi diez minutos pasada la hora de la cita y ya está arrepentido de sus escrúpulos anteriores, angustiado por la desolación que va a sentir si el desconocido no aparece. No sabe qué hacer, si abandonar el mesón, si comprar un nuevo boleto. Se asoma a la puerta. No sabe cuánto tiempo es prudente esperar. Entonces alguien, por detrás, le pone amistosamente una mano en el hombro. Se vuelve violentamente, como para repeler un ataque.

–Perdona, flaquito, pero había una multitud en el banco y no conté con eso. Vamos a tomar un trago al frente y de paso le echamos una mirada al contrato. Todo está en orden.

Entrecortadamente, Hache ya está diciendo algo para manifestar su sorpresa pero el tipo le hace callar con nuevas excusas por su retardo, al tiempo que le empuja con suavidad y firmeza del codo para dirigirse a la acera contraria. Es un desconocido, pero no el desconocido que Hache ha estado esperando. No lleva ni el traje azul ni el paquete de regalo. Parece uno de esos jóvenes vendedores dinámicos, con un prematuro traje de verano beige y el infaltable maletín rectangular de plástico. Para darse tiempo y no caer en alguna trampa, Hache contrapropone:

–¿No preferiría tomar un café? Total, estamos aquí mismo. Además, me gustaría ver si llega por aquí un amigo. Cosa de minutos.

–¿Quieres decir el Pato? Pero si lo acabo de ver por el bar. Crucemos.

Habla volublemente, desvirtuando con una entusiasta temática

comercial, salpicada de fantasiosas referencias familiares comunes, cada una de las reticencias de Hache, acallando sus esbozos de preguntas, al tiempo que le conduce, abriéndole paso entre la gente. Mientras cruza la calle, Hache se vuelve aun algunas veces hacia el Café, por ver si aparece el verdadero hombre con quien estaba citado. A regañadientes acepta la silla que le ofrece su invitante e insiste en mirar por la ventana del bar, a través de los visillos, hacia la otra acera. Ahora se vuelve, desafiante, esperando una explicación. Pero el desconocido se toma tiempo. Ha dejado su maletín visiblemente en una silla, y luego de mirar tranquila y cuidadosamente en rededor, hace señas al camarero. Es un bar relativamente nuevo y ya en ruinas, llamado pomposamente Waldorf; ruina innoble del plástico que recubre cielo y muros, abriéndose y coruscándose y dejando ver sucios trasfondos por las ranuras.

–¿Pisco sour? –Ni siquiera es una pregunta.–. Yo también; traiga dos sour.

–No bebo alcohol por la mañana –protesta Hache, irritado, pero el camarero ya no está ahí para oírle.

–En fin, hombre, eso es secundario –dice entonces el desconocido–. Perdona lo del cambio.

–¿Qué juego es éste? –le increpa Hache.

–En serio, perdona. Precauciones indispensables. En asuntos de seguridad no nos hacemos ninguna ilusión.

–No entiendo –insiste Hache, más bien porque se siente irritado por la desconfianza y encima porque la conducta del tipo le resucita el miedo.

–Entiendes muy bien, ya lo creo. ¿Y si por cualquier motivo te hubieran hecho hablar, como saben hacerlo, y me hubieras estado esperando en buena compañía?

–Pero eso es casi delirante.

–Perdona, no es nada personal. Las reglas son las reglas. Ya lo entenderás.

El camarero ha traído los piscos y el desconocido paga inmediatamente. A Hache le gustaría decirle al tipo que todo eso no le gusta, que ha dado ese paso en busca de actos que tengan sentido y que den paso a una solidaridad profunda centrada en ese sentido, y aquí no se le ofrece sino la más marginal y desconfiada de las participaciones.

–Así espero –dice en cambio–. ¿De qué se trata, entonces?

El tipo mira por la ventana hacia lo alto del edificio de enfrente, saca unos papeles del maletín.

–Éstos son los documentos de la transferencia –dice– examínalos –y mientras Hache mira escépticamente los papeles–: Casi nada. Solo tendrás que ver que todo esté tranquilo. ¿Escuchas?

Hache le mira aburrido de tanta complicación y minucia de preparativos.

–¿Has subido a ese edificio de enfrente?

Mueve la cabeza negativamente.

–Pues bien, es muy simple. Pero no creas que no tiene importancia. Cualquier detalle es tan importante como el asunto principal, uno tiene que meterse eso en la cabeza. Ahora mira: tienes que subir al último piso, al doce. Tratarás de ser el único en el ascensor. Si no lo consigues, o si aparece gente cuando salgas al pasillo o si alguien te pregunta qué buscas, vas donde el dentista Urzúa, que tiene la consulta en ese piso, pides una cita y vuelves a bajar. Pero si no pasa nada, sigues por el pasillo hasta el fondo, hasta encontrar una puerta de hierro. Normalmente está sin cerrojo. Te vuelves a asegurar de que no hay nadie, la abres y sales a la terraza. Lo que tienes que hacer ahí es lo mismo: verificar que no haya nadie. Luego bajas, cruzas la calle y te plantas exactamente diez minutos junto al kiosco de diarios de esta misma acera. Es el tiempo que voy a tardar yo. Pero si ves cualquier cosa rara en la calle o edificio, policías, tipos sospechosos, te largas antes. Y ahora repíteme todo.

Con un fondo de irritación, poco convencido. Hache lo hace.

–¿Y después qué? –pregunta.

–¿Cómo después? Después ya estarás lejos.

–¿No voy a volver a verte?

El otro le mira sorprendido.

–Eso, espero que no. No debe pasar.

–Pero yo creía…

–¿Qué creías tú?

–Bueno, que era el comienzo de un trabajo común, de algo que…

–De eso, ni idea.

Hache resopla desganado, incrédulo. El desconocido le examina con una inquieta curiosidad.

–Yo también soy una pieza ¿entiendes? Un eslabón. Éste es un trabajo rigurosamente compartimentado. De otro modo… Se toca el pecho con la mano abierta, como para hacerle entender–: La unión se siente aquí, pa'callao. ¿Te vas dando cuenta?

–¿Y puedo saber lo que vas a hacer allá arriba?

–Pero tú, ¿de dónde sales? Ésa es una pregunta huevona, perdóname. A lo mejor, mientras te largas luego de los diez minutos, alcanzas a ver algo. Pero ahora, ni una palabra más, ¿estamos?

Hache no responde. El desconocido le ha dicho eso con una impaciencia difícilmente contenida y él ha sentido unas bruscas ganas de mandarlo al diablo, pero se va dando cuenta de que eso sería exclusivamente entendido como una defección de última hora. Nadie lo tomaría como protesta por esos procedimientos, quizá ni siquiera

Kurt. Sería tan fácil, piensa, comprometerle profundamente en eso. Cosa de maneras, de humanizar un poco las relaciones.

–Está bien –dice sobriamente–. Entonces subo.

Le devuelve los papeles de la supuesta transferencia. Se levanta y le tiende la mano. Sorprendido, el desconocido se la aprieta.

–Con calma, flaquito –le aconseja.

Imitando el tejido de precauciones que ha presenciado, no va directamente. Pasa por el portal del edificio mirando de reojo, compra fósforos en un kiosco, enciende un cigarrillo y entonces entra. ¿Tendrá que poner cara de dolor de muelas? Sentimientos diversos le tironean: el de estar siendo usado sin miramientos y como si le hicieran un favor para sentirse útil, el de entender que quizás deba ser así para serlo verdaderamente, el de un repentino orgullo por vencer su propia desazón. Va derecho hasta el ascensor y se mete a último momento, junto a una media docena de personas. Afortunadamente todos van descendiendo en los pisos intermedios y él puede seguir solo el viaje hasta el duodécimo. Contrariamente también, le defrauda no conocer el objeto de la misión, pero eso mismo le produce una especie de irresponsabilidad ante su propio miedo. ¿De qué se trata, pues? ¿De reportar sobre la accesibilidad y conveniencia del lugar para que el otro suba y lance desde arriba tranquilamente una bomba? No ve la menor utilidad en eso de reventar a los imbéciles que andan abajo mirando las vitrinas. ¿O es que alguien importante va a pasar por ahí en un momento dado? ¿O se trata de alcanzar algún blanco preciso en las cercanías? ¿O de emplazar una carga para otra oportunidad? ¿O no hay misión del todo y esto es no es sino una prueba a la que está siendo sometido?

La puerta del ascensor se abre y él se asoma balanceando actitudes de discreción y decisión. Pero no tiene que enfrentarse con nadie. Avanza por el pasillo silencioso y va pasando por la doble hilera de puertas de abogados, corredores de propiedades, la consulta del dentista Urzúa, todo bañado por la lechosa y parpadeante luz fluorescente, creyendo que de pronto cualquiera de ellas va a ser abierta con violencia por quienes deben impedirle el paso. Pero no sucede así; logra llegar hasta el final del pasillo y en un recodo encuentra la puerta de hierro. Piensa que es el momento decisivo. Coge la manilla y tira de una sola vez, como para enfrentarse también de una vez con el peligro. Lo que pasa es que queda brutalmente deslumbrado por la luz del cielo. Hay unas gradas de concreto y un boquete abierto al sol. Cierra tras de sí la puerta y avanza temeroso hacia ese sol enrojecido por el humo de los incineradores y los gases que suben de la calle. Tampoco descubre a nadie por allí y la explosión que le hace saltar el corazón solo es causada por unas palomas grises que se echan a volar. El extenso piso de la terraza está

cubierto de polvo y hollín, por todas partes hay viejas sillas de oficina abandonadas, botellas, restos del entoldado de alguna fiesta. Se queda unos segundos tratando de oír algo de los ruidos del tráfico urbano que amplificados, suben; luego avanza hasta el parapeto que da a la calle Ahumada. Inclinándose, ve los techos de la larga fila de autobuses, el anuncio luminoso del bar donde ha quedado el desconocido. No quiere demorarse más y rehace el camino sin incidentes, como si de algún modo toda esa tranquilidad que ha verificado fuera obra de su propio trabajo en cumplimiento de la misión. Coge el ascensor un par de pisos más abajo, inflexible en lo de las precauciones.

Ya en la puerta del edificio, busca con la mirada a su cómplice. Sin ver señas de él, cruza la calzada y se instala junto al kiosco de diarios. Solo entonces, desde allí, le ve cruzar a su vez y entrar al edificio. Mira el reloj y comienza a contar el paso de los diez minutos, sin perder de vista la puerta del edificio y los alrededores. Finge observar, tan interesadamente como puede, la pared de periódicos y revistas de la parte lateral del kiosco, pared que de todas maneras deja libre una ventanilla al centro para permitir el control del vendedor. Ahora comienza a sentir el miedo como un sentimiento mucho más concretamente localizado dentro de su cuerpo, como una tensa vejiga que cualquier ruido, cualquier contacto imprevisto, pueden hacer estallar. ¿Qué hace parado ahí? Su presencia en ese punto solo puede servir para indicarle al desconocido que nada anormal pasa en la calle, pero ¿es que puede verle desde la terraza? Ni siquiera se le ocurrió mirar hacia el kiosco cuando se asomó a mirar por el parapeto. Pronto, Hache se da cuenta de que difícilmente puede controlar desde su posición lo que pasa alrededor. A menudo los autobuses ocultan completamente la acera de enfrente y la entrada del edificio. ¿O es que quizás hay otro como él, e incluso otros, que también sirven de vigías? ¿Qué va a pasar de un momento a otro? Un instante simulando hallarse absorto por los titulares, el próximo como aguardando a alguien, mantiene los nervios rígidos en espera del acontecimiento: una explosión a unos cuantos metros, una ráfaga de disparos y vidrios estrellándose contra la acera, un incendio en el edificio. En pocos minutos, de boca en boca, todo el país lo sabría, el régimen se sentiría por primera vez amenazado, una pequeña luz surgiría dentro de la desesperanza general y él sentiría la anónima alegría de haber sido útil. Alguien le pide fuego y apenas puede contener una reacción de defensa. Dice inaudiblemente que no tiene e involuntariamente se palpa los bolsillos para demostrarlo, pero los fósforos que acaba de comprar suenan. Se excusa y enciende uno. El hombre aspira el cigarrillo y le agradece con una sonrisa irónica, alejándose. ¿Es un agente, que le ha sometido a un test?, ¿o es un chequeo de sus propios

compañeros? ¿Debe quedarse o desaparecer? Se siente torpe y comprende que no sirve para eso; que ante cualquiera exigencia imprevista no sería capaz de explicar qué es lo que hace ahí, aunque miles de veces, antes, se haya quedado parado largos minutos en cualquier lugar de la ciudad sin motivo alguno. ¿Qué pasaría entonces si tuviera que afrontar una presión extrema para hacerle hablar? No sabría ocultar mucho tiempo lo que sabe, aunque sea insignificante. Es eso, piensa, le falta la base, la convicción absoluta en la fusión del acto con la meta final, que borra los límites individuales. Pero finalmente no se mueve de su puesto y antes de que se cumplan los diez minutos ve que el desconocido reaparece: traspone calmadamente la puerta del edificio y antes de perderse en un pasaje comercial vecino levanta un brazo, sin mirar hacia atrás, lo que Hache interpreta como una señal de despedida. Apartándose del kiosco mira anhelantemente hacia lo alto del edificio, pero como no pasa nada le invade un creciente sentimiento de frustración y soledad. Se aleja muy lentamente, sin decidirse a abandonar la calle. ¿Qué sentido puede tener todo eso, si no es visible para él? ¿Cómo podría tolerar la incertidumbre e incluso la sospecha de la utilidad de esa acción si se va ahora? Vuelve a detenerse en la esquina, a la entrada de la farmacia. ¿Y si todo no hubiera sido otra cosa que una farsa destinada a probarle, y ahora mismo ellos estuvieran vigilando sus reacciones? De pronto, en lo alto del edificio, le sorprende la caída de un objeto impreciso. Inmediatamente le siguen otros y ahora Hache se da cuenta de que son papeles. Las hojas van desprendiéndose desde el borde del muro a una cadencia regular, como si allí estuvieran sujetas a algún dispositivo que cumpliera programáticamente ese fin. En unos instantes, la franja del cielo entre los edificios se llena de volantes que revolotean antes de caer; unos remontan, otros empiezan a descender lentamente, otros son llevados lejos por el viento, mientras muchos más siguen fluyendo a un ritmo lento y constante desde arriba. Hache avanza resueltamente hacia el lugar donde presumiblemente van a caer, con la clara noción de que desobedece las órdenes. Pero no puede conducirse de otro modo; por lo menos tiene que saber qué mensaje es ese que ha ayudado a derramar así sobre la gente, él, que no puede prescindir de buscarle un sentido a cada uno de sus actos; necesita saber cuál es su efecto. Algunas hojas ya caen, otras siguen planeando sobre las cabezas asombradas de los pasantes. La gente sigue su evolución hasta el suelo, pero nadie se detiene a recogerlas y ni siquiera a echar una ojeada, de paso, a su contenido. Cada cual trata más bien de evitar el contacto con los papeles, de ignorarlos, ahora que van cubriendo las aceras, de apurar la marcha. Él mismo, sin detenerse del todo, va recomponiendo los fragmentos de palabras de uno en otro, las invocaciones alentadoras del encabezamiento, las

noticias de lo que está viviendo el país, los anuncios del triunfo inminente de la resistencia. Observa que una media docena de tipos de aspecto inequívoco se dedican a recogerlas. Apura el paso. Desde el cielo los papeles siguen fluyendo. No es el momento de reflexionar, claro, sino el de hacerse humo. Pero ya imagina lo que va a decirle a Kurt: “Eso es puro exhibicionismo. ¿Crees tú que para eso vale la pena montar semejante misterio? ¿Seguimos con el mismo ritual, más aureolado todavía por la clandestinidad?” Pero sabe que necesariamente Kurt ni siquiera se dará por aludido, para qué decir comprometido en lo que acaba de pasar. Alcanza a doblar la esquina cuando ya llegan a toda prisa camiones de milicos y otros vehículos policiales. Claro, se dice aun, y decirle eso a Kurt significará volver al punto muerto, a la ilusoria lucidez de la inacción, que siempre perderá frente a la acción, por muy estúpida que sea.

XIII

El volantín nocturno

Desesperado, por último, se decide a abrir los ojos y con un ademán desafiante se incorpora en la cama. Hace horas que está buscando posiciones, tejiendo puentes para pasar al sueño, así como otras veces tiene que tejerlos para pasar a la vigilia. Llega el momento en que hay que aceptar las consecuencias del fracaso para pasar a una zona u otra: aceptar el tener que quedarse rezagado en esta orilla de la noche e imaginarse ausente en la del día próximo: mañana será un día perdido, no podrá levantarse a tiempo ni ir al trabajo, no servirá para nada. Primero comprueba que Eva, al lado suyo, sigue durmiendo sin la menor sospecha de su insomnio. Se va dando cuenta de que la oscuridad no es sino ilusoria; en seguida se dibujan las dos sillas donde están amontonadas las ropas de ambos, las formas pentagonales del cuarto, las cortinas movientes. Oye que todo afuera de la casa se halla en movimiento y siente que el cuarto mismo cruje y se balancea, como si viajara a la deriva por el océano. Pero se queda aun observando los restos de esa incontrolable excitación del cerebro que le ha impedido dormir: esos caprichosos desplazamientos escénicos, esas rondas entre iluminaciones y oscurecimientos de recuerdos, de situaciones compuestas de recuerdos y deseos, de lugares y personas reales acoplados con lugares y personas ficticios; esa multiplicación sin objeto de asociaciones y derivaciones, pura autocomplacencia visual; toda esa fabricación cada vez más compulsiva y vertiginosa cuanto más él se esforzaba por vaciarse de imágenes, por ceder como una página en blanco al sueño. Pero además la curiosidad de la conciencia por espiar toda esa imaginería, por asistir a cada una de las transformaciones de la representación, su insistencia por presenciar el modo de transición al sueño, que justamente lo echa todo a perder en el instante en que uno va a quedarse dormido: cuando uno siente que va a producirse el corte, de pronto la descubre a ella, a la conciencia, observando cómo va a producirse, y entonces es otra vez el retroceso a la vigilia; de nuevo uno se ha quedado de este lado, afuera, con el desesperado extrañamiento del espectador. Dos, quizás tres horas de eso, ya no insistirá más.

No queda sino aceptar el juego. Participar de sus derivaciones, dejarse llevar adonde sea. Sin importarle mucho la fidelidad de sus sentidos, llega a reconocer que ese ruido, ahí afuera, es del viento. Como si la ciudad, de pronto, se hubiera mudado a una isla tropical en una noche ciclónica. Aquí nunca hay viento, se encuentra pensando, aquí el polvo se acumula sobre el polvo y es lo único que al fin y al cabo llega a tener una densidad histórica; a la larga los techos de las viejas casas se convierten en salvajes huertos, los perfiles se borran, los odiosos escenarios se recubren prontamente de hierbas que a su vez desaparecen bajo el polvo. Es el viento y todo su cuerpo está excitado. Se desliza en sigilo de la cama para que Eva no vaya a descubrirle, va hasta el baño para mirar por la ventanilla, la abre. Es un viento venido de otro mundo, de los desiertos, de alta mar, el que golpea su cuerpo desnudo y hace tremolar al fondo la cortina de la ducha; el que ahí abajo zarandea las planchas de los techos y hace rodar los infinitos trastos abandonados sobre ellos y sobre las terrazas. Un viento tibio, verdaderamente tropical. Al fondo, una luna rojiza, como oblongada por su fuerza, va descendiendo hacia la cordillera. Cierra la ventanilla, que Eva no vaya a darse cuenta. A través del dormitorio viene hasta el salón, enciende un cigarrillo, se vierte vino en el mismo vaso que ha terminado de beber tres horas atrás, antes de irse a la cama, se deja caer en el diván. Sobre el mesón de la cocina, iluminados fantasmalmente por la claraboya, están quietos, sorprendidos en su confiada espera del próximo día, los montones de ollas y platos sucios de la cena. El baúl que llegó hace unos días de Estocolmo con las pertenencias de Eva revela vagamente sus viejas pinturas de guirnaldas floridas; el volantín chino que trajo ella misma, a su vuelta, baila sobre sí mismo colgado de la claraboya. La pregunta que durante unas semanas no se ha atrevido a formular surge al fin con toda su simple crudeza: ¿qué hace Eva aquí?, ¿por qué vino? Desde el día siguiente de su llegada, Hache ha estado viviendo con ella cada momento y ocupación del día, durmiendo a su lado, en espera de la manifestación abierta y tangible de su llegada. Pero es como si Eva no le reconociera o como si hubiera sido víctima de una equivocación; sus movimientos son apáticos, su mirada huidiza, sus brazos, su cuerpo, apenas tolerantes. Transcurrida la fascinación del verano, que ella quizás imaginó inalterable en esta región del mundo, Hache ya no parecía tener nada que ver con el hombre elegido; el paisaje ya no la animaba y la revolución que se había prometido vivir no se veía sino prometida en las pinturas que cubrían las vallas de ladrillos y los parapetos del río. Hache se tiende en el diván, con la botella y el vaso a mano. El aire es caliente y puede seguir desnudo. Su miembro está erecto, y acariciándolo Hache puede pensar ahora en todo eso con una cierta sensación de compañía. Al otro lado de la

casa, en el cerro, oye crujir los troncos de los eucaliptos, frotarse las hojas. Hache suma todo ese último tiempo: los esfuerzos, las zozobras, la tensión, que creyó para siempre terminados con la llegada de Eva; el nuevo espacio y el nuevo sentido que consideró inaugurados para su vida; y entonces, después de la llegada, la perpleja reapertura de un nuevo período de espera, quizás más difícil aun, con Eva al lado suyo: todo el esfuerzo de Eva, desde el momento de su llegada, ha consistido precisamente en desvirtuar y minimizar la motivación principal de su venida, que es él, en vaciar su acto de todo contenido sentimental, en anular los efectos emocionales de su decisión: que no vaya Hache a creerse que ella ha hecho todo eso por él, por un hombre; por un hombre, después de todo, no habría necesitado moverse de su casa. En los primeros días Hache se ha prometido paciencia; un cambio así, bien consideradas las cosas, es una experiencia demasiado brusca y Eva puede estar sufriendo el choque de toda cultura diferente. Pero pronto Hache se da cuenta de que lo que ella siente luego de su llegada es vergüenza de constatar concretamente que ha modificado su vida por una simple pasión; que reconocer una dependencia sentimental pone en peligro toda su conducta, su independencia intelectual. ¿Qué puede él hacer para desvirtuar todas esas amenazas que ella se imagina? ¿Cuánto tiempo todavía puede seguir manteniendo la contención emocional que ha significado la larga ausencia de Eva, como si nada hubiera ocurrido entre tanto? ¿Cómo puede postergar aun la impaciencia, la felicidad prometida para cuando vivieran juntos? ¿Cómo puede forzarse a creer que debe seguir esperándola una vez que ella está rotundamente ahí, con sus ropas, sus libros, su volantín chino y sus vieja mesa? Todo eso, con sus fantasmagorías y derivaciones, es lo que ocupa por horas su cabeza, desalojando el sueño. Su imaginación que espera a Eva mientras Eva duerme pesadamente a su lado. Y, sin embargo, en el verano Eva fue otra. ¿Fue el producto de los consentimientos y metamorfosis estivales? ¿Cabe la posibilidad de que ella esté sufriendo ahora alguna ineptitud nórdica para amar más allá de los límites cronológicamente estivales?, ¿de que el letargo de sus ancestrales inviernos incluso la persiga aquí, en este dulce otoño? Hache alza los ojos y mira danzar en un abierto círculo al volantín chino, movido por el viento que se cuela de la claraboya. Siente ganas de salir, de alcanzar rápidamente las afueras de la ciudad y de caminar por los campos contra ese viento. De volver a encontrarse en ese estado de ilimitado deseo y predisposición aventurera del que todavía desconoce su objeto pasional; de que Eva todavía no tenga nombre y sea una promesa imaginaria, algo por venir; incluso de poder reimaginarla con la ternura y la generosidad que inspiran las cosas todavía no sucedidas, con la vehemencia maravillada que sentía por lo que aun estaba

oculto en el futuro. De pronto Hache se levanta, se sube encima de una silla y equilibrándose en la penumbra alza los brazos y corta decididamente el hilo del volantín. Luego va y lo examina frente a la ventana, ante esa luz de viejas brasas de la luna. Es un híbrido de pájaro, pez e insecto, el vientre pintado de escamas hace tiempo descoloridas, las alas de libélula, ribeteadas de flecos, la cabeza rematada por antenas y aguzada por un pico de colibrí. Hache deja el volantín en el diván y se pone a buscar algo afanosamente en el armario, en los cajones de Eva. Al fin encuentra un gran carrete de hilo negro. Prueba su firmeza y queda satisfecho. Luego toma su impermeable, ya que no encuentra nada más apropiado, y se lo pone sobre el cuerpo desnudo, y volviendo a coger el volantín entra de nuevo al dormitorio. Caminando en puntillas, eligiendo las tablas que crujen menos, se va diciendo que lo fundamental es que Eva no llegue a despertarse. Se detiene apenas un instante al llegar a los pies de la cama para comprobarlo: Eva duerme profundamente, con la cara oculta por el pelo, ocupando ahora el centro de la cama, sin siquiera advertir que él ya no está ahí. Piensa que lo más difícil será abrir las puertas plegables que dan a la terraza sin hacer ruido, sin que el viento revuelva las cortinas y haga temblar las viejas maderas. Hache manipula el cerrojo concentradamente, entreabre y va introduciéndose en el hueco con la máxima precaución, cuidando de que no se dañe el volantín, espiando el cuerpo de Eva cada vez que los goznes crujen y los vidrios se estremecen y el viento se mete por el cuarto zarandeando enloquecidamente la lámpara de tela que cuelga al centro. Y ahora cerrar con los mismos cuidados desde afuera. El viento está a punto de arrancarle el volantín de las manos, abre su impermeable y le deja desnudo frente a la ciudad, sorprendentemente acariciado, se da cuenta, después de mucho tiempo. Una vez que ha logrado cerrar y se vuelve hacia la noche, es como si fuera desembarazándose, a cada ráfaga, de las apariencias actuales del tiempo, de sus penosas desfases. Arrodillándose en el piso, comprueba que estén bien centrados los tirantes del volantín, anuda a ellos el hilo del carrete, modifica la incorrecta curvatura del esqueleto de cañas, con la sensualidad de un experto. El viento hace tremolar su impermeable, como si se hallara al borde de un acantilado, y una antigua excitación le sobrecoge. Sabe que todo depende de los primeros momentos, que debe maniobrar con cuidado. Se asoma al borde de la terraza y deja caer cautelosamente el volantín en el vacío. Solo en la medida en que el viento lo coge y va poniéndolo horizontal, él va dando hilo. Ni poco ni demasiado. Si poco, podría irse violentamente a pique, chocando contra el muro de la propia casa; si demasiado, a falta de tensión, las alas o la cola podrían enredarse en el hilo. Sus dedos conocen perfectamente el grado de tensión que

conviene en cada circunstancia. Cuando el insecto logra equilibrarse en el viento, la cabeza recta subiendo hacia el cielo, Hache deja rodar el carrete dentro de su palma y siente que el hilo pasa entre sus dedos con la material fluidez, tanto tiempo olvidada, de deseos vertiéndose hacia la alta atmósfera. Su sexo vuelve a levantarse, en la dirección del volantín. Ahora éste enfila hacia los edificios vecinos y lo importante es maniobrar de manera que remonte a tiempo sus chimeneas, sus antenas de televisión. Aflojar y tirar casi al mismo tiempo, desdoblarse en el que encumbra y en el que va encumbrándose. Los flecos de las alas frisan nítidamente dentro del ruido del viento. Por detrás, el moribundo resplandor de la luna que se pone, transpasa la tela del volantín, iluminando la forma del insecto de amarillos y rosas. Ahora el carrete está casi agotado y la libélula está quieta y translúcida frente a la oscuridad del cielo, más alta que la cordillera que se recorta contra el resplandor lunar, y Hache, a través del hilo invisible, por sus ojos polifacéticos de mosca, vigila la ignorancia de la ciudad que duerme. Reconoce entonces, con una mezcla de felicidad y de pena, que el secreto sigue casi intacto; todo es igual, y lo sucedido entre tanto no parece más que una serie de transigencias y acomodos del deseo original, una gran espiral en cuyo trayecto formativo, en uno y otro punto, puede ver los deseos poco a poco abandonados y suplantados, los mismos que rebullían en su cuerpo al comienzo, cuando él hacía sus propios volantines con ordinarios papeles coloreados y cañas que iba a cortar al borde de las acequias, los que él lanzaba luego al alto cielo, sorteando las trampas de los árboles, los peligros de techumbres, astas, cables. Desde la soledad resplandeciente de un cerro, inadvertidamente solo por todos los demás, él encumbraba su volantín por sobre las zarzamoras, por encima de las quebradas, y prontamente el que iba ascendiendo allá arriba era él, frotándose en el viento, susurrando burlonamente todo lo indecible. Pero a la vez seguía siendo el que pulsaba la tensión del hilo, el que transmitía hacia las alturas su informe pasión. Como ahora, invariablemente su sexo se endurecía, anhelando la infinitud, y de igual modo, envolviéndose el cuerpo en el hilo tirante, se tendía en la tierra y mirando hacia el cielo se abría el pantalón: entonces recogía un poco el hilo y lo dejaba resbalar lentamente desde la base de su miembro hasta el glande. Sabía hacer todos los posibles dibujos en el cielo, orientar el volantín hacia un lado u otro, hacerlo girar, ponerlo en peligro: dejarlo irse como una hoja hacia el infinito y, en el momento querido volverlo a controlar; hacerlo caer verticalmente como un pelícano en la inaccesible distancia, y en el último instante de peligro, aflojando el hilo, remontarlo. Pasaban largas tardes y allá arriba no le alcanzaban el hambre ni el miedo; ni siquiera la vulnerabilidad. Todas sus miserias quedaban abolidas. Y por el hilo

iba y venía lo innombrable, lo que quería verter hacia el lejano mundo, lo que esperaba ciegamente del tiempo desconocido. Mientras duraba la vibrante tensión del hilo sus dedos sentían lo irrefutable de esa doble transmisión. Y su mirada largamente volcada hacia el cielo, las luminosas alturas que el volantín reflejaba producían en él un encandilamiento, una borrachera espacial que duraba mucho tiempo después, y le permitía casi ignorar las brutales manifestaciones de la miseria. Hache puede reconocer ahora tan fácilmente cada uno de esos sentimientos, que no entiende cómo pudo haberlos extraviado tanto tiempo. El viento le ciñe, extraña y familiarmente caliente, como en lo alto del cerro, y él está tendido en la terraza, las piernas envueltas y acariciadas por el hilo raspante. Sin embargo la luna se ha puesto y apenas puede ver el volantín. No importa; sus dedos siguen conociendo cada uno de los mensajes de las alturas, los virajes, las picadas, las elevaciones violentas: las promesas del eterno tiempo desconocido. El frufido del gran insecto invisible, allá arriba, es la verdadera manifestación de su sangre. Más acá, apenas le interesa adivinar las oscuras ventanas de su oficina, allí donde no estará mañana, como cada mañana. Trabajos sin consecuencias, producciones abstractas, ficciones de actividad. Los opacos vidrios, tras los cuales probablemente duerme una extraña llamada Eva, mutilada de la gracia, de la generosidad y el amor que quizás él mismo le atribuyó. Las insinuaciones rectangulares de la ciudad que duerme, acumulando energías para la afirmación y la negación del próximo día, fuerzas para el cambio y la conservación. El insecto ha desaparecido completamente en la noche, pero el hilo sigue confirmándole la fluidez de sí mismo, demostrándole que hay en él una corriente que no ha podido encauzarse en la vida cotidiana, en su trabajo, en la convivencia con aquella durmiente, en los afanes discordantes de la ciudad. Hache está recostado de espaldas, ha cerrado los ojos y el viento sopla alrededor suyo. Una y otra vez, a intervalos más y más lentos, recoge una brazada de hilo que al ser soltado se desliza, rasante, por sus muslos. Tal vínculo sensual con lo invisible es lo que él quisiera mantener indefinidamente; esa tensión inequívoca de un hilo que cruza el vacío; esa respuesta inmediata, allá lejos, a los tirones de su mano. Ahora el sueño va venciéndole y él se cubre con el impermeable. Ya no se iluminan las anteriores figuraciones de su soledad con Eva ni se corporizan los temores a la ruina de sus sentimientos por ella, que son los sentimientos que han sustentado su propia vida en el último tiempo; ni siquiera le alcanza esa creciente desazón nocturna de no reconocer sus propias aspiraciones en los quehaceres que absorberán, la próxima mañana, la vida de la ciudad. Ahora él está congestionado por el sol y el viento de las cumbres; recoge lentamente el volantín y su vista va bajando del

azul radiante a las sinuosidades resecas de los montes, del azul a los techos oxidados, a los brazos rígidos de los árboles; va recogiendo el hilo cada vez más rápido y, en la medida en que el volantín se aproxima a sus manos, sabe que tendrá que redescubrir la tierra calcinada, los matorrales espinosos, la basura. Está otra vez sometido a todo eso que le rodea abajo, al mundo sin consuelos ni salidas donde vive, pero su piel afiebrada, sus ojos enrojecidos, siguen sintiendo la transmisión de las alturas. Sus dedos se aflojan y le parece oír, sin nostalgia, que el carrete corre entonces locamente por la terraza, golpeando ventanas y techos en su fuga.

XIV

1. Conspiraciones y evocaciones discretas bajo el gallinero

A medio camino, dentro del bus que le conduce a casa de Kurt, Hache comienza a sentir dudas sobre la oportunidad de esta visita. El día anterior no ha recibido el anodino llamado que debía haberle confirmado que podía ir, y como hay un estricto acuerdo de no telefonearse personalmente, hoy hacia mediodía, ya inquieto por el silencio, ha decidido ir a ver qué pasa. Piensa dar por lo menos una vuelta, pasar por la casa sin llamar, cerciorarse de que todo parezca en orden. Pero incluso eso, ¿no será una imprudencia?

Desde hacía unas semanas estaba trabajando con Kurt, sin creer enteramente en la utilidad de lo que hacían, pero sin manifestarse tampoco del todo escéptico. En los hechos, acudía con verdaderas ganas cada vez que Kurt le hacía comunicar la necesidad de su colaboración. Hache aceptaba sin más cuestionamientos esa contradicción de desconfiar de la utilidad final del trabajo y de sentirse físicamente útil mientras lo hacía. El trabajo en sí era simple; solo las rebuscadas circunstancias en que se lo realizaba eran las complicadas. ¿Por qué le había elegido Kurt? ¿Por qué se había arriesgado a revelarle su verdadera actividad, pese a las reticencias y críticas de Hache? A veces Hache pensaba que todo ello habría sido determinado por alguna simple urgencia: alguien habría "caído" y entonces Kurt habría recordado sus conocimientos de fotografía. O bien, otras veces, en los momentos de desánimo, pensaba que Kurt podía haberle invitado a trabajar con él por pura gentileza, de pena de verle darse vueltas sin hacer nada, de verle desencontrado, en desacuerdo con todos, en el disminuyente espacio entre la decepción y la repugnancia. Finalmente, el "taller" estaba en el fondo del gallinero, bajo una trampa. Uno pasaba nubes de pollos enloquecidos, semivolando en todas direcciones, y en una esquina tenía que remover esa mezcla de alimento avícola, mierda y plumas de una parte del piso, y entonces aparecía la trampa, que era un rectángulo donde esa misma mezcla estaba firmemente adherida mediante un pegamento. Después de que uno bajaba unos peldaños, el viejo cuidador o la amiga de Kurt se encargaban de disimular las ranuras. Uno se hallaba

entonces dentro de un sepulcro de menos de un par de metros de profundidad y no más grande que unos tres metros cuadrados, sin otra ventilación que un tubo que por fuera simulaba corresponder al desagüe, pestilente de una dulzona humedad de excrementos. El trabajo consistía allí en producir microfilmes con una vieja y remendada cámara de ocho milímetros, que además Hache había modificado por su cuenta, dotándola de una lente granangular. El material a reducir eran documentos e informes, pero también había que convertir microfilmes recibidos de anónimos corresponsales, posiblemente de provincias, en fotografías que eran reproducidas y convertidas en volantes y folletos mediante una fotocopiadora, ésta sí inusitadamente moderna. Todo el resto del equipo era muy rudimentario: ampliar un negativo de ocho milímetros casi cuarenta veces, al tamaño de un volante, en aquel espacio tan reducido, exigía poner a prueba todo el ingenio y realizar acrobacias. Ya se tratara de fotografiar o de ampliar, al poco rato el calor de las lámparas hacía la atmósfera irrespirable. Ambos se quitaban las camisas, maniobraban sudando; el calor intensificaba el olor de los excrementos, la agresividad de los ácidos. Y sin embargo a Hache le gustaba estar encerrado ahí, sentir la proximidad de Kurt y, a través de él y de ese rudimentario trabajo, sumarse a la invisible cadena de seres que entregaban todas sus energías a una causa, quizás inoperante pero justa. Hache envidiaba esas estructuras solidarias que era capaz de componer la fe, esos porfiados cauces que era capaz de abrir y alimentar en el desierto; su poder socializante de la subjetividad y su virtud de hacer vivir anticipadamente sus promesas eternas en la realidad adversa. Hache envidiaba todo eso, al mismo tiempo que le repulsaba: el espectáculo de este mundo incesante y contradictoriamente readaptado a las conveniencias de la subjetividad política, y cada una de sus manifestaciones interpretadas con respecto a él, el mundo, como afirmación, avance, victoria. A cada momento tenía presente su experiencia con aquel tipo que había logrado hacer disparar los volantes desde la terraza del edificio. ¿Cuántos como él arriesgaban sus vidas o al menos la tortura para difundir una información tan mínima, para hacerla llover sobre una población indiferente a causa del miedo? ¿Se compensaba ese riesgo con los pocos que se atrevían a recoger esas hojas? Pero aun en la afirmativa, ¿qué obtenían esos pocos lectores? Solo un mensaje de fe, porque la información en sí se reducía a sumarizar lo que estaba pasando, y eso cualquiera lo sabía si realmente quería saberlo. El verdadero problema eran esos que habían decidido ignorar, esos que habían aislado sus conciencias de cualquiera información compromitente, los que habían elegido la inocencia y que algún día se excusarían con ella. Ellos nunca advertirían las hojas cayendo sobre sus cabezas. La información

entonces solo era un mensaje de fe para los que estaban a punto de perderla, para unas masas reconvertidas hoy en individuos aislados, en fragmentos desmoralizados, vacilantes, resentidos por la incapacidad de sus antiguos dirigentes. Los mensajes intentaban persuadirles de que éste era un retroceso transitorio, un desvío en el camino triunfal, la efímera victoria de un enemigo desesperado y rabioso, previa a su muerte definitiva; y llamaban a resistir y sumar fuerzas, a confiar en el pronto desencadenamiento de la gran contraofensiva. Hache hubiera preferido formular ese mensaje a partir del pesimismo de un examen descarnado, de las experiencias del último tiempo, pero terminaba por no decir nada; por lo demás, había un pacto implícito de no cuestionar ni hacer preguntas. Mientras producían los negativos o los volantes, hablaba con Kurt de cualquiera otra cosa. Hache no sabía quiénes producían aquellos textos ni quienes los distribuían. Lo que contaba era estar con Kurt en aquel sótano, bajo los pollos, y sentir que en ese aislamiento eran parte de una cadena de hombres y voluntades, aunque él les desconociera y desconfiara del provecho de sus acciones. Ni siquiera había vuelto a ver al tipo de los volantes. Las veces que iba donde Kurt nunca se encontraba con alguien más. No hacía preguntas ni tampoco Kurt le informaba. Era casi como si esa producción tuviera algo de mágico, un aprovisionamiento y un consumo gnómicos, y Hache entendía que debía ser así: cuanto menos supiera, mejor, mayor efectividad y seguridad para todos. Hache ni siquiera leía enteramente los textos que reducían o reproducían; inevitablemente, claro, saltaban a su vista los titulares, los llamados; él no compartía su fe, pero tampoco quería ser ajeno a ella. Le gustaba ser un escéptico vinculado a los creyentes, un discrepante a partir de la adhesión. Para poder disentir realmente, pensaba él, era necesario formar parte de los que afirmaban; de otro modo el disentimiento se convertía en un monólogo aburrido y estéril. Curiosamente, esto solo era factible ahora, en la clandestinidad: la necesidad de sumar fuerzas contra el enemigo principal hacía posible y tolerable la convergencia de opiniones y concepciones distintas con un solo propósito final. En cambio, con la izquierda en el poder, aparecía pronto el problema del hegemonismo ideológico, de la subordinación o el ostracismo respecto a la ortodoxia impuesta por los más fuertes y empecinados. Hache se sentía contento esos días en que era convocado a trabajar en el sótano con Kurt; contento de que Kurt conociera sus escasas convicciones en la utilidad de lo que estaba haciendo y de que, sin embargo, confiara en él para ayudar a hacerlo. Así, sudando, hablando de trivialidades, haciendo bromas casi asfixiados, riendo bajo el rumor de los pollos, sin grandes pronunciamientos ni gestos heroicos, incluso parecía natural hacer aquello, algo sencillamente rutinario. A Hache se le ocurría, a veces,

que tal vez, sin llegar a confesarlo, a nadie le importaba demasiado producir resultados concretos e inmediatos; que quizás esa cadena solidaria de desconocidos no tenía otro fin que hacer practicables ciertos actos de afirmación moral; actos que por lo demás, una vez producidos, aunque muy insubstanciales, adquirían aquella ilusión dinámica del hecho objetivo que gratificaba las esperanzas de cada cual, haciéndoles sentirse esos eslabones, indiferenciados y privilegiados a la vez, que volvían a poner en marcha la historia en momentos de recesión. Quizás lo que contaba era eso: sentir que mediante el esfuerzo de uno algo se ponía en marcha en el tiempo, a no importa cuántos años plazo. Era la inmemorial necesidad de creer, de afirmar la fe y hasta de imponerla a los otros; de percibir a cualquier precio los reflejos de esa fe mediante intermediarios pasivos o forzados: los objetos, la naturaleza, la conducta de los demás hombres; de percibir las revelaciones de la fe y no necesariamente su verdad final. Los golpes, los fracasos, las persecuciones, como en el presente, también podían ser percibidos como revelaciones, como esas reacciones negativas que precisamente confirman la salud de la fe, que la robustecen. Quizás se trabajaba así cotidianamente para el tiempo, para proyectar la imagen final que el hombre necesita tener de sí mismo y de su destino, pero pretextando actuar respecto a las circunstancias inmediatas. Eran esas circunstancias, sin embargo, las que proporcionaban la base sensual de la fe: esa fraternidad física de dos o más hombres trabajando en secreto, el goce de la comunión en el temor, en el riesgo, en la voluntad de sustraerse a la derrota presente, mediante la fundación del futuro triunfal en sus espíritus. Millones de hombres habían encontrado, trabajando así o de modos parecidos, su sentido y su justificación. Retrospectivamente, poco importaba para ellos que el mundo hubiera cambiado o no, que hubiera o no una relación de causa y efecto; pocos habían visto los cambios, muchos habían sido destruidos por el mismo mundo que habían contribuido a cambiar; lo que contaba era el acto afirmativo en sí, la celebración cotidiana de los actos de fe, su suma en la conciencia y en la memoria. Eso era lo que Hache no lograba que Kurt llegara a reconocer explícitamente. ¿Por qué, en vez de relacionar obstinadamente la acción a sus objetivos, en última instancia utópicos, no circunscribirla a objetivos más realistas y modestos, con el mismo efecto emocional en los participantes? ¿Cómo desacralizar lo político? ¿Cómo librarlo de su imaginación milenarista, de su finalismo triunfal y a la vez constantemente postergable en los plazos históricos? ¿Cómo reducirlo a sus objetivos seculares, a este quehacer concreto consistente en perseguir estrictamente lo que lo político puede obtener, condiciones más justas y dignas para la vida humana? ¿Por qué no hacer de una vez por todas ese necesario desgarramiento entre

las aspiraciones del ciudadano y los sueños eternos, la insaciable nostalgia paradisíaca del hombre? “Una cosa no marcharía sin la otra”, le decía Kurt, “una huelga, un rayado de muros en la noche, para no mencionar los grandes gestos heroicos, serían actos bien poco interesantes para sus responsables si no tuvieran presente el sentido final y trascendente que les inspira”. Hache insistía en que lo heroico, lo trascendente, eran una perversión mística de lo político, que había que acabar con eso y practicar un estricto ateísmo político, si así podía llamárselo, porque la confusión entre lo concretamente posible de obtener en unas condiciones determinadas, como se había visto ahí en los últimos años, y lo deseable como meta final, había conducido a la incoherencia, a la desunión y finalmente a la inercia. Kurt le dejaba hablar, con esa tolerancia de quienes están más allá de la necesidad de explicitar su fe y, sobre todo, de quienes así ponen de manifiesto la diferencia que existe entre el compromiso permanente y el puramente emocional y por lo mismo discontinuo. Posiblemente era esa profunda convicción filosófica de Kurt en el destino social del hombre, junto con su comprensión de las dudas que Hache iba planteándole, ya en serio, ya en broma, lo que producía en él un sentimiento de desahogo, de paz en sus propias contradicciones mientras trabajaban juntos en el sótano. En esos momentos, en su interior sofocante, algo se resolvía para las próximas horas de la vida de Hache: como si, a pesar de su escasa convicción, por medio de Kurt y las cosas que iban produciendo, llegara hasta él la aprobación de una fuerza secreta e innombrable. ¿Eran los ecos de toda humana y original necesidad de aprobación, que él disimulaba por temor a mayores frustraciones con esos aires de provocación, sus escépticas búsquedas de un compromiso, sus máscaras de indiferencia para la propia generosidad? Podía ser y para el caso no importaba, porque Kurt jamás hacía observaciones sobre su conducta. Era eso lo que le gustaba del trabajo que hacían: que Kurt, sin decir nada, aceptara su enrevesada manera de afirmar, que confiara en su desconfianza, que adivinara lo positivo oculto en su negatividad. Pero, ¿no había otros motivos de atracción en esa intimidad subterránea con Kurt?, ¿no era ésa la ocasión para ambos de recuperar indeciblemente otros goces?

El bus ya va alcanzando la parte alta de la ciudad y pronto girará hacia la plazuela donde está la parada final. Una creciente inquietud, mil temores, van desmoronando la intención de Hache de aproximarse a la casa. Ahora le parece claro que está a punto de cometer una imprudencia. Si no le han llamado, está claro que no debe venir, ése es el trato, pero ¿por qué no haberle llamado al menos para prevenirle? ¿Y si algo ha pasado? ¿qué otro modo tiene él de saberlo que no sea viniendo personalmente? El contacto funciona en una sola dirección.

Hay esa imagen de Eva que la propia realidad de Eva ha borrado, quizás también para Kurt, fragmentos de una percepción maravillosa que Hache desespera de perder para siempre y cuya clave reconstituyente Kurt parece segregar en ciertos momentos. Hache sabe y siente que la percepción original está grabada en la memoria y en la piel de Kurt, y en el encierro del sótano, cuando ambos están bañados de sudor, puede aspirar sus efusiones. Y Hache se pregunta: ¿qué partes de la propia imagen fragmentada logra recuperar Kurt a través suyo? ¿Es que ambos fragmentos consiguen rehacer una Eva idéntica para los dos, o una del todo diferente para cada uno? Ahí bajo tierra, ambos encubren ese intercambio de datos sensuales hablando de otras cosas, cada cual tratando de que el otro no perciba su goce; pero el erotismo de esa complicidad inmentada desborda lo puramente sensual; es el erotismo de la percepción compartida de algo que quizás nunca existió cabalmente fuera de ellos mismos. Mientras se afanan reduciendo o ampliando documentos y proclamas en el secreto más total, en realidad están celebrando la evocación de una mujer cuyos atributos ninguno de los dos pudo verificar en la misma persona en los encuentros sucesivos. Hache recaptura mucho más nítidamente aquellas primeras impresiones de Eva a través de Kurt que en esos dos años de convivencia con la propia Eva, y en esa atmósfera saturada de sí mismos siente que ambos han captado de ella algo que escapa a la propia conciencia de Eva, que quizás no está contenido en su intimidad: Eva es más real y concreta en el objeto reflectante que en su propia persona. Entonces toda su nostalgia por ella ha encontrado al fin, al margen de ella e interpuestamente, un consuelo y una justificación; algo de ella queda o existe indeleblemente en los rasgos de Kurt, en su mirada, y a veces, cuando sus cabezas se juntan para mirar por el visor, Hache cree descubrir que del sudor de Kurt escapan emanaciones de ciertos olores de Eva, del propio sudor de Eva en aquellas tardes de verano, y se queda estático, prolongando la aspiración, perplejo de que esa fuerza reiterativa de su memoria pueda emocionarle más vividamente que el objeto de la emoción. Todo eso es posible ahora que la Eva física ha dejado de tener importancia para ambos, ahora que son ajenos a ella, pese a que ella siga conviviendo esos últimos días con Hache, hasta que él se vaya, o hasta que ella termine su trabajo; ahora, solidariamente y sin palabras, ellos pueden buscar el uno en el otro los indicios de la existencia de la Eva figurada; denegados por la Eva real, por ésta que se rebeló frente al uno y el otro, sucesivamente, la que se negó a ser la que ellos concibieron, sin duda de maneras diferentes o quizás, nunca lo sabrían, contra sus intentos de introducirse en su verdadera intimidad.

El bus se ha detenido en la plazuela y Hache baja junto a unos pocos pasajeros. Da unos pasos y luego se queda mirando esa larga

calle que nace ahí mismo y sube rectamente hasta la falda de la cordillera, sin ninguna otra calle transversal. Por momentos le parece tan simple salir de la curiosidad, caminar esos trescientos metros, pasar frente a la casa, cerciorarse de que todo sigue igual. Y sin embargo no se decide; teme que Kurt pueda descubrir su indisciplina y en última instancia esta dependencia sentimental que le ha movido a venir. Se propone quedarse allí unos minutos, esperar el próximo bus. Quizás desde allí mismo pueda observar algo, los niños que salen de la casa, al propio Kurt. Se da vueltas por la plazuela circular, espía, a veces cruza la calzada para seguir su ronda por las aceras. No hay nadie y no obstante finge estar atento a la llegada del siguiente bus. Vuelve a sentirse, en verdad, al margen de todo, y siente nostalgia por el calor asfixiante del cubículo bajo el gallinero. Está absorto en estas visiones de un mundo ajeno, donde no tiene nada que hacer, cruzando de nuevo la calzada, y de pronto se encuentra dando un violento salto hacia el borde; no ha visto venir el auto, que simplemente ha frenado en seco al lado suyo. Con la ira producida por el susto, con todas las iras volcadas súbitamente en ésta, se acerca hasta el chofer para insultarle, pero al reconocerle se queda con el gesto inconcluso, mudo. Es el desconocido de los volantes. No entiende los apurados gestos que le hace, para que se aleje. Por el contrario, se acerca más y asoma su cabeza por la ventanilla, como si ahora tuviera que verificar absolutamente un presentimiento. Entonces el tipo abre la puerta y le indica que se meta, rápido, al interior. Hache se bambolea dentro del auto que arranca brutalmente, contorneando la plazuela.

–Solo voy a alejarte unos metros de aquí. Luego, te haces humo como puedas –le dice el tipo, sin mirarle, los ojos clavados en el retrovisor.

–¿Qué pasa?

–Los pescaron.

–¿Cómo ? ¿ Kurt… ?

–Kurt, la mujer, los niños, los compañeros que fueron llegando… Por poco te perdiste la fiesta.

–¿Descubrieron… ?

–No sabemos. No sabemos más que eso: se instalaron dos días en la casa, a esperar las visitas. Y ahora, olvídate. Si tienes parientes en el campo, mucho mejor. Chau, compadre.

Se encuentra abruptamente en la acera, unas cuadras más abajo, en la siguiente parada del bus, y mira perplejo y desamparado cómo el hombre del traje beige, que por lo demás ahora vestía jeans, hace un viraje acrobático y regresa a toda marcha. Para advertir a otros visitantes desinformados, tal vez. Él sigue andando automáticamente, incapaz de soportar ese acto pasivo de esperar el bus. ¿Para ir a dónde, por lo demás? Tiene necesidad de andar con prisa, sentir la

ilusión de que el movimiento de sus piernas le lleva a alguna parte. Ni siquiera quiere imaginar lo que debe estar pasándoles a Kurt y todos los otros. Postergará unos instantes ese cuadro. Lo que le domina ahora es una sensación de mezquindad en sus motivaciones para trabajar con Kurt. Todo lo suyo es subjetivo, impalpable, en el momento de asumir su responsabilidad; intraducible en actos en los momentos en que la realidad se muestra brutalmente. Lo subjetivo, en estas circunstancias, toma un cariz aborrecible y vergonzante. Pero ya no puede repararlo, aunque quisiera: los contactos con la gente de Kurt son, sin él, impracticables. Él está ahora fuera de toda acción, de todo intento de solidaridad y, al mismo tiempo, absurdamente comprometido. Sigue caminando, cada vez más rápido, porque no tiene la menor posibilidad de pensar en lo que va a hacer: ahora en su mirada solo están Kurt, su mujer, los niños, los compañeros que van llegando uno a uno a la trampa, la mujer que va a abrirles con naturalidad, puesto que hay una metralleta apuntando a la cabeza de los niños en caso contrario; todo ese clásico escenario del terror con sus ingredientes conocidos, tan de sobra conocidos que la razón de la víctima no es capaz de identificarlos cuando irrumpen en su realidad particular, al menos en los primeros instantes.

2. Instrucciones para el vuelo

Me digo si es tan fácil, mirándome ahí abajo dormir en la cama, animándome a no olvidar, y vuelvo a emprender el vuelo desde el comienzo, pero esta vez con un claro propósito didáctico, y sobre todo insistiendo en la lógica elemental de sus principios. Lo único verdaderamente difícil consiste en desprenderse de la tierra y encontrar el camino de salida hacia arriba. Una cosa no va sin la otra, porque el aire que se asienta ahí abajo, y a través del cual uno creía moverse con libertad, no es otra cosa, visto desde aquí, que ese bloque de gelatina translúcida que, claro, por sus características elásticas, nos da la impresión de que nos movemos pese a que no quitamos los pies del mismo lugar. Cosa de mirar bien hasta encontrar sus grietas, siempre abriéndose y cerrándose imperceptiblemente para la mirada de los de abajo. Entonces, tener bien presentes los siguientes pasos: desprenderse del suelo bruscamente (voy demostrándomelo, como un profesor de danza), para lo cual uno tiene que saltar hacia la grieta con todas sus fuerzas, pero a la vez disimulando semejantes fuerzas con el fin de alcanzar la máxima liviandad; y ahora, así, cuando uno pasa al otro lado, al verdadero aire, lo importante es saber desaprender a tiempo los hábitos de la opresión, dejarse yacer como una hoja. Todo consiste en prescindir, de un instante al otro, de la necesidad de buscar apoyo; en confiar en la libertad del aire. En otras

palabras: en saber diluir oportunamente, una vez aquí, la fuerza de la impulsión, la violencia de la fuga; en renunciar a todo esfuerzo. Sobrevolando la cama, donde estoy dormido, extiendo los brazos hacia adelante, con lentísimos movimientos, para que quede clara la facilidad de la acción, exagero la posición de abandono del cuerpo, exhibo la adecuación aerodinámica de las manos, el modo lánguido de ondular las piernas. ¿He entendido bien la sencillez del procedimiento? ¿Voy a recordar fielmente cada detalle al despertar? Me parece indudable. Confiado pues en la definitiva modificación de mi vida, a partir del momento en que salga del sueño, doy unas vueltas, puramente acrobáticas, por el cuarto. Sería estúpido apresurarme a gozar solo de este poder, es decir, sin tomar en cuenta todas sus implicaciones, que se me revelarán cuando llegue la mañana; sería egoísta adelantarme a mi sorpresa matinal, a mi total conciencia de este descubrimiento, y excursionar solo ahora más allá de la terraza, por la noche de la ciudad y los campos. Me voy paseando por los bordes de los muros, casi tocando el techo con la espalda, rascándome la espalda contra las tablas, que es lo que más me gusta, y así doy una vuelta completa a la habitación; luego me pongo a girar alrededor de la lámpara de paño. Por último, regreso y me quedo flotando cerca del techo, por encima de la cama, donde no dejo de dormir. Siento una gran ternura por la sorpresa que voy a regalarme al despertar, y una sensación anticipada, al mismo tiempo, de la rabia que sentiré por haber vivido así hasta ahora, tan insensatamente, sin descubrir un secreto tan simple. Miro mis ropas, abajo, echadas sobre la silla, y me aguijonea la impaciencia de que amanezca pronto, de que despierte al fin para asumir este poder, maravilloso y frágil, de una vez por todas.

3. El huésped de Eva contempla el manuscrito mutilado

Hache miraba al techo, tendido en la cama del pequeño cuarto, y a pesar de los días transcurridos sentía que el terror se mantenía tenazmente en el mismo lugar, especie de segundo nivel de conciencia. Sabía que no debía hacer nada para hacerle regresar a su profundo sustrato normal; nada estaba garantizado, ni siquiera ahí. En cualquier momento ese frágil refugio que era la casa, protegida solo por la bandera de una embajada, podía ser barrido; era concebible que todo pudiera volver a comenzar, como si nada, e incluso que todo terminara de una vez; y entonces, por si acaso, era mejor tener el terror junto a sí, a mano. Porque lo peor era su aprendizaje, su gestación y su crecimiento dentro de uno; una vez que estaba allí, colmante y bullente dentro de sí, ya no había problema: se había alcanzado ese estado en que el terror le inmunizaba a uno contra los

efectos mismos del terror.

Vinieron a anunciarle la visita de Eva y él, saltando de la cama, se encaminó de inmediato a la pequeña sala de recibo. Pero tuvo que esperar unos minutos a que se ocupara de él, porque apareció otro compañero para hacerle algún encargo o pedirle alguna noticia. Reconoció, junto al sillón, su propia maleta; había además al lado de ella una caja de cartón.

–¿Es para mí también? –preguntó.

Sin dejar de hablar con el otro, Eva le hizo una seña afirmativa, y él se puso de inmediato a desatar las cuerdas de la caja. Evidentemente, eran sus papeles, y él tenía prisa por saber de una vez por todas qué era lo que se había salvado. Pero ya Eva se despedía del otro y venía a sentarse a su lado. Se dieron la mano, preguntándose incómodamente cómo estaban.

–En fin –dijo ella, dando un soplido de agotamiento–, creo que eso es todo. Aquí tienes la lista para que confirmes.

–Está bien, está bien, gracias. Lo más importante eran los papeles.

–Están en el mismo desorden en que los recogí. Parece que se llevaron un buen lote.

–Mierda.

–También se llevaron papeles míos.

–Digo mierda en general.

–Así lo espero. ¿Qué quieres que haga con el resto de tu ropa, con los libros?

–Regálalos, si te queda tiempo.

–Y, en fin, los muebles.

Mientras hablaban se sintió sobrecogido por una sensación de ubicuidad tempoespacial: como si pocas horas atrás hubiera visto a Eva levantarse de su lado en la cama y hubiera presenciado como cada día sus movimientos antes de salir: mear, ducharse, desayunar, maquillarse, vestirse y por último decirle adiós, para verla llegar en seguida desde este otro lugar, ya maquillada y vestida, para mantener una entrevista con él.

–Los muebles… pues también regálalos. Aunque no se me ocurre quién puede querer muebles en estos tiempos.

Sabía exactamente qué ropa interior llevaba, cómo se había hecho ese moño y de qué modo se había pintado los ojos y, sin embargo, desde aquí, sabía tan poco de su intimidad, tan poco como cualquier otra persona aproblemada frente a un funcionario. ¿Quizás ella podía decir de él algo correspondiente? No era lo mismo; ella sabía más acerca de él.

–Ya veré… Bueno, ahora estás listo para partir. Ya no necesitas nada más, espero.

–No, creo que nada más.

–Estarás impaciente.

–Muy impaciente. Y nervioso.

–Creo que todo irá bien.

–Ya veremos.

Se hizo un silencio y él se puso de pie, pensando que Eva tendría que oír aun a muchos otros que la esperaban.

–No… espera.

Volvió a sentarse, inquieto.

–Espera. También he venido a darte noticias de Kurt. Está bien.

–¿Kurt? ¿Dónde está?

Se acercó a ella anhelante y sin preocuparse siquiera de cuán curiosa podría parecerle su conmoción por Kurt.

–Lo soltaron. Estuve ayer con él. Las presiones de la embajada alemana al fin surtieron efecto. Parece que a los mismos milicos les costó encontrarle. Tú sabes… Ahora está en la embajada.

–¿Y la mujer, los niños…?

–Están con él.

Hache no sabía cómo reaccionar. O, más bien, sentía alegría y no sabía cómo expresarla ni cómo compartirla con Eva.

–Pero están… ¿realmente bien?

–Están vivos y en su juicio, que es lo que cuenta. Kurt te saluda; no tenía idea de lo tuyo.

–Me alegra tanto. Gracias.

–Espera que no se te haya ocurrido considerar tu detención como consecuencia de la suya, y en caso de que se te haya ocurrido te ruega ser indulgente contigo mismo y con él. No entiendo qué ha querido decir.

–Yo tampoco… ¿Cómo podía ocurrírseme? ¿Qué relación podía haber? Ni siquiera cabía la posibilidad, estoy seguro, de que mi nombre estuviera en su libreta. Lo mío no fue más que el resultado de un manotazo al azar.

–Lo de él también, ¿no?

–Supongo que sí. Pero dime: ¿no desconfía él… de alguien?

–No me dijo nada. Se conmovió mucho cuando le conté que tú también habías caído. No tenía idea. No podía creerlo.

–Pero, ¿cómo sucedió? Tiene que haberlos delatado alguien.

–Kurt no sabe. O no quiere saberlo. Quizás no lo soportaría. Los agentes llegaron un viernes por la tarde. Metieron en un cuarto a Kurt y en otro a los niños con un viejo. Se instalaron con la mujer en la sala, para que ella fuera a abrir la puerta cada vez que llegaba una visita. Los golpes y las amenazas comenzaron ahí mismo, al principio separadamente. A ella la violaron repetidas veces, y entre una y otra la obligaban a cocinar. También la violaron delante de Kurt y de los niños. Luego torturaron a los niños delante de ellos; uno tiene un

tímpano roto, pero eso parece haber sido después. Estuvieron en la casa hasta el lunes por la mañana. En total, cogieron a cuatro visitantes, no sé quiénes son. Kurt piensa que durante esos días se comieron unos quince pollos; dice que los mataban con metralleta. Ya ves, no ha perdido el humor. En fin, todo ha pasado.

–Espera. ¿Descubrieron algo?

–¿Y qué podían descubrir?

–Bueno, por algo habrán montado todo ese terror.

–Y contigo, ¿no fue lo mismo? ¿Qué descubrieron contigo?

–Nada, es cierto, pero…

–¿Pero qué? Hacía meses que Kurt estaba embobado con su redescubrimiento del paraíso familiar y no pensaba más que en eso y en los pollos ¿no?

–Sí, claro, hacía meses…

–¿O tú te crees también los cuentos sobre su doble vida?

–No, claro que no. Quizás la culpa de todo la tuvieron los cuentos.

–Eso, dalo por seguro. Bueno, tengo otras cosas que hacer. Estarás contento, espero. Te traje también una botella de vino.

–Gracias. Espera. ¿Qué van a hacer ahora?

–¿Kurt? Estarán en la embajada hasta que les den un salvoconducto. Por supuesto, viajarán a Alemania. Chau, entonces. Vendré a buscarte el lunes.

Los otros compañeros rondaban por el pasillo esperándola y Hache se despidió como lo haría cualquiera de ellos. Cogió su maleta y la caja y los llevó a su cuarto. Mientras seguía desatando la caja no dejaba de pensar en Kurt, pero, a pesar de sí mismo, las imágenes correspondientes a la historia que le había contado Eva se sustraían a su imaginación o, a lo sumo, se inmovilizaban a una gran distancia visual, desunidas unas de otras, sin que el drama en su totalidad llegara a afectarle profundamente. Era una defensa más que psíquica; Hache entendía que no podía sino someterse a esa limitación de sus emociones. Por ahora no quedaba sino recoger las informaciones y almacenarlas, dejando para más tarde, para algún día desconocido, las reacciones que iban a suscitar. En su cuerpo entraban y vegetaban miles de informaciones como aquéllas, miles de emociones retardadas. Incluso esa situación, tan paradojal, de ser ahora el huésped de Eva y de estar a su cuidado, no le provocaba ningún conflicto definido.

Por fin logró volcar sobre la cama la pila de cartas, papeles personales y manuscritos. Fue apartando celosamente las hojas mecanografiadas, escritas en un papel amarillo. Muchas de ellas estaban rotas, arrugadas, pisoteadas. Ya por el simple peso y grosor de las páginas presintió la desgracia. Mientras intentaba ponerlas en orden, cada vez más desolado, fue dándose cuenta de que de aquel lote de unas doscientas páginas del borrador no quedaba siquiera la

mitad. Rápidamente advirtió que faltaban por entero el capítulo de la gata, el de la interpelación al Presidente, el de la escena con el periodista danés que había visitado a Eva. Posiblemente faltaban otros, que no recordaba. Sí, el de aquel viaje a la estación de ski, tres días después del golpe, con los Akesson, los amigos con quienes Eva se había ido a vivir unos días luego de la pelea causada por el periodista danés y sus perros: las grandes familias que brindaban con champagne, mirando el panorama de la nieve… De otros no quedaban más que unos fragmentos; correspondían, aparentemente, a las sensaciones de los primeros días con Eva, a las evocaciones de las grandes marchas mágico-políticas, a algunas historias personales de los intelectuales reunidos en el capítulo III, a las visitas a las fábricas y a la cena con un obrero y su mujer, por encargo de un ministerio, para hacer el guión de una película sobre la participación obrera en la industria, guión que finalmente sería rechazado por su concepción pequeñoburguesa. ¿Pero qué culpa había tenido él de que la pareja obrera entrevistada tuviera sentimientos y aspiraciones pequeñoburgueses? Había páginas que ya ni siquiera él mismo era capaz de saber a qué correspondían. Incluso faltaba el cuaderno con los esbozos de los capítulos por hacer. Y lo que quedaba más intacto, curiosamente, eran algunos de los capítulos escritos en el último tiempo, los relativos a situaciones casi inmediatas. Profundamente desalentado, disparó sobre el piso el lote de papeles y se dejó caer en la cama.

En un momento sintió el impulso de levantarse y de tirar todo aquello a la basura. Puesto que todo ese trabajo inconcluso, ya de por sí fragmentario, había sido mutilado de tal manera, ¿no era mejor acabar con él de una vez por todas? Ahora que tal vez iba a alejarse para siempre ¿no iba a estar a su alcance la posibilidad, tan deseada antes, de mirar esa parte de su vida precisamente desde una gran distancia? Sentado en el borde de la cama, mirando las páginas derramadas por el piso, vaciló. Deslizándose hasta el piso, andando a gatas, volvió a reunirlas. Luego las revisó otra vez, tratando de hacer un inventario más cabal de lo perdido y lo salvado. Si conseguía salir de ahí, ¿sería capaz algún día, tendría el ánimo de rehacer las partes perdidas, de reconstituir las mutiladas y encima de agregar todo lo que de por sí faltaba? ¿Llegaría a pensar que valía la pena? Tal momento parecía inalcanzable. Antes, mucho antes, si escapaba de ahí, tendría que escribir punto por punto esta historia de su detención. Cronológicamente los hechos se precipitaban, aplastaban a los anteriores, y siempre el último aparecía pobre con respecto al más inmediato. Había que sustraerse a la influencia directa de los hechos presentes, de otro modo uno nunca aprehendería los pasados. Leyendo el último capítulo que había escrito, el de la evocación del trabajo con

Kurt, que disimulaba, por cierto, las alusiones a la trampa y otros detalles comprometentes, y pesando la cantidad de cosas sucedidas entre tanto, en tan corto tiempo, Hache sintió concretamente esa vertiginosa velocidad de los acontecimientos en relación a la morosidad de la escritura que intentaba fijarlos. Los hechos se sucedían uno tras otro, sin continuidad previsible, siempre sepultándose a sí mismos, y los esfuerzos por salvarlos de su desintegración iban siempre atrasados, cada vez más atrasados respecto a su acumulación. La escritura no lograba trasvasar más que una mínima parte de ese torrente caótico. La realidad era caótica y la escritura no conseguía establecer sino fragmentos de coherencia. Leyendo ese capítulo, por ejemplo, ¿podía concebirse la situación actual de los personajes como su continuación? ¿Qué sentido tenían esos roles reversibles de Kurt y él con respecto a Eva? ¿Qué significación podía tener ese desenlace para el conjunto de la experiencia? El desenlace real complicaba demasiado el relato; al menos lo hacía literariamente inverosímil. Lo que era verosímil en la vida real no lo era necesariamente en la escritura.

Sin saber qué podría hacer alguna vez con esas hojas, decidió que le pediría a Eva que se las enviara algún día por correo, siempre que ahora lograra escapar. Luego se le ocurrió preguntarse por la suerte de las páginas que faltaban. Si ese centenar de páginas que tenía en las manos eran un rompecabezas para él mismo, ¿qué podía suponerse de la impresión de los asaltantes, que tenían en su poder el resto, en el caso harto improbable de que las hubieran leído? Quizás la verdadera novela, se entretuvo en imaginar, podría consistir en la historia de esa paralela e incomunicada lectura, por el gorila y el autor, de los respectivos fragmentos que tenían cada cual a mano: en esa doble figuración, en parte delirantemente tergiversada, sin la menor posibilidad de aclaración por parte del uno o del otro. Puesto que la experiencia era inatrapable, pensó luego, puesto que seguirían sucediendo cosas y su distancia sería cada vez mayor con respecto a la realidad, pretérita y presente, quizás lo mejor sería adelantarse un poco en el tiempo y, desde ya, escribir el último capítulo.

XV

Del borde de un cero al borde del otro, el sentido se revela como una simple operación volitiva

La atención de Hache, una atención agazapada, doliente, se hallará desplegada en lo que disimulan los distintos puntos de interés del recinto, en las puertas y corredores aparentemente en desuso, tratando de captar las amenazas imprevisibles ocultas en la normalidad. Oirá la conversación del embajador sueco, la de Eva, y detrás las de docenas de pasajeros y sus acompañantes que esperan el anuncio de la salida del avión quizás en circunstancias parecidas a la suya, vaya él a saber; y los ruidos del bar, las musiquillas de órganos electrónicos por los altavoces invisibles, los ronroneos del aire acondicionado y de otros diversos motores, y Hache tendrá que eludir tales máscaras sonoras, tendrá que estar atento a los ruidos del peligro, no distraerse cuando suenen esos pasos precisos sobre las baldosas, esa voz de mando inconfundible, la frenada de ese vehículo que puede llegar para cortarle la fuga. Porque no habrá dejado de saber que todo puede pasar, y que esa libertad de estar ahí, a punto de largarse, puede ser nada más que una prolongación del juego del verdugo; que la compañía de un embajador, de Eva y unos periodistas, todo eso, no impedirán el secuestro y la desaparición a plena luz del día y a unos minutos de la partida. Fingirá escuchar la voz preocupada del embajador, los comentarios de Eva, perfectamente dispensables por su impersonalidad, fingirá creer en la normalidad del fluido sonoro que le envuelve, en las apariencias de funcionalidad de ese aeropuerto, para que su verdadera atención quede disponible al disparo de todas las señales de alarma de su cuerpo. Y sobre todo fingirá hacer creer que ese que está ahí sentado junto a ellos a una mesa del bar es él mismo, cuando, la verdad, será el más extraño de los extraños, una forma humana haciendo desesperados esfuerzos para sumergir su pensamiento, sus temores, su memoria. Pero lo principal será que él presente, también, esa imagen de funcionalidad y de apariencia de una persona. Su conducta no deberá reflejar nada de lo sucedido últimamente; deberá demostrar que es un viajero tan normal como los otros, porque pensará que cualquier sospecha de su condición solo

conducirá a desencadenar el peligro. Lo que caracteriza a la arbitrariedad es justamente que el sujeto expuesto a ella no puede jamás anticipar correctamente una determinada conducta tendiente a salvarse; a lo sumo, como Hache, el sujeto efectuará una especie de autolavado de conciencia y de memoria, querrá hacerse imperceptible, se reducirá a los estrechos límites del presente que está viviendo, a la tensa percepción de sus amenazas. Todo quedará bloqueado excepto esos segundos que están transcurriendo, excepto la angosta vía hacia la prueba definitiva. La presencia de Eva no le dirá nada, no le recordará nada; es una funcionaría como cualquiera otra, que cumple un rol benéfico: discretamente maquillada, el pelo siempre recogido en un moño, ya toda ella hecha a unos gestos precisos y eficaces. La presencia del embajador le dará una sensación de amparo más bien simbólico; sabrá que si lo arbitrario vuelve a manifestarse contará esta vez, al menos, con un testigo y un mediador privilegiado, que otro secuestro ya no estará amparado por la impunidad total del secreto; pero ni aun eso será una garantía en el umbral del terror, en el regreso al terror, que sería moralmente irreversible. A esas alturas, Hache no tendrá dudas: esta vez su racionalidad no podría soportarlo, algo fallaría definitivamente en su personalidad. Así, no se permitirá ningún optimismo en ese umbral de su escapatoria; pensará que de un momento a otro se revelará la burla, en el próximo segundo, o cuando pase por el control policial. Entonces, no tendrá conciencia de lo que se dice en esa conversación en la pequeña mesa del bar; las palabras resbalarán sin tocar su atención, y si él llega a decir algo, a ratos, será para disimular su distracción de todo lo que no sea el peligro; responderá, ciertamente, dirá sí o no, sin haber oído, pero luego ni siquiera estará seguro de si realmente le ha salido la voz. Solo una parte de su atención escapará a su angustiada vigilancia o, más bien dicho, diversificará su vigilancia: por la mañana Eva le habrá advertido que Kurt también viajará en el mismo avión y él, desprovisto de espacio emocional para asombrarse, más bien se habrá alegrado de esta impensable fantasía final del destino para invertir los roles de ellos dos respecto a Eva. Así, aguardará ver aparecer en cualquier momento la figura de Kurt, con su escolta diplomática y policíaca, y sabe que entonces el escenario estará completo con sus personajes y que su memoria no podrá evitar una especie de cortocircuito, una vuelta completa sobre sí misma, un estallido que habrán de ahogar las circunstancias. Pero, por el momento, sentirá una gran fatiga de esa atención que debe mantener inflexiblemente orientada hacia objetivos en su mayor parte imprecisos e impredecibles; y ni siquiera se atreverá a imaginar que más adelante podrá abandonarse en un asiento, decirse que se acabó, dejando que todos sus sentimientos al fin fluyan. Sentirá una gran fatiga, suma de

todas las fatigas, y además tendrá que cuidar del temblor de sus rodillas y manos, del dolor de esa astilla de hielo hundida en el diafragma; demasiadas cosas que controlar, casi añora las semanas en la casa de la embajada, la tranquilidad del tiempo muerto, el letargo. Eva ha venido a despedirme para siempre, se descubrirá pensando clandestinamente, y se enfadará de esa burla de su propia atención, que debe estar concentrada en el peligro. Pero, a fin de cuentas, se asombrará de que ni siquiera ese pensamiento subrepticio le emocione; es como si hubiera una equivocación y ese hecho no le concerniera precisamente a él. Él no es Hache, él es un hombre diferido respecto al momento que está viviendo. La mirará enfrente suyo y casi sentirá ganas de tocarla para verificar el error. Pero el error, ya lo sabe, escapará a todo intento de comprobación, aun a pesar de que ella haya venido a despedirle en ese mismo lugar donde una vez, al despedirla a ella, él sintió que su vida quedaba mutilada, y donde al recibirla a su regreso, ahora para vivir con él, creyó revivir para el resto del mundo y de los tiempos. No es el tiempo transcurrido el que les ha cambiado, el que ha roto un determinado encantamiento; es algo mucho más brutal que el tiempo, que quizás no ha ocupado más que segundos de un día que hoy no recuerda: una aparatosa caída de los atributos de ella, recién forjados por su imaginación. ¿O bien es el momento que está viviendo el que está diferido respecto al verdadero fin, que ya tuvo lugar? Como sea, son preocupaciones que él deberá ignorar; Eva y el embajador finalmente hablan en sueco, el periodista calla, ya que está claro que él no escucha; hay el bullicio de las mesas vecinas, de niños que corren entre las sillas, y siempre están los motores y la musiquilla del órgano electrónico que imita a otros instrumentos, y él está reducido a un grito retardado de alarma, a una disposición de fuga sin destino. Entonces, como está previsto, allá tras de los vidrios, resguardado por policías, descubrirá a Kurt. Le hace una seña a Eva, advirtiéndola, y se pone de pie, como dispuesto a ir a su encuentro. Pero ella y los otros le sujetan: por ningún motivo debe apartarse de ellos. Es Eva la que se levanta y excusándose un minuto parte a saludarle. Hache trata de adivinar sus sentimientos a través de esos largos trancos con que se aleja a su encuentro. También va a despedirse de él por última vez, comprende, será el broche de oro de sus despedidas. ¿O habrá un encuentro aun en el destino de ellos? Pero este acontecimiento y el hecho de quedarse ahora solo frente al embajador le significará una nueva trampa para su dispositivo de vigilancia. Debe desechar todas las sugerencias de la situación, las asociaciones, una repentina angustia venida de lejos. La contradicción entre los objetos de su atención y sus emociones le ahoga. El embajador se cree obligado a preguntarle, discretamente, por su experiencia en la prisión. Hache responde como un autómata, no

necesita pensar para dar cuenta de tales hechos. El embajador va moviendo la cabeza, disgustado, impotente ante lo que sucede fuera de su reducido campo de acción. En realidad no es el embajador sino el encargado de negocios. El embajador, apodado Pimpinela Escarlata por la prensa de derecha, fue declarado persona no grata por los militares. Sus aventuras de rescates humanos no tenían fin: los trucos de ilusionista que era capaz de hacer con su coche para esconder a los perseguidos y meterlos en la embajada, fuertemente custodiada; sus disputas, muchas veces físicas con los milicos, defendiendo el principio fantasioso pero impresionante de que el sitio donde él ponía el pie era territorio sueco, y por lo tanto él tirando de los pies del perseguido y los policías de los brazos; sus locas carreras por la ciudad despistando a los perseguidores, sus espectaculares metamorfosis de gordos en flacos y de flacos en gordos mediante atracones de hormonas, para hacerles salir del país como hombres de negocios escandinavos; su placer en prestarse para transmitir por radio mensajes secretos de la resistencia, su gusto por hacer entrar al país ayudas secretas, su gracia de conspirador, y todo ello inasible, indespistable en su aspecto y sus maneras de aristocrático solterón amante de las porcelanas y de las ceremoniosas conversaciones con bizcochuelos y té. Éste, que le remplaza, es ante todo un negociador que no se hace ninguna ilusión de éxito fuera de los convencionales resortes diplomáticos. Todo lo que pueda decirle Hache él ya lo conoce, y su interés solo tiene el objeto de llenar esos minutos de soledad, temor y silencio dentro del ruido que les envuelve. Entonces debe hacer el esfuerzo de distraerse de lo que dice y recuerda, para tratar de entrever allá tras de los vidrios la despedida de Eva y Kurt, que no se realiza, porque a Eva le impiden acercarse y porque hacen desaparecer a Kurt por una puerta que no es la de los pasajeros normales; y para distraerse de eso a la vez y mantener el grueso de su atención husmeando los pasos, los goznes, las voces.

Eva regresa, encolerizada, y Hache vuelve a advertir, por un instante, después de mucho tiempo, aquel verde destellante de sus ojos, un rictus de contrariedad casi infantil de sus labios, escapes de sensibilidad que desaparecen en seguida, mientras cuenta que a Kurt y a otros les embarcarán primero, por una salida especial. La espera se prolonga y en la medida en que el presente transcurre clavado en el mismo punto, las posibilidades de la amenaza indiscernible parecen aumentar. Omnisciente, Hache escuchará que de algún lugar parte una orden, que suena cualquiera de los teléfonos de los agentes ávidos de dar comienzo a la persecución y la orden se retransmite; se acercan entonces los pesados pasos, las oscilantes caderas cargadas de fierros, los brazos que le doblan los brazos tras la cintura, y entonces es casi un alivio no haberse hecho la menor esperanza, no haber modificado

en un ápice el ánimo condicionado para el desaliento. Pero a la vez, de algún modo, Hache comprende que esa disposición de acecho respecto a una persecución difusa y arbitraria le impide percibir lo que realmente está sucediendo en ese lugar; mientras él vigila los síntomas de una realidad contingente, la realidad concreta, ésa en la que él y los otros están participando, componiendo en los últimos detalles, se le escapa; comprende que para percibir su significación tendría que estar fuera por lo menos de lo que su situación tiene de más precario y tener una mínima certeza del avance o el retroceso de su destino en los próximos minutos; tendría que saber en cuál de los bordes se encuentra, si en el de un tiempo que va a recomenzar, dejando atrás físicamente el tiempo que se ha pasado estableciendo nexos, rupturas, proyectos, desencantos, recombinaciones de todo eso, pérdidas de todo eso y aun un saldo de esperanzas; o en el de un tiempo que está lejos de haber terminado sin esperanza alguna. Toda la suma que implican las circunstancias que están viviendo por lo menos ellos tres, Eva, Kurt y él mismo, se le escapa; la reflexión, las emociones correspondientes a esa suma se le escabullen. Es una manera extrema de estar solo, siente, de hallarse interiormente paralítico. Su existencia no tiene más pasado ni porvenir que el de cada minuto que está pasando; el miedo le obliga a diferir toda vida, todo pensamiento, a ser solo ese cuerpo sentado, quieto y tenso mirando el reloj, escuchando más allá, lo que se oculta tras los ruidos. Pero por momentos, sin que él mismo se dé cuenta, su vigilancia se independiza de su propia voluntad y él se hunde en unos cortos ensueños. Adentrándose en la región oscura del futuro, las tinieblas se distribuyen alrededor de una profundidad circular como un cero; la palabra cero, un anillo en el vacío, llena momentáneamente su cabeza; nada en el interior, nada en los bordes, un anillo sideral, opaco, apenas discernible del espacio negro. Todo tendría que nacer de ahí, como hace tres años. Todo a partir de cero, pero con la diferencia de que el cero está lejos todavía. Un espacio desértico a llenar, un desconocido sitio de refundación: un nuevo escenario para atraer los nuevos personajes, un par de cubiertos, un par de vasos, un par de sábanas, todo es tan elemental que ni siquiera necesitaría hacer la lista de las compras rituales y periódicas; como un eterno resucitado, sin nada acumulado de las vidas anteriores, sin resto alguno ni memoria de las docenas de cubiertos, sábanas, tazas, que totalizarían las compras de cada recomienzo, en cada cero anterior, ceros más pequeños tal vez, pero qué importa; si recordara al menos el diseño, el color de alguno de aquellos utensilios, ya algo estaría salvado, pero no, solo está la espiral inconexa, la rosca de anillos incomunicados; un conducto de anillos solitarios en el tiempo segregando otros anillos y a lo sumo formando ese tubo fraccionado por cuyo interior su memoria

solo puede inventarse un camino; todo cortado cada vez, todo recomenzado la próxima en distintos lugares y con materiales distintos, sin pruebas materiales de la propia vida, sin historia, como todo lo que le rodea, por lo demás, como todos los que viven y seguirán viviendo ahí, pero encima sin la necesidad vehemente de los otros de inventarse una memoria que vuela de anillo en anillo, de fragmento de vida en fragmento de vida, sin lograr nunca aproximar ni hacer coincidir las caras de los diferentes bloques, cuyo único constituyente constante es él mismo, porque todo lo demás varía y es distinto y desconocido respecto a lo anterior y lo será respecto al nebuloso anillo que quizás forme el futuro; no quedará casi ningún vínculo hacia atrás, casi nada será reanudable, casi nada será común para los desconocidos de la próxima vida.

De esos ensueños le arrancará el llamado tan demorado antes como urgente ahora para pasar al control y embarcarse, pero Hache casi no registrará el transcurso de los próximos minutos. Está en la fila, frente a los cristales que dejan ver las pistas, y aunque sabe que se halla más cerca que nunca del peligro, se deja ganar por una abrumadora fatiga de su propio miedo, por un sentimiento que es casi de indiferencia. Flanqueado a uno y otro lado por Eva y el embajador, va avanzando en la fila y entiende que la aventura puede terminar unos metros más allá, pero por lo mismo quizás entiende también que está a punto de quitar una posición en el espacio que podría darle la clave del sentido de sus propios actos. Más allá de los cristales, en un grupo que va caminando hacia el avión, reconoce la figura obstinada de Kurt, que va embistiendo contra el viento. Advierte que también Eva le está mirando, inexpresivamente. Y se pregunta: ¿qué quieren decir estas posiciones que ahora ocupan respectivamente los tres en ese lugar, las expresiones o más bien la ausencia de expresiones de los tres en relación a sus movimientos y sentimientos de un tiempo atrás en el mismo sitio?, ¿qué media entre los de entonces y los de ahora, qué se oculta? ¿Qué hay entre aquel último encuentro por el mundo entre Eva y Kurt, días antes de que Hache la conociera; entre la despedida posterior, cuando ella ya había pasado a ser la amante de Hache, y Kurt se dobló, solitario y silencioso en el centro de ese mismo salón? ¿qué hay entre todo eso y los pasos de Kurt, alejándose hacia el avión?, ¿entre la vuelta definitiva de Eva y este momento en que Eva se apresta a despedirle definitivamente a él mismo? Hache observa la trivialidad de la expresión de Eva y siente un mareo, como si los otros participantes de su experiencia se hubieran transfigurado en sus propias narices y de pronto se encontrara desmentido por ellos mismos, solo e impotente ante ellos con su memoria y por lo tanto con la conciencia doblemente atormentada por los cambios. Pero ¿es solo la trivialidad en el rostro de Eva?, ¿no está todo lo demás igualmente

transfigurado?, ¿No comenzó a percibir ya antes una banalización colectiva de las recientes pasiones? Hache ve todo muy borrosamente a su alrededor, comprende que está a punto de derrumbarse de fatiga, e involuntariamente se apoya en el brazo de Eva. Ella le sostiene como a un inválido y le asegura que todo irá bien. Pero él ya es indiferente a que todo vaya bien o mal, ni siquiera eso es capaz de entender Eva, piensa apartándose, avergonzado de la soledad de su memoria. Ya no ve a Kurt. Está a unos pasos de la barrera, con el pasaporte en la mano. Y entonces, como vencido por la evidencia, se atreve a pensar: ¿pero es que todo aquello, las propias pasiones, no solo las propias, sino que todas las pasiones, deben tener necesariamente un sentido? ¿Por qué esa obsesión suya de buscar un sentido en el final de las cosas?, ¿esa necesidad compulsiva de hallar una coherencia y de verificar un resultado en los actos privados o colectivos? Cuando Eva le toque el brazo para indicarle que va a ser su turno, Hache quedará perplejo, con un presentimiento de tiempo absurdamente perdido, al darse cuenta del tono tardío, dramáticamente adolescente, de sus propias preguntas. Como si vislumbrara en ese preciso segundo que todos los demás ya las han respondido o las han desechado con sus propios actos y él es el único que sigue dándole vueltas a un tema obsoleto. Eva está tendiéndole los brazos para despedirse, y él está a punto de sonreír, sorprendido en ese entrecruzamiento de pensamientos y sensaciones que está sucediéndole, con un atisbo del carácter extemporáneo de su propia extrañeza. No sabe aun cómo la abrazará mientras a su vez tiende los brazos, pero en ese segundo posterior, cuando la aprieta desde la axila a la cintura contra sí, sin vehemencia alguna, exactamente como ella, siente un repentino alivio, tal como si la tocara luego de despertar de una larga pesadilla con ella, soñada a su lado. Con esa sensación de sentir a salvo algo que su obstinada imaginación daba por perdido, se desprende de ella y extiende el pasaporte.

Ahora, a pesar suyo, fisiológicamente, volverá a imponerse el miedo. Todo queda congelado en este momento en que está expuesto directamente a las miradas enemigas. Le han asegurado que es un pasaporte legal, solo que obtenido mediante el soborno de un funcionario. Las miradas escarban cada signo del documento y parecen ir acumulando las evidencias de su falsedad. Él mira, escéptico, el espacio virgen que hay más adelante, los bordes difusos del nuevo cero; le parece mucho más verosímil el abyecto regreso a su nivel anterior. Sabe que aparte de esos que miran su documento hay decenas más que le examinan desde todos los ángulos, sin mayor disimulo, y que solo se podría confiar, marginalmente, en las rivalidades de los propios perseguidores, en su caos informativo. Finalmente, con un movimiento reticente, el agente estampa el timbre

de salida. El embajador, junto a él, muestra su credencial, que le permite acompañarle más allá de la barrera. Hache da unos pasos, tal como si estuviera cayendo en el vacío. Está temblando y no sabe qué siente exactamente; o más bien, sabe que siente un miedo que no puede detenerse por el simple hecho de haber transpuesto el mayor peligro. Un miedo acumulado, reivindicativo, independiente de todo razonamiento, de esa sonrisa aprobativa del embajador, que intenta tranquilizarle. Aun hay que esperar a que terminen con el control de los otros pasajeros, antes de poder marchar hacia el avión. Sabe que ellos disponen de tiempo, que no puede confiar en esos pocos pasos que ha ganado hacia adelante; el fallo posiblemente cometido al dejarle pasar puede ser reparado en cualquier instante y en ese caso más vale haber guardado su miedo intacto. Nada hay nada peor que un miedo vencido que hay que volver a aprender. Por unos minutos no oirá nada, ni la conversación del embajador, ni el agudo zumbido de los reactores, ni los anuncios de los altavoces; tampoco verá nada, no recordará ningún rostro de esos minutos, no tendrá ninguna noción espacial: está como en las tinieblas de una selva, esperando que una fiera emboscada salte sobre su espalda. El embajador coge su brazo para indicarle que ha llegado el momento de despedirse. Le aprieta la mano y él recién se da cuenta de que vuelve a estar ahí, indemne, y que puede marchar. Algo dice, unas enredadas palabras de agradecimiento, y un “buena suerte” del embajador le llega después, como un eco, cuando ya está marchando. Aquí nada de buses ni de escaleras mecánicas. El avión espera a unos cien metros y hay que ir a pie. Un buen trayecto, que deja tiempo de sobra para que todo alcance a dar otra vuelta completa en la imaginación. Hache marcha a largos trancos, distanciado de los demás pasajeros, lo más rápido que puede marchar sin que ello parezca una carrera. Es también un trayecto que le dará la noción de ir alejándose de su reciente vida por sí mismo, paso a paso, en la medida en que toda ella va rodando por su imaginación. En mitad del camino, como un rumor ajeno a toda formulación verbal, como un simple latido exigente y provocativo en las sienes, reencontrará las preguntas anteriores: ¿por qué un sentido final de las propias acciones? ¿por qué incluso un sentido global de los actos humanos? ¿Cómo, en qué remoto momento pudo haberse implantado en él esa exigencia dudosamente moral, y cómo pudo haberla conservado hasta ahora sin desconfianza, él, que no descansaba de cuestionar todos los mitos? Un sentido, una significación, una coherencia. El país tenía que tener un sentido, los actos desencadenados para cambiar la sociedad tenían que tener una coherencia, y sobre todo los hombres que conducían tales actos, y cada momento de su propio compromiso tenía que tener una significación. El amor con Eva tenía que tener un sentido; la suma de

sus sueños y de sus deseos e incluso de sus frustraciones tenía que tener una significación. Pero ¿qué era eso?, ¿qué engendro de misticismo y de racionalidad? ¿Cómo no había entendido que semejantes exigencias, en cada una de las sucesivas etapas, no le habían dejado gozar de la vida, ni entregarse a la vida que sucedió alrededor suyo, ni compartir la vehemente y caótica aventura personal y colectiva de esos últimos años? ¿Por qué no pudo hacer como los otros? ¿Los que se entregaron a las solicitaciones de cada momento, de cada distinta y contradictoria circunstancia, sin preocuparse de sentido ni coherencia alguna? ¿o, más justamente, que posponiendo el sentido y la coherencia para el final triunfal de los tiempos, quedaron libres de toda contradicción y pudieron volcar toda su vitalidad en un momento, en un acto, apropiado o no, consumir las pasiones en el objeto inmediato de cada situación? Los otros gastaron días y noches en tumultuosas e infructuosas reuniones, dijeron, escribieron y difundieron toneladas de palabras, desfilaron y gritaron hasta quedar exhaustos y entre tanto hicieron felizmente el amor sin hacerse preguntas, ocuparon fábricas, tierras, facultades, pintaron muros, cantaron, se agarraron a bofetadas y a balazos donde correspondía, ocultaron armas e incluso se batieron, o esperaron solitarios y sin desánimo en los bosques a los guerrilleros que nunca llegaron, fueron descuartizados y todo lo demás sin quebrantarse, o murieron disparando hasta el último cartucho como si eso dijera algo, y nunca dudaron de que todo aquello tuviera un sentido, o, más justamente: impusieron rotundamente un sentido a cada uno de esos actos y a su totalidad por el fin de los tiempos, lo tuviera o no, no condicionaron su acción a una significación inmediata; actuar tenía una significación intrínseca, generadora de sentido por sí, y si un acto conducía a un fracaso no quedaban desalientos ni dudas, quedaba la oportunidad de un nuevo acto, y así hasta la eternidad.

¿Por qué no?, irá diciéndose, con la cabeza hundida contra el viento, distraído casi del miedo de que aun una mano de hierro pueda caer sobre su hombro. El tiempo vivido no segrega por sí, como había imaginado él, sentido alguno. ¿Qué sentido tiene que Kurt, responsable involuntario de parte de esa historia, que comenzó con su reencuentro con Eva, esté mirando hacia ella, que debe estar ahora en la terraza, y hacia él, que se aproxima, desde alguna ventanilla del avión, con el cinturón ya abrochado?, ¿que él, que se interpuso en su reencuentro, como se habría interpuesto fatalmente cualquier otro y la impulsó a volver para vivir juntos, vaya marchando hacia el mismo avión para volar quizás para siempre, junto al mismo Kurt?, ¿mientras ella, la extranjera, luego de despedirles queda ahí atrás como la mediadora de la realidad que ellos abandonan? ¿Como la legítima habitante de un país que les expulsa? ¿Qué coherencia tuvo el resto,

esa alucinación colectiva de haber cambiado el mundo dejando sus pilares intactos? El sentido no es algo inherente a la realidad, no mana de las cosas como un zumo, ni siquiera de las que el hombre elige con amor. El sentido es una operación volitiva, externa a la realidad, incluso ajena a ella, pero ni más ni menos ajena, a fin de cuentas, que otras tantas operaciones humanas; algo que se impone a las cosas, previamente o después, cuando y como conviene a las necesidades ciegas de la afirmación. Cada acción, independientemente de su valor, genera en la imaginación humana no su propio reflejo sino el prefigurado. Él mismo podría ahora trastrocarlo todo, reorganizar las propias experiencias en su imaginación para que produjeran el sentido tan deseado. Pero ya ha alcanzado la escalinata del avión, ya ha dejado de pisar el viejo borde, y siente que no lo necesita. O bien, que en el fondo lo necesita ardientemente aun, pero no así, no como un regalo póstumo de la voluntad sino como una condición natural de la vida. Ahora, avanzando por el pasillo atestado de pasajeros que no terminan de acomodarse, buscando a Kurt, se dará cuenta de que al subir al avión ni siquiera ha tenido la ocurrencia de mirar hacia atrás, ni para comprobar lo cierto de su libertad ni para responder a un probable brazo de Eva agitándose en la lejana terraza. Es como si, en la inmediatez del próximo borde, el anterior ya empezara a parecerle extraño, y apenas lo lamentara. Por lo demás ya Kurt le ha descubierto y desde el asiento delantero donde se encuentra arremolina los brazos hacia él, invitándole, y Hache se abre un camino hacia él con la sensación de que solo faltan esos pasos para pasar al otro lado.

1976-79, en Navy Street, Isestrasse, Pasaje Jorba.

Hernán Valdés

Un total autodidacta, Hernán Valdés ha narrado la historia de su formación como escritor en Chile en su libro *Fantasmas literarios* (Aguilar), trayectoria que luego ha enriquecido en sus casi cuarenta años de residencia en Europa. Sus novelas (*Cuerpo creciente*, 1966; *Zoom*, 1971; *A partir del fin*, 1981; *La historia subyacente*, 1984, y ahora *Tango en el desierto*) se caracterizan por un uso cuidadoso del lenguaje, una constante interrelación de lo político y la intimidad de los personajes, y por la intención de conducir al lector a visualizar lo narrado, como si de un film se tratara.

Aparte de las obras de ficción, Valdés es conocido también por su ampliamente difundido testimonio *Tejas Verdes, Diario de un campo de concentración en Chile* (1974) y por sus memorias *Fantasmas literarios* (2005).

Nació en Santiago en 1934 y actualmente reside en Alemania, donde tres de sus libros han sido traducido

© 2003, **Hernán Valdés**
© De esta edición:
2013, **Aguilar Chilena de Ediciones S.A.**
Dr. Aníbal Ariztía 1444,
Providencia, Santiago de Chile
Tel. (56 2) 2384 30 00
Fax. (56 2) 2384 30 60

ISBN ebook: 978-956-347-563-0
Conversión ebook: Kiwitech

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Santillana

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Avda. Arce, 2333
La Paz
Tel. (591 2) 244 11 22
Fax (591 2) 244 22 08

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec
Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito

Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
7ª Avda. 11-11
Zona nº 9
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx
Avda. Universidad, 767
Colonia del Valle

03100 México D.F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay
www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo

Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51